

Historias de Gaia

Las cenizas del viento



La trilogía de La Tempestad

Alejandro Menéndez

Contenido:

[Mapa:](#)

[Introducción:](#)

[Prologo: El huérfano](#)

[La Guerra del Grifo:](#)

[Los días felices:](#)

[El Clan de la Luna:](#)

[Los susurros del misterio:](#)

[La elegancia del huérfano:](#)

[Fuego, tempestad y hielo:](#)

[El nuevo comandante:](#)

[El monarca del fuego:](#)

[La caída del muro:](#)

[La última flama:](#)

[El rostro marcado:](#)

[Lealtad y Servidumbre:](#)

[La decisión:](#)

[El escape:](#)

[La sombra del viento:](#)

[La isla de los sabios:](#)

[La ciudad de los faros:](#)

[La muerte del deber:](#)

[Los reyes del invierno:](#)

[Los Niños Terribles:](#)

[El último viaje:](#)

[El paso del dragón:](#)

[El acero eterno:](#)

[Los fuegos de la guerra:](#)

[Apéndice:](#)

[Casa Wintersoul](#)

[Casa Windsword](#)

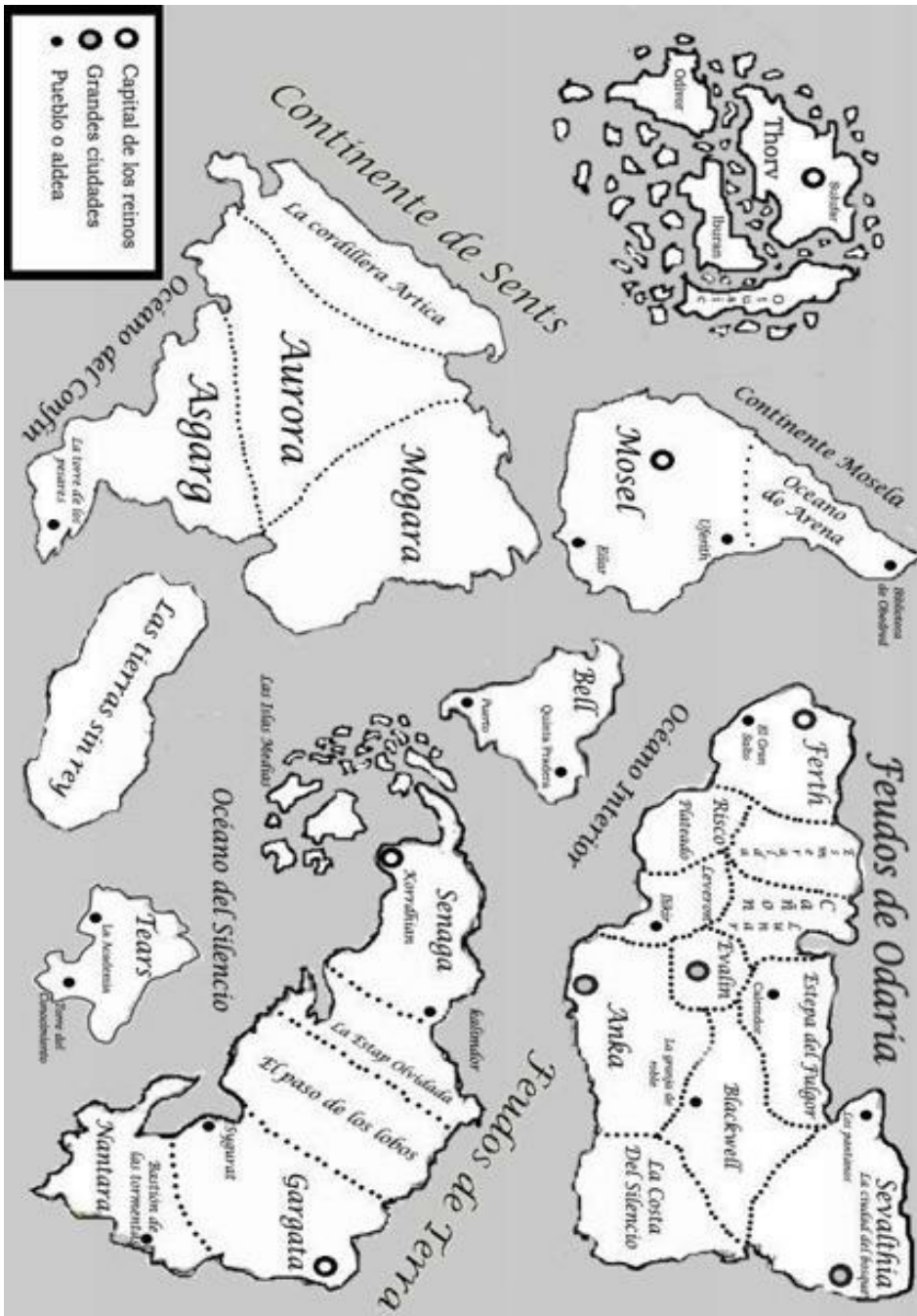
[Casa Fell](#)

[Casa Vaine](#)

[Casa Laioscain](#)

[Nota final:](#)

Mapa:



Introducción:

La casa Wintersoul comanda el imperio más grande del mundo: Ferth. Todos los reinos del continente de Odaria han jurado lealtad a Ferth —apodado el Reino del Viento, el León de Gaia, el Imperio de la Guerra— y esa alianza ha dado origen a un imperio tan vasto como el océano Septentrional.

Antaño, cada nación de Odaria era un feudo autónomo. Eso fue antes de que Caleb Wintersoul exigiera la lealtad de todas las comarcas a una sola ciudad capital. Logró que los reinos cedieran la mayor parte de sus soldados a Ferth, tributando cuando lograban un exceso de producción de alimentos o bienes. A cambio de esa lealtad, Ferth protegería a los reinos de enemigos extranjeros, convirtiendo a los feudos en sus colonias. Sabiamente, les permitió mantener sus costumbres y sus dioses.

Los Wintersoul han conducido el imperio, reinando por más de quinientos años. Ellos forjaron grandes leyendas a través de los siglos. Los héroes más significativos en la historia de Gaia portaron con orgullo aquel apellido.

Si bien los Wintersoul fueron gloriosos por generaciones y dieron origen a leyendas seculares, algunos herederos no tan admirables empañaron una historia inmaculada.

Fue entonces, cuando parecía que el mundo empezaba a perder el respeto por aquel ilustre apellido, que nació en la capital de Odaria un niño al que muchos considerarían el mejor espadachín de los confines, y el más grande de los héroes.

Su nombre fue Ions Wintersoul, hijo de Theoden, heredero de los reinos del norte, protector de los confines. Aquel que vio donde los dragones duermen, donde el conocimiento se esconde, que caminó ciudades que no conocen el cielo sin lluvias y navegó mares donde las olas son tan firmes como el suelo. Aquel que estuvo en la tierra de los muertos, donde las estrellas son opacas y hablo con criaturas más antiguas que el silencio.

Esta es su historia...

Prologo: El huérfano

Tras esperar durante una hora la llegada de su padre, Ions supo que aquella noche supondría un cambio en su vida. Era un pensamiento que rondaba su cabeza desde la mañana, cuando escuchó a su padre partir presuroso hacia Leveron con un numeroso grupo de legionarios. La idea se había instalado y el sentimiento de que hoy sería un día distinto a cualquier otro se tornaba más fuerte con el correr de las horas.

“Cuando esa puerta se abra, nuestras vidas ya no serán las mismas”. La certeza lo golpeó con la violencia repentina de un choque frontal. Pero con sus escasos ocho años no llegaba a distinguir si aquella certeza le infundía miedo o expectativa; si el cambio que sentía en su cuerpo y profesaba sus latidos era una tragedia o una oportunidad.

Llevaba horas esperando al final de la escalera, justo enfrente de la puerta principal. Era una noche tormentosa; las gotas caían con furia desde el cielo y las nubes se arremolinaban en la penumbra.

Ions apoyó su antebrazo en el escalón y reposó su cabeza sobre el mismo. Sentado algunos escalones más arriba estaba Thomas — su sirviente y su mejor amigo—, quien bostezó profundamente mientras su cabeza se inclinaba hacia adelante.

La noche comenzaba a resultarles pesada y la espera se tornaba interminable. Debían ser aproximadamente las dos de la mañana y el rey Theoden Wintersoul todavía no había regresado. El ruido de la lluvia comenzaba a adormecerlos. La poca luz de los faroles de aceite y de las velas en los candelabros se refractaba en los adornos de cristal colgados sobre las columnas, que llevaban los destellos a todos los rincones de la sala. La puerta que comunicaba el patio con la sala estaba abierta y se podía ver el brillo de la luna penetrando por la ventana del pasillo. Las demás habitaciones estaban cerradas, y probablemente todos dormían.

Se deshicieron de la somnolencia apenas retumbo en la sala el sonido de unos pasos. Alguien descendía por la escalera. Voltaron sus cabezas para encontrarse con otro de los sirvientes del palacio. Estaba a una distancia de unos pocos escalones. Ellos solo habían oído las últimas pisadas.

— Joven príncipe, ya es muy tarde, tal vez sería mejor si se retirara a descansar en su cuarto— dijo mientras bajaba por la escalera, pasando al lado de Thomas. Apenas llegó a los últimos peldaños, la tenue luz de la habitación inundó su rostro.

Ese hombre era Christopher Arcadain. Ions recordaba su nombre perfectamente, a pesar de que no tenía un trato personal con aquel sirviente. Christopher era el nuevo miembro del Senado. Un extranjero llegado a Ferth hacía dos años, bastante famoso por su juventud y sus dotes políticas. Tenía solo veinticinco años y ostentaba un puesto como magistrado. Los más osados sugerían que solo era cuestión de tiempo para que lo nombraran concejal, y que con los años sería cónsul. Muchos consideraban impropio y peligroso que un extranjero recién llegado al país ascendiera tan rápido en jerarquía. Pero detrás de esas críticas se escondía también una profunda envidia, pues nadie podía negar que aquel joven político proyectara una imagen de sagacidad y carisma.

— Me quedaré hasta que vuelva mi padre — dijo Ions de soslayo, sin mirar a Christopher a los ojos.

Arcadain dibujó una mueca divertida entre las sombras; la luz de la luna golpeaba sobre su nariz y sus labios, pero ocultaba sus ojos.

— Muy bien. Esperaremos. — respondió de forma tranquila mientras se retiraba a un rincón de la sala y tomaba una silla. Acercó el asiento hasta la escalera y se sentó allí. — Después de todo... no falta mucho.

— ¿Cómo lo sabe? — preguntó Thomas inmediatamente.

Christopher había ignorado a Thomas desde el primer instante. Cuando el niño lo increpó, su extraña sonrisa se ensancho levemente

— Lo vi desde la ventana de mi cuarto. Estaba cruzando el muro —hizo una pausa y luego agregó — sin embargo eso no es lo que llamó mi atención.

— ¿Entonces qué es? — preguntó Ions intrigado.

— Vuelve acompañado...— respondió mientras miraba atento a la puerta.

Nadie pronunció palabra durante los próximos [quince] minutos. El único sonido que se escuchaba era el de la lluvia golpeando los tejados. Thomas volvió a bostezar; Ions se frotó los ojos con los nudillos. La puerta del palacio se abrió abruptamente.

Ions sintió un gran alivio al ver la silueta de su padre frente al umbral, completamente empapado y con un cielo turbulento a sus espaldas. El rey iluminó la sala con una gran sonrisa, apenas vio que su hijo y Thomas lo estaban esperando.

El rey de Ferth era un hombre [de porte] imponente, de buena estatura y peculiar talante. Un bigote prominente decoraba su rostro afable, que siempre guardaba una mueca de alegría para entregarle a su único hijo.

Theoden dio unos cuantos pasos cruzando el vano de la puerta y extendió sus brazos mientras se arrodillaba hasta la altura de los niños. Cuando ellos se acercaron, el rey se aferró a ellos con fuerza y los empujó contra su pecho en un abrazo.

— Es muy tarde. Ya deberían estar dormidos — dijo con poco ímpetu.

Detrás de Theoden, alguien esperaba rezagado, era otro niño que se había detenido en el umbral.

El viento cerró la puerta de un golpe. Su tez oscura se fundió con las sombras de la habitación. Cuando dio un paso al frente, la luz de un candelabro terminó de alumbrarlo. Su estatura era menor que la de Ions, más parecida a la de Thomas. Sus ojos color azabache recorrían la habitación con una mirada desagradable.

El rey gentilmente los hizo a un lado, se puso de pie, dio unos pasos atrás, y se paró detrás del extraño.

— Ions, Thomas, les presento a Lúcian Haragraf. A partir de hoy, él vivirá en el castillo, — dijo mientras tomaba al niño por los hombros. Lúcian no hizo ningún gesto. Hacia un rato que miraba fijamente a Ions.

— Hoy los gargatienses atacaron Leveron y asesinaron a sus padres. Yo los apreciaba mucho, su padre era un gran amigo. — Theoden tragó saliva. Sus ojos se cristalizaron un poco antes de continuar — Por eso decidí que se quede con nosotros. Ions, desde hoy Lúcian será miembro de nuestra familia y ustedes serán hermanos.

Su padre prefirió usar la palabra hermano, en lugar de decir pupilo. Ions era joven y tomó sus palabras al pie de la letra. El joven príncipe estaba aliviado de ver que aquel presentimiento de cambio que sentía, era la llegada de aquel niño y no una desgracia que recayera sobre su padre.

Arcadain se había mantenido en silencio, escuchando atentamente. Finalmente se acercó al rey y lo saludó con un perfecto ademán. Luego se acercó a Lúcian y lo observó en silencio. Sus ojos

mostraban una intriga sincera, le extendió la mano al joven y dijo.

— Buenas noches, joven Lúcian. Mi nombre es Christopher, y soy un humilde servidor de tu nueva familia — habló con una sonrisa rebosante de carisma.

Lúcian no respondió, pero sus ojos se tornaron nuevamente desagradables mientras alejaba su mirada de Ions y la concentraba sobre Arcadain. El magistrado no pudo evitar reír. La mirada del niño no era desafiante, pero resultaba perturbadora e incómoda.

— Es muy tímido— dijo Theoden excusando a su nuevo pupilo —.Considerando sus circunstancias es algo normal— continuó hablando mientras posaba su mano en el hombro de Arcadain.

— Totalmente comprensible, su majestad— Christopher habló con tono calmado y diplomático. Un tono que sorprendía a cualquiera que viera su rostro tan joven. —Tiene intensidad en su mirada, es un niño interesante, otro más para agregar a su ya extraordinaria familia.

El rey comenzó a reír estridentemente. Tanto así que podría haber despertado a los sirvientes que estaban dormidos

— ¡Sin duda que estos dos son extraordinarios delincuentes!—dijo mientras les daba un coscorrón a ambos —Esta mañana se subieron al tejado, y le lanzaron un cuenco de aceite al maestro de armas mientras adiestraba a los nuevos reclutas —intentó hablar con un tono más severo, pero la escena le había causado bastante gracia en el momento. —Estarán castigados toda esta semana— agregó recuperando la compostura.

Ions y Thomas apartaron la mirada hacia el piso, cruzando miradas y sonrisas de complicidad. El maestro de armas era el que los atrapaba siempre cuando se escapaban del palacio.

Christopher miró a Ions y a Thomas meditabundo. Luego miró unos segundos a Lúcian y finalmente habló con decisión.

— Mi señor, no puedo evitar el pensar que sin lugar a dudas usted ya está muy atareado siendo el tutor de estos dos pequeños. Eso sin tener en cuenta todas sus obligaciones como soberano. —La mirada del político se tornó certera y persuasiva mientras continuaba —por lo tanto me gustaría proponerle lo siguiente: —Arcadain se acercó a Lúcian antes de agregar — si usted lo permite, me encargaré de la correcta educación de este niño. Podrá acompañarme al Senado durante las tardes, para aprender cómo funciona el imperio. De esta forma usted no tendrá tanto trabajo.

— Es un tanto extraño que me pidas algo semejante Christopher. No puedo evitar preguntarme por qué un magistrado desearía atarearse de esta manera... Tendría más sentido si fueras un siervo común—respondió el rey mientras se aplanaba el bigote con los dedos, como deliberando.

— Como ya he dicho, usted debe criar a estos dos jóvenes por su cuenta. Uno de ellos será el próximo soberano de estas tierras y requiere de toda su atención. Me gustaría aliviar esa carga de ser posible. Considérelo, si así usted lo deseara, como un acto de filantropía. — Cuando terminó de decir esto sonrió levemente —Además este joven tiene facultades, temo que estas se desperdicien si es criado en tercer lugar y no concibo la idea de que sea criado por un simple sirviente. Sus dotes deben ser fomentados.

Procedieron unos segundos de silencio, mientras el rey reflexionaba sobre las palabras del magistrado. Finalmente dio su respuesta

— Hablas con verdad y buen juicio — sentenció — No podré dedicarle el tiempo necesario a su educación. Y no sería justo que mi hijo comprometiera la suya por la de otro

niño— Theoden posó su mano izquierda sobre el hombro de Christopher— De acuerdo, te encargaras de su formación intelectual, no puedo pensar en alguien más apto para la tarea.

Apenas terminó de hablar, el rey aclaró que ya era hora de dormir y se dispuso a retirarse, aunque no sin antes indicarles a Ions y a Thomas que guiasen a Lúcian hacia alguno de los cuartos de huéspedes; mañana le prepararían una habitación más apropiada y permanente.

Los tres niños comenzaron a subir las interminables escaleras de mármol blanco y alfombras rojas. Thomas miraba a Lúcian con desconfianza, mientras este decidía ignorarlo. No cruzaron palabra hasta llegar al cuarto. Cuando arribaron, Lúcian abrió la puerta y se despidió inmediatamente con un “Buenas noches”. Su voz era un misterio. Ions no podía saber si era tristeza o carencia de emociones, pero le resultaba comprensible. El niño acababa de perder a sus padres, cambiaba su hogar, su familia y tenía un desconocido como nuevo tutor.

El príncipe, en un inocente esfuerzo de alegrar a su nuevo hermano, le dijo con la mayor efusividad que le fue posible, teniendo en cuenta el cansancio que sentía:

—Mañana a la tarde iremos de cacería con mi padre. Vamos a ir hasta el Gran Salto, y tal vez a pescar. Puedes venir si quieres.

Lúcian lo miró en silencio y Ions se sintió incómodo. Un ligero escalofrío recorrió su cuerpo, mientras el huérfano se internaba en su habitación y entrecerraba la puerta

—Tal vez...No estoy seguro. Quizás mañana te avise.

La puerta se cerró, Ions y Thomas quedaron solos en el pasillo. Continuaron caminando hacia sus respectivas habitaciones.

Al poco tiempo Thomas le dijo a su amigo en voz baja:

—Es muy raro—

No había nadie más en el pasillo. Sin embargo, Thomas había optado por el susurro.

— A mí también me pone nervioso— admitió el príncipe —Pero su vida es complicada. No me gustaría perder a mi padre.

— Por como habló Christopher, parecía que yo era también un huérfano— agregó su amigo con un profundo fastidio —Lo peor es que es la verdad. Si tu padre no se ocupara de educarme, me criarían los animales salvajes antes que mi padre.

Thomas no tenía la mejor relación con Cedric Vaine, su padre. Cedric era la mano derecha de Theoden. Un hombre rígido, austero y sumamente disciplinado. Cada vez que hablaba con Thomas era para corregir algo, para remarcarle errores o simplemente para recordarle todo lo que se esperaba del hijo mayor de una familia importante como eran los Vaine. Su madre vivía fuera de la capital con sus dos hijos menores, en Evalin, la ciudad de los jardines.

— No seas tan exagerado. Tu padre se preocupa por ti. Al igual que el mío.

Thomas decidió no responder. Tras un tiempo apropiado de silencio, volvió a hablar sobre Lúcian:

— Entiendo que perdió a su familia...— dijo como si fuera algo de poca importancia — Pero algo en él me produce desconfianza— agregó con una mirada sigilosa.

Llegaron a sus habitaciones y se fueron a dormir. El príncipe se lanzó satisfecho sobre su cama, dispuesto a entregarse al sueño.

“Cuando esa puerta se abra, nuestras vidas ya no serán las mismas” Ions recordó su pensamiento. Había estado en lo cierto, ahora su vida era distinta. Ahora tenía un nuevo hermano.

Antes de cerrar los ojos y dejarse vencer por el sueño, Ions pensó que el ominoso presentimiento que lo atormentó esa tarde que se desvanecía. Finalmente aquel cambio se había producido, pero nada amenazaba a su padre, era simplemente que un nuevo personaje, un huérfano

había llegado al palacio y entrado en sus vidas. Se sintió aliviado y durmió plácidamente.

Pero algunos cambios son más profundos de lo que parecen a simple vista y no todas las transiciones suceden de manera tempestuosa. Pasarían años antes de que se percatara de que esa noche había sido el principio de aquella desgracia que lo marcaría para siempre, y dejaría a su reino en un estado de decadencia absoluta...

La Guerra del Grifo:

Esa noche significó la invasión de Gargata —el reino soberano de todos los feudos en Terra— en los territorios de Odaria, concretamente en las costas de Leveron. Un grupo de soldados masacraron una aldea, antes de ser repelidos por los ejércitos reales. Aquel día marcó el comienzo de una guerra, fue una ofensa que puso fin a un extenso periodo de paz.

Una semana después de la llegada de Lúcian al palacio real, el rey Theoden partió con sus soldados hacia el continente de Terra. Se cruzó en batalla con los ejércitos de Gargata, en el lugar ahora conocido como La Estepa Olvidada, y obtuvo la victoria. A partir de allí, Ferth tomó posesión de todas las tierras del Este, expandiendo su imperio. Gargata se vio obligada a jurar lealtad y sumisión a la familia Wintersoul y fueron esclavos por los años venideros. Se les permitió mantener al rey en su trono, sin embargo era una figura sin poder alguno.

Fin del prólogo.

Los días felices:

Diez años después:

La noche había llegado fresca y despejada, con un olor tonificante que señalaba el arribo de la primavera. Thomas se encontraba en los balcones observando la fiesta; debido a la numerosa concurrencia, el Gran Salón estaba lleno y se habían dispuesto mesas para los invitados en los jardines del palacio.

Era una imagen que se repetía todos los años, en la cual las luces de los faroles y las antorchas a lo largo del jardín encendían la noche como si fuese el día. En los salones, las voces de los bardos inundaban el ambiente y el sonido de sus arpas deleitaban los sentidos. En el comedor, los estómagos se llenaban de cerdo, pollo y cordero, y las copas rebosaban con vino, cerveza e hidromiel.

Aquella festividad ostentosa era casi una costumbre en el reino de Ferth, y se celebraba desde hacía veinte años, justo antes del arribo de la primavera.

Todo el reino acudía al Palacio del Cuarto Viento. El joven siempre quedaba maravillado por la algarabía en la rosaeda. Nunca cesaba su sorpresa al ver caballeros o señores bailando junto a campesinos, carniceros o bastardos sin nombre.

Thomas había crecido para convertirse en escudero. Ahora era un joven corpulento, con facciones vulgares y modales toscos; de cabellos de color azabache y mordaces ojos color café. Debajo de una fachada rígida y honorable, escondía timidez de sentimientos, una mente aguda y un corazón colmado de lealtad y buenas intenciones. Había aceptado su lugar con resignación: era el hijo mayor de una familia muy respetada, con todos los mandatos que eso implicaba. Los Vaine habían servido por generaciones como caballeros de la familia real y protectores del reino, ostentando el gran honor de ser por siglos la mano derecha de los Wintersoul.

Ahora estaba agradecido de estar al servicio del rey Theoden Wintersoul, quien era un soberano amado por todo su pueblo y reconocido como un hombre gentil y honorable. El rey era admirado por su pueblo, pues trataba a los hombres sin título ni gloria con el mismo respeto que a los grandes señores de Risco Plateado o de Esmeralda.

Precisamente, esta fiesta la preparaba el rey en honor a su pueblo. Durante el festejo, todos bajo la luz del palacio eran iguales sin importar su apellido, todos estaban invitados al palacio a tomar del mejor vino y a comer hasta saciarse. Esta era la forma con la cual el rey se congraciaba con su gente y les agradecía el arduo trabajo que realizaban durante el año. Pero Theoden no compartía su mesa con los menos afortunados solo durante esa fiesta. A lo largo del año llegaban personas de todo el reino a cenar con el rey, arribaban al palacio dispuestos a contar sus historias y sus penurias, a pedir o a agradecer según fuera el caso.

Thomas alejó su mirada del piso y la posó en el firmamento, luego miró el jardín y observó a la gente que bailaba con alegría. Allí estaban Sir Rhidan Burke —el capitán de la tercera legión— y a su lado Sir Gleen Firebane —el Señor del Risco Rojo— bailando junto a tres campesinos sin apellidos portentosos. Thomas conocía sus nombres, de hecho, conocía a casi todos los habitantes de Ferth. Uno era Wayne, el herrero, luego Bill, el mozo de los establos, y por último Milena, la

hermosa hija del tendero.

Detuvo su atención en la bella muchacha. Sus cabellos eran tan rubios que ante la luz de la luna caían como un manantial plateado. Sus movimientos parecían ser guiados por el viento con una sublime elegancia. Resultaba una injusticia que no hubiera nacido como una princesa o como hija de un gran señor, pensó el escudero sin apartar la vista. Thomas admiraba su belleza desde hacía bastante tiempo. Por momentos sentía el coraje de invitarla a salir, aunque luego ese coraje se desvanecía fugazmente, tal como había llegado a él.

El escudero era consciente de que su aspecto no era el más agraciado. Estaba resignado a que, cuando el momento fuera el correcto, su padre lo casaría con alguna mujer noble. Incluso en esas cuestiones, Thomas había crecido para aceptar su posición y su destino.

Profirió un trémulo suspiro y tomó un sorbo de la copa que tenía en su mano. Corría el decimoctavo año de su vida y por fin tenía edad suficiente para probar el vino. El sabor dulce y afrutado le inundó la boca y le dibujó una sonrisa en el rostro.

Mientras disfrutaba del segundo sorbo, una voz sonó a sus espaldas.

— Es del valle de Blackwell, de la Granja de Roble, siete años atrás—no tenía necesidad de voltearse para saber quién era. Era la voz de su mejor amigo. El príncipe heredero Ions Wintersoul.

— Un buen año—le respondió de espaldas tratando de poner su tono más serio, luego volteó y le dirigió una sonrisa—. Por lo menos así dicen—mientras hablaba se encogía de hombros.

Habían crecido juntos como si fueran hermanos. Thomas estaba destinado desde su nacimiento a ser la mano derecha de Ions cuando este fuera el nuevo rey, así como hoy en día Cedric, su padre, se mantenía al lado de Theoden.

Jamás renegaba de semejante responsabilidad. Thomas admiraba al rey Theoden por su bondad y su alegría y asimismo admiraba a Ions porque le hacía recordar a aquellos reyes legendarios de Ferth, como Caleb el conquistador o Johan el León Plateado.

Jamás olvidaría cuando Ions participó por primera vez del Duelo de Campeones, un torneo que reunía a los mejores guerreros de toda Gaia en el Palacio Valhala, en el oeste de la ciudad de Ferth.

Para esa competencia, todos los feudos y todas las naciones elegían al mejor soldado de sus tierras y lo enviaban con el honor de representar a su tierra. Dentro del palacio Valhala, los guerreros participaban en fieros combates bajo la mirada atenta de todos los pueblos del mundo.

Era el suceso más esperado del año. Los campeones se enfrentaban en contiendas de uno contra uno y utilizaban armas diseñadas especialmente para el torneo. Las armas estaban hechas a medida para cada participante y diseñadas según sus preferencias. Podían ser espadas, lanzas, hachas, dagas, no importaba cual fuera el caso. Estaban todas forjadas con acero sentiano, un metal que tenía un brillo azulado similar a los glaciares de Asgard y que resultaba imposible de afilar. A pesar de esto, el acero sentiano era un metal robusto y pesado cuyo golpe podía ser mortal; por eso mismo la competencia no dejaba de ser un acontecimiento peligroso y la posibilidad de muerte siempre estaba latente.

El ganador más joven en la historia de la copa había sido Sir Jory Valandor con solo dieciocho años, una hazaña que mientras Thomas y Ions crecían se contaba como una leyenda.

Sin embargo, tras un año entero de discutir con su padre, Ions obtuvo el permiso para entrar al torneo. Él tenía tan solo dieciséis años recién cumplidos cuando venció al bicampeón Sir Filio

Roberti —apodado el Gigante Oriental— y se alzó con el trofeo que coronaba al mejor guerrero de los cuatro confines.

Thomas siempre recordaría ese día. Desde las tribunas el príncipe se veía tan diminuto e inofensivo frente a la montaña humana que era el veterano caballero. El combate duro más de media hora y Filio nunca logró golpear a Ions. El príncipe demostró una destreza singular y mientras evadía al gigante lo golpeaba en las rodillas con su espada. Para cuando el combate llegó a su fin, Filio estaba de postrado y no podía ponerse en pie.

Todo el mundo lamentaba el haber apostado al Gigante Oriental, pues la mayoría de ellos habían perdido una pequeña fortuna. En medio del arrepentimiento de todos los espectadores, Ions elevó la copa y fue el más joven en la historia en hacerlo. La noticia se difundió rápido y el reino comenzó a admirar a su príncipe casi tanto como a su rey.

Al año siguiente Ions participó nuevamente y la ganó de punta a punta, sin siquiera esforzarse. Su dominio de la espada había sido pulido y era algo sin precedentes. El pueblo de Ferth comenzó a jactarse del talento de su príncipe y con el tiempo el orgullo se convirtió en idolatría. Ions adquirió el título de Santo del Viento, un título honorario que se entrega al mejor espadachín de toda Odaria.

A veces Thomas le costaba pensar que Ions tuviese su misma edad. Pero cuando lo veía enfrente de él, sonriendo socarronamente y con una copa de vino en su mano derecha, recordaba que en esencia era una persona común y un buen amigo.

— Estás feliz— afirmó Thomas —. ¿A qué se debe?

— Thorv participara en la copa de este año— le respondió el príncipe sin disimular su emoción.

— ¿Cuándo fue la última vez que participaron?

— Hace ciento sesenta años— dijo Ions con tono solemne — La última vez que un hombre se batió con un dragontiano a duelo. Mi padre todavía no había nacido.

— Me cuesta creer que en algún momento teníamos buenas relaciones con ellos.

— El viejo Halcón me contó una vez que hace quinientos años el Valhala albergaba a más de cien competidores. De todas las razas y de todos los continentes—comentó el príncipe mientras se acercaba al barandal.

Thomas rio con diversión. El Viejo Halcón era la persona más anciana que Thomas había visto en su vida. Era un hombre ciego y encorvado, aunque parecía ver perfectamente y subía las escaleras sin ayuda. Nadie en Ferth sabía a ciencia cierta su edad, pero todos los habitantes del reino decían lo mismo: “Cuando yo era joven, el Viejo Halcón ya era muy viejo”.

Siempre hablaba de tiempos muy lejanos, y se refería a ellos como si los hubiese vivido. Algunos decían que en realidad era inmortal y que había sido el maestro de Eliot Wintersoul, antes de que este fundara Ferth hace más de quinientos años. El joven escudero nunca creyó en semejantes disparates, en su opinión el Viejo Halcón no era más que un hombre anciano que contaba muy buenas historias, pero solo eso, ficciones para divertir a los niños.

— Mi señor— comenzó a decir Thomas con una mueca burlona— .El Viejo Halcón una vez me conto que en el mar muerto existió una ciudad de hierro donde los hombres nacían hechos de acero. Que esos hombres surcaron los cielos en carruajes de metal y que consiguieron domar el relámpago para iluminar sus hogares – el joven rio incrédulo mientras contaba la historia.

— ¿Alguna vez has estado en el mar muerto, Thomas? —le pregunto Ions con una sonrisa

— Tal vez lo que te dijo es cierto.

Se mantuvieron en silencio. A través de la sala surgía el estrepito de los platos y las copas, junto al murmullo de cientos de conversaciones ebrias.

— ¿No te da miedo enfrentarte a un dragontiano? No sé si te has enterado, pero son mitad dragón— Thomas rompió el silencio con una pregunta cuya respuesta ya conocía.

— Confío en que será un duelo memorable y esperó un desafío—le respondió el príncipe mirando el firmamento—. No más que eso...Es improbable que pierda— se volteó hacia su amigo con la arrogancia a flor de piel. Ambos rieron tenuemente.

Después de otro breve silencio, el escudero habló nuevamente.

— Escuché que este año Lucían también quiere participar — La relación entre Thomas y Lúcian se había vuelto muy conflictiva con el correr de los años. Después de que el huérfano llegase al palacio, solo tardaron unas semanas en tener su primera pelea. Ahora ya eran mayores y la hostilidad entre ambos resultaba mucho más notoria. Thomas se enervaba fácilmente y Lúcian disfrutaba irritándolo; el pupilo de los Wintersoul nunca le respondía de forma clara, y solo le hablaba en acertijos y suposiciones.

— Parece ser que Leveron no participará en copa. La nación está al borde de una guerra civil—Ions miró por el balcón y su rostro se mostró levemente consternado—. Había un lugar vacante y el cónsul, Christopher Arcadain, se encargó de que Lúcian pudiera competir. No defenderá el escudo de ninguna nación y solo competirá por la gloria de su casa y por la propia.

El rostro de Thomas reflejó un profundo fastidio —. La familia Wintersoul lo crio cuando no tenía a nadie. Si quiere practicar con una espada debería realizar el juramento, unirse a la Legión del Viento y ponerse al servicio de la familia real. — El tono de Thomas se llenó de rigidez, no podía disimular su falta de aprecio hacia Lúcian—. No debería pelear en un torneo portando el estandarte de una familia olvidada.

— No todos tienen una resolución tan definida como la vuestra, Thomas ¿Acaso debería respetar más a aquel que haga un juramento? —cuando algo irritaba a Thomas, siempre hablaba con extremismo—. Algunos hombres se toman esas cosas más seriamente que otros.

— El juramento pone en juego el honor de un hombre— sentenció Thomas con actitud solemne —.Cuando yo tenga la edad de unirme a la Legión del Viento y ser caballero. Protegeré a los Wintersoul con mi vida.

— Lo harías ahora, y sin necesidad de jurar nada. —acotó Ions de forma tajante—. Además Lucían es un Wintersoul. Si juras lealtad a la familia real, él está incluido.

— Nunca será candidato al trono, nunca heredará tierra alguna y mientras porte el estandarte de su familia en contra de la familia real, mi lealtad jamás estará con él. Ions, él es solo un pupilo. No es parte de tu familia.

— Eres muy duro con él— dijo el príncipe con una ligera decepción.

— Tal vez... ¿Pero si ese fuera el caso, porque no está presente hoy en la fiesta? — Ions se quedó callado, le resultaba imposible responder eso—. Su lugar estuvo vacío toda la noche, y todos lo notaron. Eso es una ofensa, una muestra de desinterés y falta de aprecio, una más de las tantas que ha hecho a lo largo de los años— Thomas continuó quejándose e imponiendo su voluntad hasta que se sintió satisfecho.

Ions no tenía forma de explicar la ausencia del huérfano real. El escudero estuvo a punto de apartar su mirada y dar por terminada la conversación.

— Thomas— dijo el príncipe con un suspiro y un aire de tranquilidad y cariño

condescendiente—. No llevamos la misma sangre, pero los dioses saben que eres para mí como un hermano. Así mismo lo es Lúcian desde que llegó a esta casa y mi padre me dijo que lo adoptaría. No cuestiono a mi familia, simplemente la aprecio. No hay nada que me gustaría más que seamos como tres hermanos.

Thomas supo que se había excedido. Conocía muy bien a Ions, y sabía que su madre le había prometido que tendría un hermano cuando él era un niño. El príncipe vivió con ilusión el nuevo embarazo de su madre, pero el parto se complicó y ambos murieron. Ions quedó sumido en un terrible dolor y el hecho de tener hermanos se tornó un anhelo. Tal vez soñaba con depositar una confianza ciega en alguien amparándose en los lazos familiares.

Thomas sentía la misma confianza hacia él y correspondería su amistad con su vida llegado el caso. La lealtad era una expresión de la nobleza y el joven escudero no carecía de ella, aunque no estaba tan seguro que Lúcian tuviese ese tipo de virtudes. Sin embargo podía comprender por qué Ions quería defenderlo.

— Le ruego me disculpe mi señor, he olvidado mi lugar. No volverá a suceder. Lo prometo— Thomas se disculpó con sinceridad, solía olvidar que se dirigía al príncipe y a veces le costaba dejar de lado su amistad al hablar con él; ahora sentía un poco de temor por haberle faltado el respeto al futuro rey.

— ¡No hay necesidad de que te asustes!— dijo Ions fingiendo enojo y con una sonrisa oculta en sus labios—. Solo me has dado tu opinión. No voy a colgar tu cabeza en una lanza por ello. — le dijo mientras le ponía una mano en el hombro, y tomaba su último sorbo de vino.

Thomas también tomó un sorbo de su copa, lo suficientemente largo como para terminar lo que le quedaba. El sabor a ciruelas y fresas se acentuó en su boca junto con un fuerte gusto a roble.

— No debes disculparte ante mí. Yo debería de estar agradecido, pues tengo gente a mi lado que me aprecia lo suficiente como para serme sincera— le dijo Ions mientras rodeaba el cuello del escudero con su brazo y lo invitaba a pasar a el salón —. Ahora busquemos más vino. La noche es joven.

Entraron al salón y tomaron una jarra de vino, buscaron una mesa vacía en un rincón y se sentaron plácidamente, llenaron nuevamente sus copas y brindaron sin decir palabra alguna; luego charlaron por largas horas, recordando algunas de sus travesuras infantiles.

Al cabo de un rato entraron en la sala un grupo de músicos y una doncella hermosa que ambos desconocían. Los músicos inundaron el ambiente con las armonías del violín y el laúd. Se escuchó la voz de la joven: era fuerte y bella, y cantaba una canción en el habla antigua la lengua de los kiskileos.

Thomas conocía la canción, su madre solía cantarla cuando él era niño. La melodía era casi un arrullo por su tono delicado, pero hablaba de leyendas de reyes y dragones, del nacimiento del imperio y de conjuros perdidos en los albores del tiempo.

La doncella llevaba ropajes de seda color verde oscuro, con vivos amarillos y un escudo en su pecho bordado en hilo negro y verde. El joven escudero no reconoció el escudo: una pantera negra sobre un fondo de verde. Thomas estaba seguro que la cantante debía ser la hija de algún señor feudal perteneciente a los reinos del norte.

La música empezó a adormilarlos y el efecto del alcohol comenzaba a menguar los sentidos. Ions llenaba su copa cada vez que Thomas la vaciaba, sin preguntarle. Thomas continuó bebiendo mientras la sonrisa placentera se le ensanchaba en el rostro.

Todo allí era correcto, se dijo a sí mismo: la música, el vino, la alegría del reino. Ferth era un

reino privilegiado y estaba feliz de haber nacido allí.

El Clan de la Luna:

Ions atravesó presuroso todos los salones del palacio y los sirvientes se hicieron a un lado al encontrarse con su presencia. El sonido de las pisadas contra el mármol retumbaba con fuerza en cada rincón, mientras pasaba por el Gran Salón y continuaba a la Sala de las Lámparas. — un hermoso salón repleto con globos de cristal brillando de diversos colores — Siguió por las grandes puertas interiores, hasta llegar al ancho pasillo descendente, que se dividía en seis caminos. Cada sendero lo llevaba lugares distintos dentro del palacio. De izquierda a derecha, los caminos daban al calabozo, la biblioteca, el salón comedor, la sala del trono, la sala de astrología y los aposentos del rey. El príncipe enfiló hacia este último destino y comenzó a subir por las escaleras de mármol y piedra tallada. Tardó unos cuantos minutos más en llegar a la habitación de su padre.

No había perdido ni un segundo en su camino: apenas le informaron que el rey requería su presencia, abandonó sus ocupaciones y se dirigió allí de inmediato.

Pocas veces el rey Theoden lo mandaba a llamar, y en general, solo hablaba con él durante la cena. Por eso mismo, Ions deducía que el contratiempo en cuestión era algo urgente e importante.

Llamó a la puerta y recibió el permiso para entrar. Apenas cruzó el umbral, dos cosas llamaron su atención. Lo primero que notó fue que su padre miraba consternado a través de la ventana. Lo segundo fue que sobre el escritorio de ébano en el fondo del cuarto, la jarra de vino se mantenía intacta desde la mañana, cuando fue posada sobre la mesa por el sirviente. Si su padre se abstenía de beber, es que el tema que estaba sopesando no era una cuestión personal, era un asunto relativo al reino.

Su padre no lo saludó de inmediato, parecía atiborrado en sus propios pensamientos. Ions no dijo nada y se limitó a observarlo por unos instantes.

El príncipe sabía, que en otras épocas, Theoden fue un rey esbelto y vigoroso. Quien cabalgaba a las guerras y peleaba junto a sus banderizos. Un hombre impetuoso y decidido, según dicen aquellos que lo conocieron en esos tiempos. Aunque hoy en día, era un soberano robusto, de abdomen prominente y rostro cansado. El vigor todavía brillaba en su mirada pero la vehemencia ya no era su fuerte. Su última batalla había sido en la Guerra del Grifo cuando Ferth se midió con Gargata en la Estepa Olvidada, la frontera entre Senaga y Gargata.

Dicho conflicto sucedió hacía ya diez años, poco después de que Lúcian llegara al palacio. Justamente, lo que desencadenó la guerra fue la invasión de los soldados gargatienses en las costas de Leveron. La misma invasión que les costó la vida a los padres de Lúcian.

Ferth fue el reino que emergió victorioso de aquel conflicto, y una vez finalizado batalla, colonizó parte del territorio que le correspondía a Gargata. Solo dejó en libertad a Senaga, pues auxilió a Ferth durante la guerra abriendo los puertos para facilitar el ingreso al continente. Por eso hoy en día, Senaga es la única nación independiente de Terra y la única republica del mundo.

Después de esa batalla su padre nunca más cabalgó hacia un conflicto armado, por eso hoy en día su figura estaba un tanto descuidada. Su carácter, con los años lejos de las guerras, se había vuelto más sereno y responsable.

En cuanto al aspecto compartía muchas semejanzas con Ions tenía el pelo castaño y los ojos

muy claros, de un azul imponente como un lapislázuli. Además de un rostro, que a pesar de los años, mantenía los bellos rasgos del linaje Wintersoul.

— ¡Hijo mío!, llegas antes de lo esperado— dijo con su tono normal lleno de algarabía y vigor—. Toma asiento y una copa de vino si te apetece— continuó mientras se sentaba en su gran sillón de piel y le indicaba la jarra con el dedo índice—. Debemos hablar, hoy ha llegado al reino una carta de Tears.

— ¿Una carta de Tears?— exclamó Ions incrédulo.

Su padre asintió con el rostro rígido mientras paseaba sus ojos una vez más por el contenido de la carta. Para muchas personas, incluido el rey, los presagios de los sabios eran la manifestación más certera del futuro cercano.

Tears era conocida como la isla de los sabios, y había dos formas de ver a esta misteriosa y fascinante comarca. La primera era decir que Tears es lugar donde aquellos que nacieran con el esquivo don de la hechicería podían iluminar su mente y adquirir maestría sobre las altas artes. Pues como dice el dicho, mantener en tinieblas la mente de aquel que ha nacido mago es algo peligroso.

Por lo tanto en la isla de los sabios se enseñan las artes del ilusionismo, la alquimia básica y el manejo de los vientos, mientras que los grandes maestros por momentos profetizan el porvenir de Gaia. La otra cara de la moneda sería decir que Tears es una cárcel. Una cárcel lujosa y sumamente bella, pero no más que eso. Si uno nace con la desgracia de ser hechicero, puede olvidarse de su libertad. En la isla se enseña a dominar los talentos mágicos, pero no se permite que los alumnos salgan nunca de la torre, solo por encargos especiales y trabajos de mercenarios.

Si algún día se le otorga la libertad a un hechicero quiere decir que o es muy mediocre y su talento no supone peligro. O por el contrario su talento es tan grande que pueden controlar completamente todos sus dones.

— Entonces padre... ¿Qué palabras arriban desde la academia? —preguntó Ions al notar que el rey no podía dejar de leer la carta.

— Presagios hijo...Y mucho temo que son ciertos. Hablan acerca de revoluciones en nuestro imperio y el retorno del Clan de la Luna— mientras hablaba su rostro se mantenía rígido, compungido, como si una espada pendiese sobre su cabeza en aquel instante.

— Los maestros de Tears llevan mucho tiempo entre sus muros padre, no hay que tomar tan en serio los presagios de unos ancianos reclusos—todo ferthiano conocía las leyendas acerca del Clan de la Luna. Un grupo de hombres que hicieron arder al mundo en dos ocasiones distintas. Los motivos que los habían movido a semejantes actos habían sido siempre un misterio para la historia. Lo cierto era que Elliot Wintersoul, se había encargado de terminar con ellos hacia quinientos años. Los bardos y juglares todavía cantan gestas y canciones acerca de las hazañas que terminaron en aquel recordado desenlace. Aunque esas son historias para otro momento.

— ¡No seas irrespetuoso Ions! Un rey no puede hacer odios sordos ante noticias de esta naturaleza— su padre se volteó con brusquedad, como si hubiese recibido una bofetada. Se mantuvo en silencio antes de aflojar sus músculos de un suspiro y decir con una solemnidad cansina—. Hijo, el reino no está en su mejor época. Los rumores que corren hablan de levantamientos contra la corona. Leveron está en una guerra civil en este mismo instante. La gente muere mientras hablamos, y no solo soldados, si no gente común, que tal vez soñaron con tiempos distintos. Si el Clan de la Luna fuese a retornar ahora, con el reino dividido, no sería fácil evitar la calamidad.

Theoden hablaba con un temor sincero. El reino no estaba en su mejor época, y una guerra ahora, sin dudas, no era lo mejor que podía suceder. Ions reconoció el miedo en el rostro de su padre y sintió que era su momento para hablar con vehemencia y decisión. Él tenía el vigor de la juventud y de hacer falta lideraría los ejércitos en la batalla.

— Somos el imperio más grande de Gaia, estos muros contienen al mejor ejército del mundo. El temor que inspira el nombre de Ferth pondrá en orden cualquier caos—Ions se dio cuenta que esas palabras no cambiaban el ceño de preocupación que llevaba su padre —. No te preocupes, cuando gane nuevamente la copa, reafirmare nuestra supremacía. Todos los reinos sabrán que mi espada es invencible y nadie se atreverá a levantar ni una rama contra nosotros—Ions cada vez hablaba con más preponderancia, se sentía lleno de potestad producto de una vanidad que crecía conforme hablaba.

— Es cierto, Ferth es temido por todos. Pero el temor lleva al odio, indefectiblemente lleva al odio. Y el odio, no tiene otro desenlace que el conflicto. Si el Clan de la Luna realmente apareciera y pusiera al mundo en nuestra contra, si las armas de la revolución apuntaran a nuestros muros. Dime hijo, en ese escenario ¿Crees que podrías ser un actor principal?—Theoden reflejaba tristeza en sus palabras, decepción en su ojos. Esperaba que su hijo viera el porvenir con más resguardo y que sintiera los conflictos del reino con mucha más empatía. La respuesta del joven no hizo más que agravar sus lamentos.

— Padre ¿recuerdas las palabras de nuestro reino?—hizo una breve pausa y se dispuso a continuar con un tono suntuoso y melódico—. Somos el León de Gaia, somos la gloria, el acero eterno, los herederos del mundo. Desterramos dragones, cambiamos el color de la noche, teñimos los glaciares con sangre, alteramos el curso del destino. Nos mantenemos aquí en los prados, donde el sol es pastor y donde obedecen las estrellas. Si los dioses quieren guerra nosotros nos mantenemos a través de ella. Si los dioses quieren destrucción nosotros se las brindamos, y si los dioses quieren que nuestro imperio caiga, nos enfrentaremos a la voluntad divina ¡Nuestro acero vivirá por siempre! —Ions no reflexionaba mucho acerca de la desbocada petulancia que demostraba, un error propio de su juventud y de su desmedida fama a tan corta edad.

— Hijo mío— respondió su padre con toda la ternura de un hombre que le habla a un chico con el fin de impartir una enseñanza—. Todavía eres joven, todavía te queda mucho que debes entender. Nunca has cabalgado hacia una guerra, llevando las riendas del caos. Todavía te falta sentir el odio de naciones enteras sobre tus hombros. Cuando llegue el día no serás tú quien tome control sobre el reino, el reino es quien tomará potestad sobre ti. Cualquier logro que te propongas sé que lo lograras, pues tu talento es enorme. Más grande aun que tu orgullo, espero. Me gustaría que escucharas por momentos mis palabras, pues los padres siempre tienen lo que a sus hijos todavía les falta, y yo sé lo que a ti te falta para ser el más grande rey de la historia. Pero no puedo hacerlo en contra de tu voluntad. Ahora por favor retírate, hablaremos en otro momento.

Mientras su padre terminaba de hablar por la puerta entró Christopher Arcadain. Recientemente nombrado cónsul de Ferth y consejero de su majestad. Seguramente él también estaba allí para hablar acerca de la carta.

Ions no replicó. La terneza en las palabras de Theoden, lograron amainar sus ínfulas de conquistador. Hizo una ligera reverencia, agachó su cabeza y se retiró de la habitación.

Antes de salir saludó al cónsul. Su relación con él era muy vaga, pero su hermano Lúcian lo respetaba mucho y pasaba gran parte del tiempo bajo su tutela.

Mientras bajaba las escaleras de mármol no pudo evitar pensar que pasaría si realmente los

presagios de los ancianos fuesen ciertos.

Se detuvo en seco en el medio de la escalinata y lanzó una risa al vacío. El sonido retorno en forma de eco.

— Los pondría de rodillas—dijo en voz alta para sí mismo.

La idea le causó cierta emoción. Elliot la gran leyenda de Gaia, había terminado con el Clan hacia años. Pero si volvían a aparecer, tendría una majestuosa oportunidad de gravar su nombre en la historia. El rey que terminó con los enemigos del mundo. Casi comenzó a desear que volvieran, que aparecieran en su puerta y trataran de entrar. Para que el pusiera un punto final en la historia, para que su leyenda comenzara y que fuera la más grande de todos los tiempos, una gesta que no se eclipsara ante ninguna otra.

Lo que Ions no veía, o no quería ver, era que en esa fantasía de fama a la que él se abrazaba y aferraba por orgullo, acechaban los peligros y las tinieblas contra los que su padre lo había puesto en guardia.

Los susurros del misterio:

Los barcos finalmente estaban llegando. Impulsados por la brisa estival de la bahía se desplazaban por las tranquilas aguas del embarcadero. William escrutó a lo lejos la plaza de Ferth, luego el palacio y luego el Valhala.

Se corrió del rostro los cabellos húmedos y cargados con la sal de la brisa marina. Eran tan rubios que brillaban como hebras doradas ante el sol del levante. Sus ojos verdes como los prados en el horizonte, vigilaban la lejanía sin tregua. No buscaba nada en particular, pero no quería pasar por alto ningún detalle.

Su embarcación flameaba la bandera de la casa real de Gargata. Un Halcón plateado con un sol dorado a sus espaldas sobre un fondo de azul.

Viajaba en una galera común, para nada ostentosa. Así lo dispuso su padre que había hecho lo imposible para evitar su viaje y no deseaba saber nada acerca de que William participara en los duelos. Ni siquiera había tenido la delicadeza de ocultar sus motivos.

— Eres muy impetuoso y actúas sin medir consecuencias— le había dicho con desdén —. Si no cambias pronto el reino sufrirá cuando seas soberano. No me gusta la idea que te presentes en Ferth, con tu carácter disturbarías la paz del rey— eso le había dicho antes de su partida mientras compartían la mesa con su medio hermano y con su madrastra.

Su padre nunca lo había querido mucho. Desde que era niño lo miraba con irritación, como si su hijo fuese algo que deseaba borrar. Las razones nunca estuvieron muy claras, pero los tiempos en los que William era un niño y anhelaba ese cariño habían quedado muy atrás, hoy en día el desprecio era mutuo. Después de todo, su padre fue el incompetente que llevó a Gargata, la capital de Terra, a ser simplemente otra colonia de Ferth y esclavos de los reinos del norte.

Gargata no debía arrodillarse ante nadie había pensado William, lo último que quería era tener que mantener la calma de un reino que no era el suyo. El joven príncipe se había quedado en tiempos anteriores, hacía más de diez años. Tiempos que ni siquiera era capaz de recordar y solo conocía por las historias y las canciones. En los poemas Gargata era un reino libre y orgulloso, poderoso y respetable, mucho más antiguo que Ferth. Eran los señores del Este, protectores de los reinos de Terra y no respondían a ninguna justicia ni mantenían ninguna paz que no fuera la propia.

William nunca supo cómo eran los grandes reyes de Gargata. Desde que tenía memoria su padre había sido siempre un cobarde, Un hombre patético que solo pronunciaba palabras para pedir clemencia o se levantaba de su trono era para inclinarse ante los señores de Odaria.

Desde que Ferth ganó la Guerra del Grifo ellos eran una colonia más del imperio. Le resultaba difícil decir que aquello había sido una guerra. Muchos aldeanos fueron masacrados para luego firmar la paz cuando Asfharas Windsword el padre de William le pidió piedad al rey Theoden y juró la lealtad de toda Terra a los reinos del Norte.

La madre de William murió en el Bastión del Relámpago mientras visitaba a su familia. Por desgracia los soldados de Ferth arrasaron el lugar y mataron a todos sin preguntarse quienes eran. Al día siguiente su padre lloraba en las botas de sus nuevos señores, sin siquiera pensar en tomar venganza.

Al cabo de tres meses, se había casado con la primera hija de la casa Firebane—los señores

de Risco Rojo, oriundos de Odaria— y engendraron un hijo.

<<Su duelo fue muy corto>>, pensó William.

Él era distinto a su padre, mucho más osado y temerario, valiente y también algo orgulloso. No concebía el tener que jurar lealtad a nadie antes de sentarse en su trono, cuando llegase su momento de gobernar. Mucho menos quería arrodillarse frente al pueblo que había matado a su madre. Suficiente asco le producía ver a su madrastra y a sus hijos portando la presuntuosa sangre del Norte en sus venas.

Los barcos llegaron al puerto y amarraron en los muelles. El ruido de las pisadas sobre la madera del malecón se hizo notar mientras aquellos que viajaban con la intención de presenciar el Duelo de Campeones bajaban apresurados de los barcos. El embarcadero lentamente fue tomando color con los escudos de las grandes casas.

William viajaba con dos escoltas que pretendían velar por su seguridad. Pero puesto que su padre se había encargado de elegirlos, no eran otra cosa que los hombres más torpes e incompetentes que William habían visto en sus diecisiete años de vida.

Uno de ellos, Tom. Un joven gordo y con grandes cachetes rosados, de cabellos cortos y un tanto ridículos. Se había pasado todo el viaje vomitando por los mareos que le producía el barco. Para colmo no había armadura de su talle así que vestía un jubón de cuero desgarrado y unos pantalones de tela de un ancho formidable. Según él esas eran las únicas ropas que le resultaban cómodas.

Durante el viaje le dijo al joven príncipe que no se preocupara por sus ropas. Ya que no necesitaba una armadura para proteger a su señor mientras tuviera su espada. Quiso desenvainarla para demostrar su convicción, pero lo hizo con tal torpeza que estuvo cerca de arrancarle la cabeza a William.

El otro de sus escoltas era Raymond un joven flaquito y raquítico que apenas podía levantar una espada sobre sus hombros. Lo que más preocupaba a William sobre Raymond, era su sanidad mental. A lo largo del viaje lo había visto hablando solo, incluso en lenguas extrañas, lenguas que no existían.

El príncipe descendió del barco y comenzó a caminar a través de los muelles con dirección a la ciudad. Detrás de él lo seguían a paso cansino sus ridículos escoltas. Recorrió la Plaza del Viento y se internó en el mercado de Ferth. La ciudad desbordaba de gente, los mercaderes escrutaban las cuatro direcciones en busca de incautos e ingenuos. El aire estaba impregnado con el olor de especias que el príncipe de Gargata desconocía.

— Deberíamos buscar una posada para pasar la noche, mi señor— dijo Tom. Hablaba lento, como si tuviera que pensar cada palabra antes de decirla.

William sabía perfectamente que las posadas más importantes de Ferth se encontraban en torno a las tres plazas principales de la ciudad. Lo había escuchado en su estancia en el barco por lo menos diez veces. Sin embargo prefirió no decir nada y aprovechar el momento para separarse de los idiotas.

— Ciertamente conveniente, Sería una gran idea separarnos y buscar información sobre donde pasar la noche. Nos reuniremos de nuevo aquí en tres horas—dijo con un tono amable y condescendiente, intentando ocultar su fastidio.

— Imposible mi señor estamos obligados a acompañarlo en todo momento—le respondió el gordo, mientras Raymond asentía a sus espaldas.

William cambió su falsa sonrisa por una mirada tan fría que parecía calar en los huesos de sus escoltas. Mientras se viera acompañado de los dos idiotas le sería más complicado que su plan

concluyera con éxito.

El príncipe de Gargata miro la capa que llevaba sobre sus hombros Raymond, el joven loco y debilucho. La pidió prestada con la excusa de ocultar sus ropas de noble y no llamar la atención. El loco se la entrego con desconfianza. No era que sospechara que Williams pretendía engañarlos, Raymond miraba con desconfianza y miedo hasta a las ratas de la bodega del barco y a las palomas en los tejados de Ferth.

— También sería bueno que se repartan estas monedas de oro entre los dos. Sin dudas ustedes serían más capaces de defenderlas si alguien intentara quitármelas.

El gordo Tom asintió sonriente como si le hubieran otorgado una medalla de honor. Se llenó los bolsillos de oro de la misma manera que lo hizo el loco.

William les indico que era momento de seguir con la marcha indicando el camino. Los guio hacia el Gran Mercado sin que sospecharan nada, allí había cientos de mercaderes y vendedores ambulantes, poseedores de un don muy singular y famoso conocido por todos los viajeros.

Ellos podían saber de alguna forma, cuantas monedas de oro llevaba cada hombre en sus bolsillos y atosigaban a quienes tenían fortuna hasta conseguir venderles algo.

Al poco tiempo los dos escoltas comenzaron a ser atosigados por una multitud de intensos vendedores. William aprovecho la confusión para desaparecer entre la gente y se alejó sin mirar atrás. No se preocupó por las monedas que había dejado atrás, no las necesitaría, desde el inicio su viaje estaba cubierto por un patrocinador envuelto en misterios.

Se desplazó con celeridad a través del mercado, con sus ostentosas túnicas enmascaradas bajo la derruida capa que había tomado del loco. El olor de la misma le produjo náuseas, era un aroma tan invasivo que corrompía la razón. A pesar del asco se aferró a la tela con vehemencia hasta que logro salir del bazar arribando a las puertas del Templo de Cristal.

Por un instante los ojos de William reposaron incrédulos sobre la ostentosa torre que frente a sus ojos. Luego reprimió su fascinación, ese tipo de monumentos al exceso se veían en todos los rincones del imperio de la guerra. Eran el sello de una cultura despreciable, un pueblo que le había arrebatado su infancia.

Escupió con desprecio ante la escalinata del templo. Se quitó la capa maloliente y la lanzo allí frente a la entrada. Sintió fuertes ganas de vomitar cuando el viento le alcanzo el aroma de aquel trapo por última vez. Se preguntó a sí mismo, como podía ser que Raymond la llevara puesta todo un viaje, tal vez por eso había perdido la cordura, se sonrió con solo pensarlo.

No perdió más tiempo. Ya sabía adónde ir. Solo era cuestión de averiguar qué camino tomar.

Su patrocinador le había advertido que todos los caminos de Ferth van en una ligera pendiente hacia arriba en dirección al centro de la ciudad. De forma que sin importar que camino tome uno la mientras sea hacia arriba, se llegará indefectiblemente a la Plaza de los Suspiros, un parque donde los niños juegan de día y los hombres de noche.

Alrededor de aquel lugar estaban todas las posadas, alberges y tabernas más populares del reino.

Ocultos entre las callejuelas cercanas, escondidos como un árbol en el bosque. Uno podía encontrar servicios similares, aunque mucho más discretos, con menos preguntas y escasa moralidad.

Tal era el caso de “skoughll” una taberna polvorienta y con fuertes aires de tugurio, atendido por descendientes de las tribus Asgareñas que quedaron en Ferth desde la guerra de los confines.

Escondido en la quinta diagonal y avenida Laioscain, aquel local pobremente iluminado y con un mobiliario completo de madera vieja y podrida. Servía la mejor comida que había en la capital

de Odaria.

Casi como contrapartida, para beber había solo una opción, cerveza destilada por los mismos dueños. Destilada de la misma forma que se acostumbraba en Asgard hace más de 500 años. Este brebaje ancestral que la clientela regular consumía con fascinación, al parecer solo podía ser ingerido por aquellos con descendencia en las tierras del oeste. De lo contrario uno corría el riesgo de perder el hígado a merced de los fermentos.

William se cruzó el umbral en silencio, sin levantar la mirada, la preponderancia de sus ropas languidecía ante la tenue luz de los faroles de aceite. Afuera el día brillaba pleno, pero allí dentro sin ninguna ventana que diese al exterior resultaba fácil perder noción del tiempo y pensar que ya había arribado la noche.

Incluso oculto en las tenues tinieblas del bar, el atuendo del príncipe llamaba la atención.

Pero en skoughll todos se ocupan de sus asuntos. Ninguno levanta la mirada de su cerveza para observar un rostro desconocido y ninguno pregunta a menos que esté dispuesto a lidiar con el precio que conlleva el conocimiento.

El joven enfiló hacia una mesa al final del bar, en la esquina derecha y en diagonal al mostrador. Apenas se acercó, de uno de los asientos se levantó un hombre a saludarlo con reverencia. Ambos tomaron asiento. Frente a William se sentaba el misterio, envuelto en túnicas grises y con el rostro tapado por una máscara lisa de color negro.

— Es un placer el encontrarnos finalmente, mi señor. ¿Ha tenido tiempo de disfrutar su estadía en Ferth? — hablo con tono galante y voz seductora, se podía detectar el carisma de aquel hombre solo con escuchar la seguridad en su habla y el lenguaje de sus manos.

— ¿Acaso te burlas de mí?, Escondes tu rostro de mi presencia y me recibes con tu “señor” y tus reverencias tiesas— respondió William, fingiendo más enojo del que realmente sentía. Tanteaba el terreno, pues quería ver si podía amedrentarlo con la autoridad que le confería su nobleza.

— Si herí susceptibilidades le pido disculpas. Joven heredero del Halcón del Este. Jamás mi intención sería la de burlarme de usted. Sería mejor, sin embargo, dejar de lado las vulgares hostilidades y simplemente forjar una fructífera relación de mutuo beneficio. — El hombre respondió con suma grandilocuencia y elegancia. Su lenguaje y estilo de habla suntuoso era algo que William no había visto jamás en la corte real de Gargata. Este hombre estaba instruido como pocos, y había nacido en cuna de oro sin lugar a dudas.

— ¿Y cuál sería el beneficio mutuo? que podría obtener yo de alguien tan cobarde para no dar la cara— por un momento pensó en emular el tono de su interlocutor. Replicar su elocuencia, a modo de una burla sarcástica. A pesar de la intención, de su boca solo brotaban palabras más soeces.

— ¡¡Ay por los dioses, por los del Ferth y los de Asgard, que futuro nos espera con estos príncipes jóvenes e impetuosos que nos trae el nuevo siglo!!— vociferó en tono trágico cómico. Luego continuó bajando el tono y hablo casi con la fuerza de un susurro—. Comprendo que el poder arbitrario que simboliza una corona, corrompe la mente y el buen juicio de un príncipe. Como el vino o las mujeres para el hombre joven, o la avaricia al anciano o la vanidad a la mujer. Pero no pensará realmente, a pesar de tus cortos años, que aquellos que deciden el futuro del mundo son los que caminan por las calles a luz del día y con el rostro descubierto. No mi joven señor, el poder disfruta yaciendo junto a aquellos que tienen los subterfugios para ocultarlo.

— Basta de discursos bufón. Dime exactamente en qué puedes servirme o mi primera visitita a

esta polvorienta taberna terminará en violencia— William golpeo la mesa con la palma cerrada, comenzaba a perder los estribos. Un suceso que ocurría a menudo, la paciencia no era su fuerte y nunca lo sería. Nadie en el bar se inmuto. Todos mantenían la mirada gacha en su propio terruño de tinieblas.

El hombre rio, como si la sincera amenaza del príncipe lo divirtiera—. Puedo ayudarlo. Abrir algunas puertas. Como las del calabozo. Si usted llegara a caer allí por algún delito mientras disfruta de su visita al reino— hizo una pausa y lo miro fijo a través de los acotados orificios de la máscara negra— ¿Cuánto desea usted, ver a Gargata como una nación libre nuevamente?—

William se sentía tentado por escuchar atentamente a aquel individuo misterioso. Al mismo tiempo se mantenía escéptico acerca de sus intenciones— ¿Qué es lo que quieres a cambio? — Pregunto.

La respuesta se escuchó certera, límpida como el acero—. El reino— trago saliva antes de agregar—. Usted tomará la libertad de su pueblo y la de su continente y jamás se alzarán en armas contra aquel que yo decida poner en el trono de Ferth. Una vez que el incordio de Theoden este fuera del camino. Confío que nuestros reinos, como dije antes, puedan tener una prospera relación de mutuo beneficio.

— Supongamos por un momento que accediera a esto, como habríamos de proceder.

— Primero que nada es imperativo que alcance la final de la copa de campeones. No cabe duda de que allí lo esperará Ions Wintersoul. Matará al príncipe heredero en la arena del Valhala, frente a todo su pueblo. Uno de mis sirvientes intercambiará la espada de acero Sentiano, por una realmente afilada. Nadie notará la diferencia, hasta que sea tarde. Te apresaran los guardias. Mate usted a tantos como desee. Cuando lo lancen al calabozo, otro de mis pajarillos abrirá la puerta para que escape. Los por menores los arreglaremos más adelante, concéntrese ahora en alcanzar la final, si no lo logra y queda usted por el camino, lamento decirle que perderá mucho más que un torneo.

Apenas termino de hablar junto las manos y entrelazo sus dedos, esperando la respuesta de William.

— Así será entonces— Asintió el otro con decisión, tenía desconfianza. Pero si no tomaba la oportunidad, pasaría su vida como un esclavo del León. — Este año la sangre azul teñirá el suelo del Valhala. Así lo avizora el Halcón—

Lo último era el lema de la familia Windsword — .Así lo avizora el Halcón—, el Halcón era el apodo de Gargata. Así como a Ferth se lo Apoda el “León de Gaia”. Eran palabras de otras épocas, palabras que se pronunciaban cuando Gargata elegía su propio destino y eran un reino respetado.

El hombre misterioso sonrió por debajo de la máscara y asintió —Así lo avizora el Halcón—. luego se dispuso a retirarse, no sin antes reverenciar nuevamente al joven Windsword.

Nadie se movió, parecía como si hubiese pasado un fantasma. Abrió la puerta del local con dificultad y se escuchó el roce de la madera inflada por la humedad contra el pórtico del umbral.

En skoughll esta escena de traiciones y golpes de estado era algo que se vislumbraba casi todas las noches. Todas quedaban en la deriva de la intención, arrojadas por la falta de disciplina para ponerlas en marcha. Pero aunque nadie de los presentes lo noto, esa noche particular era una excepción.

La elegancia del huérfano:

Aquella tarde comenzaba el torneo. Y Thomas, siendo infiel a su puntualidad habitual, llegaba tarde para ver los cuartos de final. El escudero corría con celeridad hacia el Palacio Valhala, tratando de no dejarse consumir nuevamente por la euforia y el patriotismo de las calles.

Para el joven este era el momento más hermoso del año, y le era difícil no enajenarse durante la previa del torneo.

Las calles empedradas de las avenidas brillaban con fuerza bajo un sol de vapor, que se derramaba sobre ellas en una guirnalda de cobre líquido. Sobre las piedras se extendían mantas conteniendo modestos adornos y baratijas, aprovechando la temática del torneo.

Las banderas con el escudo de armas de los participantes o las túnicas con los colores de cada país y la fecha bordada en hilos de seda, eran algunas de las mercancías ofrecidas durante el evento.

La gente vestía los colores de su nación como si fueran su propia piel. El pobre y el rico se miraban a la cara y solo veían la misma bandera sobre el pecho del otro. A Thomas no le importaba si esa conducta patriota era impulsada por razones de poca consistencia, disfrutaba tanto de verla que terminaba por sentirla él mismo.

En esta época todos los pueblos del mundo zarpaban hacia los reinos del norte. Era la temporada, en la cual los hechiceros mediocres se ganaban el oro que habría de durarles un año entero. Pues ellos eran los encargados de convocar a los vientos para impulsar las embarcaciones desde los cuatro confines. Tarea por la cual se los recompensaba generosamente, todo en aras de llegar rápido y partir pronto. Miles de personas arribaban a los muelles de la capital en cuestión de unos cuantos días, y todos partirían a sus respectivos reinos al cabo de una semana. Impulsados por la misma magia que los había traído.

Thomas disfrutaba el escuchar las historias de los intrépidos viajeros que llegaban al puerto y las prefería muy por encima de las fábulas del Viejo Halcón. Escuchar las vivencias, aventuras y rumores era un interés que lo arrastraba sin reparos, a interpelar a los pioneros y mantener largas conversaciones.

Desde sus primeros años de vida, hablaba con todo el que pudiese, y por eso el escudero conocía el nombre y la vida de más de la mitad de los habitantes del reino.

Quería escuchar sus vidas para luego contar las más interesantes. Y contarlas de nuevo, hasta encontrar la pizca de ficción que endulzaría el relato. Esa actividad lo divertía, era un pasatiempo que se había tomado con el fin de mejorar su arte, pues algún día él pensaba escribir la historia del reinado de Ions.

Sin embargo, aquella tarde se había excedido. Por primera vez en su vida era lo suficientemente mayor como para entrar solo a un bar. Allí escuchó las historias de cuatro forasteros y se olvidó de todo. Por eso, ahora esprintaba rápidamente a través de la multitud de fertianos que atestaban las calles preocupado de perderse el evento más importante del año.

Le costó casi veinte minutos llegar y para entonces los cuartos ya habían comenzado.

Subió las escalinatas de mármol que rodeaban al Palacio Valhala mientras por su rostro rodaban perlas de sudor. Siempre se sentía tan diminuto en aquel lugar.

Costaba pensar que aquella obra monumental de la arquitectura ferthiana había costado solo doce años de construcción: se ubicaba en el extremo noroeste de la capital, en donde se erigían desde el suelo tres pisos de simetría ovalada, apoyados sobre arcos de piedra revestidas con plata, conformando un enorme pasillo abovedado. Las piedras en los pisos superiores estaban talladas en forma de cabezas de león o del escudo del reino y recubiertas con oro.

El perímetro del palacio contenía una serie de puertas numeradas, donde unas fichas con información detallada ayudaban a los espectadores a encontrar sus correspondientes graderías y asientos. El techo estaba parcialmente cubierto por una cúpula de cristal incompleta apoyada sobre vigas de oro sólido, que protegía las gradas y los palcos de las inclemencias del tiempo, mas dejaba la pista de arena donde los competidores pugnarían por la gloria de su nación, al descubierto y ante la mirada del sol.

Apenas entró, comenzó a subir las escaleras que unían los distintos anillos del palacio hasta llegar a la tercera planta.

Thomas prefería mirar el torneo desde las tribunas populares.

Allí los asientos eran de madera y no de mármol a diferencia de los palcos de la nobleza, aunque por otro lado, los gritos y la euforia se sentían con más ímpetu.

Su padre se encontraba del otro lado del palacio, en el palco real como le correspondía a la mano del rey. Su madre, quien había venido desde Evalin hasta Ferth para presenciar el evento, seguramente estaba en los palcos de la nobleza junto a sus dos hermanos menores.

Apenas arribó a las graderías escuchó un grito ensordecedor. Buscó un resquicio entre la gente intentando ver la arena, pero cuando por fin lo logró, ya no había ningún combate en marcha y parecía que se había perdido bastante por culpa de su tardanza.

Decidió interpelar a un desconocido:

— Disculpe, acabo de llegar ¿Cuánto me he perdido?

— Unas cuantas emociones y sorpresas— dijo el hombre con una sonrisa jocosa, mientras estiraba sus bigotes con la punta de los dedos—. Ya casi se termina la ronda de cuartos, solo resta un combate, el del joven Wintersoul—apenas dijo “El joven Wintersoul”, elevó la voz de un grito— ¡Larga vida a la Tempestad!— toda la grada coreó junto a él.

‘La Tempestad’ era el apodo de preferido por la gente, para hacer referencia a Ions.

— ¿Y cómo fueron los resultados de los combates?

— El dragontiano Zhepher Wylf superó sin inconvenientes a Greadus Asawlyn el joven debutante de Anka—dijo antes de continuar con un rostro más afligido—. Luego llegó la primera sorpresa. Lúcian Haragraf el huérfano real venció a Abbathorn Flint en un combate excepcional. Muchos perdieron dinero en ese combate, yo me incluyo — agregó mientras calculaba mentalmente cuantas monedas había perdido.

Thomas entendía la sorpresa, Abbathorn Flint, oriundo de Asgard, fue subcampeón del último año y era bastante lógico apostar por él

— Imagino que el combate restante lo ganó Filio Roberti...— dijo Thomas con la mirada de soslayo.

El hombre se sintió mortificado al escuchar aquel comentario:

— Niño no me recuerdes otra de mis apuestas fallidas y dime cómo es posible que el ‘Gigante Oriental’ pierda en primera ronda. ¡Y con un gargatiense! ¡Desde cuando ese reino sabe empuñar una espada!

Thomas no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Filio Roberti era más bestia que hombre y probablemente el guerrero más fiero que había visto en su vida. El joven no dudó en

preguntar el nombre de aquel que lo había vencido.

— William Windsword, el príncipe de Gargata— la amargura de la derrota se sentía en su voz, aunque la ocultaba muy bien tras un velo de buen humor—. Creo que Roberti se confió demasiado... Pero, aunque me duele admitirlo, aquel joven es muy bueno.

Antes de que pudiese seguir preguntando el estadio empezó a vitorear con locura, eso solo podía significar que Ions acababa de entrar a la arena.

Todo el público de Ferth entonó el himno de la nación y Ions lo cantó junto a su gente mientras levantaba su espada ante los rayos del sol. Thomas tenía que admitir que su amigo sabía cómo emocionar a una tribuna. La fascinación que causaba en su pueblo, era algo que no se veía desde hace siglos.

Luego de que los ferthianos se calmaran, entró en la arena Galendash Fell; un participante que provenía de Sevalthia, la ciudad de los bosques, y que con sus cortos dieciséis años era el más joven en aquella edición del torneo.

Aunque nadie esperaba mucho de él, todo el estadio lo aplaudió. Ya por el siempre hecho de presentarse al combate frente al Santo del Viento, era digno de ser aplaudido.

El espectáculo no se prolongó por mucho tiempo, solo seis golpes y Galendash había perdido.

La tribuna popular comenzó a gritar “La Tempestad” a un ritmo frenético. Los nobles en los palcos se partían las manos aplaudiendo, estaban todos en presencia del genio de la década.

No era en vano semejante alago, pocas personas tenían la mente aguda y el instinto necesarios para desempeñarse en el fragor del combate con la calma que mostraba el príncipe.

Ions era poseedor de una agilidad singular, no había guerrero tan rápido y escurridizo como él. Siempre permitía que el oponente lanzara el primer golpe y dependiendo la dirección por la que proviniera el mismo, siempre tenía una defensa y una respuesta. Iniciando de esta forma la danza del viento, un baile donde la frustración absorbía a sus enemigos, pues les resultaba imposible alcanzarlo, y jamás lograban rozarlo.

Ions se movía con pasos simples y gentiles como si fuera la brisa en los prados, luego de un tiempo, sin previo aviso decidía arremeter y terminaba los duelos en un instante con la velocidad y la vehemencia de un vendaval.

Por eso, su gente había optado por apodarlo “La Tempestad”

En teoría resulta sencillo, elegante y eficaz. Pero en la práctica se necesita de mucha destreza e instinto para mantener la compostura en las peores situaciones. Para reaccionar con eficacia, si el rival llegara a salirse del libreto.

El príncipe tendió su mano a su oponente derrotado y le dijo algo que Thomas no pudo escuchar.

Ambos saludaron al público antes de volver a las barracas debajo de la arena, Galendash sonreía con su rostro infantil como si no hubiera perdido en absoluto: después del torneo Thomas se enteró de que Ions le había ofrecido al joven la oportunidad de unirse a las legiones de Ferth. Podría enlistarse en la guardia real cuando alcanzara la mayoría de edad y hasta entonces era bienvenido a mudarse al palacio real, como huésped.

Tuvieron que esperar por veinte minutos antes de que comenzara la ronda semifinal.

El cónsul, Christopher Arcadain, surgió desde los palcos más elevados para anunciar el orden de los duelos. Los combates serían los siguientes: Lúcian Haragraf contra William Windsword y Ions Wintersoul contra Zhepher Wylf.

Luego, el político anunció los nombres de aquellos participantes que debían presentarse en la

arena.

A los pocos minutos, desde las escaleras ubicadas en los extremos opuestos del campo de batalla, surgieron los participantes.

Primero Lúcian, quien recibió una moderada ovación por parte de algunos ferthianos. Thomas bufó molesto al ver como el huérfano saludaba a las tribunas. Del otro lado de la arena surgió William.

La tribuna de Gargata estaba parcialmente vacía y no profirió sonido alguno, solo algunos aplausos de cortesía. Esta nación jamás había ganado la copa y no tenía la ambición de hacerlo, ni el jolgorio de disfrutar el deporte.

Antes de dirigirse hacia Lúcian, el príncipe de Gargata miró a su tribuna. No los saludó y, en cambio, les dirigió una mueca de profundo desprecio.

Christopher Arcadain indicó el comienzo de la contienda.

William se abalanzó sobre Lúcian con celeridad. El huérfano lo bloqueó sin esfuerzo y con suma elegancia. Lúcian usaba dos espadas y su estilo estaba pulido al punto que la transición entre ataque y defensa era imperceptible.

— No es tan fácil...Perdiste— le dijo a William con un tono apagado y carente de emoción, mientras lanzaba un golpe descendente con la espada que había quedado libre.

El príncipe de Gargata esquivó el acero al echarse hacia atrás y luego arremetió nuevamente, esta vez con mayor recaudo.

El Valhala enmudeció. Los aceros chocaban rápidos, efímeros como relámpagos en el horizonte, con menos de un segundo entre cada impacto.

Las respiraciones agitadas resonaban a través de las graderías. La furia creciente del príncipe gargatiense se sentía en todos los rincones, no era de esperarse que aquel combate se prolongara tanto.

Los espadaños llovieron sobre William por todas las direcciones, pero él se valió de su instinto y detuvo todos los golpes. En algún momento dentro de esa serie de ataques, William recibió un golpe en el cuerpo y desde las gradas se podía notar como se inclinaba levemente producto del dolor, a pesar de esto el gargatiense no se amilanó, su furia creciente le daba fuerzas.

Lúcian parecía estar en perfecto estado, realmente nadie en Ferth se había dado cuenta lo mucho que había mejorado con la espada, parecía danzar con elegancia alrededor del fragor de las espadas. El joven escudero en las gradas se sintió furioso ¿Si era así de talentoso, porque no servía como caballero del rey?

El combate se detuvo un momento, los contrincantes le dieron descanso al acero y comenzaron a hablar entre ellos.

— Eres bueno—dijo Lúcian portando una enorme condescendencia—. Pero yo también soy bueno, desde que era muy pequeño, he practicado junto al príncipe de Ferth, y esta tarde vas a perder frente a la elegancia de mi espada.

El otro lanzó una estridente carcajada.

— Es verdad. Eres mejor que yo. Espero que mi espada sea tan elegante como la tuya en unos años.

— Si admites tu derrota, ¿por qué te ríes así?

— Porque no admito ninguna derrota, yo sé algo que tú no.

— ¿Y qué es? —dijo Lúcian con una falsa mueca de diversión.

William clavó la espada en la arena frente a él, con la mano derecha y la tomó de nuevo esta vez con la mano izquierda.

— Que soy zurdo.

Thomas no pudo ver el rostro de Lúcian, pero su cuerpo fue presa de una enorme tensión que se apoderó de él, súbitamente.

El combate prosiguió, pero el ritmo distinguido y refinado que había tenido hasta entonces quedó en el olvido. Las espadas chirriaban ahora presa del caos, la furia, el desorden y la violencia. William llevaba las riendas de la contienda y sus golpes caían certeros y vehementes, con tal prontitud que Lúcian no atinaba a dar respuesta alguna.

Cada vez que encontraba el resquicio, el príncipe de Gargata lo golpeaba en el rostro con su puño, o en la boca del estómago de una patada.

Todo sucedía muy rápido para el huérfano real, y mientras su compostura descendía sometida por una espiral de vorágine, recibió casi sin notarlo un espadazo de lleno en el costado del rostro.

Cayó derrotado en la arena con su mandíbula sumamente adolorida, temiendo que se hubiera quebrado y agradeciendo a los dioses el no haber perdido la vida.

— Eres bueno...— le dijo ahora William con desdén—. Pero yo soy el mejor de Gaia.

Desde muy pequeño me acunó el rencor y aprendí que la espada es un instrumento para matar y no un juego para divertir a los nobles—tras unos segundos silencio sentenció en forma cortante—. No olvides jamás mi nombre, soy William Windsword, hijo de Asfharas Windsword. Legítimo príncipe de Gargata. El santo de los Hielos.

William se levantó y emprendió su retirada triunfal, cansado pero satisfecho, sonreía de soslayo a la tribuna de su pueblo que antes había estado en silencio sepulcral y ahora vitoreaba al joven príncipe como si siempre hubieran creído en su talento.

Estaba cerca del arco de piedra que lo llevaría nuevamente a la barracas debajo del Valhala, cuando se escuchó con fuerza el último suspiro de Lúcian Haragraf.

— Caerás— predecía el joven derrotado antes de perder la conciencia.

Fuego, tempestad y hielo:

El combate entre Lúcian y William se había terminado.

Ions se encontraba en las barracas debajo de la arena, colmado de una profunda expectativa y completamente incapaz de controlar sus emociones.

En poco tiempo estaría enfrentando a Zhepher Wylf, el hijo de las llamas eternas de Thorv, quien se había adormilado por años entre el fulgor de los volcanes para asistir hoy a la copa como el ‘Santo del Fuego’, ‘La llama Carmesí’.

Ions tenía en cuenta que el resultado de los próximos combates afectaría directamente el futuro del reino: aunque muchos pensaban que este torneo era una simple competencia para entretener a los nobles ociosos, eso no era para nada cierto. El Duelo de Campeones tenía una larga y complicada historia y los propósitos por los cuales este torneo se llevaba a cabo, habían mutado con el correr de los años. En los inicios del torneo, cualquiera podía ingresar, sin importar su procedencia o su título.

Era la forma que el rey ofrecía para que los hombres pobres pudiesen aspirar a la fama y al título de caballero, incluso si no habían nacido en cuna de oro.

Luego, Caleb el conquistador, años antes de forjar su imperio, cambió las reglas y obligó a los pueblos a elegir a un campeón, al mejor de sus soldados. De esta forma, Caleb observaba el nivel militar del que disponía cada reino, y sabía quiénes eran los débiles y quienes los fuertes.

Finalmente cuando Ferth se convirtió en imperio, el duelo pasó a ser un evento fundamental para mantener unido al continente. Todos los reinos del norte habían jurado lealtad a Caleb Wintersoul, y lo habían hecho porque admitían que él era, en aquel momento, el mejor soldado con vida. Aceptaban que los ferthianos eran una raza superior en las labores del combate y juraban lealtad para obtener la protección frente a las potencias militares de otros continentes.

Por eso, era necesario que Ferth siempre hiciera un buen papel en el torneo, y dependiendo la época, la victoria podía ser imperativa para evitar revueltas en Odaria.

Tal era el caso de este año, donde era importante que Ions ganara el torneo. Pues si tenía éxito, seguramente las revueltas en Leveron terminarían por apaciguarse, pero si fallaba en obtener el título, su fracaso alimentaría las intenciones revolucionarias y complicaría la soberanía.

Uno de los ayudantes del Valhala se acercó hasta el príncipe y le dijo que Lúcian había perdido.

— Lo han llevado a la enfermería, inconsciente— el rostro del príncipe adquirió la rigidez de una roca apenas escuchó aquellas palabras —. No se preocupe, señor, su vida no corre peligro alguno.

El ayudante se alejó en silencio después de aquel comentario. Ions respiró aliviado, por un momento había temido lo peor.

Lúcian no hubiese sido el primero en morir durante el Duelo de Campeones, por más que las espadas no tuviesen filo, matar al contrincante no violaba ninguna regla.

Finalmente llegó el momento de que salir a la arena y el príncipe se sentía más decidido a ganar que nunca. Deseaba cruzar espadas con aquel que había vencido a su hermano, y de lo posible quería dejarlo inconsciente, para defender el honor de su familia.

La voz de Christopher Arcadain retumbó en el subsuelo.

El cónsul presentó a los combatientes y Ions emergió desde las barracas.

Apenas llegó a la arena, saludó a su gente. Sentía un enorme cariño por todos ellos, a pesar de que conocía personalmente a muy pocos.

El amor que le mostraban cada vez que entraba allí, y los aplausos atronadores que se escuchaban cada vez que subía las escalera, eran razones suficientes para que él quisiera brindarles un espectáculo memorable.

Fiel a su costumbre, entonó el himno de Ferth con su espada en alto ante un sol crepuscular.

Luego se acercó a Zhepher quien había sido presentado anteriormente. Después de saludarlo miró hacia las graderías de Thorv.

Tal como le había contado el Viejo Halcón, los dragontianos eran todos muy similares en aspecto: Todos tenían algunas escamas desperdigadas por un cuerpo que resultaba similar al de cualquier ser humano. Zhepher tenía manos particularmente escamosas, con uñas largas, gruesas y afiladas.

Su rostro era el de un hombre común, no mostraba ninguna marca y parecía hecho en porcelana. Resaltaban sus ojos que brillaban de un color carmesí intenso, como pozos de sangre, escondidos tras una maraña de cabellos rojizos como los tonos del atardecer.

Llevaba el pelo muy largo y las intensas hebras caían sobre sus hombros como un manantial de fuego. No era particularmente alto ni fornido, a pesar de esto, transmitía una imponente presencia.

Él dragontiano no portaba una espada, sino una enorme hoz de dos filos, fabricada especialmente para que pudiese competir con su arma predilecta—Si bien la mayoría de los participantes del duelo utilizaban espadas, la competición permitía cualquier tipo de diseño, siempre y cuando fuera fabricada por los herreros ferthianos y careciera de filo—.

Arcadain se puso de pie y realizó un breve discurso, remarcó la importancia de tener a la nación de Thorv participando en el evento. Apenas terminó, el cónsul recibió una tímida ronda de aplausos y dio por comenzado el duelo.

Ante la señal, Zhepher se abalanzó furioso contra Ions, lanzando un golpe caprichoso al aire.

Ions lo esquivó con una leve acrobacia. La misma escena se repitió unas tres veces y el príncipe evitó cada golpe con una singular destreza. Su agilidad y reflejos eran algo que pocos hombres podían emular. Por eso le quedaba como anillo al dedo el título de ‘Santo del Viento’, pues el príncipe parecía ser capaz de caminar sobre el aire.

El joven Wintersoul se daba cuenta que su rival estaba probando sus fortalezas y él había decidido aprovechar el momento para realizar un breve calentamiento. Lo cierto es que el combate de cuartos no lo había exigido tanto y se encontraba un tanto tieso.

Cuando el dragontiano intentó envolverlo por la cintura con su hoz, Ions se escabulló detrás de él con una acrobacia. Zhepher lo buscó a sus espaldas sin perder un instante y los aceros se encontraron bruscamente. Antes de que los metales volviesen a chocar, el príncipe se echó hacia atrás con otro salto y aterrizó en el suelo con elegancia.

El duelo que todos habían esperado parecía ser un juego a los ojos de la tribuna.

Ions tronó su cuello, luego sus nudillos, y solo después se colocó en posición de comenzar.

Las graderías de Gargata y Thorv enmudecieron al contemplar la espada de ‘La Tempestad’.

La furia de la tormenta, la calma del viento, lo precario del relámpago y lo incontrolable de la brisa. Ions había pulido sus talentos, y todas sus cualidades inigualables se desgranaban en la esgrima más perfecta de Gaia.

Zhepher fue golpeado incontables veces por la espada de su rival, y aunque acertara a

bloquear un golpe, otros nueve resultaban certeros; si las espadas hubiesen tenido filo Wylf habría sido destajado por su oponente y habría muerto irremediablemente a merced de la hemorragia.

Cuando el dragontiano intentó tomar el control, el príncipe le respondió con una patada en el rostro, que terminó por lanzarlo hacia el piso. Zhepher amortiguó la caída con su mano izquierda, quedando de rodillas, pero libre de las furiosas arremetidas de Ions.

El dragontiano estaba exhausto, se podía observar a simple vista. Para Ions era sorprendente que siguiera de pie luego de semejante castigo; seguramente su raza era mucho más resistente que la de los hombres.

— ¿Sabes que simboliza este torneo?— habló el dragontiano con voz ronca y zarrapastrosa.

Ions no respondió, aunque sabía perfectamente que simbolizaba el torneo, prefería no poner la realidad en palabras, optó por observarlo con un rostro confundido y escucharlo atentamente.

Entiendo que no lo admitas...Esta copa es la forma que tiene tu reino de reafirmar su postura como imperio soberano, de mantener a las colonias en orden— Ions continuó en silencio, el dragontiano sonrió —. Entiendo el juego de los humanos y no me molesta jugarlo. También entiendo que tu reino esta desordenado actualmente y solo hace falta que su príncipe deje de ser invencible, para causar un quiebre—alejó su mirada y la dirigió a las graderías—. Una vez que te derrote, aquí en tu propia casa. Tu reino caerá en la duda, los dragones retornaran a las tierras del norte y regirán lo que los humanos nos arrebataron.

El semblante del príncipe se mostró rígido y austero.

Los dragones habían sido desterrados hace siglos de las tierras del norte, obligados a viajar hasta las islas de los confines, mucho antes de que Ions naciera.

No tenía la menor idea de que guardaran rencor, nunca lo había pensado. Los humanos que los habían desterrados estaban todos muertos debido al paso de los años, para la generación de Ions las memorias de esos tiempos eran más fabulas que historia.

Ahora que se detenía a pensarlo, los dragones vivían por siglos y tal vez su odio perduraba en la misma medida. No resultaba imposible que llevaran siglos esperando el momento de que el imperio de Ferth comenzara a tambalear, esperando que las revueltas se hicieran notorias.

— ¿Acaso le estas declarando la guerra a mi reino?— preguntó el príncipe con sequedad.

— Solo estoy diciendo. ¿Qué pasaría si pierdes hoy aquí?— Los ojos color rubí de Zhepher se fundían con los últimos tonos del ocaso.

Ions sabía cuál era la postura que tendría que tomar para responderle, lo que habría de decir un rey legendario, las palabras que su gente esperaba oír.

— ¿Tienes conciencia de donde te encuentras? — Sus ojos parecían llenos de furia, aunque en el fondo él se sentía tranquilo, su pueblo esperaba una actitud fiera y desafiante—. Acaso esperas que me mantenga en silencio y respire las injurias de tu raza resentida. ¿Piensas que portare las penas de tus muertos o los sueños de tus ancestros? —dejó que el silencio tomara lugar, sus miradas se cruzaron y la euforia del estadio quedó rezagada— ¡Esto es Ferth! ¡Mi reino! ¡El reino de la guerra! ¡Donde solo el fuerte habla, donde solo el poderoso existe! — luego de elevar su voz recupero un tono más sereno, aunque cargado de hostilidad—. Y si vienen con voluntad de paz la paz se dará, pero si buscas la guerra te aseguro que ni los cielos ni los mares podrán ocultarlos de nuestro acero ¡Del Acero Eterno!

La contienda se transformó tempestuosamente en una declaración de guerra. La tribuna de Ferth que había escuchado solo los últimos fragmentos de la conversación, comenzó a ovacionar al príncipe con euforia. Por el contrario la gradería de Thorv se sumió en la confusión y el

silencio.

Zhepher miró a Ions y sus ojos lo recubrieron con odio.

Ya no parecía cansado, parecía haber recuperado el aliento durante la pausa; su capacidad cardíaca también era mayor que la de un hombre normal.

— Observen, señores de la guerra— dijo en voz alta, esperando que todo el estadio oyera

— .Los fuegos de la redención, las llamas Carmesí.

Al terminar aquellas palabras, utilizó sus las garras en su mano derecha para abrir una herida en su palma izquierda. Cuando la herida quedó abierta, no fue sangre lo que surgió del corte, si no fuego. Los mismos fuegos que lo habían traído a la vida, los mismos que corrían por sus venas y alimentaban su alma, surgieron con presteza desde la su palma. Se extendieron por su hoz y reposaron sobre las dos cuchillas, realizando movimientos cortos y tenues, como si danzaran.

Zhepher arremetió contra su oponente y Ions lo bloqueó fácilmente. Al mismo tiempo que las espadas se cruzaron, las llamas abandonaron el letargo y se movieron como una criatura consiente, dispuestas a herir al príncipe.

Ions reaccionó por instinto y se alejó velozmente con un salto. Mientras se retiraba recibió un golpe en el brazo, las flamas se aferraron sin piedad a su cuerpo, desgarrando su carne y él lanzó un grito atronador, colmado de un profundo dolor.

El príncipe miró la herida con terror, las llamas se habían extinguido, pero el dolor seguía latiendo. Apenas había logrado rozarlo y las quemaduras eran leves, Ions podía darse cuenta de eso a siempre vista. Sin embargo, el ardor era inconcebible, la molestia irracional que sentía, era casi una tortura. No había una gran marca en su brazo, pero sentía como si lo hubiese internado dentro de una hoguera y lentamente su carne se consumiera a merced del fulgor.

— ¿Lo sientes?, es la furia de los volcanes, es la sangre que fluye por mis venas. El dios que mi pueblo adora. Las llamas eternas ardiendo sobre la carne de los condenados. Atormentándolos sin descanso.

El príncipe de Ferth se mantuvo de pie y guardó su espada en la vaina. Miró a su enemigo sonreír triunfante, sintiéndose el ganador. El orgullo se apoderó de sus palabras y su furia mitigó cualquier dolor que pudiese sentir

— Ven atácame ahora, si crees que tu raza es más fuerte que la mía. Pero te advierto que el fuego nunca extinguirá al viento.

Zhepher aceptó el desafío y fue el primero en atacar.

Cuando finalmente se abalanzó sobre el príncipe, el acero de Ions surgió rápido y letal con dirección al cuello de su rival, al mismo su cuerpo esquivaba el filo de la hoz, y sus ropas eran calcinadas parcialmente por las llamas carmesí.

Todo había ocurrido más rápido de lo que llegarían a contemplar en las gradas.

Zhepher soltó su arma mientras tomaba su cuello y caía al suelo, tosiendo llama y ceniza. Si no hubiera sido un dragontiano, aquel golpe lo hubiera matado.

A unos metros estaba Ions, de pie, en silencio, y con el otro hombro ardiendo presa de los fuegos de la redención, conteniendo el dolor que sentía.

Christopher se apresuró a nombrar a Ions como ganador.

Los ayudantes ingresaron al estadio y los llevaron a ambos hasta la enfermería.

Allí fueron atendidos por varios curanderos que habían llegado desde Tears, traídos exclusivamente con la intención de sanar rápidamente a aquellos que resultaran heridos durante el torneo.

Las quemaduras de Ions no resultaron un gran desafío para la alquimia que habían aprendido

estos hombres en la Isla de los Sabios. Aplicaron un ungüento sobre cada herida, y le dieron a Ions una infusión de hierbas silvestres, cuando terminaron de vendar al príncipe, las medicinas ya habían obrado sus maravillas y no sentía dolor alguno.

Zhepher no necesitó ninguna ayuda, se había recuperado perfectamente por sí mismo. A pesar de que estuviera sano, las reglas requerían que reposara en la enfermería hasta que los curanderos le permitieran partir.

Ions miró a Zhepher a través del espacio vacío entre las camas contiguas.

— Vuelve a tus montañas...—le dijo—. Llévate tu odio, déjalo dormir en los volcanes. Luego vuelve aquí con tu pueblo y hablaremos de paz. Me probaste la fuerza de tu raza, ahora tienes derecho a hablar y que Ferth te escuche. Pero mi pueblo no teme a tus dioses y no se arrodilla ante nadie.

Ions había sentido parcialmente aquello contra lo que su padre lo había puesto en guardia.

Ese dolor que sintió en sus brazos, que ardió sin tregua y lastimó su carne, era el odio de una nación, el odio de toda una raza.

El príncipe podría haber ordenado la muerte de Zhepher en aquel instante, pues había declarado la guerra contra Ferth, y si tomaba esa determinación, los dragones se quedarían en su lugar, por lo menos por el momento.

Sin embargo, ya no veía el caso de imponer el orden con violencia, sabía ahora que los dragontianos les guardaban rencor a los hombres e incluso si nunca se habían revelado, la intención siempre había estado presente. Siempre habían estado esperando el momento.

Aunque Ions no era capaz de remediar el pasado, podía tratar de no ensanchar la herida.

Si era posible, intentaría cambiar aquellos sentimientos hostiles, en lugar de esconderlos bajo la alfombra.

Zhepher tomó la mano que le ofrecía el joven Wintersoul y asintió a su propuesta.

— Volveré. Aunque de ustedes dependerá, si vuelvo como un amigo, o como un enemigo.

El príncipe sonrió.

De esta manera, la ronda semifinal llegaba a una conclusión. Dos días a partir de aquel momento tendría lugar el último combate de la copa.

Apenas recibió el alta, Ions quiso visitar a su hermanastro, mas no le fue posible.

Lúcian se encontraba dormido y los curanderos insistieron en no despertarlo.

Retornó al palacio real para recibir las lisonjas de su padre y las de Thomas. Estaba tan cansado que prefirió no quedarse hablando, se fue a dormir temprano y sin comer.

Ions durmió toda la noche y toda la tarde del día siguiente, cuando despertó el dolor de sus heridas se había desvanecido completamente, junto con cualquier marca de las mismas.

Los curanderos de Tears eran tan efectivos como decían los rumores, pensó el príncipe.

Aunque ya se sentía en perfectas condiciones, cambió sus vendajes y volvió a aplicarse el ungüento en las heridas, no estaba de más tener un poco de precaución.

Salió de la habitación y se percató de que todos estaban cenando en aquel momento.

No quiso interrumpir la cena, así que pasó por la cocina del palacio y tomó una pata de cordero, algunos guisantes, dos duraznos, también un poco de vino.

Decidió comer solo en el balcón, afuera de la Sala de las Luces.

Estaba a la mitad de su cena cuando llegó Lúcan. Su hermanastro arribó en silencio y se posó

en el barandal mirando a la ciudad.

— ¡Hermano! ¿Hace cuánto que te dieron el alta?— preguntó el príncipe mientras terminaba el cordero.

— Poca más de tres horas...Llegue para la cena—hizo una ligera pausa, su rostro se mostraba rígido, imperturbable—. Pero no tenía apetito— agregó pasado un rato.

— ¿Te sientes bien?

— Me duele un poco la mandíbula...Por fortuna no está rota.

Su hermano tenía un tono de voz agudo, casi afeminado.

Su habla era breve y con pocas palabras, coronaba todas sus oraciones, con un rostro indescifrable, mientras su humor cambiaba arbitrariamente con los días y las horas.

A Lúcian siempre le había costado socializar con la gente en general, desde que eran niños eso nunca había cambiado. Tenía grandes problemas para interpretar el ambiente en habitaciones concurridas y muchas veces hablaba fuera de momento y de lugar, en formas ofensivas o insensibles.

A pesar de todo sus defectos, Ions le tenía un enorme aprecio a su hermano adoptivo, después de todo era parte de su familia y se conocían desde hacía muchos años.

— Mañana en la final, ten cuidado. —forzando su voz contra el silencio, Lúcian advirtió a su hermano.

Ions esbozó una tenue sonrisa, dejó el cordero y tomó el vino que reposaba a su diestra.

— Es tierno ver que te preocupes por mi bienestar. No es propio de ti demostrarlo.

— Es lo normal—Lúcian dejó pasar unos segundos antes de agregar—. Son la única familia que tengo.

— Deberías saber que voy a ganar—afirmó Ions, mientras observaba a su hermano de soslayo.

— Lo sé muy bien...Pero no es por eso que te digo que tengas cuidado.

El príncipe lo miró con desconcierto, como de costumbre le resultaba imposible leer su semblante.

— Mañana enfrentarás a un joven que sin saberlo, le guarda rencor a las personas equivocadas. Si te comportas como siempre, buscando el aplauso de la gente. Solo lograras que te odie más. Pero si hablas como un buen rey, tal vez ganes un aliado. — Otra vez realizó una pausa — Mañana tienes que hablar y actuar según lo que necesite el reino, no según lo que quiere escuchar el pueblo.

— ¿Has estado hablando con nuestro padre? Esta charla me resulta como si la hubiese escuchado antes. — Ions frunció el ceño al hablar, estaba harto de recibir sermones.

— Tal vez...Pero no por eso deberías desestimar una advertencia. — La aguda voz de su hermano se escuchó solemne en aquel instante, era raro verlo serio—. Hoy le perdonaste la vida a un dragón. Al hacerlo le diste la razón a nuestro padre, aceptaste que no podemos seguir haciendo enemigos.

Ions tomó los restos de comida en su plato y se levantó en silencio. Posó una mano en el hombro de su hermano y le dijo:

— Entiendo lo que quiso decir nuestro padre, entiendo que tenemos enemigos, que no muchos nos aprecian y que si apareciera alguien dispuesto a marchar sobre nuestros muros, no son pocos los que se alinearían detrás.

Dejó que aquellas palabras decantaran en un marco de silencio. Luego Lucían preguntó:

— Hermano, ¿Qué crees que pasaría, si el Clan de la Luna regresara?

— Los pondría de rodillas — Ions respondió al instante, era una pregunta que ya se había cruzado por su mente —. Junto con cualquiera que se aliara con ellos en mi contra.

— Esa es una respuesta digna de un monarca de Ferth y eso es lo que quiere escuchar tu pueblo—sus palabras no dejaban de sonar como una reprimenda—. Pero hermano, ¿Realmente crees que es inteligente pensar de esa forma?

— ¿A qué viene todo esto?

— Por momentos, actúas siguiendo un personaje y te comportas como espera la gente en las graderías, aquellos que corean tu nombre. Sé que piensas que eso es lo correcto, mientras ellos te aplaudan, estarás tomando la postura correcta—el pupilo real meneó su cabeza con un dejo de amargura—. Por momentos temo que tu reinado será solo eso.

Ions se molestó ligeramente con las palabras de su hermano, pero Lúcian continuó antes de que pudiese objetar.

— Si todo lo que eres es el aplauso de tu gente, que pararía si perdieras tu corona, si no fueras un príncipe. ¿Cómo te definirías entonces, habría algo además del vacío?

— ¿Y porque habría de perder mi corona?

El silencio fue sepulcral, la frescura de la noche acompañó a Lúcian mientras se alejaba del balcón, hablando de soslayo.

— No lo sé. Pero trato de que entiendas, La personalidad de un rey no debe dictarla su gente. Un buen rey puede ser soberano, incluso cuando nadie lo vitorea — Lúcian puso un tono más sombrío antes de agregar— Si realmente la oscuridad se cierne sobre nosotros, puede ser que todo lo que conoces cambie en un parpadeo. Con esa posibilidad latente, ¿No sería más propicio formar alianzas en lugar de hacer enemigos?

Con esas palabras, Lúcian se retiró. Para el príncipe esta conversación paso de largo y sin importancia por aquel entonces.

En el futuro la recordaría palabra por palabra, mientras se arrepentía de los caminos que había tomado.

La noche terminó de forma tranquila y la tarde del día siguiente llegó presurosamente. El momento de presentarse en la final del torneo había llegado.

Los colores del atardecer teñían el horizonte cuando Christopher Arcadain se dirigió ante todos los presentes allí en el Valhala.

— Es un placer el presidir nuevamente la final de este prestigioso torneo. Hoy Gargata y Ferth disputaran la final, hacia casi un siglo que esto no ocurría— elevo su voz frente a un marco multitudinario de nobles y plebeyos—. Defendiendo los colores de Ferth, vestido de rojo y negro, el príncipe heredero en los reinos del Norte. El genio de la década, el ‘Santo del Viento’, ‘La Tempestad’, ¡Ions Wintersoul!—La exaltación llenó el ambiente, mientras las graderías clamaban el nombre del príncipe, gigantes banderas con el escudo Ferthiano descendieron desde los palcos más elevados—. Defendiendo los colores de Gargata, vestido de azul y plata, el príncipe heredero de los reinos del Este. ‘El Halcón del Invierno’. ‘El Santo de los Hielos’, ¡William Windsword!

Por primera vez en toda la competición, las graderías de los Gargatienses reflejaban pasión y estaban teñidas de hombres, mujeres y niños, portando ropas de azul y plata, clamando con fuerza el nombre de su príncipe.

Los dos contrincantes surgieron desde las barracas.

El griterío era ensordecedor y Ions se sintió diminuto frente a aquel estadio repleto y eufórico, aunque aquella sensación de pequeñez duro solo un instante, luego sonrió lleno de placer, mientras lo inundaban sentimientos de pertenencia.

Los competidores se dieron las manos, se encontraron sus miradas y el mundo exterior desgrano en intrascendencia.

— Las tribunas portan tantas esperanzas — William comenzó a hablar con ironía, mientras resoplaba con fuerza—. Casi me entristece el pensar cómo se sentirán, cuando su príncipe resulte humillado.

Ions se rio tenuemente, y replicó con mordacidad— ¡No seas así! Gargata no tiene la culpa de esperanzarse. ¿Cómo habrían de ser tan cínicos y no tenerte algo de fe? Por más que tú derrota sea irremediable.

— ¿Te burlas de mí? — Dijo el Gargatiense con furia brotando de sus ojos.

— Me burlo de ti.

Williams no espero la orden para empezar el combate, en un arrebató de furia trató de golpear a su enemigo con la espada. Ions la esquivó con la elegancia de un cisne, alejándose unos pasos.

Christopher estuvo a punto de reprender al joven de Gargata por haber empezado el duelo antes de tiempo. Finalmente decidió hacer caso omiso de aquel detalle y gritó con fuerza:

— ¡Que comience la final!

A pesar de la orden, los príncipes no iniciaron el duelo, se quedaron estáticos y comenzaron a hablar.

— Tu padre esclavizó a mi reino, mi madre murió a merced de tus soldados... ¿Y tú te burlas de mí!? ¿Te burlas del odio que me asfixia!? — William gritaba a viva voz.

— Así que Ferth es el culpable de todas tus desgracias... ¿Quién te conto eso? ¿Tu padre?

— Empezó a decir Ions con austeridad

— ¿Eso que importa? — preguntó William hablando entre dientes.

— Siempre me resultó tan curioso como tu padre se casó tan rápido. Y con una mujer de Odaria justamente. Jamás nos inculpó de la muerte de tu madre. — Ions acababa de dar en el clavo. Efectivamente esa conducta siempre perturbó al príncipe de Gargata.

— Estas insinuando — William habló con cautela, mientras entrecerraba los ojos en señal de desconfianza.

— Insinuó, la verdad que temes aceptar — Ions respondió con dureza — Si salieras de tu palacio, sabrías lo que sucedió. Aunque entiendo que resulta más cómodo creer la mentira. En la ‘Guerra del Grifo’ solo murieron soldados en conflicto abierto, en la Estepa Olvidada. No murieron aldeanos, ni campesinos, y los hombres de Ferth jamás estuvieron cerca del Bastión de las Tormentas.

— No es verdad — William recordó como su padre se opuso a su participación en el torneo, ahora las razones que le había expuesto en aquel momento, le parecían endebles. Él siempre se oponía a que William abandonase el palacio. El príncipe apenas conocía la ciudad— ¿Esperas que crea tus palabras, sin nada que las sostenga?

Ions sonrió, era una mueca aterradora.

— ¡Por todos los dioses, los del Norte y los de Asgard! Que mi voluntad sea la prueba de la verdad tras mis palabras. Que esta final, sea un juicio por combate.

William asintió. Un juicio por combate significaba darle la razón al que emergiera como vencedor, puesto que los dioses lo ayudarían en la batalla.

La final dio comienzo y el tronar de las espadas aplacó el griterío de las tribunas.

Los aceros choraron con violencia. El odio en el corazón de William, aquel que lo había conducido por toda su vida, era finalmente liberado sobre la humanidad de Ions.

Ions se defendía con excelsitud, esquivando con gracia y contraatacando con ferocidad.

La furia de William iba en ascenso, aunque no lograba tocarlo, parecía como si estuviese intentando atrapar al viento. Ocasionalmente, el Gargatiense, recibía golpes certeros, toscos y dolorosos, que recaían sobre él cual rayos liberados en un cielo tormentoso.

Sin embargo, no detenía su embestida, la hacía más rápida y más peligrosa a cada instante.

Se desplazaron por toda la arena, mientras la gente se mantenía fascinada.

Presenciaban el choque de dos mundos.

Los arrebatos de violencia de un hombre, contra la elegancia y la compostura de otro.

La vehemencia contra el talento. La pasión contra la perspicacia.

El combate continuo limpio y sin errores, hasta que llegó el quiebre.

El heredero de Gargata lanzó un espadazo irregular, un tanto torcido, hacia el cuello de su rival. Tras bloquearlo fácilmente, Ions creyó estar en una situación inmejorable con su contrincante expuesto a un ataque frontal. Más todo eso era una impresión, un simple engaño.

Cuando el joven Wintersoul se disponía a golpearlo, William dejó caer la espada que sostenía en su mano derecha y mientras se precipitaba con rumbo al suelo, la atrapó en el aire con la mano izquierda. De esta forma, pudo tomar a enemigo desprevenido y lograr lo que venía buscando.

Ions lanzó un alarido de dolor.

Presionó su mano contra su vientre y la vio teñirse de rojo.

El dolor intenso, la desazón penetrante y la absoluta conmoción se apoderaron de su voluntad.

Todos los presentes se levantaron de sus asientos. Lúcian y Theoden se encontraban alarmados.

El rey, sin emitir palabra alguna, salió presuroso de su asiento con el afán de socorrer a su hijo.

— ¡Cómo puede haber pasado esto!—gritó Lúcian al consejo — ¡Apresadle en este mismo instante!

Antes de la llegada de los guardias William intentó dar el golpe final, pero no contó con la aguerrida reacción del joven Wintersoul.

Ions se aferró a su espada, aunque lo que buscaba era aferrarse a su vida.

Inmerso en un torbellino de violencia, el príncipe impactó su espada contra la de William incontables veces. Lo hizo retroceder en un arrebato de velocidad y vehemencia, le quitó la espada a la fuerza y la lanzó por los aires. La tomó mientras caía y le propinó un corte en su pecho, tal como William había hecho con él.

No se detuvo allí, su orgullo herido lo impulsó hacia adelante.

Soltó las dos espadas que tenía en sus manos, las hizo a un lado. No pensó en lo que hacía, solo actuó como lo sintió propicio. Asió al príncipe de Gargata por el cuello y comenzó a estrangularlo.

La visión de Ions terminó por nublarse, así que lo liberó y le pegó en el rostro con todas sus fuerzas.

Un golpe de derecha, luego uno con la izquierda, para luego rematarlo con un gancho al mentón que dejó a William por el piso tosiendo a causa del asfixiamiento.

Los guardias entraban a la arena para apresar a William cuando la voz de Ions se escuchó con

fiereza.

— ¡No! Esto va a seguir, hay cosas que poner en su lugar—los soldados se quedaron paralizados en el umbral de las barracas—. Esto es un juicio, y los dioses saben que tengo la razón.

Ions era consciente de que la herida en su pecho no era tan profunda, si terminaba pronto el combate, los curanderos de Tears se ocuparían de evitar la infección.

La hemorragia parecía haberse detenido, ahora mismo se sentía invencible.

Como las espadas estaban lejos de ambos, decidieron terminar el conflicto a mano limpia.

Los príncipes se debatían furiosamente a cada golpe, ante los ojos de un estadio confundido y perturbado, sumido en un absoluto silencio.

Theoden arribó a la entrada de la arena y se quedó congelado ante la descabellada escena.

Ions sonreía más y más con cada golpe, podía sentir las dudas que afloraban en el rostro de su contrincante. Por el contrario, William estaba completamente confundido, comenzaba a pensar que todo esto había sido un gran error. ¿Acaso era verdad? ¿Era posible que su padre fuese el culpable de todo?

Solo se escuchaba en el estado las agitadas respiraciones de los príncipes, ambos al límite de sus fuerzas, con sus pechos manando sangre en pequeñas cantidades, con los huesos rotos y sus rostros magullados.

El príncipe de Gargata tuvo una racha de cinco golpes seguidos, dos en el rostro, dos en las costillas y el quinto nuevamente en el rostro.

Sintió confianza en ese instante, pensó que su victoria estaba cerca y que los dioses le daban la razón. Pero perdió esa confianza, tan rápido como la había adquirido.

Cuando William intentó conectar el sexto golpe, Ions agachó su cabeza y el puño siguió de largo.

El príncipe de Ferth posó su mano izquierda sobre el hombro de William, de no hacerlo corría el riesgo de perder el equilibrio.

Mientras ambos se encontraban al borde del colapso, Ions acomodó el cuerpo tambaleante de su rival, mientras lo golpeaba con su mano derecha, uno y otra vez. El rostro de William se teñía con tonos carmesí, mientras la luz en sus ojos comenzaba a desaparecer.

Finalmente, Ions le propino un gancho al mentón lo lanzó por el aire.

William cayó de lleno al piso y el joven Wintersoul estuvo a punto de desplomarse también, aunque terminó de rodillas.

William liberó la tensión a la que había sometido a sus músculos.

Si hacia un esfuerzo era capaz de ponerse en pie, pero en su mente el combate ya había terminado.

— La verdad está de tu lado, parece ser que moriré como un idiota. — William habló con voz ronca y actitud resignada.

Ions se quedó callado contemplando el suelo y las gotas de sangre que habían caído sobre la arena. William cerró sus ojos esperando escuchar una sentencia de muerte.

Al cabo de unos segundos, el príncipe de Ferth habló con voz cansada, y pronunció las palabras más inesperadas:

— Desde hoy Gargata es libre— dijo con la mirada fija en la sangre y la arena.

— ¿Por qué habrías de liberar a mi nación? — William quería mostrar un poco más de emoción, pero apenas podía mantenerse consciente.

— Porque así como yo seré rey, tú también algún día. Te prefiero como aliado y no como

esclavo—el joven Wintersoul hablaba despacio. Su voz era tenue, pero con palabras llenas de determinación.

— Podrías matarme ahora mismo.

— No engendraré más odio—la sinceridad resultó notoria—. Hace quinientos años, Gargata y Ferth eran aliados...Tú y yo, volveremos a enmendar lo que antaño estaba unido. El León y el Halcón serán uno de nuevo.

Los guardias entraron en la arena, los jóvenes fueron llevados a la enfermería. Todos los fertthianos estaban consternados, los más pesimistas derramaban sus lágrimas, todos temían por la vida del príncipe Ions.

Al cabo de un rato Theoden irrumpió en el sanatorio presuroso y sumamente alterado.

Se dirigió a la cama adonde yacía su hijo y tomó sus manos con pulso tembloroso.

— ¡Hijo! ¡Dime por favor, que este rasguño no te quitara de mi lado! —le imploró desesperadamente.

Ions le dirigió una sonrisa socarrona y respondió con una voz gutural:

— No te preocupes padre, me siento más vivo ahora de lo que me sentía antes del combate.

El curandero irrumpió en la conversación, remarcando que por fortuna el corte no era profundo. Ellos se ocuparían de evitar una infección, no existía razón para preocuparse.

El rey resopló aliviado y sin perder un instante posó su mirada sobre William, con un rostro despectivo y las pupilas dilatadas producto de su indignación.

— Esta escoria no debería ser sanado, la cárcel es lo que merece. Tírenlo en el calabozo y dejen que sus heridas se infecten.

— No me resistiré en lo más mínimo al arresto su majestad— respondió William encogiéndose de hombros—. Es evidente que no puedo en este estado.

Su tono sarcástico alimentó la furia del rey. Theoden dio la orden a sus súbditos para que encerraran al príncipe de Gargata. Al mismo tiempo, Ions elevó la voz para pedir por la libertad del joven Windsword.

— ¡Padre déjalo en libertad!—apenas terminó esas palabras, su padre lo miró incrédulo con la mandíbula entreabierta—. Si William muere, será difícil evitar una guerra con Gargata. Tú lo dijisteis, se acercan tiempos difíciles, presagios de tiempos oscuros. Es tiempo de unir los reinos —Ions tomó el brazo de su padre, esperando que al hacerlo escuchara sus palabras con mayor atención—. Si realmente crees los presagios de Tears, los demonios se acercan y los humanos debemos estar en paz para cuando lleguen.

Theoden se negó rotundamente a cambiar su sentencia, pero luego Ions le explicó las razones de por las cuales William había intentado matarlo y tras una extensa charla, el rey finalmente asintió a la voluntad de su hijo.

Aquel día y tras diez años de esclavitud, Gargata sería libre nuevamente.

Dado el estado de los dos finalistas, la entrega del trofeo se realizó tres días después en el palacio real. Gente de todas las naciones asistió a la fiesta que Theoden había organizado. Christopher Arcadain le entregó la copa a Ions frente a todos los pueblos del mundo y los festejos no cesaron durante dos días. No solo se festejaba la victoria de Ferth, sino el comienzo de un nuevo mundo, donde el León convocaba a todos los pueblos de Gaia a unirse en el nombre de la paz.

Los barcos partieron nuevamente con rumbo a sus hogares y el imperio de la guerra mandó con ellos ofrendas de paz.

El príncipe Wintersoul estrechó las manos de Zhepher y William justo antes de que partieran, habló por un tiempo con Filio Roberti, quien a pesar de perder la copa en cuartos era un fiero guerrero por quien Ions poseía una gran estima y respeto.

Abbathorn Flint y Galendash Fell se acercaron más tarde para saludar al ‘Santo del Viento’. Hablaron con respeto y admiración y realizaron una reverencia antes de despedirse.

Ions increpó a Galendash, el pequeño de solo dieciséis años había llamado su atención durante el torneo.

— Recuerda...Espero que te unas a las Legión del Viento en unos años. — Le dijo con una sonrisa. Los ojos del niño brillaron repletos de emoción. Ions era su ídolo y había tratado de emularlo al entrar en la copa siendo tan joven.

Finalmente los barcos se perdieron en la lejanía del horizonte a primera hora de la mañana, aquel caluroso día de primavera. A medida que se alejaban rumbo a sus tierras, Gaia presenciaba el comienzo de una era turbulenta. Donde la luz y la oscuridad, serian solo una parte del sin fin de matices que verían aquellos que partían orgullosos.

El nuevo comandante:

Gaia se encontraba al umbral de una nueva era.

Los presagios provenientes de Tears, habían cambiado el rumbo de los vientos, extendiéndose como un incendio a través de las comarcas. Los rumores acerca del retorno del Clan de la Luna, amenazaban con arrastrar al mundo corriente abajo.

Tras la finalización del Duelo de Campeones, Ions se había propuesto la misión de unificar a todos los pueblos de Gaia. En otros momentos, las charlas de paz no hubiesen significado más que un vano intento, de lograr un ideal iluso e inalcanzable. Sin embargo, ahora el escenario era distinto. Todos temblaban ante el posible regreso de que los enemigos del mundo, de esta forma y con un enemigo en común, la unificación de las naciones era una posibilidad mucho más tangible.

Durante los meses que prosiguieron al Duelo de Campeones, comenzó a gestarse ‘La Alianza del Sol’. Una sociedad que deseaba agrupar a todas razas del mundo en vísperas del retorno de los años oscuros, del ciclo de decadencia.

El príncipe de Ferth pretendía lograr que todos los pueblos firmaran un documento y presentaran juramentos de honor, que los llevaran a trabajar en conjunto frente a una posible calamidad.

A estas alturas, Gargata era nuevamente un país libre y por propia voluntad ellos juraron colaborar activamente con Ferth. Le ofrecieron al reino de Theoden todos los conocimientos de avanzada en los que trabajarán los ingenieros del ‘Halcón’. A cambio de esto, los mejores soldados del imperio de la guerra se ofrecieron para capacitar a los soldados de Gargata de allí en adelante.

Esto era una piedra angular del acuerdo, Ferth se beneficiaba con las grandes mentes que surgían del Este, y Gargata con los grandes guerreros que nacían en el Norte, de esta manera ambos imperios florecerían rápidamente.

El ducado de Mosel también firmó el acuerdo de alianza. No fue sencillo puesto que Aelf Laioslaith, Gran Duque y dueño político de los sagrados reinos del desierto, era un hombre desconfiado y sagaz, al cual le resultó sumamente extraño el cambio de conciencia de la familia Wintersoul. Para convencerlo, se decidió que los arquitectos de Gargata, auxiliados por el apoyo económico de Ferth, levantarían un imponente templo en la ciudad de Mosela, en señal de buena voluntad. Dentro de aquel recinto quedarían colocadas las estatuas de aquellos que firmaran el pacto, además de varios salones dedicados a los dioses y héroes de cada nación.

Como compensación las unidades de infiltración de Mosel, junto con los Escorpiones Negros — uno de los ejércitos más bastos de Gaia— estarían a servicio de la alianza desde que momente que existiese un conflicto. Por medio de todas aquellas negociaciones, el mundo comenzaba a prepararse para el peor de los escenarios.

En los últimos meses muchas personas visitaban el palacio. Duques, nobles y señores feudarles entraban y salían casi semanalmente.

En medio del ajetreo, arribó al palacio un joven extranjero dispuesto a quedarse durante una

estancia más prolongada. Su nombre era Galendash Fell— el mismo niño que había combatido con Ions durante el Duelo de Campeones— y llegaba a la capital proveniente de su ciudad natal, Sevalthia, dispuesto a enlistarse en el ejército del rey.

Sevalthia era uno de los feudos más leales a Ferth, y la familia de Galendash, los Fell, eran banderizos muy antiguos de la familia real. Por esas razones, y por el gran talento que Ions observó en aquel joven durante el torneo, el príncipe le ofreció vivir en el palacio mientras se preparaba para enlistarse.

Durante el tiempo en el que Galendash se había hospedado en Ferth, Ions y Thomas habían entablado una férrea amistad con el joven. Lúcian, por otra parte, se mostraba tan antipático hacia él como hacia cualquier otra persona. Mientras tanto, las charlas de paz y los acuerdos entre las naciones de Gaia marchaban de la mejor manera. Entre cenas y reuniones con los grandes señores, los días pasaron rápido. Hasta que finalmente llegó una noche distinta.

Fue un día de otoño. Habían recibido la visita de William, la noche anterior. Thomas y Ions lo acogieron con suma cordialidad y el príncipe de Gargata decidió quedarse en la capital por unos cuantos días. Durante la tarde de aquella noche, Thomas y Galendash realizaron los exámenes para convertirse en legionarios de Ferth.

Ambos obtuvieron grandes resultados, especialmente Thomas quien quedó en primer lugar.

Por cada mil candidatos, los treinta mejores tenían la oportunidad en enlistarse en la Legión del Viento. La unidad de elite de Ferth, los caballeros encargados de proteger al rey y al príncipe personalmente. Galendash había quedado en el sexto puesto. Sin embargo, con solo dieciséis años era demasiado joven para ingresar a la unidad de elite—cuya edad de mínima de alistamiento era dieciocho años—, así que tuvo que conformarse con ser miembro de la tercera legión, hasta que alcanzara la edad suficiente para ser trasladado.

Estos nombramientos habían convertido a aquella noche en un motivo de festejo para el grupo de jóvenes. Cuando murió la tarde, las risas inundaron el salón comedor y a pesar de la noche, la luminosidad era plena dentro del palacio, donde cientos de lámparas alumbraban las mesas dispuestas en fila.

Thomas se sirvió un poco del pollo que había en la mesa. Ions le llenó la copa y lo invitó a brindar. Galendash pidió un poco de vino, y el príncipe no se lo negó a pesar de que no tenía la edad de beber.

Era un festejo bastante íntimo. Solo los mejores amigos de Thomas estaban presentes: Ions, Galendash y William. Aunque junto a ellos estaba también Lúcian, cuya presencia era inevitable, prefería no catalogarlo de amigo.

La reunión dio comienzo y la bebida comenzó a fluir en los cuernos.

Al cabo de una media hora William estaba completamente ebrio y Ions miraba a todos con una sonrisa pintada en el rostro y una actitud sumamente jocosa.

De todos los presentes, Lúcian era el único que se abstenía de beber. No era una actitud particular, propia de aquel día, más bien una costumbre. El gusto del vino o la cerveza no le agradaba y cualquier cosa que rompiera la inexpresividad de su rostro parecía causarle aversión.

Ions interrumpió la conversación para exigir un nuevo brindis.

— Tengo un anuncio que dar. Un anuncio que amerita otro festejo.

Todos se quedaron expectantes, se hizo un profundo silencio en el salón. El comedor estaba completamente vacío salvo por ellos.

— Hoy no solo se graduaron los nuevos caballeros del imperio. Sino que esta tarde, un

antiguo y veterano soldado, abandono su cargo—el rostro del príncipe estaba completamente sonrojado por la bebida—. Estoy hablando del comandante de la Legión del Viento.

— ¿Acaso el cargo de Legionario no es de por vida? —preguntó Galendash extrañado.

— En ciertos casos, los comandantes pueden retirarse. Si sus cuerpos no pueden desempeñar la labor —respondió Lúcian de inmediato—. El Gran Comandante, tiene una ceguera que ha empeorado en los últimos años —agregó finalmente.

— Justamente por eso. Mi padre lo ha relevado de su cargo. Es un hombre honorable y será tratado con respeto hasta el día de su muerte—Ions prosiguió con lo que estaba diciendo, a pesar de que había bebido en cantidad, su habla era clara y concisa. Solo se notaba una ligera torpeza en su lengua—. Como este cargo es de por vida, aquel que elija me acompaña durante todo mi reinado. Así que yo mismo he tomado la decisión— El príncipe miró a Thomas mientras levantaba su cuerno para pedir el brindis —. ¡Felicidades Thomas! Si aceptas el cargo, serás el nuevo comandante de La Legión.

Thomas estaba estupefacto, el ofrecimiento había llegado de forma completamente inesperada. Era un título que significaba un honor inconcebible. El joven incluso se preguntó si no sería un nombramiento histórico, pues no recordaba un comandante en ser nombrado con solo dieciocho años.

El joven Vaine se tomó unos segundos para asimilar lo sucedido.

Miró los rostros de sus amigos que esperaban una respuesta de su parte; él sabía que existía una única manera para responder.

Se levantó de su silla y se puso de rodillas haciendo una reverencia

— Mi señor, acepto este gran honor que me es otorgado. Seré el comandante y protegeré a la familia real, hasta que usted disponga lo contrario.

Ions le dijo que se pusiera de pie y brindaron con tal vehemencia, que parte del contenido de los vasos se derramó por los suelos del comedor.

Todos golpearon la mesa repetidas veces en señal de aprobación y levantaron sus cuernos rebosantes de vino y cerveza. Todos salvo Lúcian, quien se mantuvo callado y distante.

Thomas no pasó por alto aquel gesto. Lo recibió como un profundo insulto y se sintió fuertemente ofendido por la falta de interés que mostraba el huérfano real. Lúcian compartía la mesa con él esta noche, y lo menos que podía esperarse de él, era que actuara con cortesía.

— ¿No brindas Lúcian? ¿Acaso mi éxito no te alegra? —le preguntó Thomas a Lúcian mientras tomaba todo el contenido de su vaso con un largo sorbo.

— Brindare con gusto. El día que hagas algo digno de recibir un brindis—las palabras del huérfano lo golpearon como una bofetada—. Este cargo lo obtienes porque eres amigo del príncipe... ¿Por qué habría de felicitarte?

— ¡Hermano! —se interpuso Ions al instante, su rostro reflejaba un semblante indignado, pero los músculos de sus pómulos estaban relajados por el alcohol—. Thomas fue el mejor en los exámenes y está completamente calificado para el puesto.

— Lo siento hermano, pero no estoy de acuerdo...Para darle este cargo a Thomas, se lo has negado, a por lo menos, diez hombres más capacitados que él —Lúcian habló con un tono límpido y firme como el acero—. No creo que sea prudente, darse el lujo de poner a alguien inexperto a comandar la Legión del Viento. Mucho menos si los años oscuros se acercan.

William comenzó a sentir la tensión en el aire y hundió la mirada en su cuerno de cerveza, para el príncipe de Gargata, este conflicto no era asunto suyo.

Galendash por su parte salió en defensa de Thomas, con quien había entablado una gran amistad, y compartido todos sus exámenes.

La discusión continuó por unos minutos y luego se fue desgranando en comentarios más intrascendentes. Finalmente Lúcian optó por retirarse y la calma volvió al ambiente.

Poco después, Ions también abandonó la mesa, pues tenía una reunión con un embajador de Senaga por la mañana temprano y debía descansar.

La charla continuó solo con la presencia de Thomas, William y Galendash, y se extendió por una hora más. Hasta que el joven de Sevalthia, se retiró a sus aposentos y Thomas quedó a solas con el príncipe de Gargata.

— Por fin se fue a dormir— dijo William con una sonrisa.

— ¿No te agrada Galendash?—preguntó Thomas ligeramente molesto.

— Por supuesto que me agrada, es un gran muchacho—respondió sinceramente—. Pero todavía tiene la edad de niño y hoy amerita un festejo de hombres.

El rostro de Thomas se mostró desconfiado y lleno de intriga.

— Thomas, la noche acaba de empezar y los burdeles empiezan a abrir a esta hora. Escuche que aquí en Ferth las mujeres son hermosas. Vamos a festejar tu nuevo cargo, como amerita la ocasión.

— No me gustan los burdeles—sentencio Thomas de forma tajante.

— ¿Alguna vez has visto uno? —William indago con su rostro hundido en el cuerno.

— No.

— ¿Pues como sabes que no te gustan?

— Simplemente lo sé— Thomas comenzaba a responder con un notorio fastidio.

— ¡Bueno, no te enojés!... Una taberna entonces. Vayamos cerca de la plaza. Allí hay buenas tabernas. Y donde hay buenas tabernas, hay buenas mujeres —William hablaba con un amplia sonrisa y una actitud enérgica— ¡Vamos, Vamos! La noche recién comienza.

William y Thomas no tenían una relación de mucha amistad. Pero el joven Vaine se dejó impulsar por la actitud despreocupada del príncipe Gargatiense. Abandonaron el palacio y cruzaron la Gran Puerta —Aquella enorme de acero bruñido que separa la ciudad y el palacio del rey—, deambularon por las calles con rumbo a la plaza de los suspiros y entraron a la taberna más iluminada que alcanzaron a ver. Era un lugar bastante limpio y elegante, con paredes de madera decoradas con pieles de animales, espadas y lanzas.

Apenas entraron Thomas reconoció a uno de los hombres que estaba en la barra. Un hombre bastante viejo, de abundantes cabellos canos y una prolija barba blanca que tenía unos pocos centímetros de espesor.

Era difícil confundirse, pues el hombre portaba la armadura de la Legión del Viento, y no había alguien tan anciano en esa unidad a excepción del subcomandante Riudan Klein.

Riudan era un veterano caballero, reconocido por todos como uno de los mejores soldados en el uno contra uno que habían nacido en los últimos cincuenta años. Un ser humano nacido para el combate y experto en el liderazgo de las tropas y las labores tácticas.

El anciano ya estaba completamente borracho para el momento en que arribaron a la taberna y no paraba de exigir más vino. Su semblante mostraba tristeza, pero sobre todo una profunda indignación y una aguerrida furia. Thomas sospechaba la razón por la cual el anciano estaba en semejante estado de depresión y decadencia.

Al notar su presencia, hubiese preferido abandonar la taberna. Aunque, antes de que pudiese reaccionar, William ya lo había arrastrado hacia una de las mesas del rincón.

La mesera se acercó a ellos para tomar su orden y Thomas se olvidó por completo de Riudan.

Para su sorpresa, la chica que atendía las mesas en aquella taberna era Milena, la hermosa hija del tendero, aquella mujer de la cual había estado enamorado por años.

Su lengua lo traicionó mientras intentaba formar alguna oración. La chica quiso disimularlo, pero su nerviosismo le causó cierta gracia. William lo salvó del ridículo pidiendo dos cervezas apenas notó el rostro de su acompañante.

La chica se retiró y William esperó un tiempo prudencial antes de preguntar.

— ¿La conoces?

— No tanto como quisiera— Thomas respondió con una expresión resignada

— Se nota que te gusta— William escrutó a través del bar y examinó el cuerpo de Milena con cuidado, era efectivamente una mujer muy bella.

Una mueca triste afloró en el rostro del nuevo comandante.

— Invítala a salir — continuó William con naturalidad.

— Es demasiado bella — La excusa que eligió Thomas no tenía el menor cimientito.

— ¿Y a quién le importa eso? — respondió su acompañante indignado —. Esa chica es de sangre común, ¿verdad?

— Sí, es hija de un tenedero.

— Entonces si ella no acepta tus halagos, seguro esta desquiciada. Tú eres el puto jefe de la Legión del Viento. ¿Tienes idea de la cantidad de mujeres que estarán contigo ahora que eres el comandante?

Thomas suspiró resignado, no sentía correcto hacer gala de ese título. En el fondo él no sentía ningún cambio.

— Odio darle la razón al huérfano... Pero yo no me gane esa distinción.

— Tú piensas que yo iría a una mujer y le diría: Hola, soy el príncipe de Gargata. Por desgracia nunca me gane ese título, y lo tengo únicamente por derecho de nacimiento. — William interpretó una escena con tono burlón— ¡Por supuesto que no! Le diría, soy el príncipe de Gargata, y compartirás la cama conmigo esta noche. Soy el hombre más importante que conocerás en tu vida.

Thomas no pudo más que reír ante la desfachatada interpretación. William era un príncipe tan diferente a Ions. Mucho más terrenal, más mundano y soez, con una visión mucho más cruda de la realidad.

De pronto, escucharon el sonido de unos cristales que se estrellaban contra el suelo y voltearon raudamente con dirección a la barra. Allí, dos jarras de cerveza yacían en el suelo. Milena y Riudan estaban enfrentados y el caballero portaba un semblante furioso.

— ¡Manchaste mi armadura!—gritó furioso el anciano.

— Perdóname señor, es que usted se levantó de pronto y yo...— la joven intentaba formular un pretexto, pero estaba completamente confundida y asustada.

— ¡Quien puso a esta mujer imbécil a atender las mesas! ¡Esta ciudad es una mierda, con sus reyes y sus príncipes y sus mujeres imbéciles! ¡Es todo una verdadera mierda!— el anciano hablaba desbocado, toda la furia que venía ahogando en cerveza, ahora brotaba a borbotones en las proximidades de la barra.

— ¡Riudan! —gritó Thomas sin pensarlo. Su cuerpo entró en acción involuntariamente. En parte para defender a Milena, y en parte porque sabía que él era el culpable de la ira de ese hombre.

El veterano subcomandante, detuvo su arrebatado de violencia y se quedó mirando a Thomas con

el rostro petrificado. Finalmente sonrió, pero no de alegría. Era una sonrisa burlona, llena de un profundo desdén.

— ¡Miren quien está aquí! ¡El honorable Lord Comandante! —elevó su voz mientras extendía sus brazos y miraba a todos los presentes en la taberna. El subcomandante estaba completamente borracho, apenas podía mantenerse en pie, y en su mente desinhibida solo afloraba la rabia—. ¿O debería decir... el niño comandante? —escupió el suelo de la taberna.

Thomas se sentía responsable. Riudan había sido por décadas el subcomandante de la Legión del Viento, un soldado celebre y honorable que había estado a las órdenes del rey en muchas batallas. Era de esperarse que una vez que se retirase el comandante, el puesto terminara en sus manos.

Lúcian lo había insinuado durante el brindis, no era correcto negarle el puesto a aquel veterano combatiente y dárselo a alguien como Thomas, un joven que jamás había liderado un ejército.

Resultaba comprensible que el hombre se sintiera poco alegre por la noticia. También era de esperarse que buscara una taberna para embriagar las penas. Pero ahora Thomas se veía forzado a confrontarlo, ya que se había tornado agresivo hacia la gente de la ciudad.

“Esta ciudad es una mierda, con sus reyes y sus príncipes y sus mujeres imbéciles. Es todo una verdadera mierda” esas palabras no podían ser pronunciadas a la ligera pensó Thomas, eran un insulto muy grande, para ser pronunciadas por un hombre honorable.

— Riudan, ve a dormir. Hablaremos mañana, cuando estés sobrio—Thomas aumentó el grosor de su voz, para disimular su edad y para imponer respeto.

— Sabes...—agregó el otro con ironía— Espere toda la tarde para escuchar la primera orden de mi nuevo comandante.

— Entonces trata de recordar, que le estás hablando a un superior—la mirada y la voz de Thomas se tornaron frías como los glaciares de Asgard.

El anciano dio unos pasos hacia Thomas. El joven sintió miedo, pero hizo un esfuerzo por mantener la postura y no ceder en ningún momento.

— Estoy jodidamente borracho...Pero aun así, podría cortarte al medio, con un solo movimiento.

— Subcomandante, yo puedo entender su situación, y puedo ser paciente y piadoso con usted—los ojos de Thomas brillaron con un ardor que ni él sabía que tenía—. Pero desenvaine esa espada en mi contra y mañana su cabeza estará colgada en las almenas.

La expresión de violencia reprimida que mostraba Riudan se fue disolviendo y los músculos de su cara perdieron tensión.

— Lo siento, mi señor. He bebido demasiado— la primera parte de su disculpa fue correcta, luego agregó un comentario más rastrero—. Cuando uno obtiene experiencia en la vida, se olvida de algunos modales.

— Hablaremos mañana. Subcomandante Klein—lo despidió el comandante de forma distante, mientras el anciano se retiraba tambaleante de la taberna.

Todos los presentes aplaudieron la disciplina que había impuesto Thomas. William se acercó y envolvió su cuello con el brazo.

— No te ganaste el título. Pero seguro que serás un excelente comandante— le dijo con una genuina alegría.

— Eso espero. No va a ser fácil convencer a Riudan de que soy digno para el puesto.

— Olvidate de él, es solo un viejo amargado—el Gargatiense parecía no abandonar nunca su postura despreocupada.

Milena se acercó a ambos e increpo al joven Vaine.

— Muchas gracias, mi señor. Por un momento tuve miedo de que aquel hombre fuese a golpearme.

Thomas se sintió completamente exaltado al escuchar las palabras de la bella doncella.

— ¿Cuándo termina tu turno? — preguntó William antes de que su amigo fuese capaz de responder.

— Me faltan unos minutos— respondió la chica, sorprendida por la pregunta.

— Thomas—le dijo William mientras lo miraba a los ojos—. Porque no acompañas a esta chica a su casa. Debe de estar asustada por lo que paso y las calles son peligrosas de noche.

El comandante se quedó en silencio sumido en su nerviosismo, toda la situación lo tomaba por sorpresa y el coraje que había mostrado antes, se desvaneció con cada segundo.

La chica sonrió ante la reacción de Thomas.

— Si fuera tan amable, mi señor, me sentiría mucho más tranquila si usted me escoltara— le dijo con una tierna sonrisa.

William había ayudado a su amigo a entablar una relación con la mujer que admiraba desde lejos. También, el príncipe de Gargata fue el autor de una observación sumamente correcta. “Serás un excelente comandante”, le había dicho a Thomas.

Efectivamente Thomas cumplía con varias de las condiciones para ser buen comandante, y podría haber ejercido ese título con eficiencia, si la vida le hubiese entregado otro escenario.

Si las circunstancias no hubiesen sido las que fueron, Thomas hubiera impartido orden e inspirado lealtad a sus soldados. Sin embargo, nada de eso se cumplió, porque esa noche Thomas abandonó la taberna acompañado de Milena.

El monarca del fuego:

Los visitantes ingresaban en el palacio como un río de fuego, plata y acero bruñido, más de doscientos dragontianos, todos sin casco y con sus largas cabelleras rojizas al viento.

El gran monarca de las llamas, junto a sus cuatro discípulos, era acompañado por la elite de su raza. Ondeando más de una docena de estandartes, en los que se veía el dragón negro Tharos, el dios de los semidragones.

Zhepher arribaba nuevamente a Ferth, preso de una profunda desconfianza y un anhelo de sosiego. Ansioso por constatar la veracidad tras los velos de la pacificación que el imperio de la guerra le mostraba a las demás naciones. Tenía un lugar de privilegio entre la comitiva de dragontianos presidida por Srednid Vhastar; amo y señor de las montañas ardientes y los montes de Thorv.

El olor de la carne asada y el pan recién hecho se percibía en el aire, el recibidor estaba lleno con el humo de las brasas. Para el deleite de la comparsa, un trovador tocaba el arpa, ahogando el sonido crepitante de las llamas. La balada que cantaba se perdió por completo cuando comenzó a escucharse el estrepito de los platos y las copas.

Los estandartes cubrían los muros de piedra blanca. Rojo, blanco y negro: el León de los Wintersoul. Rojo, negro y dorado: La figura de Tharos, el dragón negro de Thorv.

El rey Theoden se acercó para saludarlos. Zhepher lo inspeccionó con detenimiento, su aspecto no era lo que esperaba. Tenía algunas similitudes físicas con Ions, aunque parecían languidecer producto de la diferencia de edad. Lo que más le llamó la atención fue el miedo oculto tras sus ojos.

Srednid estrechó su mano pero no emitió palabra alguna.

El monarca de los dragontianos era una criatura digna de respeto. Su mirada austera, su actitud solemne y su conducta intransigente eran cualidades fundamentales para un líder en la tierra de los volcanes. Pero destacándolo por sobre todas esas virtudes, Srednid era un soberano con visión. Un líder con horizontes amplios y una sabiduría que opacaba cualquier ignorancia.

Pasaron al salón comedor y Ions se acercó para saludar a Zhepher.

- ¿Has dejado el rencor entre los volcanes, Zhepher?—preguntó con actitud bromista.
- Eso dependerá del resultado de esta noche —Zhepher se mostraba mucho más severo.
- Digas lo que digas, sé que con el tiempo, tú y yo seremos amigos.

Zhepher no respondió. Esta noche era un asunto diplomático y no pensaba entablar ninguna amistad. Sin embargo, la idea no le causaba tanta aversión como si lo hacía unos meses atrás.

- Estuviste muy cerca de morir en la final del torneo— Zhepher cambió el rumbo de la conversación a propósito.
- En realidad mi vida nunca estuvo en riesgo, el corte no era tan profundo.
- Pero podría haberlo sido.
- Si— respondió Ions con mayor seriedad.
- ¿Cómo es posible que William haya ingresado con una espada afilada?
- Él me dijo que cuando el ayudante le entregó su espada. Alguien ya la había intercambiado.

William también le había contado a Ions, todo lo relativo a aquel hombre enmascarado que

había hablado con él en la taberna. Desde ese momento, el príncipe se manejaba con mucha cautela, incluso dentro del palacio.

- ¿Quiere decir que alguien dentro de los organizadores fue el que planeó el atentado?
- Es muy posible...
- ¿Cómo piensas descubrir al culpable? —Zhepher no paraba de indagar acerca del asunto.
- Le indique a Thomas. El comandante de mi guardia personal. Que se ocupe de ese asunto.
- ¿Y tú confías en él? —Zhepher arqueó ligeramente las cejas.
- Con mi vida — Ions se molestó un poco por la pregunta y respondió de forma tajante.
- ¿Dónde está ahora entonces?

El príncipe se quedó callado y su rostro mostró un ligero fastidio. Thomas no estaba allí en el palacio, aun cuando le correspondía presentarse durante el banquete. Otra vez estaba ausente, como venía sucediendo en las últimas semanas. Le había preguntado a Galendash acerca de sus reiteradas faltas y él le dijo que Thomas pasaba muchas horas con una mujer llamada Milena.

Últimamente no se presentaba a organizar a sus legionarios y las quejas de los soldados comenzaban a llegar a los oídos del príncipe. Tendría que hablar con su amigo personalmente en los próximos días. Aunque prefirió no discutir esas cuestiones con Zhepher.

- Se encuentra un poco enfermo. Está descansando — dijo la primer mentira que se cruzó por su mente.

Zhepher pareció notar que no decía la verdad. Una sonrisa oculta se dibujó en su rostro aparentemente humano.

El banquete comenzó, y Srednid Vhastar se sentó junto a sus discípulos. El más próximo a él era Zhepher, quien sintió un gran orgullo de quedar a la diestra de su mentor. En la cabeza de la mesa estaban Ions y Theoden. En la esquina derecha se sentaban Cedric Vaine, la mano del rey, Lúcian, Christopher Arcadain y el lugar vacío de Thomas había sido ocupado por el subcomandante Riudan Klein.

Las charlas acerca del pacto fueron breves. Theoden simplemente lanzó la idea y la dejó instalarse en la consideración de Srednid. No buscó una respuesta inmediata, pero aclaró que la esperaba cerca del final de la noche.

El banquete prosiguió por horas, y luego de un rato, Ions se acercó al monarca de las llamas.

- Espero, que no le moleste si pregunto — le dijo con cautela — ¿Porque su apariencia difiere tanto, respecto a los demás dragontianos?

Era algo notorio, la apariencia de Srednid era distinta a todos los demás de su especie.

Poseía muchos más rasgos típicos de un reptil. Todo su cuerpo era escamoso, su cabello no era rojo si no que tenía el color de la ceniza. Su voz era sepulcral, por momentos lo aquejaba la toz y de su boca brotaban pequeñas llamas o puñados de polvo.

- Por la vejez — fue la respuesta del Srednid.

Ions lo observó buscando una respuesta más compleja.

- Los dragontianos viven por mucho tiempo, Ions — dijo Zhepher —. Un poco más de quinientos años. Y al igual que ustedes los humanos, los dragontianos cambian su apariencia con el tiempo.

- Pero su salud no se deteriora con el paso de los años — Ions hizo una observación acertada, Srednid se mostró ligeramente sorprendido por su agudeza mental — ¿Cuántos años tiene usted, gran señor de las montañas ardientes?

— Ions — interrumpió Zhepher —. Mi maestro no es muy conversador, no lo molestes con tus preguntas.

Srednid miró a su súbdito de soslayo, tosió un poco y luego miró fijo al joven Wintersoul. Observó mucho más que su rostro, echó un vistazo en la profundidad de su alma y encontró talentos y demonios que seguramente ni Ions conocía.

El balance de los defectos y virtudes lo dejó complacido así que respondió.

— Tengo más de quinientos años. No me queda mucho tiempo en esta tierra.

Ions cambió el semblante de su rostro. Era una criatura sumamente antigua, pero la fortaleza de su apariencia no reflejaba ninguno de los signos típicos de la vejez.

— ¿Cuánto años tienes tu Zhepher?

— Veinticinco

— Eres mayor que yo...— Meditó unos momentos y miró a todos los demás dragontianos en el palacio. Todos tenían un aspecto, relativamente humano — ¿Acaso todos los que vinieron hoy tienen la misma edad de Zhepher? —le preguntó al gran Srednid Vhastar

— Efectivamente, son todos de la misma camada. Las camadas nuevas nacen, únicamente cuando las viejas están cerca de la muerte.

Ions sonrió con picardía. Tenía cientos de preguntas que hacer, quería saber todo lo referente a los dragontianos. Le resultaba una raza sumamente admirable, y a medida que la conversación avanzaba sentía mayores deseos de que formaran parte de la ‘Alianza del Sol’

— Joven príncipe —dijo Srednid con imponencia—. Deseo descansar, podrías facilitarnos a mí y a mis súbditos un lugar aquí en el palacio.

Por supuesto, las preparaciones ya se llevaron a cabo —respondió Ions mientras se levantaba de la mesa—. Pueden tomar las habitaciones en el tercer piso, solo suban por esa escalera—dijo señalando una enorme escalinata de mármol.

— Dile a tu padre, que Thorv formara parte de vuestra alianza— agregó Srednid lleno de resolución. Ions le estrechó la mano de Srednid y luego las de sus discípulos.

Luego se retiraron. Srednid y Zhepher fueron a la cabeza de la comitiva mientras subían por las escaleras.

— Maestro, que lo hizo decidirse—preguntó Zhepher a su mentor.

— Los ojos de ese joven—esa fue la respuesta. Se tomó un tiempo de silencio y decidió explicar un poco más— En su alma muchos demonios, miedos y mentiras se ocultan detrás de su fachada temeraria. Pero también hay mucho, muchísimo talento en su interior—realizó una pausa mientras caminaban—. Me recuerda a ti.

— Pero no deja de ser un simple humano.

— No menosprecies a los humanos, Zhepher — replicó Srednid con severidad—. Acaso nunca te conté, que cuando yo era joven como tú, conocí a un humano que fue mi mejor amigo y un aliado invaluable durante la guerra.

— No maestro — Zhepher estaba seguro de que nunca había escuchado esa historia.

— Pues así fue — sentenció Srednid inflando el pecho — Y tal vez él era un simple humano, pero eso no le impidió salvar al mundo del Clan de la Luna.

— Maestro, Cuando me habla de la guerra. Usted se refiere...— Zhepher no llegó a terminar su oración porque su maestro respondió en forma tajante.

— A la última vez que el Clan de la Luna apareció en Gaia, hace quinientos años. A los tiempos oscuros que ahora amenazan con regresar— Su voz se llenó de tristeza, sus ojos se nublaron con recuerdos oscuros y dolorosos—. Los presagios no hablan en vano, el ciclo de

decadencia volverá a esta tierra.

Zhepher nunca lo había pensado, pero su maestro tenía más de quinientos años. Eso significaba que había vivido la última llegada del Clan de la Luna. Para alguien como el monarca del fuego, los presagios de Tears eran algo más que simples cuentos, eran una realidad que en algún momento Srednid había experimentado.

Las dudas en la mente de Zhepher se disiparon en aquel momento.

Su mentor contaba con mucha más sabiduría y experiencia. Si era la decisión de su maestro el creer en los hombres, él haría lo mismo. Y si en algún momento Srednid fue amigo de un humano, no había razón para que Zhepher no pudiese ser amigo de Ions.

El joven dragontiano caminó los últimos metros del pasillo con una idea clara en su conciencia.

El gran monarca de Thorv nunca se equivocaba, y su juicio era intachable, si él decía que los presagios no hablaban en vano, habría que prepararse para los peligros que amenazaban al mundo.

La caída del muro:

<<Todos vivimos en telarañas de mentiras>> Mientras observaba las graderías repletas de hombres y mujeres, la mente de William forjó aquella frase en su subconsciente.

Luego de que se los tratados de paz se firmaran y dieran lugar a la Alianza del sol, el tiempo había corrido rápidamente y un año había transcurrido en completa calma y utopía.

En su corazón, ya no quedaba resentimiento contra el imperio de la guerra. Por el contrario, estaba agradecido con Ions, quien lo había despertado de su iluso letargo.

Gracias a él, sabía que su madre no había muerto por culpa de los ferthianos. Y que el culpable de aquella atrocidad era su propio padre, quien deseaba quitarla del medio para poder desposar a su amante lady Firebane. Y para lograrlo, envió mercenarios al Bastión del Relámpago.

Con el correr del tiempo, William creía haber madurado.

Tras llenar su existencia de rencor durante años y depositar su odio en personas equivocadas. Ahora comprendida que todos los individuos, transitan la vida en una red de mentiras.

Algunas que son formuladas para ayudar a aquellos que amamos, otras para intentar engañarnos a nosotros mismos, y proteger a nuestra mente del dolor y la responsabilidad.

Ahora el jolgorio del Duelo de Campeones, resurgía de nuevo para el deleite de todas las naciones.

William se sintió diminuto. El peso de su epifanía parecía recaer sobre sus hombros.

Se encontraba en el mismo lugar en el que estaba el año anterior. En la final del torneo, esperando enfrentar a Ions nuevamente.

En aquella edición del torneo, Zhepher se resignó nuevamente en semifinales. En esta ocasión perdió con William, en un combate difícil y parejo, al punto que se decidió más por la suerte que por el talento. Ions, por su parte, había superado a Filio Roberti en la otra rama del torneo.

Por momentos, el joven Wintersoul tuvo complicaciones. Los movimientos colosales y la incontenible fuerza del ‘Gigante Oriental’ no debían ser tomados a la ligera. Aunque Filio tenía en general una mente dispersa, si se mantenía centrado, era un rival imponente.

Lúcian no fue capaz de participar aquel año, pues la guerra civil en Leveron había cesado y la nación retornó a la competencia. Además, se encontraba un tanto enfermo en los últimos días, y por esa razón no se encontraba en el palco real.

Una vez más los príncipes caminaron el uno hacía el otro a través de la arena. Se vieron a los ojos y William disfrutó al saber que ya no había rencores entre los dos.

Ambos estrecharon sus manos y cruzaron algunas palabras.

— Ten cuidado, tanta es mi voluntad de vencerte hoy, que no puedo prometer que no mueras en este estadio — dijo William con un rostro serio mientras rozaba el borde de su espada con los dedos.

— Lo mismo te digo. Entorpece tu espada solo un segundo, y será fatal. — Ions respondió con osadía mientras se ponía en guardia.

Theoden miraba relajado desde el palco real, a su diestra se sentaba Asfharas Windsword, el

padre de William, a su izquierda Srednid Vhastar y a la izquierda de este, Aelf Laioslaith, el Gran Duque de Mosel.

El duelo se puso en marcha. Como en el año anterior, el Halcón y el León se enfrentaron para el deleite de los presentes.

La guardia de Ions era impecable. William no podía tocarlo, pero el príncipe de Ferth tampoco llegaba a conectar ningún golpe. El combate resultaba elegante, las espadas se desplazaban ligeras, los movimientos eran sublimes.

Apenas existió una pausa, William notó como Theoden se retiraba presuroso de los palcos junto con el cónsul, Christopher Arcadain.

En aquel momento no significó nada para él, y Ions ni siquiera llegó a notarlo.

Forcejearon inútilmente por diez minutos, donde ninguno llegó a tocar al otro. En sus rostros brillaban plateadas como perlas las gotas de sudor. Ambos estaban al límite de la concentración y exigían sus cuerpos hasta los confines de la voluntad.

Fue entonces cuando todo el mundo cambió en un instante.

Aquella tarde en el Palacio Valhala se escuchó un sonido estridente, un sonido que nadie olvidaría jamás y que alteraría el curso de los tiempos.

Piedras caían al suelo...Se desgarraban los cimientos que por siglos se habían mantenido.

El emblema y el orgullo de todo un pueblo, se derrumbaba en un rincón de la ciudad.

Desde lejos, llegaba al estadio el violento estallido del pavimento, que se desperdigaba a merced de fuerzas que nadie llegaría a comprender.

Aquel estruendo que escuchaban todos los presentes con rostros contemplativos, de duda y preocupación. Eran los mismísimos muros de Ferth, la única jaula digna de contener a un león. Aquella imponente pared que se mantenían desde hacía quinientos años, y que ni la Guerra Santa, fue capaz de derribar.

Un guardia entró corriendo al estadio. Estaba exhausto y completamente agitado, pues venía desde el puesto de vigilancia del Sur. Cayó rendido apenas entró a la zona de las gradas, y gritó con todas sus fuerzas.

— ¡El infierno nos ataca, los muros están cediendo! ¡Son demonios los que golpean la puerta, es el Clan de la Luna!

Inmediatamente, el estadio se sumió en el pánico. Las revueltas comenzaban mientras todos intentaban huir sin rumbo fijo, el griterío era ensordecedor, el miedo se hizo volvió más espeso que el aire.

— ¡Pueblo de Ferth, mantengan la calma! ¡Los civiles serán protegidos por las legiones imperiales! —gritó Ions con todas sus fuerzas para que todo el mundo lo oyera.

El caos en las graderías de Ferth se detuvo casi al instante. Los demás pueblos, Gargata, Thorv y Senaga, entre otros, continuaron debatiéndose por llegar al puerto y zarpar en los barcos con los que habían arribado.

Riudan Klein, el subcomandante de la Legión del Viento, entró en la arena para encontrarse con el príncipe. Rápidamente, Ions le impartió las órdenes que debían acatar todos los soldados.

— Desde la primera a la cuarta legión de infantería escoltara a los civiles hasta las catacumbas, allí estarán a salvo—el príncipe contempló a la gente en las graderías— Las familias nobles y las casas honorables serán evacuadas en los barcos hacia la isla de Bell. Si no reciben noticias de la capital en dos días, los llevaran a Mosel o a Gargata, hasta nuevas

órdenes—Ions hablaba con la fuerza y el vigor de un líder de los hombres. Sus palabras eran incuestionables—. Desde la cuarta a la decimotercera legión se dispondrán ahora mismo, en la puerta principal de la ciudad y sus alrededores —

— ¡Si señor! — Riudan asintió de forma enérgica.

— ¡Riudan! — gritó Ions antes de que se alejase — ¿¡Donde mierda está el comandante Vaine!? ¿¡Porque no es Thomas quien lidera a la Legión del Viento!? —

— No pudimos encontrarlo señor — el veterano soldado, respondió de inmediato y con total sinceridad—. No podemos darnos el lujo de esperarlo. Por eso acudí ante usted personalmente.

— Hizo muy bien, subcomandante — Ions sentía un profundo fastidio hacia Thomas en aquel momento. Sospechaba la razón por la cual no había asumido el mando con eficiencia. La misma por la cual llegaba tarde a cualquier reunión relevante en los últimos meses.

Ions se volteó y miró a William a los ojos.

— ¿Pelearas a mi lado? — le preguntó arqueando las cejas.

— Como si tuviese alternativas.

— Las tienes... Puedes esconderte, o subirte a un barco y zarpar rumbo a Gargata.

— Las tendría, si en mi próxima vida fuese yo un cobarde. Pero en esta no tengo opción.

Sin perder más tiempo, ambos se dirigieron presurosos con dirección a la ‘Puerta Negra’, la entrada principal del reino. A medida que corrían por las calles de la ciudad, William sintió como el ambiente lo absorbía. Todos corrían de un lado a otro preparando las defensas de la ciudad.

En los ojos de cada uno de ellos, dormía el pavor. La desesperación de saber que en pocos minutos, tendrían que plantar la cara ante lo desconocido.

Arribaron a la puerta donde los esperaban nueve de las legiones imperiales. Cerca de veinticinco mil soldados, dispuestos en filas y columnas, extendiéndose por todo el terreno de la calle principal.

Desde allí la realidad era inconcebible. Una estrecha grieta se divisaba en el muro impenetrable. Los demonios detrás de la muralla, todavía permanecían ocultos. La puerta retumbaba con violencia ante cada golpe que recibía. Los arietes enemigos impactaban sin descanso, y a cada golpe el coraje de los soldados comenzaba a mermar. Sus corazones se llenaban de dudas, y solo quedaba en sus mentes el sonido del acero siendo azotado. El de los cimientos eternos cayendo hacia la tierra.

No importaba que criaturas rondaran en el otro lado, si habían rasguñado el muro de Ferth, debían de ser dioses, criaturas que escapaban a la comprensión humana.

Un golpe seco y despiadado impactó de lleno sobre la puerta.

Ante tal suceso, los legionarios retrocedieron lentamente. El temor se hizo pleno en sus rostros, y algunos llegaron a mirar a sus espaldas, buscando escapar a la realidad que se avecinaba.

William comenzaba a perder su valentía.

Frente a él se encontraba el ejército más fiero del mundo, los soldados del León. Más no había en ellos, la valentía y el arrojo que profesaba la historia. No había frente a William, nada que no alcanzará a ver la vista, únicamente miedo y angustia.

El príncipe de Gargata se acercó a Ions. Le dijo aquello que pensaba sin ninguna contemplación.

— Tus hombres...— tomó una breve pausa, mientras miraba los rostros de los legionarios

que estaban cerca de él —. Están aterrorizados.

El príncipe ferthiano asintió, dio un fuerte suspiro y unos pasos al frente. Se dio la vuelta y miró a sus soldados a los ojos.

La noche estaba por arribar, en el horizonte el sol se escondía tras las montañas, mientras regaba los prados con las últimas luces del día.

La puerta fue azotada nuevamente, y otra vez, todos los soldados se alejaron de ella.

El rostro de Ions reflejó un arrebato de furia. Gritó entonces, con voz clara e imponente.

— ¡No se atrevan a ceder! Llevan el escudo de su pueblo. Son la elite de Ferth, el León de Gaia. Y si los dioses quieren guerra nos mantendremos a través de ella, si quieren destrucción nosotros se la brindamos, y si los dioses quieren que nuestro imperio caiga, nos enfrentaremos a la voluntad divina. ¡Y nuestro acero vivirá por siempre! — Ions recitó las palabras del reino. Algunos soldados recuperaron la compostura al oírlas, recordaron que Ferth se había mantenido a través de los tiempos, de tiempos por momentos oscuros y sin esperanza.

El príncipe no tardó en darse cuenta, que las palabras del reino no alcanzaban. Tenía que transmitirles con sus propias sensaciones.

— ¡Hijos del León! —continuó entonces—. El muro cederá...Esta puerta ha de caer, y la esperanza quizás se vea debilitada. Pero antes de que eso pase, miren al horizonte. Miren el majestuoso atardecer, hermoso y puro como todos los días en estas tierras, sagrado y perfecto como los vientos y los prados ¡Como todo Ferth! —realizó una pausa tragó saliva y habló con toda la voluntad de su corazón—. No peleen por mí, tampoco por el rey. No peleen por el honor. No peleen por la gloria, ni por el oro y las riquezas, porque no obtendrán nada. Peleen por los prados porque son de ustedes. Peleen por la ciudad, por sus esposas y sus hijos, protejan con su alma aquello que forjaron con el esfuerzo de cada día—Ions miraba a todos sus soldados como si fueran sus hermanos, porque así lo sentía. Porque les estaba hablando desde lo más profundo de su corazón, intentando mitigar el terror que sentían—. Esta puerta ha resistido cientos de invasores...Invasores que soñaban con incendiar nuestras vidas, con destruir nuestros hogares, con violar a nuestras mujeres. Todos ellos están muertos, porque fueron inconscientes... ¡Porque son imbéciles, aquellos envisten las puertas de nuestro reino! ¡Los que envisten la jaula en la que duerme el León!—los soldados comenzaron a asentir con decisión, levantaron sus espadas y un grito al aire, mientras sus rostros se llenaron de vigor. El príncipe agregó poseído por la exaltación del momento—. Este atardecer no es lo último que nos queda. Pues yo les prometo que este no es nuestro último día. Les digo esto y les pido que crean en mí. ¡Nuestro sueño aún no se acaba y no es tiempo de despertar!

Los soldados gritaron con euforia — ¡La Tempestad!— al tiempo que golpeaban el piso con sus lanzas, o el pecho de sus armaduras con los guanteletes.

William quedó sorprendido por el liderazgo de Ions. En un instante, había cambiado el miedo por el valor. Miles de hombres desahuciados ahora tenían un fuego interno ardiendo en sus miradas.

Ions desenvainó su espada. Al mismo instante, la puerta de acero terminó por derrumbarse.

Los ruidos de cascos equinos contra las piedras, resonaban detrás del polvo y el suelo destrozado. Surgieron desde la bruma, incontables jinetes de armadura negra. Montados en caballos demacrados, portando enormes espadas de hierro oxidado. Todos con el mismo aspecto, el aspecto de las pesadillas.

Avanzaron raudamente decididos a chocar contra las legiones de Ferth.

Ions sostuvo su espada frente a su rostro. La horda se avecinaba sobre él. Se habló a sí mismo en voz baja, como un murmullo para su propia conciencia.

— Y si los dioses quieren que nuestro imperio caiga, mi espada los pondrá de rodillas.

Apenas terminaba la oración, acertó un sablazo de lleno sobre uno de los caballeros que intentó pasar a su lado. El golpe fue tan violento que despojó al jinete de su montura. Sin dejarle respirar, lo empaló con su espada, por el camino que le permitieron las grietas en la armadura, justo donde debería estar el corazón.

No brotó de su cuerpo sangre alguna. En su lugar surgió una estela de oscuridad, tan profunda como la noche a cielo nublado. Que manó de su pecho y se evaporó rápidamente, perdiéndose en el aire. Dejando atrás únicamente los restos de armadura negra.

William presenció todo el suceso, al igual que los legionarios a sus espaldas. Sintió un arrebató de valentía, y se lanzó de lleno al combate.

Con cada blandir de su espada, se extinguía una existencia maligna. Cuando ya estaba inmerso en el caos, escuchó a Ions gritar.

— ¡No son hombres, pero tampoco son dioses! ¡Enviémoslos de regreso al infierno!

Exclamó con furia mientras prolongaba su marcha combativa, derribando enemigos sin piedad. Las legiones a sus espaldas resistían las constantes oleadas de los jinetes, con la misma compostura que las rocas resisten los arrebatos de un océano tormentoso.

En medio del tumulto, William notó que los enemigos lo rodeaban.

Su mente estaba en blanco y su corazón latía desbocado. Como campanas dentro de su conciencia más profunda, escuchaba el sonido de las espadas contra los escudos, el relinche de los caballos al morir, la madera de las lanzas quebradas; el alarido de los hombres que perdían la vida a sus espaldas y el ruido que las sombras proferían al morir, debatiéndose mientras la oscuridad se escurría fuera de sus cuerpos.

Cuando se sintió completamente cercado, William se acercó hasta donde se encontraba Ions. Sin decir palabra alguna se dispusieron espalda contra espada y mantuvieron el terreno contra los enemigos a su alrededor.

Estaban en el centro de un círculo negro y los caballeros demoniacos se erigían frente a ellos, tratando de quebrarlos.

Ambos príncipes lucharon como hermanos en el campo de batalla, mientras se indicaban con frases cortas, que movimientos debían realizar para mantenerse con vida.

Todos los ferthianos resistieron con valentía y aplomo. Pero sin importar cuanto ímpetu demostraran en aquella batalla, por cada sombra eliminada otra surgía del otro lado de la muralla.

El vigor comenzó a mermar y los soldados a ceder.

Desesperados William y Ions buscaron una grieta para escapar del rodeo en el que se encontraban. —A la cuenta de tres—dijo Ions.

El joven Windsword lo comprendió. Juntos se abalanzaron contra los demonios y se abrieron paso con vehemencia escapando del asedio.

Lograron reunirse con las legiones, aunque se vieron forzados a retroceder.

Cuando los caballeros oscuros llegaron a la plaza central, su dispersión a lo largo de la ciudad resultó inevitable. Aunque por fortuna, a esas alturas casi todos los civiles habían sido evacuados o se encontraban en las catacumbas.

Apenas pudo tomar un respiro, William observó la muralla. La grieta en la parte alta se había propagado y era ahora un enorme agujero.

De pronto, el muro se resquebrajó por completo. Se partió en dos marcando un camino.

Las inmensas rocas salieron disparadas, y se precipitaron sobre los hogares cercanos a la entrada.

El mundo parecía hundirse por completo, al mismo tiempo que una criatura de colosales proporciones se internaba en la ciudad.

El príncipe de Gargata supo, que frente a sus ojos aparecía una leyenda.

Una de las historias de terror que los ancianos les cuentan a los niños. Historias sobre el Clan de la Luna, sobre los ejércitos oscuros y las Legiones del Ocaso.

Uno de esos cuentos, hablaba de una criatura gigantesca de casi ocho metros de altura. Que era escamosa como una serpiente, con siete cabezas que se movían rápidas y certeras; con cuatro patas cortas, enormes garras sin filo y un armazón acorazado que la cubría completamente.

Esa criatura surgía ahora desde la grieta, desde los mitos hasta la realidad, adentrándose lentamente en la capital del imperio.

— ¡Mi señor! — El general de la quinta legión se acercó a Ions con desesperación—. Deje a nuestro cuidado la ciudad. Tome a la Legión del Viento y proteja el palacio. Pelearemos por evitar que la invasión se expanda, pero es importante que no avancen hacia la residencia real, su padre está allí.

— No podrán derribar a esta criatura. No sin un hábil guerrero que los guie — dijo Ions mirando a la bestia que se acercaba desde la lejanía.

William escuchó una voz ronca y gutural a sus espaldas.

— Bastara conmigo—surgió, desde las calles de la capital, el dragontiano Zhepher Wylf—. Mi espada guiara este ataque, y los dragontianos honraran el pacto—Ions asintió con una amplia sonrisa mientras le estrechaba la mano a Wylf. Le agradeció su presencia en la batalla, antes de retirarse rumbo al palacio, junto con la Legión del Viento.

William también estrechó con admiración la mano de Zhepher, antes de acompañar a Ions que se alejaba abriéndose paso entre los soldados.

Estaba sorprendido al ver como los dragontianos se habían quedado en Ferth en lugar de huir. Como habían honrado su juramento y se disponían a pelear en comunión con los hombres ferthianos, en contra de los enemigos del mundo.

Todo lo contrario a su padre, quien a estas alturas, ya había escapado hacia Gargata. Al igual que todos los demás pueblos que habían jurado luchar contra el Clan de la Luna.

Finalmente cerraron la segunda puerta de la ciudad, aquella que separa la residencia real del resto de la capital. Esta puerta, — también llamada La Gran Puerta— era tan fuerte y resistente como la entrada principal.

Del otro lado, quedaron todos los soldados. Con excepción de la Legión del Viento, compuesta por los mejores tres mil soldados de Ferth. Aunque faltaba Thomas, quien a pesar de ser el comandante de aquel escuadrón, no había aparecido desde el inicio del ataque.

William notó su ausencia, al igual que todos los presentes.

Riudan Klein, el subcomandante, se encargaba ahora de impartir las órdenes.

Ions indicó a sus hombres que preparasen las catapultas, pues la bestia de siete cabezas se acercaba lentamente y con paso cansino.

William supo que solo había un método para inclinar la balanza de aquella cruenta batalla. Tendrían que utilizar un nuevo descubrimiento armamentista desarrollado durante el último año. Él sabía perfectamente, que dicho artilugio estaba a disposición de Ferth. Porque justamente, había sido fabricado por los ingenieros de Gargata y regalado a Ferth para consolidar la Alianza del

Sol.

Se acercó a su amigo entre la multitud de soldados, y lo tomó del hombro buscando su atención.

— Ions. Si queremos sobrevivir, la bestia de siete cabezas tiene que caer. Ordena a tus hombres preparar el cañón—habló repleto de convicción, y con semblante serio y austero.

Riudan Klein, se acercó ante la propuesta de William.

— Señor el cañón jamás ha sido probado, y cargarlo toma tiempo. En el mejor de los casos solo tendremos un disparo—advirtió, tratando de impartir cautela y precaución.

— Entonces será mejor que el tiro sea certero—acotó el príncipe de Gargata con una sonrisa arrogante. Ions asintió, indicándole a Riudan que pusiese manos a la obra.

Las preparaciones comenzaron. El reloj del juicio corría sin pausa. En solo unas horas el mundo se había tergiversado, la realidad estaba fuera de quicio, el tiempo fuera de ritmo.

William se preguntó, en aquel instante, si saldría de allí con vida. Hasta ese entonces, no quiso pensarlo. Se aseguró a si mismo que la realidad no era distinta de un resorte, y que volvería a su estado natural en lugar de quebrarse.

El príncipe de Gargata comprendió entonces que se había mentido a sí mismo. Que no había madurado todo lo que él creía y todavía le costaba aceptar la verdad. Al fin y al cabo, todos tejemos nuestra telaraña de mentiras.

La última flama:

La oscuridad de la noche se reflejó en el cielo como un mal presagio. El sol avergonzado retiró su mirada de los prados. La sombra había ido en aumento y los corazones de la ciudad estaban oprimidos. Arriba y a lo lejos, una gran nube de tormenta flotaba lentamente. Era atraída por el humo de las casas ardiendo a merced de un fuego despiadado que se propagaba por la ciudad iluminando la escena.

El firmamento quedó teñido por las flechas flameantes, un río de fuego que descendía como una cascada desde las almenas y los tejados de Ferth. Precipitándose hacía la tierra, como cientos de estrellas cayendo desde las alturas.

La bestia se acercaba al palacio lentamente. Por cada paso que daba, decenas de hombres morían aplastados. Las llamas torrenciales descendían certeras sobre el cuerpo de la criatura, pero las flechas rebotaban en la coraza, y todo resultaba completamente inútil.

Los gritos de los Ferthianos cayendo a manos del acero oscuro y las siete fauces de la bestia era lo único que se imponía en aquel lugar. Zhepher los escuchaba mejor que nadie, su oído era mucho más refinado que el de ningún hombre.

Se mantenía detrás de las barricadas, coordinando los ataques. Notó como la desesperación se acrecentaba en los rostros de los combatientes, y como la fe se tornaba esquivada en sus almas.

Había tomado control de las legiones. Desde la quinta hasta la décimo segunda estaban bajo su mando. Sin embargo, ya se habían perdido el séptimo y decimoprimer regimiento.

Estaban perdiendo... Aunque tuviesen controladas a las huestes oscuras, y ya no surgieran más enemigos desde el otro lado del muro, y no hubiesen más oleadas en camino. El optimismo era pobre.

Las legiones de Ferth en comunión con las escasas tropas de dragontianos acabaron por detener el saqueo y la destrucción masiva. Ese logro no les producía un mayor optimismo a los soldados, pues todavía quedaba la bestia infernal de siete cabezas, inclinando la balanza a favor del caos.

— Señor, Las flechas no surten ningún efecto —gritó el general desde los tejados para que Zhepher lo oyera.

El dragontiano no respondió. Escrutó la ciudad en silencio, cientos de casas ardiendo, monumentos convirtiéndose en ruinas, y por encima de ellos un cielo de tormentas.

Meditó unos minutos. Debía encontrar una solución, o mejor dicho, una posibilidad, una apuesta.

Se acercó a otro de sus generales, el líder de la décima legión, para realizar una consulta.

— General, ¿están listas las catapultas?— dijo con un tono casual, como si no hubiese una batalla en marcha.

— Sí, señor Zhepher, El quinto regimiento las está cargando. —

— Perfecto— puso un tono más solemne antes de impartir una orden—. Quiero que me traiga a sus soldados más ágiles, los de mayor destreza. En lo posible, que sean sumamente osados—se dio la vuelta y caminó unos pasos antes de agregar—. Selecciónelos entre las

legiones que desee y póngalos a mi disposición cuanto antes—

El general asintió, su rostro mostraba preocupación, ya que sospechaba los planes del dragontiano. Intentó hablar para sugerir un poco más de cautela, pero Zhepher lo interrumpió al instante.

— General, es la única forma de ganar. Mis mejores dragontianos también correrán el riesgo—el otro lo miró perturbado pero asintió nuevamente y se retiró dispuesto a cumplir con sus órdenes.

Mientras esperaba, Zhepher mandó a reunir a sus soldados dragontianos. Tomó a un puñado de ellos, los que consideraba más rápidos y con mejor balance.

Era una misión suicida la que rondaba su mente.

No encontraba ninguna otra alternativa. Las flechas no derribarían al monstruo, las catapultas podrían molestarlo y distraerlo, pero jamás herirlo de muerte.

Para vencer hacía falta un mayor sacrificio, un acto de completa osadía y una apuesta contra la muerte. Ya no había otro pensamiento en su mente, no contemplaba otra salida.

Su instinto le decía que era la hora de escalar a la bestia.

Las catapultas comenzaron a disparar, carga y descarga, una tras otra las piedras azotaban el cuerpo del vástago infernal. No causaban ningún efecto prometedor, solo servían para entorpecer su paso lento y pesado. La bestia ya estaba casi en la segunda puerta de Ferth, cuando el general llegó con los hombres que Zhepher había solicitado.

El dragontiano los reunió con sus propios soldados y dio las órdenes.

— ¡Soldados de la alianza! —exclamó con autoridad—. La bestia se acerca al umbral del palacio, pero antes de que llegue la derribaremos con nuestras propias espadas—movió la vista a través de todo el pelotón antes de continuar, miró a cada hombre a los ojos—. No será fácil, pero no queda otra salida más que escalar a la bestia y matarla con nuestras manos.

Inmediatamente, muchos soldados se aterrorizaron ante la propuesta. Algunos, entendieron que no había alternativa. Tenían que tomar el riesgo, pues o hacían eso o morían de todas formas. Era preferible morir de esa manera, con audacia y no con cobardía.

Se pusieron en marcha inmediatamente, cruzaron las barricadas y se internaron en plena batalla.

Se desplazaron por las calles internas de la ciudad, mientras un soldado ferthiano le indicaba a Zhepher el camino.

Tomaron las vidas de todos los caballeros negros que llegaron a encontrar en el camino. Paso poco tiempo para que llegaran a donde estaba la bestia. Se subieron a los tejados y saltaron con la intención de aferrarse a la coraza que rodeaba el cuerpo de la criatura.

Eran poco más de doscientos soldados, por fortuna el monstruo no los notó y siguió su paso hacia la Gran Puerta. Era de esperarse porque en comparación ellos tenían el tamaño de hormigas.

Escalaron hasta el lomo, la bestia seguía sin notarlos. Se desperdigaron por las siete cabezas, treinta legionarios por cada una de ellas. Y fue allí cuando comenzaron a morir.

El monstruo sintió la presencia de los soldados y comenzó a sacudirse con violencia. Los más débiles no pudieron aferrarse con la suficiente fuerza y se precipitaron hacia el suelo.

Luego las siete cabezas de serpiente abrieron sus fauces y se entrecruzaron devorando todo a su paso. Zhepher se soltó en el momento justo, esquivó la mordida y cayó sobre una de las cabezas, internó su espada dentro del cráneo y le quitó la vida. Se escuchó el grito atronador de la criatura. Solo seis soldados quedaban con vida. Los seis habían llegado a la meta y le quitaron

otra vida a la bestia. Solo dos de siete estaban muertas...Habían fracasado.

Zhepher aceptó que iba a morir allí. Su mente se apagó mientras veía morir a los últimos seis hombres de su unidad. Dos de ellos eran dragontianos, y sus muertes pesaban con mayor fuerza dentro de su corazón, les había fallado a todos, sobre todo a sus compatriotas.

Fue rodeado por las fauces y el sintió como los colmillos se aferraban a su cuerpo. Comenzó a desangrarse, pero se mantuvo con vida, la criatura no terminó rápidamente con su existencia. En lugar de matarlo, lo atenazó mientras la sangre brotaba tímidamente desde su cuerpo.

Zhepher no gritó, aunque el dolor resultaba desgarrador. Sabía que los dientes no habían perforado de lleno su cuerpo. Poco importaba, ya estaba resignado.

Lo último que veía en esta vida eran escombros, hogares y sueños destrozados, polvo y ceniza.

Luego entrecerró los ojos y vio la luz del fuego, que con un brillo intenso, irrumpió por sus pupilas cerradas. La luz era tenue.

<<Tal vez son las llamas de la muerte>> pensó él, mientras se disponía a cruzar el umbral a la otra vida.

Luego todo se apagó. Todo se volvió negro. Y las fauces lo oprimieron, y el mundo parecía terminar en el crepitar de una llama. De pronto desde las sombras surgió un destello, solo por un instante, un violento y fugaz destello. Al brillo lo siguió un estruendo profundo, una explosión.

Sin previo aviso, las fauces lo dejaron en libertad, mientras la bestia caía hacia el suelo.

Zhepher sintió el frío beso del empedrado en la espalda y cuando abrió los ojos vio a la bestia tumbada en las calles. No supo que paso, pero la criatura recibió un terrible impacto. El olor en el aire era como humo, pero distinto.

Notó con desamparo, que estaba inmerso en un charco, rodeado de sangre, y no tenía forma de saber cuánta de esa sangre le pertenecía a él.

Se sintió completamente vacío cuando vio que la bestia se levantaba del suelo y lo olfateaba, buscando señales de vida, acechándolo como un cuervo al moribundo.

Zhepher escuchó los gritos de desesperación del otro lado de la Gran Puerta.

— ¡El cañón ha fallado! —gritó un hombre de la Legión del Viento — ¡Sigue con vida, todo está perdido!

El dragontiano estuvo a punto de cerrar sus ojos para abrazar a la muerte, pero luego vio a su maestro Srednid en las alturas, de pie sobre las almenas.

Primero, la ciudad lo contempló a su mentor en su forma natural. Pero luego de una metamorfosis, surcó los cielos como un majestuoso dragón.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Zhepher...Su maestro se había suicidado.

Como todo el mundo sabe, los dragontianos son los hijos imperfectos de Tharos, el gran dragón negro. Son solo mitad dragón, mas tienen la potestad de obtener el poder y la apariencia de un dragón completo, por un periodo de concreto de tiempo.

Sin embargo, el precio de semejante poder es sumamente elevado. Pues desde el momento que un dragontiano se convierte en dragón puro, solo viviría hasta que cumpla el objetivo por el cual adquirió esa forma. Luego solo le espera la muerte y convertirse en un puñado de cenizas.

Srednid Vhastar arremetió con sus poderosos colmillos, arrancando una de las cabezas de la criatura. Sus garras con forma de garfios desgarraron la armadura. Las cinco fauces del monstruo resultaban un incordio, incluso para un dragón.

Cada vez que atabaca, era mordido en distintas partes de su cuerpo escamoso y de la herida la sangre brotaba en estallidos, junto con la ceniza y el azufre.

Al no poder desatar las llamas que fluían por su cuerpo, temiendo que estas pudiesen destruir la ciudad y la vida de Zhepher, Srednid continuó forcejeando con sus garras y sus colmillos.

La pelea resultaba más pareja de lo previsto. Resonaban con estruendo en todos los rincones del imperio los rugidos surrealistas de las dos criaturas. La tierra temblaba ante cada sacudida de sus cuerpos. Los soldados no podían hacer nada más que observar y rezar.

Finalmente, las cinco cabezas atacaron todas juntas. Srednid no pudo detenerlas, y estas se aferraron a sus alas, a su cuello y a las garras de sus pies. Los colmillos irrumpieron entre las escamas y el dragón resultó gravemente herido.

Con lo último de sus fuerzas, el monarca de los dragontianos, posó sus garras sobre el pecho de la bestia, y lo hizo con tal convicción que perforó su piel y la abrió de par en par.

El corazón de la criatura quedó expuesto al mundo, latiendo con un ritmo frenético.

El solemne dragón tambaleó por un instante. Parecía que todo terminaría allí, hasta que Srednid hundió su boca en el cuerpo del monstruo y liberó los fuegos que corrían por sus venas. Como magma brotando de su boca se derramaron sobre el corazón del vástago infernal. Sus cuerpos ardieron en una llama tan intensa como el mismo sol.

Ambas siluetas se perdieron en la luz y se disolvieron tras el estallido, mientras las flamas alcanzaban su cenit.

La nube tormentosa que se insinuaba en la lejanía había arribado a la capital y la lluvia caía sobre el empedrado de las calles. El abismo de desesperación parecía disiparse, ser lavado con la lluvia, al igual que la sangre y las flamas.

Zhepher se arrastró lentamente buscando el lugar donde su maestro acababa de arder. Su mente se mentía a sí misma. Esperaba encontrarlo herido, pero con vida.

Encontró su cuerpo en la lejanía, mientras se acercaba notó que debajo de él, fluía un río agua negra. Eran los restos carbonizado del demonio que acababa de morir.

Lo vio a lo lejos, tendido e inmóvil. En un sepulcral silencio y con la cara petrificada.

Mientras continuaba arrojándose hacia él, Zhepher comenzó a repetir una palabra en voz baja, en forma casi imperceptible y con la intención de mantener la cordura de su mente atormentada.

— No— era todo lo que decía, una y otra vez, como un susurro, como una súplica.

Al llegar se rompió a llorar sobre el pecho de aquel, que para él había sido como un padre, y lo había protegido desde niño.

Escuchó su corazón. Todavía latía, aunque sonaba cansado de vivir.

Su mente renunció a toda esperanza de mantenerlo a su lado, pero su alma lo impulsó a repetir cada vez con más fuerza: No.

Lo repitió con dolor y lágrimas, lo susurró con resignación y miedo, y luego lo gritó lleno de rabia e impotencia. Hasta que finalmente exclamó desesperado ante los cuatro vientos, y estos llevaron sus lamentos ante cada rincón de Ferth.

Suplicaba a todos los dioses. Al suyo, a los de norte, a los de Asgard; a los demonios, que le importaba quien lo ayudara. Creería en lo que hiciera falta con tal de torcer el presente.

— ¿Por qué? —sin destino alguno. La pregunta se repetía entre sollozos.

— Porque tú debes vivir... —le respondió Srednid, lo más claro que pudo y con gran esfuerzo—. Los años que vendrán serán muy oscuros, y tú tienes un papel que cumplir, una historia que escribir. —

Levantó su mano y la posó sobre el rostro de Zhepher, lo miró con ternura casi paternal y le encomendó sus últimas palabras. La última lección de Srednid Vhastar, el majestuoso, el poderoso, el gran monarca de los dragontianos.

— La paz nunca es una meta, la paz es un camino. Pero no basta con hablar de ella, hay que creer y trabajar para obtenerla. Por eso Zhepher, no te culpes. Tampoco culpes a los hombres de Ferth. No vivas por el odio, no respire resentimiento. Simplemente vive...— hubo un silencio y su ojos comenzaron a cerrarse—. Felizmente doy mi vida por tu futuro...Y por el sueño que compartí cuando era joven, con mi mejor amigo.

Luego de decir esto, Srednid calló para siempre. Sus últimas palabras jamás aplacarían el dolor que Zhepher sentía. Mientras se aferraba al cuerpo inerte de su mentor gritando desesperado, furioso y culpable.

Srednid ardió en un fuego frío y azul. Eran las flamas del reino de la muerte. Zhepher sintió el tacto de las llamas sobre su cuerpo, y se sintió furioso. Su maestro no merecía arder con un fuego tan pobre como aquel, sin calor y sin brillo. Su maestro, merecía desaparecer envuelto en el fulgor de los volcanes, en el mismo ardor que minutos atrás había desatado sobre el demonio de siete cabezas.

El cuerpo de Srednid Vhastar se convirtió en polvo y cenizas. Pero para el joven Wylf, la última flama no fue aquella. La última fue la que surgió de su alma y venció a la bestia, aquella que brillo más fuerte que el sol.

Esa era la leyenda que le contaría a su pueblo. Les diría que su mentor, había desaparecido del mundo rodeado de su propia luz. Una luz que era capaz de opacar el sol, e iluminar la penumbra eterna.

El rostro marcado:

Indefectiblemente llegara el día en que la vida nos dé un golpe. El día que cambiaran las reglas del juego. Reglas completamente volátiles a las cuales nos aferramos buscando cierta ilusión de permanencia o desagravio.

Acostumbramos a ampararnos dentro de la amistad, la familia, la confianza; el amor, el honor y la lealtad, en un desesperado empeño de adquirir lo que la vida, en su incontenible complejidad e imprevisibilidad, carece: Una armonía, un estructura equilibrada, un contexto que nos permita determinar la jerarquía de los hechos, las causas y sus efectos, el valor de nuestra existencia y el vínculo entre las acciones.

Buscando definirnos a nosotros mismos, y conocer lo que somos como individuos, no nos queda otro remedio que salir de nosotros mismos y refugiarnos en ideales superiores.

Ions creyó toda su vida que la confianza era el alimento del amor. Pero no pensó jamás de ella, como un puente para el engaño y la traición. Creyó que su mundo y su realidad eran eternos. Y que si ocurría una desgracia, tal vez podrían doblarse, pero nunca jamás romperse.

Él vivió hasta aquel día, convencido de que siempre estaría rodeado de árboles con frutos dorados.

Pero el destino no golpea una sola vez. Nunca se limita a doblar un poco nuestras vidas. Si el destino nos elige, los pilares donde fundamos nuestra existencia habrán de caer. No importa cuántas desgracias sean necesarias, no pararan hasta dejar marca.

Completamente incauto de semejantes cuestiones se encontraba Ions, mientras corría presuroso por los largos y amplios salones del palacio imperial. Jamás habría pensado que durante la próxima hora viviría las dos penurias más grandes de esta vida: La muerte y la traición.

Había dejado la batalla en la Gran Puerta en manos de Riudan Klein. Cuando luego de ordenar la preparación del cañón, el veterano caballero le informó.

— Señor, sé que no es el mejor momento, para decir esto —tomó un respiro y continuó con una expresión de gravedad—. El rey se retiró con el señor Arcadain durante la pelea en el Valhala. Fueron con dirección al palacio, a los aposentos de su hermano. Parece ser que su salud se había complicado.

Ions se quedó mudo. Lúcian padecía desde hace días una fuerte fiebre y el cónsul, Christopher Arcadain había dispuesto a un curandero para que lo sanase. Pero las pócimas, por alguna razón, no surtían efecto y los diagnósticos eran reservados. Se esperaba que no fuera nada grave, aunque nada descartaba una posible complicación.

Ions maldijo mientras apartaba la mirada del rostro de Riudan, observó la puerta y escucho el fulgor de la batalla. No podía retirarse de aquel lugar, tenía un deber que cumplir.

— Señor príncipe, no se preocupe. Daremos la vida por usted y por el rey. Si esta puerta cae seremos la última muralla. Vaya usted con su padre y su hermano — habló Riudan intentando serenarlo.

Ions asintió.

Miró a los ojos a aquel caballero de casi cincuenta y cinco años y le respondió con total sinceridad.

— Cometí un error en no nombrarte a ti comandante de esta Legión. Elegí a Thomas en tu lugar y no ha cumplido su deber, ni siquiera está aquí con sus hombres. En cambio tú peleas con la lealtad a flor de piel—el otro no respondió, pero esbozó una clara sonrisa en su rostro levemente arrugado.

Luego Ions gritó para que toda la legión lo oyera:

— Desde este momento y por razones de fuerza mayor, despojo a Sir Thomas Vaine de su puesto como comandante de la Legión del Viento. En su lugar nombro a Sir Riudan Klein, con todas las potestades y las responsabilidades que esto conlleva—finalmente se acercó a Riudan y posó una mano en su hombro derecho. Le habló en voz baja para que solo él pudiese oírlo—. Ahora dirige a mis hombres y gana esta batalla por mí, dejo en tus manos mi ciudad.

El otro asintió encantado y su sonrisa no hizo más que ensancharse a medida que Ions se alejó rumbo al palacio.

William se mantuvo junto a los soldados del rey y defendió la puerta. O por lo menos eso intentó, hasta que la ambición y la codicia de algunos se interpusieron entre el hombre y su juramento.

Ions llegó al palacio. Lo encontró completamente vacío y sumido en la oscuridad de la noche. Solo iluminaba la escena, la luz de la luna que se filtraba como puñales por las ventanas. Y unas cuantas lámparas de aceite que habían dejado prendidas las criadas y los sirvientes que habían evacuado.

No existía allí sonido alguno, más que el de la batalla que resonaba en el exterior, aquel recinto parecía estar separado o detenido, apartado de lo que había afuera, de aquella realidad frenética.

No había nadie a quien preguntar acerca de la salud de su hermano Lúcian. Así que Ions tomó una de las antorchas en las paredes y se valió de una lámpara para encenderla. Iluminó entonces su camino rumbo al ala Oeste del palacio, donde estaban todas las habitaciones.

El ala Oeste se dividía en tres pisos. Uno para las criadas, los sirvientes y los chefs. El segundo para los guardias del palacio. Y un tercero donde estaban los cuartos de Theoden, Ions, Lúcian, y las habitaciones de huéspedes. Todas las plantas estaban conectadas por enormes escalera de mármol blanco, cubiertas por alfombras color carmesí, y rodeadas con barandales de piedra tallada.

Cuando arribó al tercer piso, avanzó por el pasillo en busca del cuarto de su hermano.

Ions se sintió asfixiado por la oscuridad a su alrededor. Su existencia se concentraba en aquel resplandor diminuto dentro de un mar de silencio y tinieblas. Tenía el presentimiento de que algo terrible había ocurrido allí. Mientras el temor hacía la desgracia se arropaba en los rincones más subconscientes de su corazón. Por primera vez en aquel fatídico día, el príncipe sintió que algo que apreciaba habría de perderse para siempre.

Nunca hasta ese momento había temido por nada. Jamás se cruzó por su mente la idea de perder la batalla, y a diferencia de sus soldados, el luchó contra las sombras sintiéndose vencedor desde el momento que desenvainó su espada.

Pero ahora era distinto. Empezaba a dudar si acaso las tinieblas que envolvían el palacio eran algo más que el tacto de la noche. Tal vez un presagio, tal vez este sentimiento de asfixia que lo invadía, ya había recaído sobre su padre y su hermano.

Finalmente llegó a la habitación de Lúcian.

Al abrir la puerta no encontró más que una continuación de la oscuridad del pasillo, incluso la ventana estaba cerrada, impidiendo que la luz entrase por algún resquicio. Sintió una fuerte opresión en el pecho cuando alumbró la cama vacía y las sábanas que aún estaban revueltas y tibias.

No había señales de que su padre hubiese estado allí, ninguna silla para sentarse, ni ninguna copa para beber. Ions salió nuevamente al pasillo.

Estaba completamente desesperado, tenía que encontrar rápido a su familia. Asegurarse de que estuviesen a salvo. Mientras avanzaba a paso veloz por el corredor encendía las antorchas a su paso. Lo hacía con la simple intención de disipar las tinieblas que lo ahogaban.

Al pasar unos minutos se dio cuenta que era en vano. La oscuridad que lo oprimía era algo que llevaba adentro. No era otra cosa, que el miedo que comenzaba a despertar en su corazón.

Revisó la habitación de su padre, también estaba vacía, y sin señales de actividad desde la mañana. Volvió nuevamente al pasillo y corrió desesperado entre las penumbras, como si temiera que estas pudiesen tomarlo del brazo.

A lo lejos vislumbró una luz y divisó una silueta. Una vez que reconoció la figura de Lúcian, allí de pie, junto al barandal de la escalera, sintió como el aire y el vigor retornaban a su cuerpo.

Su hermano se mostraba cansado. Torciendo ligeramente torciendo las rodillas, sosteniendo una vela con su mano derecha y apoyándose parcialmente en la escalera.

— ¡Hermano! —gritó Ions mientras se acercaba a Lúcian—. Qué bueno ver que te encuentras bien —agregó con una ancha y sincera sonrisa apenas se cercioró de que no estaba lastimado.

— Solo es una fiebre. Me siento un poco mareado, nada más. No hace falta que hagas tanto escándalo—respondió su hermano con un ligero desapego.

— Pensé que algo te había pasado. ¿No te das cuenta lo que sucede afuera?

— No... Justamente salí de mi cama para averiguar por qué tanto ruido. Pero a juzgar por la desolación del palacio, no puede ser nada bueno.

— El muro ha caído, nos están invadiendo y la Legión del Viento resguarda la Gran Puerta mientras hablamos.

Lúcian cambió completamente su semblante, que acostumbraba a ser totalmente inexpresivo y distante, miró consternado a Ions y dijo:

— ¿Escuche bien? ¿"El muro ha caído"?

Ions asintió con gravedad y luego Lúcian preguntó con absoluta rigidez:

— ¿Dónde está nuestro padre?

— Pensé que estaría contigo —admitió el príncipe mientras miraba a su alrededor—. Escuche que tu salud se había complicado—Ions comenzó a sentir impaciencia al desconocer por completo el paradero de su padre.

— Tal vez este en sus aposentos, en el ala Este. Vamos a buscarlo—apenas terminó de hablar intentó bajar las escaleras. Su paso se notaba muy torpe, parecía estar afligido por una fuerte fiebre.

— Hermano, está claro que no te encuentras bien de salud—realizó una ligera pausa mientras miraba las escaleras y el largo trayecto que Lúcian quería realizar— ¿Porque no esperas aquí, mientras voy a buscar a nuestro padre?

— No intentes tratarme como a un lisiado, estoy tan preocupado como tú—su cara no lo reflejaba, pero Ions creyó en sus palabras. Después de todo su rostro nunca resultaba espejo

de ninguna emoción. Luego agregó—. Si estás preocupado, dame una mano. Pero no voy a quedarme aquí.

Ions ayudó a Lúcian, haciendo de sostén para que no tambalease.

Descendieron a paso cansino hasta llegar a la planta baja, cruzaron nuevamente la entrada del palacio y se internaron a la Sala de las Lámparas. Cruzaron las puertas interiores y comenzaron a bajar por el sendero que los llevaría, por medio de uno de sus afluentes, a los aposentos del rey.

El trayecto no resultó nada veloz. El palacio era una de las obras de arquitectura más grandes y solemnes de toda Gaia, y cruzar desde un ala a la otra podía tomar casi quince minutos si uno se movía de prisa. Pero con Lúcian a rastras la tarea se tornaba más complicada.

— Puede que no lo parezca...Pero nuestro padre es muy valiente — dijo Lúcian en un enigmático momento. Ions no entendió porque hacia ese comentario de forma tan repentina—. La gente no lo aclama tanto, porque no fue un rey batallador, ni un gran guerrero. Pero estaría dispuesto a morir por el bien de su pueblo.

— Sé muy bien las bondades de nuestro padre —respondió Ions con distancia.

— Tenemos suerte de tener un padre tan sabio y valiente —continuó con ese tono que lo caracterizaba, agudo pero apagado, carente del porte indicado para expresar sus palabras. Como si reflexionase dentro de una profunda tristeza interna.

— Hermano, sé que esta es tu forma de decir que estás preocupado por él—Ions sonrió de soslayo—. Pero tranquilo, ya casi llegamos.

Efectivamente estaban casi al final de la escalera que los dirigía hacia los aposentos del rey.

Antes de arribar cruzaron el Pasillo de la Historia: un extenso corredor, colmado de cuadros y objetos pertenecientes a los antiguos líderes de Ferth. Todos los últimos, hijos de la casa Wintersoul. Los más antiguos pertenecientes al linaje de los Kiskileos, como el forjador del imperio en la edad de los antiguos dioses, Fein Laioscain.

Llegaron ante la puerta de los aposentos.

La encontraron entreabierta y con marcas en el barniz, como si hubiese habido un forcejeo al entrar. Del otro lado se escuchaba una acalorada discusión, llena de gritos y refunfuños.

Ions abrió sigilosamente la puerta, con suma cautela.

Lo que observo del otro lado, sería el suceso que desencadenaría el derrumbe de todo aquello que conocía y amaba, y la distorsión de toda realidad que creía conocer. Llegaría a entender que la opresión que sentía en su pecho, no era algo pasajero. Si no una maldición que se aferraría a su existencia a lo largo de los siguientes diez años.

Su padre estaba atado, magullado y con el rostro totalmente desfigurado.

Su semblante no estaba distorsionado únicamente por los golpes, también dejaban su marca la confusión y el miedo. A su lado, gritando furiosamente se encontraba Christopher Arcadain, el cónsul de Ferth y el tutor de Lúcian, con quien se había retirado de los palcos antes de que todo diera comienzo.

Ions no intervino de inmediato, mantuvo la calma e intentó escuchar de que hablaba el cónsul, mientras buscaba un resquicio para tomarlo desprevenido y someterlo.

— Piense un poco en sí mismo, su majestad— habló Christopher más calmado y con un tono condescendiente— ¡Dígame donde lo esconde, en este instante! —terminó finalmente en un estallido de furia.

— Te juro por los dioses, los de Ferth y los de Asgard, que no se encuentra aquí en el palacio— exclamó Theoden con desesperación

— ¡No me digas, no me lo creo! —el cónsul se insinuó con tono burlón, colmado de sarcasmo—. Es que sabes, ya he revisado este palacio en su búsqueda por tan solo... ¡Trece años! —apenas dijo esto lanzó un violento golpe al rostro del rey.

Ions sintió el impulso de interrumpir tempestuosamente y elevó un grito solemne a las espaldas de Christopher.

— ¡Arcadain, que significa esta traición!— rugió imponente como un león.

Tanto el cónsul como el rey giraron bruscamente. Mientras Christopher mostraba una mueca de repulsión y enojo, el rey respiró aliviado

— Hijo mío, sabía que vendrías— murmuró con cierto desahogo.

— ¿"Qué significa esta traición"? —citó Christopher con una risa estridente—. Significa que a Ferth, le ha llegado el tiempo del cambio. El momento del auge.

— Solo un completo desquiciado llamaría auge al infierno que nos azota allí afuera. La sangre que has derramado por tu locura, veré que pagues por cada gota—dijo Ions mientras señalaba a la ventana, al otro lado, la lluvia apaciguaba los innumerables incendios.

— ¡Cuánta inocencia! —dijo con una mueca de diversión y un tono de desdenosa condescendencia—. La sangre es el precio del progreso. La tinta que escribe las páginas de la historia.

Ions dio un paso al frente y tomó su espada por el mango enseñándole el filo al cónsul. Su voz se escuchó gruesa y decidida.

— Veremos si piensas lo mismo, cuando tu sangre sea la que corra por la las escalinatas del Templo. Una vez que te decapite frente a todo el reino por traidor.

El cónsul se acercó a la ventana, haciendo caso omiso de las amenazas del príncipe. Miró por unos instantes los fuegos de la guerra que brillaban en la lejanía.

— Le voy a ofrecer una oportunidad de salvarse joven príncipe. Matarlo sería un completo desperdicio, su espada sería muy útil en la nueva era que traeré al mundo—hizo una pausa y se volteó para dirigirle la mirada a Ions—. Si te arrodillas ahora mismo ante mí, no te matare, y tal vez incluso perdone la vida a tu padre.

— ¿Pretendes que el León se arrodille ante la serpiente? ¡Basta, no te daré el lujo de un juicio! ¡Tu vida termina aquí! —respondió Ions furioso apretando los dientes.

— No lo creo... joven príncipe —dijo Christopher con una risa silenciosa.

Ions desenvainó su espada mientras daba un paso adelante. Se acercó al cónsul, confiado en que lo mataría sin inconvenientes.

El príncipe de Ferth era ya no era un joven, y había crecido para convertirse en un guerrero sin paragon. Sus reflejos eran impecables y no existía hombre en la tierra que pudiese tomar a su cuerpo por sorpresa. El instinto lo defendía contra cualquier daga que se escabullera por su espalda, aunque tomar por sorpresa a su corazón, esa ya era una cuestión muy distinta.

Mientras avanzaba un susurro se internó en su oído, un presagio de las tinieblas que habrían de engullirlo. Aunque solo fue un suspiro, se escuchó fuerte y decidido.

— Caerás —la voz de Lúcian sonó a sus espaldas, profiriendo aquella palabra que siempre decía, cuando según su criterio, el combate estaba por finalizar.

Ions pudo haber reaccionado a tiempo, pero su alma entendió muy rápido lo que estaba sucediendo. La idea le resultó tan aterradora y confusa que paralizó todo su cuerpo. Se quedó inmóvil hasta el último momento, cuando su instinto anuló sus sentimientos y lo impulsó a esquivar el golpe.

Para entonces ya era muy tarde, y no lograría salir ileso.

La espada de Lúcian se deslizó por su rostro con un movimiento ascendente, propinándole un corte profundo y abultado en el ojo izquierdo.

Se tomó el rostro con fuerza, la sangre brotaba por las ranuras de sus dedos.

Se echó atrás producto de la conmoción y el impacto. Le resultó imposible mantener el equilibrio y finalmente cayó de rodillas.

Su visión, por suerte, no quedaría comprometida. Pero el golpe dejaría una grotesca cicatriz, opacando la belleza de su rostro. Recordándole aquel instante por todos los años venideros.

Cada vez que se posara frente a un espejo, reviviría el dolor que sintió en su pecho aquel día. Aquel dolor que era producto de la confusión y las contradicciones.

Esa marca, le recordaría por siempre que su hermano había intentado matarlo.

— Tal como lo había previsto...Estas de rodillas — dijo Christopher con una amplia sonrisa.

Ions tomó firmemente su espada y su cuerpo se llenó de vigor. Mientras la confusión alimentaba su furia y eclipsaba el dolor, se lanzó en un arrebato sobre su hermano con una velocidad y una violencia singular. Cuando Lúcian quiso protegerse, el príncipe le quitó la espada con un movimiento brusco. Dejó su ojo al descubierto mientras lo tomaba por el cuello y lo levantaba del suelo con su mano izquierda. Posó su espada sobre el cuello de su hermano y trató de hablar, pero no pudo. No tenía palabras.

— Hazlo — dijo Lúcian con un tono seco e inexpresivo, mientras Ions oprimía con violencia su cuello impidiéndole respirar cómodamente.

Si solo hubiese deslizado su espada en aquel momento, habría salvado tantas vidas. Tantos pueblos habrían quedado libres del yugo de las tinieblas.

Ions dudó en aquel momento, su confusión era muy grande. Frente a él estaba una de las personas en las que más confiaba, uno de los pilares de su vida, una parte de su familia y un gran amigo.

No podía encontrar sentido a aquella situación, y quería respuestas.

En su infinita inocencia creía que todo habría de tener un sentido, quería encontrar aquello de lo que la vida carece, un sentido, una coherencia.

— Dime hermano... Mientras tu espada se acercaba a mí. ¿Acaso pensaste en nuestra infancia? Las sensaciones, palabras y emociones que compartimos al crecer. ¿Como puede ser que mi rostro sangre por tu culpa! ¡Si tú eres mi familia, aquel al que siempre he defendido!— Ions hablaba desde el fondo de su corazón. Todavía una parte de él añoraba despertar, su corazón latía tan rápido que le dificultaba pensar y la adrenalina consumía su juicio.

— Al convertirse en adulto... uno deja muchas cosas atrás—respondió Lúcian con una sonrisa burlona.

El desdén de su hermano alimentó la ira del príncipe, pero no lo suficiente como para terminar su vida en aquel instante. Lúcian aprovechó las dudas de Ions, se liberó de él con una patada y le quitó la espada de sus manos. Luego lo golpeó con el mango en el rostro, y volvió a patearlo hasta que cayó de rodillas.

— Muy bien—dijo el cónsul—. Se da cuenta joven príncipe, su hermano sabe elegir a sus aliados—mantuvo el silencio mientras le entregaba una soga al joven Haragraf—. Ahora átalos. Lo dejaremos en el calabozo y mañana lo decapitaremos para que todo Ferth lo vea. La

era de los Wintersoul termina aquí.

Lúcian asintió y ató a su hermano. Christopher le entregó una nueva orden.

— Theoden no tiene más uso para mí. No sabe dónde está el Legado de los Alquimistas— el cónsul se giró para mirar al rey antes de continuar hablando—. O no pretende decirnos incluso si le cuesta la vida—dijo con un sentimiento de repugnancia.

Christopher miró nuevamente a Lúcian y le dijo con una voz seria y siniestra.

— Mátalo.

Sin dudar ni un segundo, Lúcian se acercó a aquel hombre que lo había criado cuando él era un niño y no tenía a nadie. Lo miró sin expresar ninguna emoción en su rostro austero.

Theoden se encontraba en el suelo de rodillas y atado, al igual que su hijo. Su rostro estaba cansado, pero no temía a la muerte que se avecinaba para abrazarlo.

Primero miró a Lúcian. No había en su mirada odio ni resentimiento, parecía sentir lastima por él, una fuerte condescendencia. Luego miró a Ions y lo hizo con la ternura de siempre.

En sus ojos había preocupación, pues su hijo estaba mal herido, pero también brillaba detrás del color azul de su mirada, un enorme orgullo. Le dirigió su última sonrisa y dijo:

— Hijo mío. Me hubiese gustado estar a tu lado, por muchos años más. Te amo y estoy orgulloso de ti...— La espada de Lúcian perforó su corazón y el cuerpo de su padre se estremeció de dolor—. Serás un gran rey —dijo mientras la sangre manaba desde su boca, mientras sus ojos se cerraban ante la luz, y la vida se le escapaba del cuerpo.

Ions gritó desesperado, aunque las lágrimas no surgieron en su rostro. Quiso tomarse el pecho, justo donde habían herido a su padre, pues sintió en carne propia la espada de su hermano. Incluso, le pareció escuchar la carne desgarrándose y llegó a pensar que había un vacío en el lugar de su corazón. Creyó por un instante, que la rabia que sentía le daría la fuerza para romper sus ataduras. Pero la convicción y la furia no alcanzan para torcer el destino. Cuando la vida decide golpearnos lo hará varias veces, y de distintas maneras, hasta dejar marca.

Lealtad y Servidumbre:

Tras la muerte de Srednid Vhastar, la batalla había finalizado y los soldados abrieron la Gran Puerta. Una vez que el demonio de siete cabezas quedó reducido a un puñado de cenizas, los caballeros negros desaparecieron completamente tras los velos de la noche.

La lluvia caía con fuerza sobre los tejados en ruinas. El humo todavía inundaba el ambiente, donde cientos de hogares carbonizados le prestaban su aroma al aire.

La imagen era desoladora. En solo unas horas, un reino en su esplendor pasó a mostrar una imagen tan deslucida. Ahora los que ferthianos que habían sobrevivido se ocupaban de apilar a los muertos en la plaza, y los dragontianos lloraban la muerte de su líder.

Contrastando con la tristeza en las calles, del otro lado de la Gran Puerta, cerca de la residencia real, el ambiente era muy distinto y las reacciones eran más peculiares. Allí, los soldados de la Legión del Viento, sentían una alegría desmedida, porque después de todo seguían con vida. Ya mañana habría tiempo para que los legionarios lamentaran a sus hermanos caídos, pero en aquel momento, sentían el impulso incontenible de festejar aquella victoria.

Mientras los demás regimientos se ocupaban de los escombros y los restos, la Legión del Viento se refugió bajo los establos del rey y el general Riudan Klein dividió a sus hombres.

Algunos tenían la orden de dirigirse al palacio real, e informar que la batalla había terminado. O por lo menos eso creyó William cuando el comandante dio la orden a sus subordinados. El otro puñado de hombres, recibió un encargo distinto. Debían sustraer unos cuantos barriles de cerveza, en cualquiera de las tabernas cercanas a la Plaza de los Suspiros.

Los soldados regresaron rápidamente con la cerveza y también con una gran cantidad de pan, cuatro jamones de cerdo enteros, tres hormas de queso y algunos higos secos, castañas y nueces. Algunos se tomaron la libertad de llevarse algunos instrumentos; si realmente pretendían festejar, era importante que hubiese música.

El grupo que partió hacia el palacio no llegó incluso pasada la media hora, pero William no reparó mucho en ese detalle. Tampoco le llamó la atención que Ions no hubiese vuelto con sus tropas, él charlaba plácidamente con algunos soldados. Hablaban de las mujeres que habían seducido, de los viajes que deseaban realizar, de los lugares donde habían crecido. Y la conversación cambiada de rumbo, cada vez que se llenaban las copas.

William llegó a temer por su vida en las últimas horas, y ahora quería disfrutar al máximo de la misma. Por esa razón, una vez que llegó la comida y la cerveza, él ya tenía la intención de embriagarse y comer hasta el hartazgo.

En su mente por costumbre descuidada sentía que lo peor ya había pasado.

Pasó otra media hora. Los hombres retornaron desde el palacio y le informaron algo a Riudan que William no fue capaz de escuchar.

— ¿Y Ions? ¿Es que no piensa venir a festejar? — le preguntó William a Sir Riudan Klein. Si bien no estaba completamente ebrio, hablaba como si ese fuera el caso.

— El príncipe está complacido por nuestra victoria—sentenció—. Pero se quedara cuidando a su hermano—agregó el veterano comandante con voz decidida e imponente.

El príncipe de Gargata siguió bebiendo mientras acomodaba su cuerpo sobre un fardo de heno.

La algarabía reinaba bajo el techo de los establos. Los caballos estaban alterados por el ruido, pero nadie les dio importancia. Solo se calmaron cuando los instrumentos comenzaron a sonar; para la sorpresa de William, las melodías eran agradables, como si fueran bardos en lugar de guerreros.

— Mi señor, debo admitir que estoy sorprendido por su presencia en este lugar —dijo Riudan mientras su voz se elevaba por sobre el murmullo de los soldados. Límpida como el acero.

La música disminuyó su intensidad hasta detenerse, las conversaciones de los soldados se fueron apagando lentamente.

— Porqué habría de sorprenderle, comandante—William respondió con poca seriedad moviendo su jarra al compás de una melodía que ya no sonaba.

— Podría haber partido junto con su padre, huido con su gente y sus soldados, apenas inicio la batalla. ¿Porque decidió quedarse usted solo? —Riudan arqueó sus blancas y abundantes cejas, con actitud inquisidora.

— Firmé un juramento — dijo William con convicción y rigidez — Juré ayudar a Ions Wintersoul y luchar por la paz de Gaia —continuó mientras se reclinaba hacia atrás en el heno—. Tal vez eso no simbolice mucho para mi padre, pero yo no soy como él—terminó con tono burlón, riéndose en su ebriedad.

— ¿Entonces su lealtad es hacia el reino de Ferth o hacia la familia Wintersoul?—la conversación se tornaba más sombría con cada palabra.

— Esa pregunta no tiene lógica—aseguró William mientras se sentaba nuevamente en el fardo de heno, con la espalda recta y posando la jarra en el piso—. El reino de Ferth y la familia Wintersoul son la misma cosa —su rostro estaba colorado por el alcohol pero su mirada era seria y profunda.

— Lo tiempos en los que eso era cierto...Se acaban hoy — respondió Sir Riudan mientras levantaba su mano para dar una orden—. El príncipe de Gargata ha bebido demasiado—afirmó con sequedad—. Por favor escóntenlo a las habitaciones del palacio, para que descanse.

— Estimado general —agregó William mientras se ponía de pie y tomaba la jarra del piso—. Creo que tengo la edad suficiente para decidir si he bebido suficiente—tomó un largo sorbo antes de desenvainar su espada.

Apenas desenfundó, un soldado se abalanzó sobre él. El príncipe bloqueó el primer golpe y lo golpeó con la jarra en el costado del rostro. El hombre cayó al piso inconsciente y el suelo del establo se manchó con sangre y cerveza.

William resistió los ataques de los soldados. Sus movimientos eran torpes, pero efectivos. Su cuerpo se movía por instinto, y al igual que Ions, su instinto en la batalla era impecable.

Despacho a seis hombres antes de que Riudan intercediese en el combate.

El veterano caballero terminó por exasperarse y corrió a sus hombres del medio de un empujón. Desenfundó con violencia su gran mandoble y lo liberó sobre la humanidad del joven Windsword, quien apenas pudo bloquear al golpe, y comenzó a tambalear. Riudan lo impactó de lleno en el rostro con el reverso de su guantelete, y de esta forma William terminó en el suelo con la visión parcialmente nublada. Se incorporó lentamente hasta quedar de rodillas sosteniendo el peso de su cuerpo con la mano derecha.

— Es cierto, no eres como tu padre. Tú eres un idiota, al contrario de Asfharas que supo arrodillarse ante el nuevo régimen— le dijo el comandante con desdén, sus cabellos blancos

y la barba del mismo color, brillaban plateados ante la tenue luz de la luna.

— ¿Por eso mi padre huyó? — William no esperó para escuchar la respuesta —. Claro, él sabía que la Legión del Viento traicionaría al rey. Debí darme cuenta.

— Si solo fueses inteligente como él, no haría falta matarte —se lamentó Riudan—. Es un desperdicio, un talento tan joven.

— ¿Inteligente? Quieres decir cobarde, desleal y malvado —dijo William mientras escupía al suelo una mezcla de sangre y saliva.

— Tengo un par de años más que tú. Así que te enseñare algo. Todos piensan que son los buenos en una historia, pero el bien y el mal son solo puntos de vista, que cambian con el tiempo—dijo Sir Riudan mientras le daba la espalda al príncipe.

— ¿Esa es la mentira con la que justificas tu sed de poder? — preguntó William, mientras reía con desprecio—. Así justificar el ser un hombre sin honor que quiebra su juramento.

— A la mierda con los juramentos, con este reino de imbéciles y con el maldito príncipe Ions—dijo Riudan perdiendo ligeramente la compostura—. Décadas serví a este imperio. ¿Y cómo me pagaron mi sangre y mi sudor? Me pusieron a servicios de un niño que nunca luchó en su vida. ¿Acaso el reino clama mi nombre? No, admiran a un príncipe que nunca ganó una guerra. Imbéciles. Todos ellos—descargó su furia hasta que se sintió satisfecho—Llévenselo — agregó finalmente.

Dos guardias tomaron al joven Windsword del piso, antes de que se lo llevaran el comandante le dirigió unas últimas palabras:

— Puedo haber jurado lealtad, pero eso no me obliga a vivir en servidumbre.

Apenas terminó de hablar, los legionarios escoltaron a William con dirección al palacio, dispuestos a lanzarlo al calabozo. Caminaron en silencio por el sendero hasta que se perdieron de vista entre los jardines imperiales.

William pensaba como escapar de sus captores, repasaba posibles escenarios de rebeldía en su mente. Sin embargo, no encontraba resquicio para huir.

La ebriedad había cedido por completo ante la adrenalina del momento, ahora estaba en completa disposición de su buen juicio. Notó que uno de sus dos escoltas respiraba con mayor agitación, pero no parecía producto del cansancio, si no de la ansiedad. Se aferraba al brazo de William con mucha más fuerza que el otro soldado. A través del casco se le escapaban perlas de un sudor nervioso. Casi llegaban a la puerta del palacio, cuando el soldado más sospechoso le soltó el brazo. Sin previo aviso, se deslizó ágil como una liebre, y se escabulló por detrás del segundo legionario. Le cubrió la boca con el guantelete. Y para el momento en que el otro quiso desenvainar su espada, ya era muy tarde.

Se escuchó el alarido ahogado del segundo guardia mientras la espada se su compañero atravesaba su cuerpo. El príncipe de Gargata había quedado en libertad y frente a él un desconocido a quien le debía la libertad.

— Debemos apresurarnos y salvar a Ions — sentenció antes que William pudiese preguntar nada. Su voz denotaba mucha juventud — ¡Rápido! ¡Antes de que se enteren que escapamos!

— ¿Quién eres tú? — preguntó William sin moverse de su lugar.

El soldado se quitó el casco. Tenía un rostro de niño que aparentaba tener dieciséis años. Sus cabellos eran largos y castaños, sus ojos de un tono amarillo, y su cuerpo parecía muy curtido para su edad. Luego de unos segundos, William supo que lo había visto antes, aunque no recordaba donde, ni cuándo.

— No me recuerdas ¿Cierto?— preguntó sin sentir ofensa—. Mi nombre es Galendash Fell. Nos conocimos el día que Thomas fue nombrado comandante—aclaró mientras abría las puertas del palacio.

William lo recordó inmediatamente, él era el aquel joven que se hospedaba en el palacio, aquel que había entrado a la tercera legión. Porque era demasiado joven para estar en la Legión del Viento.

— ¿Dónde vamos?

— Al calabozo, a liberar al príncipe. No te preocupes no hay muchos guardias. La mayoría son leales a Ions, y desconocen esta situación.

William no entendida bien porque Ions estaba en la cárcel. Antes de seguir a Galendash decidió preguntar.

— ¿Cómo es que el príncipe está en el calabozo?

— No conozco los detalles de esta traición. Me entere apenas Riudan fue ascendido a comandante en el fulgor de la batalla. Ese anciano tiene la lealtad de la unidad, es un caballero respetado y la Legión responde solo ante él.

— Pero tú perteneces a la tercera legión—afirmó el príncipe de Gargata— ¿Porque estabas con la Legión del Viento? ¿Porque portas esa armadura?

Galendash rio en voz baja, y respondió con una sonrisa. — La versión corta de los hechos, sería decir que estaba en los muelles ayudando con la evacuación. Vi a dos soldados de la Legión del Viento allí, y me resulto extraño. Escuche la conversación que mantenían, y entendí que algo peligroso estaba por suceder. Maté a uno de ellos, tomé su armadura y su lugar en la batalla. Así fue como llegue a estar del otro lado de la Gran Puerta —miró a William a los ojos y su rostro se mostró arrogante —. Y así fue que te salve la vida.

Apenas terminó de hablar insistió con que se pusieran en movimiento. Tenían que moverse con rapidez, el tiempo apremiaba. William confió en sus palabras y dio un paso al frente dispuesto a seguir su nuevo aliado.

— ¿Que planea hacer Riudan con esta traición?—preguntó William mientras entraban al palacio.

— No tengo idea... Si tuviese que adivinar, diría que esto no es idea de él. Es un simple peón en un juego de reyes— la voz de Galendash se tornó tétrica y sombría mientras hablaba.

Ambos se internaron en el salón principal, y tal como el joven legionario había previsto, no había ningún guardia en los pasillos. El lugar estaba desierto y oscuro, algunas luces alumbraban tímidamente los rincones, pero casi todo los demás era penumbra.

Apenas entraron decidieron buscar una luz para iluminar el camino, pero abandonaron la idea rápidamente, apenas notaron que un resplandor se acercaba a ellos desde lejos.

Desenfundaron sus espadas con suavidad y se refugiaron en las tinieblas esperando dar la sorpresa.

Finalmente, desde el pasillo que daba al calabozo surgieron dos siluetas. Una de ellas estaba mal herida, y no se podía mantener en pie por su cuenta. La otra lo sostenía con aplomo.

William reconoció a ambos y salió del borde oscuro de la pared, quedando al descubierto ante la luz de la luna.

— ¡Thomas, Ions! ¿Qué ha sucedido? — exclamó inmediatamente

— Demasiadas cosas —fue la respuesta de Thomas. Su expresión era distante y desconectada—. Tratare de explicar. Pero mientras tanto, hay que escapar de la ciudad— su voz sonaba agitada y llena de confusión, parecía llevar el peso de difíciles decisiones.

— ¿Cómo vamos a salir de la ciudad? —preguntó Galendash, intercediendo en la conversación.

— Galendash—Thomas pronunció aquel nombre con cierto alivio—. Veo que has salido ileso de la batalla. Es una buena noticia.

Thomas parecía saber que la Legión del Viento había traicionado a la corona, se podía leer en el semblante de su rostro y en el miedo que brotaba por su cuerpo.

— La ciudad tiene un sistema de túneles, para un escape de emergencia. Los conocen solo la familia real y la familia Vaine—dijo finalmente Thomas mientras comenzaba a caminar rumbo a la Sala de las Lámparas.

Una vez allí, Thomas contó las baldosas desde la entrada de la sala; veintisiete baldosas.

Luego fue hasta la tercera hilera, contando desde la pared que daba al norte. Levantó la baldosa de piedra, y dejó al descubierto un túnel con una escalera que descendía hacia las profundidades del reino. A diferencia de Galendash, William no resultó sorprendido, pues existía un pasaje similar en el castillo de Gargata, que se encontraba en la sala del verdugo.

— Vamos no podemos quedarnos aquí por más tiempo...La oscuridad se acerca —Thomas habló con desazón, sus ojos no brillaban plenos.

William no entendió el presagio en aquel momento. Pero la forma en la que Thomas habló, con una profunda preocupación y un completo desamparo. Le hizo darse cuenta, que lo peor estaba por llegar.

La decisión:

Cuando Thomas se encontró con William y Galendash, sus emociones se tornaron confusas. El alivio que suponía verlos sanos y salvos se contrastaba con lo inapropiado del momento.

Estaba atormentado por una terrible decisión que acababa de tomar. Se había visto forzado a arbitrar en uno de esos juicios en los cuales no existe una resolución correcta.

Gracias a esa decisión, había logrado rescatar a Ions. Aunque al mismo tiempo, había dejado atrás una parte significativa de su corazón, una parte que se pudriría para siempre en la suciedad del calabozo. La historia detrás de aquella decisión, había iniciado durante la tarde previa a la invasión de Ferth.

Thomas tenía la obligación de presentarse en el Valhala aquel día. Al ser el comandante de la Legión del Viento, debía presenciar la final del Duelo de Campeones, junto con el rey y con su padre. Sin embargo, él tenía otros planes para esa tarde. Así como había tenido otros planes para cada una de sus obligaciones en los últimos meses.

Se había acostumbrado a dedicarle gran parte de su tiempo a Milena, pasando la mayor parte de sus días junto a ella. Acostumbraban a recorrer los prados hasta llegar a las costas del Río Esmeralda, mientras hablaban de asuntos pueriles durante largas horas. O a escoltarla a través del mercado cuando realizaba las compras para su familia. Y en ciertas ocasiones, cuando el padre de Milena estaba fuera de la casa, aprovechaban la oportunidad para hacer el amor apasionadamente. Pues, aunque Thomas ya había sido presentado como el pretendiente de Milena. Solo incurría en relaciones íntimas con ella cuando no había absolutamente nadie en la casa.

La tarde de ese fatídico día se presentó de forma común: el padre de Milena estaba en el puerto realizando algunas compras y Thomas visitó la casa de su amada.

Cuando terminaba la tarde, Milena se dispuso a preparar la cena para su padre y sus hermanos menores. Hablaron un poco mientras ella cocinaba. Nada de importancia, ambos trataban de ignorar el hecho de que a Thomas le correspondía estar en el palacio Valhala a esa hora.

Ella era la única hija de la familia y su madre había muerto varios años atrás. Por eso, tenía una relación muy estrecha con sus hermanos menores, a quienes criaba como si fueran sus propios hijos. El joven Vaine ya conocía a toda la familia y todos le resultaban sumamente agradables, aunque al ser todos varones, la responsabilidad de mantener el hogar recaía sobre única mujer de la casa.

La casa estaba vacía a menudo, los niños pasaban gran parte del día aprendiendo distintos oficios, hasta que sus tutores los dejaban libres, y ellos se iban a jugar hasta que arribaba la noche.

Su padre trabajaba a jornada completa y pasaba poco tiempo en el hogar. Aunque a Milena parecía no importarle, porque de esta forma, ella y Thomas tenían tiempo para estar juntos.

Su relación ya tenía casi un año y, durante ese tiempo, se habían cuidado obedeciendo el calendario lunar para no tener hijos todavía. La intención de Thomas era desposar a Milena y llevarla a vivir al palacio. Para luego comenzar a pensar en tener un hijo con ella.

No llevaban mucho tiempo en pareja, aunque eso no le impidió a Thomas proponerle

matrimonio esa misma tarde. Milena asintió repetidas veces, enajenada con la emoción del momento. Dejó de ocuparse de sus quehaceres y se abalanzó sobre los brazos de su amado. Thomas le rodeó la cintura con las manos y la besó en un impulso de alegría. La joven lo miró a los ojos, todavía con el cuerpo tembloroso producto de la exaltación.

Ese fue el momento en la vida de Thomas, donde el mundo parecía inclinarse ante él. Donde el complejo rompecabezas de la vida por fin comenzaba a tener una forma reconocible.

Producto de la osadía de la juventud, llegó a creer que solo habría felicidad desde el momento en que Milena le dijo que sí. Creyó que los días grises no existirían más y las nubes negras se disiparían eternamente. Resulta curioso como a ciertos hombres, el amor los lleva a observar el futuro con un optimismo desmedido.

Sin embargo, la felicidad nunca resulta plena, y por todo aquello que tenemos, existe el miedo a la pérdida. Su fantasía no duró mucho tiempo. En ese preciso instante, se escuchó en todo Ferth como el muro se agrietaba.

Thomas salió a la calle rápidamente y no observó nada; estaba muy lejos de la puerta principal, donde los ejércitos oscuros se disponían a irrumpir.

La gente en la cuadra también salió de sus hogares y todos se mantuvieron expectantes escuchando el estruendo por unos minutos, sumidos en una profunda confusión.

Al cabo de un rato, llegó una legión entera de soldados. Thomas los reconocía, eran la segunda legión de infantería.

La orden que dieron fue clara: Enemigos desconocidos pretendían entrar a la ciudad y todos los ciudadanos debían refugiarse en las catacumbas de Ferth.

El comandante de la segunda legión reconoció a Thomas — Quien por aquel momento, todavía ostentaba el cargo de comandante—entre la multitud.

— Señor — habló de forma apresurada y torpe —. El príncipe Ions está en la puerta con casi todos los regimientos, frenaran la invasión desde su raíz. Por favor, diríjase allí para liderar a la Legión del Viento.

El hombre también le aclaró en confidencia, que existían órdenes concretas para evacuar a los más selectos miembros de la ciudad en los barcos, antes de que cediera la puerta.

Apenas escuchó lo último, Thomas no respondió. Simplemente le dio la espalda a aquel hombre y miró a Milena. Era su deber contra su amor lo que estaba en juego. Él era un comandante muy joven, no estaba experimentado en combate y no sería de gran ayuda en la batalla. Lo mejor, pensó Thomas, sería dejar a la Legión en manos del subcomandante Riudan Klein.

En lugar de dirigirse a la Puerta Negra, Thomas prefirió proteger a su futura esposa y escoltarla hacia los puertos de Ferth. Valiéndose de la influencia que le confería su cargo, seguramente lograría que Milena fuese evacuada en alguno de los barcos.

Al principio, la joven se negó a abandonar su hogar sin sus hermanos. Thomas la tranquilizó con una mentira, y le aseguró que todos evacuarían en los barcos, aunque seguro sus hermanos serían escondidos en las catacumbas. No había mucho tiempo que perder así que la chica se dejó convencer por las palabras del caballero.

La casa de Milena se encontraba en el Este de Ferth y los puertos en el rincón Noroeste. Para llegar allí debían cruzar toda la ciudad.

A mitad de camino Thomas vio por primera vez a los invasores. Los soldados negros, habían derribado ya la puerta principal y de habían desperdigado por las calles, quemando las casas y asesinando a cuanto civil se cruzara en sus caminos.

El joven Vaine protegió a Milena con fuerzas que ni él sabía que disponía, su espada dio

muerte a siete caballeros negros hasta que pudieron llegar a los puertos. Por fortuna, en ningún momento se cruzaron con grupos grandes de enemigos, solamente con algunos exploradores solitarios.

Las sombras no parecían tener mentes muy agudas. Ni conceptos tácticos.

Por más que tuviesen forma de caballeros, no eran menos erráticos que una manada de animales, pues se separaban constantemente en pequeños grupos y no mantenían ninguna formación.

Thomas dejó a Milena a solo una cuadra del puerto. Los soldados imperiales habían marcado el perímetro y protegían la zona. Ningún mal podría recaer ya sobre su prometida.

— No veo a mis hermanos, ni tampoco a mi padre —dijo la joven con unas ligeras lágrimas en las pestañas.

— Tu padre de seguro ya ha zarpado hacia Bell en los primeros barcos. Tus hermanos ya lo deben haber seguido. Pero no te preocupes, todos estarán bien.

— Está bien...— Milena no tenía muchas opciones más que creer en lo que Thomas decía, era el escenario más optimista.

—Mi amor, puedo sentirme tranquilo, pues sé que estarás a salvo —Thomas le dio un beso muy corto y lleno de ternura antes de agregar—. Cumpliré mi deber y defenderé a esta tierra. Ahora debo dejarte, pero nos veremos de nuevo muy pronto.

— Promete que no morirás aquí, dime que nos volveremos a ver.

— Juro por los dioses, por los de Ferth y los de Asgard. —realizo una pausa, sonrió y la tomó del mentón con cariño inclinando su mirada hacia sus ojos—. Nos volveremos a ver.

Ella le devolvió el gesto. Thomas amaba profundamente su sonrisa, pues estaba llena de una magia indescriptible. Una mezcla de cariño y picardía, rebosante de una luz capaz de opacar la de mil soles brillando en el horizonte.

El joven jamás pensó que esa sería la última vez que vería esa sonrisa que tanto apreciaba. Si bien llegaría a cumplir su promesa, y volvería a ver a Milena una vez más, no habría ninguna mueca de alegría cuando llegase aquel momento.

Era el tiempo de unirse a la batalla. Así que se alejó del puerto mientras seguía el ruido de los aceros que chocaban, hasta que encontró a la novena legión luchando cerca del paseo de mercaderes. Los auxilio en el combate, y luego de media hora de golpes y forcejeos, por fin habían eliminado a todos los caballeros oscuros en la zona.

Apenas terminó el conflicto, Thomas habló directamente con el comandante.

— Comandante ¿Sabe usted donde se encuentra el príncipe Ions?

— Un poco tarde para andar buscándolo— bufó con irritación — ¿No le parece comandante Vaine? — su tono era grosero y ofuscado. Trataba a Thomas como un cobarde arrepentido, culpándolo de no haberse presentado a tiempo.

— Ahórrese el sarcasmo, si no quiere ser degradado a general. Responda la pregunta

— Está del otro lado de la Gran Puerta, protegiendo el palacio. Han cerrado el paso. — respondió finalmente mientras escupía al piso con desdén y se alejaba con su unidad, dejando a Thomas solo con sus pensamientos.

Si la Gran Puerta estaba cerrada, pensó Thomas, la única forma de llegar del otro lado era ir por debajo de la tierra. La red de túneles que existía debajo de Ferth resultaba la única opción viable. No había ningún inconveniente, pues conocía los caminos; Su padre se los enseñó cuando

era todavía un niño, y junto con Ions los usaban a menudo para escabullirse rápidamente de un lado a otro cuando los buscaban para castigarlos.

Se dirigió al paseo de mercaderes y caminó por el sendero ahora vacío, el cual generalmente rebalsaba con un millar de vendedores, hasta llegar al único callejón de la avenida.

Se internó hasta el fondo y se detuvo frente a una casa abandonada. Siempre llevaba consigo la llave de esa casa. La misma llave que servía para todas las puertas, las entradas y las salidas de la red subterránea.

Thomas ingresó en la casa. En apariencia era un hogar común, con pisos de madera y completamente carente de mobiliario. Comenzó a contar los tablones en el piso desde la puerta. Tardó un tiempo, porque había olvidado cuantos debía contar y se vio forzado a revisarlos todos. Al cabo de un rato, encontró los indicados. Los removió dejando a la vista una escalera y se internó en los túneles con mucho cuidado.

Apenas entró, dio unos pasos y encontró un obstáculo. Todas las entradas y salidas tenían rejas con llaves, aunque todas las cerraduras eran iguales.

El camino siempre estaba iluminado, pues había sido encantado por un piromante de Tears hacía ya muchos años. Gracias a dicho encantamiento, el aceite de las lámparas se consumía muy lentamente, y solo hacía falta remplazarlo una o dos veces por año.

Luego de abrir la reja, Thomas corrió presuroso a través de la red subterránea. Se podría escuchar el fragor de la batalla sobre su cabeza, proveniente de la superficie. Intentó no pensar en ello, porque entonces también habría de pensar, cuantas personas que él apreciaba estaban muriendo mientras el caminaba.

El joven se dio cuenta que no recordaba los caminos tan bien como pensaba. Para su fortuna estaban bien señalizados, aunque perdió bastante tiempo limpiando los carteles que encontraba, en pos de lograr leerlos. Estaba seguro que para cuando llegase al palacio, ya sería de noche. Así que en su camino tomó una de las antorchas dispuestas en las paredes y la encendió, la necesitaría cuando saliese del túnel.

Solo había una salida del otro lado de la Gran Puerta, y esta daba a la Sala de las Luces. Allí fue donde Thomas emergió tras largas horas de caminar por las profundidades del reino.

Como siempre la sala estaba iluminada con todos los colores del arcoíris. Cuando era un niño, acostumbraba a salir de su habitación de noche, solo para ver las luces. Ahora se alegraba de que estuvieran todavía allí, para mitigar la penumbra y la soledad que se sintió apenas puso un pie en el palacio.

Casi al instante, un detalle llamó su interés. El piso cerca de la escalera principal, era levemente rozado por la luminosidad de las lámparas, y allí brillaban en el suelo unas manchas de una negrura carmesí.

Se acercó a inspeccionar; el olor era inconfundible y la viscosidad, alejaba cualquier duda, a sus pies se divisaba un rastro de sangre fresca. Tras superar la sorpresa, entendió que la cantidad era suficiente para ser de una herida mortal, aunque tampoco era una cantidad incipiente.

Thomas sintió el impulso de seguir el rastro. Sabía que tenía que salir del palacio y llegar a la Gran Puerta, para reunirse con Ions y cumplir el deber que venía esquivando. Y aunque conocía bien aquellas obligaciones, comenzó a seguir las marcas de sangre en el piso, muy lentamente y alumbrando con la antorcha a su paso.

Las huellas lo llevaron hasta las escaleras que descendían a los calabozos, Thomas las recorrió con cautela, sin saber que podía encontrar allí abajo. No se detuvo en ningún momento a imaginar de quien podía provenir la sangre; si lo hubiera hecho, nunca hubiese acertado.

Llegó hasta las celdas, para descubrir que alguien lo estaba esperando.

Lúcian estaba allí, sentado en la silla del verdugo.

La mente de Thomas procesó la escena de forma paulatina. Con cada instante, su comprensión era mayor y el pánico iba en aumento. Junto a la silla estaban dos personas encadenadas y de rodillas: uno era Ions, quien estaba en un estado deplorable y había sido golpeado hasta la inconsciencia. La parte izquierda de su rostro estaba vendada, y sus ropas completamente desgarradas y manchadas con sangre. El terror invadió a Thomas apenas observó al heredero de Ferth de esa forma, pero fue la visión de la otra persona la que lo horrorizó y confundió profundamente. A la izquierda de Lúcian se encontraba Milena, encadenada, amordazada y gritando desesperadamente desde que el joven Vaine arribó al lugar.

Llegó a preguntarse si realmente la había escoltado al puerto o lo había soñado.

¿Cómo había llegado allí? , era algo que no era capaz de comprender. Sin embargo, existía frente a él una persona a quien exigir respuestas, aquel huérfano inmundo que ahora lo observaba desde su silla con una morbosa sonrisa.

— Sabía que eras un problema desde que entraste a este palacio — Thomas habló mostrando un terrible desprecio —. Pero nunca pensé que harías algo para lastimar a Ions.

— A veces el reino pide sacrificios, y no siempre deben morir los campesinos—respondió Lúcian con la mirada de soslayo.

— ¿Entonces porque esta ella aquí? — Thomas no deseaba revelar a Lucían la naturaleza de su relación con Milena, aunque sospechaba que él ya lo sabía.

— Uno de mis pequeños cuervos la encontró por los puertos de Ferth. Siendo protegida por un valiente caballero, que la escoltó hasta allí. — Lucían realizó una pausa y lo miró con seriedad— Incluso a costa de su propio deber y su gente.

Thomas desenvainó su espada y se abalanzó sobre el huérfano.

Lúcian sostenía sus dos espadas a los costados del asiento. Con un ligero movimiento, sin un gran sobresalto, las levantó y bloqueó el golpe que descendía sobre él. Thomas comprendió que se había acercado demasiado, movido por la imprudencia que le generó su desconcierto.

— Caerás...—Lúcian lo golpeó en el estómago con una patada y lo obligó a retroceder.

Se levantó de su silla y con suma elegancia le mostró a Thomas lo superior que era su manejo del acero. Solo hicieron falta cinco golpes, para que la espada del joven Vaine terminara en el piso, dormida en un rincón de la sala.

El caballero estaba a merced de Lúcian, y así se lo hizo saber el huérfano, quien sin decir una palabra, apoyó la punta de su espada en su rostro y marcó su mejilla con un corte diagonal.

— Ahora que ya te quedá clara tu posición— dijo con esa voz que tanto odiaba Thomas —.Vamos a jugar un juego.

Lúcian enfundó sus espadas. Caminó hasta situarse justo en el medio de Ions y Milena.

— No te preocupes, no vas a morir. Una vez que termine el juego, podrás irte. Te doy mi palabra— El joven de tez oscura realizó una pausa antes de volver a sentarse —. Para que puedas realizar una elección informada, tengo que explicarte algunas cosas.

Thomas se ahogaba en resentimiento, gran parte de él se odiaba a sí mismo por perder tan fácilmente, con alguien como el huérfano real.

Lúcian le dijo a Thomas, que Christopher había traicionado al rey y encarcelado a Ions. También le dijo que Cedric, el padre de Thomas, estaba muerto. Lúcian en persona se había encargado de asesinarlo, horas antes de matar a Theoden; le dijo que Ions lo había destituido de su cargo en la Legión del Viento y ya él no era el comandante, en su lugar había sido nombrado Sir

Riudan Klein; por ultimo le aclaró que Riudan junto con todos sus hombres estaban del lado del usurpador.

Thomas sintió un profundo dolor apenas supo sobre la muerte de Theoden, la noticia peso en su corazón mucho más que la muerte de su propio padre, era mucha información la que tenía que procesar, aunque prefirió dejar eso para después y exigir algunas respuestas.

— ¿Qué pretendes lograr con todo esto? ¿Qué busca Christopher con esta traición?

— Son dos preguntas distintas— Lúcian rio un poco antes de continuar—Christopher quiere encontrar el Legado de los Alquimistas y refundar al Clan de la Luna.

— ¿El Legado de los Alquimistas?

— No tiene caso que te explique lo que es. Eres lo suficientemente inteligente como para averiguarlo. Después de todo, siempre te han gustado las historias. ¿Verdad?

Thomas conocía al huérfano lo suficientemente bien, como para saber que no obtendría muchos detalles que él no quisiera proporcionar. Por eso, cambió el rumbo de la pregunta

— ¿Y tú porque lo ayudas?

— Porque él quiere refundar el Clan de la Luna, y yo por mi parte, creo que eso es lo que hace falta en este mundo. Yo creo en los ideales del Clan.

— ¿¡Que ideales!?! — gritó Thomas —. Nadie sabe porque el Clan de la Luna apareció hace quinientos años, pero solo trajeron destrucción a Gaia. ¡Son la esencia del mal!

— ¿La esencia del mal? — citó Lúcian entretenido —El clan no se fundó hace quinientos años. Fue mucho antes, en los albores del tiempo. ¿No has escuchado hablar de la leyenda de Alorhath?

Thomas se mantuvo en silencio, jamás había oído esa historia, tal vez el Viejo Halcón la conocía, pero nunca se la había contado. Lúcian notó el silencio y sonrió con una mueca perversa.

— No te preocupes te dejare vivir...Así podrás aprender sobre la leyenda. Es una buena historia, sé que la disfrutaras. Cuando la conozcas, entenderás porque se fundó el Clan de la Luna— dejó pasar unos segundos en silencio y cambió el tono antes de continuar —. Bueno ahora es el momento de que juguemos. Es un juego simple, voy a darte potestad sobre la vida y la muerte, y tendrás que tomar una decisión.

— ¿Qué quieres decir con eso? —

— A mi derecha esta Ions. Tu mejor amigo, el príncipe heredero, y la última esperanza de este reino— Lúcian se volteó a su izquierda y extendió su mano para señalar a Milena — A mi izquierda está la mujer que claramente amas, la razón por la cual no has realizado tu deber como comandante en el último año. Aquella con la que planeas empezar una vida, y formar una familia.

— ¿Cómo sabes esas cosas? —lo interrumpió Thomas enardecido

— Tengo cuervos y pajarillos descansando en todos los rincones, amigo mío.

El hecho de que Lúcian le dijera amigo, le revolvió las tripas. El caballero temía las palabras que estaba por escuchar, mucho antes de que el huérfano las pronunciara.

— Es hora de que elijas. Uno de los dos vive. El otro morirá aquí mismo.

— ¡Estas enfermo!

— Puede ser...Pero esta decisión es una que debes tomar, y yo debo ver que así sea.

— ¿Quién te da el derecho, de forzarme a realizar una decisión como esta?

— ¡La crueldad de la vida me da el derecho! — dijo con violencia, cambiando el tono de la conversación — ¡Ahora elije! ¡Elije entre el amor o la amistad, el deber o la pasión, la

patria o tu ego!

Milena gritaba desesperadamente a través de la mordaza, estaba alterada hasta las lágrimas, sus palabras no se entendían, pero Thomas sabía que le estaba suplicando, le pedía que la eligiera a ella.

Ions por otra parte estaba inconsciente, si el joven Vaine lo elegía a él, jamás tendría que verlo a los ojos antes de dictar la sentencia, entonces podría alejarse de allí con su prometida, y vivir lejos de Ferth por el resto de su vida.

Las palabras de Lúcian retumbaban con violencia en su mente.

¿Acaso no había elegido la pasión sobre el deber por todo un año entero?

Si hubiera cumplido sus obligaciones como comandante, tal vez sus hombres no hubieran traicionado a la corona, aunque esa suposición no era un tal vez, era casi una certeza. Si él hubiese hecho su trabajo, este momento nunca hubiera llegado. La culpa lo invadía a medida que pasaban los segundos. Milena era el amor de su vida e iba a casarse con ella, por otra parte, Ions era su amigo de la infancia y habían estado juntos desde el momento de su nacimiento.

Su deber, el deber de todo su linaje, era proteger a la familia real. Si Thomas dejaba morir al príncipe enterraría las esperanzas de un pueblo entero, y dejaría a miles de personas a merced de los ejércitos oscuros, Mancharía para siempre la historia de su apellido, el honor de su familia.

La decisión no tenía una opción correcta, eso estaba claro.

Finalmente todo se reducía a una simple pregunta: ¿Que importaba más, el pueblo de Ferth o la felicidad de Thomas?

Con el peso de todo su linaje sobre sus hombros y las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos sin que pudiese notarlo, Thomas pronunció las palabras que lo atormentarían por el resto de su existencia.

— Elijo a Ions...

Milena gritó con una mezcla de desesperación y rabia. Trató de romper las cadenas que la mantenían atrapada, más todo fue en vano, Lúcian perforó su corazón pocos segundos después de obtener su respuesta. Thomas no apartó la mirada en ningún momento, su corazón dejaba de latir junto con el de su amada. Milena le dirigió una última mirada, no había ningún perdón en su rostro, y sus ojos parecían avivar las flamas de la culpa que consumían la vida del joven.

Thomas perdió el optimismo de cualquier felicidad futura, solo tenía su deber y su juramento, lo cumpliría y aceptaría la muerte. Pondría el bienestar del reino sobre el propio, como debió ser desde un principio, este era el camino que el destino le había otorgado, apenas entró a este mundo cubierto con la sangre de la familia Vaine. No importaba el rumbo que él quisiera tomar, este era el sendero que ya estaba marcado.

— Ahora dejare que te vayas, pero te advierto. Los ejércitos oscuros no son solo aquellos que golpearon las puertas esta tarde. La verdadera oscuridad...Está en camino.

Lúcian le quitó las cadenas a Ions y le dijo a Thomas que se lo llevara; no emitió una sola palabra más. El caballero tomó al príncipe y habló con un tono apagado, pero lleno de un profundo resentimiento.

— Algún día. Voy a poner una espada a través de tu corazón y mirare como te desangras.

Ese es el único deseo que queda en mi alma. Y lo cumpliré sin importar el precio.

Luego se retiró en silencio y sin mirar atrás, dejó su alma en aquel calabozo, solo le quedaba su título de caballero.

Así fue como al salir de allí, Thomas era un hombre distinto, perseguido por nuevos demonios que lo atormentarían por siempre, y por eso, cuando finalmente se encontró con William y

Galendash, no sabía si sentirse triste o afortunado, por cruzarse con ellos en un momento tan difícil de su vida.

El escape:

Thomas descendió por la escalera que daba a los túneles subterráneos. William y Galendash estaban detrás de él, lo seguían portando rostros de preocupación y desamparo. “La oscuridad se acerca” Esas fueron las palabras del joven caballero, palabras que habían infundido terror.

Mientras caminaban, el príncipe descansaba inconsciente sobre los hombros Thomas. Ions llevaba el rostro vendado y unas ropas desgarradas cubrían su cuerpo repleto de golpes, Galendash lo miraba consternado y sin atreverse a preguntar.

Recorrieron presurosos los antiguos túneles iluminados por las lámparas de aceite. Galendash dejó de observar a Ions y miró la tierra a sus pies, mientras suspendía la marcha.

— Usaste este camino para entrar al palacio ¿Verdad? — le preguntó a Thomas, quien no emitió ninguna respuesta.

William también suspendió su marcha. Tan pronto se dio cuenta de que Thomas no pensaba detenerse, y que por el contrario, seguía caminando en silencio. Elevó la voz para llamar su atención.

— ¿Porque no estabas en la batalla? — su voz se escuchó retumbar en la profundidad de la tierra.

— Les prometo que les explicaré todo —Thomas sentía una profunda melancolía—. Pero tenemos que huir rápido. La luz no durara mucho tiempo.

— ¿Qué quieres decir con eso?— se notaba la impaciencia en el rostro de Galendash—. Tienen suficiente aceite como para arder por varios días.

Thomas se volteó a mirarlos. Sus ojos eran un océano de sentimientos, aunque en ellos predominaba el miedo a lo que vendría.

— Afuera en la superficie, la gente festeja una victoria que no existe— su corazón se llenaba con un desamparo enorme al decir estas palabras—. El rey Theoden a muerto, Ions esta malherido y el reino quedara en las manos de hombres infames y corruptos. El cónsul Christopher Arcadain, Lúcian Haragraf y Riudan Klein han traicionado a los Wintersoul.

Tanto Galendash como William se sorprendieron al escuchar que el rey había muerto; no llegaron a preguntar nada al respecto, pues Thomas continuó hablando con un semblante sombrío.

— Las sombras que irrumpieron por las puertas...Son solo un ápice de las que están en camino. No hemos ganado ninguna batalla. La realidad es que hoy hemos perdimos un reino. Los ejércitos del Clan de la Luna consumirán a esta tierra, y tenemos que alejarnos, con la única esperanza que nos queda—mientras terminaba de hablar, miró a Ions. Su deplorable aspecto era producto de circunstancias, que tanto William como Galendash desconocían.

Todos acordaron reanudar la marcha y luego de unos minutos llegaron a un cruce. El túnel se partía en muchos caminos, y todos esos senderos estaban señalizados con carteles de madera.

— ¿Cómo piensas huir?— le preguntó Galendash a Thomas.

— Si seguimos por este sendero saldremos del otro lado del muro. En las afueras de Ferth, cerca de las praderas—realizó una pausa y tragó saliva—. Luego saquearemos los establos y obtendremos algunos caballos. Cabalgaremos hasta Anka, y antes de que la oscuridad nos alcance, zarparemos lejos de aquí. No sé el destino, pero sé que cualquier lugar es más

seguro.

Galendash le quitó la tierra a uno de los carteles, luego a otro, y continuó así hasta que encontró aquello que estaba buscando.

— Este túnel nos llevara hasta los puertos de Ferth— exclamó con una sonrisa.

— Los barcos ya han evacuado—dijo Thomas con gravedad

— Yo tengo un barco allí—Galendash volteó, su rostro juvenil denotaba emoción—. El barco que use para venir a Ferth desde Sevalthia sigue en los puertos. Podemos usarlo para escapar.

Thomas negó con la cabeza.

— Christopher Arcadain es un hombre cauteloso. Imagino que el puerto estará lleno de soldados traidores a estas alturas— la idea de un barco le resultaba tentadora, pero no podrían pasar de incógnitos con el príncipe inconsciente a cuestas.

— Entonces déjame ir y tomar el barco—insistió Galendash—. No me estarán buscando a mí— aseguró con la intención de convencerlo—. Yo solo soy un soldado desconocido, nadie sabrá de quien es mi lealtad. Si alguien se interpone, lo mataré, y huiré con la embarcación antes de que puedan atraparme—realizó una pausa y levantó su mano indicando el camino hacia las praderas—. Ustedes continúen por el túnel que da a las afueras del reino. Nos encontraremos donde el Río Esmeralda se funde con el Océano Interior.

El joven Vaine meditó unos momentos; confiaba plenamente en la lealtad de Galendash, pero temía que hubiesen muchos guardias en el puerto de Ferth.

— De acuerdo, tú ve al puerto. Nos veremos en la playa Esmeralda, llega allí lo más rápido posible y ten mucho cuidado.

— Si, comandante, no se preocupe.

Galendash partió entonces por los túneles que lo llevarían al puerto.

Thomas se sintió feliz de que lo nombrara comandante. Él sabía muy bien que ya no era dueño de ese título, pero agradeció el gesto de su amigo, quien había animarlo.

Ya sin Galendash, reanudaron la marcha rumbo a las praderas.

El aire parecía tornarse más espeso y un tanto sofocante. Las llamas en los túneles comenzaban a perder intensidad. El tiempo los apremiaba.

En medio del camino Ions despertó y se incorporó lentamente al ambiente. Su rostro demostraba una profunda confusión, su respiración se tornó agitada y sus músculos adquirieron tensión. Observó a William completamente distante, no parecía procesar las imágenes en forma correcta. Cuando posó sus ojos en Thomas, su rostro se contorsionó ligeramente; intentaba expresar molestia o fastidio, aunque carecía del vigor necesario.

Thomas le repetía varias veces que no se preocupa:

— Descansa, Ions. Pronto saldremos de aquí—le decía intentando calmar la confusión de su amigo.

El príncipe comenzó a perder la conciencia, realizó un último esfuerzo e intentó pronunciar las únicas palabras que surgían en su mente.

— ¿Por qué no estabas allí? —le preguntó a Thomas antes de quedar inconsciente otra vez.

Thomas tragó saliva y sintió un nudo en su garganta. El hueco que llevaba en el pecho, allí donde solía estar su corazón, se había vuelto increíblemente pesado. Sintió frío en el cuerpo apenas escuchó esa pregunta. Ions había pronunciado lo primero que llegó a su mente, y sus palabras golpearon a Thomas con violencia, como una daga por la espalda.

Continuaron caminando en completo silencio. Luego de una hora, ya estaban cerca de la

salida, aunque por desgracia se habían tardado demasiado en llegar.

Las luces empezaban a ceder, se convertían en suaves puntos luminosos dentro de un océano de tinieblas. William intentó dirigirle la mirada a Thomas, pero apenas podían verse los rostros. El ambiente parecía ahora privado de oxígeno; resultaba difícil respirar, como si alguien los estuviese ahorcando.

— Corre —susurró Thomas en forma tétrica mientras aceleraba el paso, haciendo un esfuerzo para sostener a Ions a cuestas.

La noche parecía tomar vida a sus espaldas, les infundía un temor irracional. Algo se desplazaba detrás de ellos como una entidad consiente, un líquido más espeso que el aceite. Thomas y William corrieron desesperados, los impulsaba un horror frenético. Había ruidos allí, ruidos que se mezclaban con las respiraciones agitadas y los corazones desbocados, con las bocas secas y las gargantas cerradas.

Se sentían oprimidos. Eran acechados por poderes completamente desconocidos, poderes siniestros y primitivos, antiguos como el silencio.

El túnel perdía por completo cualquier rastro de luminosidad, mientras que en la lejanía se divisaba los tenues rayos lunares que acuchillaban la oscuridad del entorno. Con mucho esfuerzo llegaron a la reja que marcaba el final del pasadizo. Las manos del joven Vaine temblaban frenéticamente mientras intentaba introducir la llave en el ojo de la cerradura.

William se enfrentó a la entidad demoniaca. Detuvo el zarpazo de la oscuridad con su espada y su instinto, para luego sentir como su pecho se abría de un arañazo. No podía ver que era lo que tenía enfrente, pero parecía un animal enorme, con garras y colmillos.

Finalmente la puerta se abrió y pasaron del otro lado.

Trataron de encerrar a la bestia, pero esta se deslizo como una nube entre los barrotes. El miedo comenzaba a consumir la cordura mientras reanudaban el escape.

Llegaron hasta el final del túnel y Thomas atravesó el umbral de la cueva.

William se quedó parado justo en el límite entre el túnel y las praderas.

— Sigue— dijo lleno de convicción—. No permitiré que los sigan.

El caballero no dudó y le hizo caso al príncipe de Gargata, confiaba plenamente en su fortaleza.

— ¡Nos vemos en la orilla del río! — le gritó mientras se alejaba de allí.

William gesticuló levantando su mano, indicándole que no se preocupara.

Del túnel salió la sombra, desplazándose con cautela ante los hilos de la luna. Thomas la observó desde lejos por unos instantes.

El Viejo Halcón le había contado una vez acerca de los demonios, de las famosas legiones del Clan de la Luna, conocidas como las Legiones del Ocaso. Gran cantidad de monstruos fuera de la comprensión humana pertenecían a aquel ejército del pasado. Una de ellos era la gran bestia de ocho cabezas que irrumpió en Ferth aquella tarde y ahora frente a Thomas aparecía otra criatura similar.

Tenía el cuerpo de un lobo monstruoso y un pelaje más negro que la noche; sus ojos eran oscuros como pozos de brea, sus garras tan afiladas como dagas, y sus colmillos tan peligrosos como espadas. El nombre de aquel demonio infernal era Fenrir, o al menos así lo llamaba el Viejo Halcón en sus historias: Fenrir, ‘El Cazador de las Tinieblas’.

Thomas decidió alejarse inmediatamente, William estaba arriesgando su vida para que ellos llegaran a salvo a la playa. Después de un rato de correr por los bosques escuchó un aullido y a medida que el sonido se desvanecía él joven se acercaba más a la costa, allí donde el río

Esmeralda se unifica con el Océano Interior.

La noche se había cerrado por completo. Toda la existencia parecía contenerse en un puñado de tétricos sonidos. Los animales del bosque no estaban presentes, se mantenían refugiados, y temblaban asustados frente a aquello que permanecía escondido tras los velos nocturnos.

A lo lejos, Thomas vio agua plateada que decantaba en un océano de acero bajo los rayos lunares. Allí estaba la silueta de la esperanza, Galendash los estaba esperando, de pie al lado de su barco.

El legionario comenzó a mover los brazos apenas se percató de que Thomas se estaba acercando, a lo lejos, se notaba el alivio que sentía por verlo sano y salvo.

Su rostro fue cambiando de semblante a medida que el joven Vaine llegaba a su lado.

— ¿Dónde está William? — preguntó temiendo lo peor.

— Se quedó atrás para que pudiésemos llegar — respondió Thomas mientras miraba a sus espaldas y dentro de la espesura del bosque, esperando verlo llegar.

— Esperaremos a que llegue — afirmó Galendash con convicción. Thomas asintió inmediatamente.

El caballero hizo entrega del cuerpo inconsciente del príncipe, Galendash lo llevó adentro de la barca y lo acostó con cuidado en el suelo de la misma. Luego se mantuvo de pie allí en la proa, escrutando la lejanía.

El ambiente se tornó incomodo presa del silencio y la ansiedad.

Resultaba notorio, el sonido de las aguas alrededor de la embarcación, y las corrientes de viento, desplazándose como navajas afiladas a través de los bosques, tomando potestad sobre las hojas muertas y las ramas en el piso.

Llegó a ellos un sonido atronador, un aullido proveniente de la espesura.

El ruido estaba colmado de dolor y al cabo de un instante se apagó súbitamente, tan abruptamente como había surgido.

Thomas era optimista. Lo que acababa de escuchar le indicaba que Fenrir había muerto a manos de William. Tras llegar a esa conclusión respiró aliviado y sus músculos perdieron la tensión a la que estaban sometidos.

Todo retorno al tétrico silencio por unos momentos, hasta que escucharon algo que no tenían previsto, el sonido de unas pisadas a los lejos.

No eran los pasos de William los que se acercaban desde las profundidades del bosque, no podían ser. El príncipe de Gargata estaba muy lejos de la playa como para arribar tan pronto tras la muerte del enorme lobo negro. Ese ruido tenía que ser otra cosa, algo inhóspito, peligroso y siniestro se acercaba a ellos. Se desplazaba con sonidos metálicos por medio de la bruma, fundiéndose en una única entidad con la penumbra de la noche.

El joven caballero tomó una determinación. Miró a Galendash con un rostro imperturbable, escondiendo una infinidad de dudas y contradicciones.

— Galendash, vete de aquí. Llévate a Ions lo más lejos que puedas... No importa a donde lo lleves, yo me reuniré con ustedes de alguna forma u otra—realizó una pausa y miró a sus espaldas— ¡Ahora vete! Yo me quedare aquí hasta que llegue William.

El tono de Thomas era muy claro. Galendash entendió que se trataba de una orden.

Asintió y raudamente comenzó a empujar la embarcación hasta dejarla a merced de las aguas. El viento todavía soplaba con fuerza y las corrientes de aire se abrazaron con fuerza a la vela, dirigiendo al barco hacia la lejanía del horizonte. Rápido y elegante, se desplazó como un cisne entre la opacidad de la noche.

La oscuridad sobre la cual le advirtió Lúcian estaba ahora frente a Thomas, surgía desde la espesura con paso lento pero firme.

Eran cerca de veinte caballeros negros y muchos más debían de estar en las cercanías. Se acercaban a la ciudad dispuestos a realizar un segundo asalto, para así quebrar la voluntad de los últimos hombres fieles al reino.

El caballero estaba rodeado y no tenía sentido ningún acto de rebeldía, estaba al final del camino. Sus ojos ya no brillaban con la intensidad de la vida. Tras cumplir su deber y salvar a Ions, liberó todos sus sentimientos reprimidos y sintió un profundo deseo de entregarse al interminable apetito de la muerte. Si bien había jurado venganza ante Lúcian, la flama del odio no ardía en su interior con la fuerza necesaria, languidecían empañadas por la culpa que él mismo se adjudicaba.

Lo único que quedaba en su mente era la última mirada de Milena.

Los caballeros negros se acercaban lentamente, lo inspeccionaban, con sentidos que Thomas desconocía, ¿Acaso esas criaturas podían ver, oír, olfatear o sentir?

Lo cierto es que no tenían prisa alguna, pues sabían que el caballero estaba subyugado. Él sentía que había cumplido su trabajo y hecho todo lo que se esperaba de él. Así que cerró sus ojos, pues ya no le mostraban futuro alguno. Escuchó el sonido del acero oscuro elevándose en los aires, eran las espadas de veinte caballeros que pendían sobre su cabeza.

Casi al mismo tiempo llegó a sus oídos otro sonido; parecía un paso ligero que se acercaba desde los bosques.

Por un momento pensó que William tal vez llegaría en su auxilio, y quizás con su ayuda podría salir de allí con vida. También escuchó el crepitar de una llama y supo que estaba oyendo cosas que no existían.

Luego se rio de sí mismo...

Porque después de todo ¿Qué importaba?

Tras ser el verdugo de la mujer que amaba, ¿Acaso no deseaba abrazar a la muerte?

La sombra del viento:

Ions despertó para ser presa del hambre. Su boca no había probado bocado alguno durante días; exceptuando el de la arena, que sin querer internaba en su boca entre bostezos, mientras descansaba de cara al piso.

No logró incorporarse apenas abrió los ojos. Tardó un buen tiempo para ser capaz de levantarse del suelo arenoso, y caminar de manera tambaléate más dormido que despierto.

Sus recuerdos eran difusos, las imágenes se arremolinaban en su mente. Llevaba mucho tiempo inconsciente y todos los sucesos anteriores resultaban una nebulosa.

De pronto, lo golpeó un atisbo de lucidez que llegó a él junto con el ardor en su rostro: el escozor de la herida en su ojo le recordó todos los sucesos en el palacio real.

Se esforzó para recordar que había pasado, luego de que lo enviasen a desfallecer en los calabozos. Su único recuerdo era abrir los ojos en alta mar, donde Galendash se aferraba con todas sus fuerzas al mástil, intentando enderezar la vela de la embarcación, para surcar una mar embravecida.

Sus recuerdos terminaban allí, apenas el agua los engullía a ambos.

Ions era incapaz de pensar sobre su situación, porque de lo contrario se hubiera percatado del sonido de las olas que quebraban en los espigones; allí en la ribera del mar, donde los arenales formaban una superficie casi plana.

Si hubiera estado en pleno uso de sus facultades, hubiera reparado en el hecho de que aquel lugar tan tranquilo y paradisíaco solo podían ser las costas de Sevalthia o las playas de Bell. No importaba, porque de cualquier forma estaba muy lejos de su hogar.

Podía ver un bulto reposando en la lejanía de la playa, pensó que tal vez sería Galendash e intentó con toda su voluntad llegar hasta donde estaba su cuerpo.

El hambre reinaba ahora sobre la razón, y tras no llegar a la visión de algo comestible, el príncipe cedió ante el cansancio perdiendo la poca conciencia que había adquirido.

Para la fortuna de Ions, aconteció que aquel día de verano paseaba inocentemente por allí una joven doncella de cabellos largos y castaños. Ella había decidido dar una caminata a través del bosque antes de que llegara la tarde, había cruzado el bosque y llegado a las playas donde Ions se encontraba dormido.

La joven se sorprendió al encontrarse con un chico de su edad, pues no había muchos por aquellas comarcas. Reparó en las ropas lujosas que llevaba puestas, que ahora estaban sucias y andrajosas. Los brazos de Ions estaban llenos de pequeños cortes, y ella intuyó que su cuerpo no estaría en un mejor estado. Tras observarlo durante un corto lapso, retornó de prisa hacia a su aldea con la intención de buscar ayuda.

Ella habitaba en la Quinta Pradera, una comarca sencilla y tranquila. Donde había varias casas pequeñas dispersas, formando lo que parecía una vieja y polvorienta plaza, construida alrededor de una fuente con un fino chorro de agua saliendo de ella.

La chica se internó en una de las casas. Su padre, el forjador de acero de la aldea, no tardó en responder a su pedido de ayuda.

Antes de caer la noche el príncipe y Galendash fueron recogidos de la playa y llevados a reposar en la casa del forjador. A la mañana siguiente Ions abrió sus ojos para encontrarse en un

lecho desconocido; estaba arropado en un jergón contiguo a una ventana con cortinas de tela.

No tenía idea de adonde estaba, pero poco le importó. Lo único que le interesó en aquel momento era la cesta de comida que había en una silla, del otro lado del jergón.

La cesta contenía hogazas de pan, frutas secas, algunas nueces y pasas, además de una jugosa manzana de un vigorizante color rojo.

Ions devoró todo lo que la cesta contenía. Lo hizo con una singular brutalidad, propia de una bestia salvaje y no de un noble.

Mientras se atragantaba de comida la puerta se abrió ligeramente y por ella vio asomarse a una mujer de su misma edad. La chica esbozó una sonrisa y soltó una melódica carcajada, la imagen de Ions comiendo con desesperación le resultó graciosa.

La joven tenía un rostro muy bello, casi angelical. Era el rostro más femenino que Ions había visto en su vida. Sus ojos brillaban intensamente, cada uno de un color distinto; un ojo era color ámbar y el otro color avellana. Había algo particular en ella y Ions lo notó al instante. Tal vez era su porte o la armonía de su apariencia, pero proyectaba un aura muy adulta, muy diferente a otras mujeres que el príncipe había conocido en Ferth.

— No te preocupes, nadie te quitara esa comida— dijo mientras sonreía de soslayo y habría las cortinas dejando a la vista una polvorienta plazoleta—. Así que respira y come más despacio.

Ions dejó la cesta de a un lado de su cama, tal como la había encontrado. Enderezó su postura mientras lanzaba un suspiro y tosió al atragantarse con lo que acababa de engullir. Luego miró a la muchacha con cierta fascinación y dijo:

— No se tu nombre, ni quien eres. Pero sé que te debo la vida. — Se puso su mejor sonrisa antes de seguir —. Tienes mi eterna gratitud.

— Que puedo decir...No todos los días una se encuentra a su príncipe en la playa, mi señor — respondió al mismo tiempo que realizaba una irónica reverencia.

Ions rio por cortesía. Parecía que ella sabía perfectamente quien era él.

El dolor en su ojo se hizo presente otra vez, y en una reacción instintiva llevó su mano hasta su rostro. La joven cambió rápidamente su semblante, mostrando ahora una mezcla de preocupación y empatía.

— El curandero de la aldea nos visitó ayer. Cambio tus vendajes y se aseguró que la herida estuviese limpia— realizó una pausa y dirigió la mirada hacia el piso —. Nos dijo que tu ojo no perderá la visión.

El tono de Ions cambió y se volvió más seco y apagado.

— ¿Dónde me encuentro?

— En Bell. Estamos en la Quinta Pradera.

— ¿Cuánto tiempo he dormido?

— Un día entero. Te encontramos ayer a la tarde.

— ¿Había alguien conmigo?

— Sí. Él está bien, despertó ayer por la noche.

Las preguntas y respuestas fluyeron rápidamente, la conversación se tornaba más seria con cada palabra.

— ¿Qué ha pasado con Ferth?

La chica no respondió al instante. Hubo un silencio incomodo, mientras se tomaba unos segundo para medir sus palabras.

— Dicen que los han esclavizado...— la tristeza se apoderó del ambiente, las palabras de la joven fueron un golpe de realidad para Ions — Muchos han escapado. Los que se

refugiaron aquí durante el ataque, han partido lejos hacia los reinos de Este. Otros han muerto y los que quedaron en Ferth, viven aterrizados.

Ions apartó la mirada hacia la ventana, miró más allá de la plaza y observó los bosques. Todo era bello y tranquilo, los niños jugaban en las calles de polvo, las parejas ancianos paseaban de la mano. Resultaba tan extraño el estar allí, luego de todo lo que había vivido solo dos días atrás.

Ions habló de soslayo con un tono casi melancólico.

— ¿Podría pedirte que me dejes descansar solo un poco más?

La joven asintió y se retiró, cuando cruzaba el umbral de la puerta el príncipe realizó una última pregunta.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Luna —respondió con ternura—. Luna Graywind.

La joven hizo una reverencia y se retiró en silencio.

Cuando se cerró la puerta solo quedaron en la habitación el príncipe y el desagradable silencio. Aquel silencio traicionero y amargo que lo invitaba a la reflexión y al recuerdo de lo inhóspito.

Ions se dio cuenta de que por fin podía respirar tranquilo, todo había sucedido y era imposible corregirlo. Ya no había ninguna acción para realizar; no tenía que luchar contra la penumbra absoluta y no tenía que correr hacia el palacio para auxiliar a su padre. No tenía que liderar a miles de soldados en batalla, ni poner una espada en el cuello de su propio hermano.

Cuando por fin podía reflexionar sobre lo ocurrido y podía tomarse un minuto para respirar. Fue en aquel instante que se quedó sin aire.

Así, con su aliento entrecortado, su corazón atrapando a las lágrimas en sus ojos, y sus puños apretando sin piedad la sabana que lo cubría. Ions escondió su rostro entre sus manos y lloró. Pues por fin tenía un momento para vislumbrar que se había quedado sin nada. Que estaba solo...

Su padre había muerto hace días y seguramente ni siquiera había sido enterrado propiamente; supo que jamás volvería a verlo, ni jamás escucharía sus palabras de cariño portando lisonjas.

Comprendió la magnitud de la mentira en la que había vivido, con un hermanastro dispuesto a traicionarlos sin más cuestionamientos.

Por último, se vio forzado a aceptar que su pueblo había caído, que del Reino del Viento solo quedaban cenizas, y que su orgullo ya no valía nada.

Lloró entonces por horas, y derramó todas las lágrimas que nunca había derramado, ya que jamás había llorado antes.

Mientras que el dolor en su pecho parecía perforarlo, la cabeza le dolía terriblemente de tanto sollozo y sus ojos se habían cristalizado impidiéndole ver con claridad. Maldecía sin piedad a los cielos, a las estrellas, a los dioses en los que él no creía; o simplemente gritaba furioso, insultando con violencia, mientras mordía la almohada para silenciar su rabia.

Ions siempre había tenido fe, no en los dioses, si no en su propia fuerza. Pero ahora las dudas consumían cualquier rastro de voluntad. La impotencia que sentía lo lastimaba, a medida comprendía la magnitud de su incertidumbre. Sintió que los cimientos en los que había fundado su vida, eran solo un reflejo idealista de la realidad: Tres veces había ganado el torneo como el mejor espadachín de los confines, pero falló al proteger todo aquello que amaba. Un ejército más vasto que el mar septentrional había estado a su servicio, y sin embargo había caído ante fuerzas provenientes de sus mismas pesadillas.

Tras unas horas de lamentos decidió recomponer su imagen. Se levantó de la cama, abrió la

puerta y cruzó el umbral de la habitación. Un angosto pasillo conectaba tres habitaciones; más allá del corredor había una escalera que descendía hacia el piso inferior.

El príncipe bajó por la escalera. Antes de llegar al final se encontró a Luna esperándolo. Ella no le dijo nada, simplemente lo observó en silencio, y se hizo a un lado, para que pudiera pasar.

La escalera lo había conducido a la cocina y a la sala de estar de la vivienda. Se reencontró con Galendash, que estaba sentado en la mesa junto a quienes probablemente eran el padre y la madre de Luna.

— Buenas tardes, mi señor — dijo el padre.

El forjador de acero era un hombre de modales toscos, pero en aquel instante se levantó de la mesa y se arrodilló ante Ions. Galendash hizo el mismo gesto, también Luna a sus espaldas. La única que no se arrodilló fue la madre, y la razón era notoria: estaba embarazada.

— Es un honor tener en nuestra morada al rey de Ferth.

Parecía ser que el rumor de la trágica muerte de su padre había llegado a la Quinta Pradera, y pronto todo Gaia sabría la noticia.

Tras la muerte de Theoden, Ions se convertía inevitablemente en el rey de Ferth, aunque ahora ese título le resultaba tan pesado, tan impropio. Había perdido tanto en cuestión de horas, y había sido incapaz de proteger aquellas cosas que lo hacían feliz.

—Por favor...No se arrodille ante mí—dijo con tono cansado—Si he de ser sincero, ahora no me siento digno de reinar sobre nada ni nadie.

Sus palabras denotaban una profunda falta de convicción. Ya no era aquel joven portentoso al que los Ferthianos apodaban La Tempestad. Semejante cambio era de esperarse, pues todo lo que era conocido para él, todo con lo cual se identificaba y todo aquello que lo definía, se había perdido en la vorágine del caos. En este escenario, Ions no estaba seguro de quien era, y mucho menos de si era un rey de los hombres.

Si las mismas palabras hubiesen surgido de los labios de otra persona, todos habrían respetado su momento de duelo y comprendido su indecisión. Una persona común merecía un tiempo para llorar sus pérdidas.

Sin embargo, ahora el tiempo apremiaba y no podían darse el lujo de esperar. El Clan de la Luna había retornado a Gaia, y la oscuridad que engulló a Ferth no se detendría allí. Los ejércitos oscuros marcharían para esclavizar a cada una de las naciones del Norte, y una vez que todo el continente de Odaria estuviese bajo el yugo de las tinieblas, a los demás continentes les esperaba el mismo destino.

— Mi señor—dijo Galendash mientras se ponía de pie—. Lo mejor será ir hasta Sevalthia, y convocar a sus banderizos. Seguramente Thomas nos esperara allí, pues sabe que es mi ciudad natal.

— ¿Y dónde está Thomas ahora? —preguntó Ions con un notorio fastidio.

— El comandante Vaine lo rescató de los calabozos y nos ayudó a escapar— Galendash realizó un ligero silencio, su labio adquirió una ligera curva denotando preocupación— Él se quedó atrás mientras huíamos...Nos protegió de los enemigos.

— Él ya no es más el comandante. Nombre a Riudan en su lugar— Ions todavía se sentía fastidiado con Thomas por no haberse presentado a la batalla, lo sentía como una traición por parte de su mejor amigo.

— Señor...Riudan trabajaba con el usurpador y la Legión del Viento lucha para él ahora— le respondió Galendash con cautela.

Las noticias le llegaron como un balde de agua fría.

Todos sus hombres parecían haberlo traicionado. ¿Hacia cuánto tiempo habían planeado esto? ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Tan ciego había estado, tan grande era su orgullo?

— Entonces, Galendash— comenzó a hablar con desgano— A quien habría de llamar a mi servicio. Si ni siquiera se en quien puedo confiar.

— Confié en mí— Galendash se puso de rodillas y bajó su cabeza —. Y confié en el comandante Vaine. Los dos ponemos nuestra vida a su servicio, pues sabemos que su futuro está lleno de gloria, y leyendas y todas las cosas que ve un halcón cuando surca los cielos.

— ¿Y que ves ahora en mi pasado? — replicó Ions en forma tajante, elevando su voz— Solo mentiras y traiciones. Y la leyenda del único rey en la historia de Ferth que perdió el reino a manos de invasores—sintió un nudo en su garganta, continuó elevando su voz para mitigar la opresión en su pecho— ¿Cómo voy a pedirle a todo un continente que se una bajo mis órdenes!? ¡Bajo el mando del rey que perdió al Norte!

Galendash se quedó sin palabras, al igual que todos los presentes a excepción de Luna, quien llena de fastidio realizó un sonoro bufido y miró al príncipe con enojo.

— Me empieza a costar entender como la gente hablaba tan bien de ti —dijo con sequedad

—. Tienes razón, nadie en su sano juicio iría a la guerra bajo tus órdenes.

Sus palabras pretendían herir el amor propio del príncipe, pero no existe orgullo si una persona ha olvidado quien es en realidad. El orgullo no es más que la sombra del ego.

Galendash la miró ofendido, ella no tenía ningún derecho de hablarle en ese tono al futuro rey. Luna ignoró la mirada acusadora del legionario, se quedó en silencio mientras esperaba la reacción del príncipe; como no hubo replica ni respuesta, la joven continuó hablando.

— En unos días tendré que volver a Tears, será mejor que vengas conmigo. Los maestros allí son sabios. Sabrán cómo ayudarte a ser de nuevo un hombre digno de portar una corona.

— ¿Volver a Tears? — citó Galendash perplejo

— Mi hija tiene talento en los dotes arcanos y en las altas artes— dijo el padre llenó de orgullo.

— Solo falta un año para que la nombren arcanista —agregó la madre con una sonrisa.

Ions y Galendash intercambiaron miradas de asombro.

La magia era un don extremadamente raro, y en general, los magos eran encerrados en Tears por cuestiones de seguridad. Pero si esta chica podía salir de allí para visitar a su familia, quería decir que tenía un profundo dominio sobre sus talentos.

El príncipe recordó la carta que había llegado a Ferth hacía ya dos años. Él se había burlado de sus advertencias y los había desestimado.

— Sé que crees que debemos ir a Sevalthia— le dijo Ions a Galendash—. Pero mi padre me advirtió acerca de los presagios de Tears, y yo me burle de sus advertencias— antes de seguir Ions miró a Luna a los ojos—Tal vez este a tiempo de enmendar las cosas, si escucho sus consejos ahora...Quiero ir a Tears.

Galendash no estaba muy convencido. Creía firmemente que Thomas estaba con vida, y que los buscaría en Sevalthia antes que en ningún otro lugar. Ions notó su expresión de contrariedad y decidió entregarle una propuesta más concreta:

— Mandaremos una paloma hasta Sevalthia, hasta la casa de los Fell. Si Thomas llega hasta tu ciudad, lo primero que hará es buscar donde vive tu familia—por momentos Ions mostraba señales del liderazgo que lo caracterizaba—. Cuando eso ocurra él recibirá la carta y sabrá que fuimos a Tears.

— De acuerdo, mi señor, entonces yo iré con usted hasta Tears—todos asintieron

complacidos y la conversación quedó concluida. Luna les propuso ir a conocer la aldea y ellos aceptaron.

Ambos se hospedaron en la casa de los Graywind por casi dos semanas, disfrutaron de la hospitalidad de aquella humilde familia, mientras esperaban la llegada de la próxima embarcación que arribara al puerto. Día por medio los visitaba el curandero de la aldea, dispuesto a atender el ojo del joven Wintersoul. Era un hombre muy talentoso, pues con solo un puñado de hierbas silvestres y sin muchos recursos había mitigado el escozor del corte al cabo de unos cuantos días.

Mientras estaban en la casa, la madre de Luna dio a luz a un niño, un sano varón de casi tres kilos y medio. El caos del momento y la intemperancia de la situación terminaron concluyendo en la vida de una nueva criatura, que llegaba al mundo cubierto en sangre, pero con el corazón immaculado.

Ions sintió culpa apenas tomó en sus manos al nuevo miembro de la familia Graywind. Comprendió que tenía un deber por cumplir, estaba obligado a recomponerse y a buscar una solución contra el mal que amenazaba su reino. Estaba obligado a proteger todas las vidas inocentes y perfectas, como la del recién nacido que descansaba en sus brazos.

Partieron de allí unos pocos días después. En una mañana de sol primaveral y con la primera luz del alba. Ions, Luna y Galendash bajaron por el escarpado sendero que descendía por más de veinte kilómetros, en pronunciada pendiente, desde los bosques de la Quinta Pradera hasta el Gran Puerto de Bell. Llegaron ante los leones esculpidos en la puerta del embarcadero y pasaron por enfrente de los guardias. Ions viajaba con la cara cubierta, mantenía su ojo todavía vendado, y se cubría el rostro tras la sombra de una capucha, temiendo ser reconocido.

Bajaron a los muelles y Luna rápidamente interpeló al encargado del puerto. La joven le indicó que deseaban tomar la próxima embarcación a Tears, y el hombre se negó rotundamente.

— No hay ahora en el puerto un barco que disponga de un hechicero de nubes—afirmó con un tono áspero—. Y no mandare un barco a Tears sin uno.

Fuertes tormentas rodean la isla de Tears, y esto es parte del conocimiento popular. Claro que estas tormentas no son causadas por fenómenos naturales, más bien son producto de los dones arcanos. Eran una suerte de prueba que la gente debe superar al fin de internarse en la comarca de los sabios. Despejar las nubes y calmar las aguas resulta algo sencillo si uno viaja con un hechicero ducho en el dominio de los vientos y las nubes. Pero sin aquel talento resulta imposible llegar, y la embarcación no tiene otro destino más que perecer inevitablemente bajo la furia de la tormenta.

Ningún hombre común puede arribar a Tears, no por sus propios medios.

— Dentro de un mes debería llegar al puerto el Leviatán, llegara desde Mosel con un cargamento de pieles y cristales. Esa embarcación dispone de un mago en la tripulación. Esperen hasta que vuelva y podrán viajar—dijo el encargado mientras les daba la espalda y se disponía a ignorarlos.

— Nos subiremos en esa embarcación—afirmó Luna mientras marcaba con su dedo la ubicación de pequeño navío, amarrado a unos pocos metros—. Creo que con esto se cubren los gastos — agregó mientras ponía tres leones dorados a disposición del hombre.

El hombre realizó un bufido y expresó cierto fastidio.

— Jovencita, creo que no fue claro... ¡Estos barcos no viajan a Tears sin un hechicero a bordo!— gritó finalmente al rostro de Luna, haciendo gala de sus mejores modales de marinero.

Luna sonrió divertida mientras hurgaba en su bolsillo. Sacó una insignia de plata fundida, con el símbolo de la academia de Tears, también llamada la runa del conocimiento.

La cara del encargado se desfiguró al instante. Su labio inferior había empezado a temblar ligeramente mientras el hombre ensayaba una disculpa. Les entregó la barca rápidamente y les cobró solo dos leones de oro.

Es muy grande el respeto y el miedo que puede llegar a infundir un arcanista que disfruta de su libertad. Pues los magos normalmente viven encerrados en Tears, reclusos de la sociedad, intentando no alterar el curso natural de las cosas. Los de poco talento trabajan en aldeas como curanderos y en los barcos encantando nubes, y los de poco talento son la gran mayoría, aquellos que no tienen suficiente poder como para que haga falta encerrarlos.

Pero si a un mago de la academia se le permite salir. Significa que su talento es significativo, y que tiene completo control del mismo. Ions entendió que esa era la razón por la cual Luna le llamó la atención desde un principio. Ese porte adulto que sintió apenas la vio por primera vez, probablemente no era otra cosa que una proyección de su talento como arcanista.

Finalmente partieron con aquella pequeña embarcación. La solida nave se alejó danzando sobre las rizadas olas de la orilla. Deslizándose tan ligera como una gaviota, fue dejando atrás el bullicio del puerto hasta internarse en las tranquilas aguas de la Bahía.

Ellos eran los más jóvenes a bordo de la nave. Solo había once tripulantes más y la mayoría superaba los veinticinco años. Eran casi todos hombres, salvo dos mujeres de apariencia simiesca.

Ions no se paró a pensar que había dado el primer paso de un extenso viaje. Una travesía que lo llevaría por tierras que jamás habría soñado con visitar. En busca de aliados y antiguas promesas, por intermedio de misteriosas culturas y países extraños. Un viaje que al culminar, supondría la creación del ejército más imponente en la historia de Gaia. Aunque principalmente, este era el primer paso en un camino para encontrarse a sí mismo. Para definir su existencia como algo más que lo que alcanzaba a ver la vista.

La isla de los sabios:

Ions y Galendash rápidamente encontraron su lugar en la tripulación. Como había poco espacio, no existía resquicio para los marineros ociosos. Ions se descubrió el rostro apenas estuvo seguro que nadie lo reconocería. Todos los miembros del barco eran marineros mercantes, quienes probablemente nunca habían pisado la ciudad de Ferth, ni presenciado el Duelo de Campeones.

Los primeros tres días del viaje contemplaron en el oeste los picos nevados de Mogara, y las luces de las pequeñas aldeas nómades que, junto con las estrellas, se encendían en la noche.

Luego enfilaron hacia el oeste por casi cinco días, y navegaron con viento flojo a través del exuberante verdor de las Islas Medias. Durante la noche del sexto día lograron contemplar en la lejanía de la noche, el brillo del puerto de Senaga, la poderosa luz de los pilares blancos, los dos faros de piedra que brillaban como dos lunas en el medio de la penumbra, otorgando al horizonte el tono de un amanecer eterno.

Prosiguieron su camino hacia la plenitud del Océano del Silencio, en cuyas altas aguas, uno no puede escuchar otro sonido más que el suave mecer de las olas contra la embarcación. Apenas se internaron allí, el viento pasó de ser flojo a inexistente.

Se vieron forzados a proseguir a remo; la faena era dura y la jordana larga, a pesar de todo el esfuerzo, avanzaban muy lentamente.

El capitán del barco interpeló a la joven Graywind en busca de ayuda. Llegó a implorarle que convocara a los vientos a sus servicios y los llevara con celeridad hasta Tears.

Recibió la misma respuesta que Luna le había proporcionado durante todo el viaje. Ella no pretendía usar su arte para solucionar la labor de los marineros, solo pensaba interceder en el caso de que una tormenta los amenazara.

Ions sintió curiosidad acerca de las constantes negativas de Luna: convocar a los vientos era un hechizo simple e insignificante. ¿Por qué una hechicera de la academia se negaría a realizarlo?

— La magia no es un juego al que nos dedicamos por placer, por comodidad o por halago —le explicó ella—. Piénsalo por un momento Ions...Cada runa que pronuncia un hechicero, cada acto, es para bien o para mal. Y no es propicio obrar sin conocer el precio.

Ions le pareció que la joven hablaba en acertijos. Pero también existía la impresión de que su sabiduría y conocimientos eran amplios. Tan amplios, que le producían envidia y le daban vergüenza de sí mismo.

— Si llamo a un viento aquí. Eso puede significar un tornado en Anka. Si muevo una lluvia de su curso original, puedo condenar a Nantara a meses de sequías—decidió exponer un ejemplo—. Todo tiene su equilibrio y lo mejor es no alterar el balance.

Cada vez que el príncipe le hablaba, más se sorprendía. Aunque tenían la misma edad, ella actuaba con mayor madurez y tenía actitudes fuertes y decididas, tal como Ions solía ser. A pesar de eso, seguía siendo una mujer hermosa y femenina, y por momentos, muy delicada y tierna. Poseía un singular sentido del humor, que no era ni burdo ni excesivamente pudoroso, y más bien podía describirse como sumamente ingenioso. Podía hablar con una voz tenue y melodiosa sobre los asuntos más banales o tomar un tono serio o contemplativo cuando la situación lo requería. Por momentos parecía que siempre tenía una réplica a flor de labios.

Sin la ayuda de la magia tardaron más de un mes en cruzar a remo la interminable extensión del Océano del Silencio. La isla de Tears se presentó en el horizonte una calurosa mañana a finales del verano, junto con una suave brisa que reducía el hastío del nuevo día.

Ions se encontraba en la proa del barco, escrutando la lejanía en silencio. Sus cabellos estaban largos y enmarañados. Cargados con las sales marinas, que los vientos repartían sobre su pelo. Su rostro mostraba una barba tupida y descuidada, pues no se había rasurado desde su despertar en las costas de Bell, hacía más de dos meses atrás. Su aspecto no era elegante, pero si transmitía más edad de la que en realidad tenía.

Galendash también se despertó temprano esa mañana y se acercó a la proa para ver la isla. Realizó un tenue sonido de asombro. Si lo que había visto en Ferth eran los poderes de la oscuridad, ahora avizoraba las potestades de la luz: la torre de los sabios se alzaba por encima de una ciudad de piedra blanca, duplicándola en tamaño y contrastando con ella por medio de un fulgor dorado. Producto de la hechicería, la luz que se desprendía del lugar se alzaba hacia los cielos separándose en cuatro caminos. Cada haz de luz fluía hacia cuatro piedras ovaladas, de distintos colores, que flotaban por encima de la ciudad en trayectoria circular.

Ions descendió por la tablada y se internó en el malecón. A metros de él, lo seguía Galendash, quien observaba el entorno tratando de disimular su fascinación. Luna, por el contrario, quedó un tanto atrás y se detuvo a saludar a algunas caras conocidas allí en el embarcadero.

Los dos jóvenes se internaron en el pueblo de los misterios, donde pequeñas casas se amontonan en unas pocas calles estrechas y empinadas. No tardaron mucho en notar que en Tears, el más banal conocimiento parecía resultar esquivo e inaccesible para el individuo común. Los hombres que paseaban por las calles de aquella comarca solo hablaban en complejos e intrincados acertijos, con palabras solemnes y actitudes portentosas.

Tras un rato de vagar en busca de respuestas claras. Ions y Galendash acordaron esperar a Luna. Una vez que se reunieron, ella les indicó el camino más corto hasta la academia.

Llegaron hasta un gran edificio aislado al final de un sendero solitario. Cerca de la esquina, había una puerta de madera, pequeña e insignificante. Fueron hasta ella y la golpearon con fuerza. Un anciano les abrió y les observó sin decir nada. La joven Graywind se acercó al hombre y conversó con él entre susurros.

El hombre guardó un minuto de silencio y los observó con cautela.

— Bienvenidos a la Academia de Tears. Yo soy el portero—dijo mansamente—. Adelante pasen...

Galendash y Ions miraron tras la puerta. La famosa academia solo parecía una casa vieja y derruida. No tenía ningún aspecto sublime, es mas no parecía nada más que una choza antigua. Sintieron que Luna se estaba mofando de ellos; pero antes de decir algo al respecto, se adelantaron y traspusieron el vano de la puerta. Frente a ellos ahora se podían contemplar amplios corredores y salas de piedra y mármol. Era como entrar en otra realidad. Incluso al voltear, notaron que el umbral que acababan de trasponer no era de madera, como les había parecido a ambos, sino de marfil macizo y sin juntas: Mas tarde supieron que había sido tallado con un diente de Tharos, el Gran Dragón Negro. La puerta que el anciano cerro detrás de ellos era de cuerno pulido, y en la cara interior llevaba tallado el Árbol de las Hojas de Oro.

El portero los condujo por los corredores, sin proferir ni una palabra más. Los llevó hasta un patio interno, muy alejado de la entrada y abierto al exterior. Allí, debajo de un grupo de árboles jóvenes y de la luz del sol, murmuraba una fuente. El agua surgía de un cántaro tapizado de hierbas

y se dejaba caer desde una cúspide a través de terrazas descendentes, en forma de cascadas.

El grupo esperó allí por un rato. El corazón de Ions latía con presteza, sentía a su alrededor fuerzas y poderes invisibles. No tardó en comprender, que aquel recinto no solo se componía de piedras, sino de magia, de hechicería antigua, de ilusiones que el ojo desnudo no podía distinguir. Se preguntó cuántas de las cosas que estaba experimentando allí eran reales, y cuantas eran meros engaños a los sentidos.

Un hombre calvo y robusto se acercó hasta ellos. Su andar estaba colmado de vigor, su rostro era alegre y apacible. Llevaba una larga túnica de seda con tonos blancos y dorados. Sus manos estaban cruzadas y se ocultaban tras unas amplias mangas. Su calva brillaba con vivacidad bajo los rayos del sol y su piel parecía suave como el terciopelo.

El hombre saludó a Luna, como si su propia hija hubiese retornado a casa. Luego miró a los dos jóvenes y dijo:

— Bienvenido Ions Wintersoul, a la academia de Tears. Soy el Maestro de los Elementos y el subdirector de esta academia—habló con fuerza singular pero sin realizar ningún gesto abrupto o ampuloso, siempre con un aspecto de serenidad—. Espero que los mares hayan sido gentiles en su camino hasta aquí.

— Fue una buena travesía, los mares se han mostrado tranquilos —respondió Ions dando un paso al frente—. Señor, me temo que llego aquí portando graves noticias.

— Lo sé todo joven...Puede ser que los muros de Tears no hablen a menudo, pero escuchan muy bien la penurias del mundo.

— Entonces, los sabios están al tanto de porque estoy aquí—el príncipe arqueó ligeramente las cejas.

— Si —respondió con sequedad —. Buscas consejo, y consejo te podemos otorgar. Buscas conocimientos, y al servicio de los conocimientos estamos los sabios. Pero también buscas poder, y eso es un asunto más escabroso. Pues hay que ver el bien y el mal que resultara, si la magia se pone a tus servicios.

— Está en lo cierto—aseguró Ions—. Busco la ayuda de sus palabras, y la asistencia de sus hechiceros.

— Entonces tendrás que apelar al consejo de los sabios y buscar la bendición del decano. Me encargare de organizar una audiencia...Cuando todo esté listo te mandare a llamar.

— Le agradezco mucho gran maestro.

Luego de que el Maestro de los Elementos los dejara solos, Luna ofreció mostrarles la Casa Grande. Caminaron junto a ella por los inmensos salones, mientras les explicaba como a lo largo de cinco años un hechicero pasaba por la tutela de ocho maestros. Durante el primer año, el maestro de los vientos les enseñaba los sortilegios para encantar las nubes y las lluvias. En el mismo lapso, el maestro de las ilusiones los introducía en el arte de los juegos de apariencias. Al segundo año aprendían con el maestro de la sanación y el maestro de los sueños: el primero les enseñaba como realizar efectivas panaceas con hierbas silvestres, el segundo a comprender el significado detrás de los sueños humanos. Luego los alumnos pasaban el tercer año en el bosque del silencio, aprendiendo sobre el bien y el mal, y el precio de todas las acciones con el Maestro del Balance. Luego se los nombraba hechiceros y estaban listos para aprender las artes del poder. Tras un año entero bajo la tutela del Maestro de los Elementos, tendrían la noción de cómo manejar las flamas, las aguas, los vientos y la furia de los terremotos. Finalmente restaba el último año, el que la joven Graywind todavía tenía que cursar. Al finalizarlo, la nombrarían arcanista. Pero solo después de estudiar con el maestro de las transformaciones y el Maestro Invocador, las

artes más peligrosas. Aquellas que pueden romper el balance del mundo.

Ions quedó profundamente intrigado por todo lo que Luna le contaba, se sorprendió de los poderes que existían en el mundo, poderes que subestimó durante toda su vida.

— Entonces, una vez que termines este año, ¿podrás llamar a los muertos y transformarte en halcón y delfín? —preguntó Galendash apenas regresaron al patio interno, tras dar una vuelta completa a la escuela.

Luna lanzó una suave risa y respondió mientras se sentaba en la orilla de la fuente.

— Un mago no domina todos los talentos que se le enseñan. Porque si así fuera, ese individuo sería el Rey Arcano—alisó su larga cabellera con suavidad—. Si bien yo soy buena para las ilusiones. No tengo destreza con los elementos. Soy incapaz de controlarlos.

Un mirlo descendió sobre la arcada del patio. Comenzó a emitir un cántico atronador

— ¡Torrenon tinigco, Torrenon tinigco! — repitió varias veces antes de levantar vuelo y alejarse del patio. La joven Graywind les indicó que se pusieran en marcha, pues el cuervo acababa de cantar en el habla arcana, “Torre del Conocimiento”. La reunión del consejo tendría lugar allí.

Salieron de la academia, pasaron por al lado del portero y caminaron rumbo al norte por un sendero de ripio. Tardaron una hora en llegar a la imponente torre que se levantaba desde la isla, frente a la soledad del océano.

La torre era de piedra oscura. Su apariencia era tétrica, solemne y solitaria. Con grandes puertas de acero negro, de casi cuatro metros de altura, que se abrieron ante ellos apenas se acercaron.

Cruzaron el umbral para encontrarse en una especie de atrio, con sillas dispuestas en torno a un gran estrado donde los ocho maestros se encontraban sentados. Todos eran sumamente ancianos, con ojos de niebla, y miradas austeras y taciturnas, que transmitían vejez y cansancio. Todos vestidos en forma similar, con largas túnicas negras con vivos carmesí. Todos iguales, salvo el Maestro de los Elementos, que contrastaba con su túnica blanca y dorada.

El decano se encontraba en un estrado superior, a la cabeza del conjunto.

— Ions Wintersoul, por favor, acérquese al estrado. Escucharemos su petición—la voz del decano se escuchó con estruendo, produciendo un eco en la sala.

Ions se sintió incomodo, era la primera vez que entraba a un lugar concurrido y no era recibido con una mención de sus títulos, ni nombrado por su apodo.

—Los títulos no significan nada, aquí en Tears —le susurró Luna al oído mientras lo tomaba del brazo.

Ions subió al estrado y sintió las miradas de todos los ancianos sobre él. Era distinto que las veces que había estado en el coliseo, aquí se sabía diminuto. Como si fuera solo un pequeño punto, que contenía toda su existencia, un simple arcano pronunciado por los labios de los eruditos.

La situación le resultó incomoda y sintió un arrebató de estallar, de mostrarse nuevamente como alguien digno de respeto. No solo un punto, sino una obra completa, una persona extraordinaria.

—Grandes maestros de la isla de Tears — comenzó a decir con el mismo tono que antaño usaba para hablarle a su pueblo —. Como ustedes presagiaron, el Clan de la Luna ha regresado a Gaia. Mi reino ha perdido su libertad. Y con cada día que corre, los reinos del Norte son esclavizados uno por uno —realizó una pausa y se mojó los labios —. Les imploro a ustedes, sabios de los arcanos antiguos. Que me den su consejo para enfrentar esta tormenta que se

avecina, y además les pido que me den su ayuda. Alíense conmigo para salvar Gaia, pues la caída de los reinos del Norte es solo el comienzo. Y si no los detenemos, ellos harán arder al mundo.

Los ancianos permanecieron imperturbables, rígidos e intransigentes. Cruzaron miradas como si pudiesen hablar a través de ellas, por medio del silencio.

— No pondré mis hechiceros a tus servicios—el decano habló con suma austeridad.

Un anciano flaco y de apariencia débil elevó una voz tenue y quebradiza.

— Señor Heinsher. Creo que no debemos apresurarnos a desechar este asunto. Mis sueños auguran una gran guerra en la tierra de los hielos... Y los magos pelearan en ella.

El maestro de los elementos rompió el ambiente con un tono enérgico.

— El clan de la Luna refundará la Torre de los Pesares en Asgard, eso ya ha quedado claro en los últimos sueños del maestro. Yo también creo que Tears debería unirse al joven Wintersoul.

El resto de los ancianos empezaron a asentir, abandonando aquel estado de permanente rigurosidad que llevaban desde el inicio de la sesión. Finalmente el decano elevó un comentario atronador.

— ¡Mi decisión es final!—dijo mientras paseaba su vista por cada uno de los rostros en la sala—. Ante mí, solo veo a un hombre confundido que hace lo que cree que es correcto, pero no tiene concepto alguno sobre el bien o el mal. No pondré ningún poder en las manos de alguien así, pues encender una vela es proyectar una sombra—miró a Ions a los ojos, pero parecía estar viendo la profundidad de su alma—. Vuelve aquí cuando tengas tu reino de nuevo. Enmienda con tus propias manos el error que has cometido.

Nadie se atrevió a cuestionar la voluntad del decano y no quedó otra alternativa más que resignarse. Antes de dar por termina la sesión, el maestro de los elementos pidió que se le permitiera a Ions buscar el legado de Elliot Wintersoul en el Bosque del Silencio.

Elliot, era el héroe más significativo de la historia, y aquel que venció al clan hacia quinientos años. También había sido el último Rey Arcano en la historia de Tears; y su tumba, se encontraba ahora en la soledad de aquel bosque, junto con su espada y su armadura.

Luna también le pidió al consejo que la dejaran partir junto con Ions para ayudarlo en su viaje. El consejo se negó, le exigieron terminar su último año, si es que deseaba alejarse por mucho tiempo de Tears.

Ions decidió esperar un año allí y no viajar a ningún otro lugar. Tenía muchas razones para no querer partir de inmediato. Debían esperar un tiempo prudencial, para ver si Thomas llegaba a encontrarlos en la isla. Por otro lado, no quería partir caminos con Luna, por lo menos no tan pronto. Aprovechó la oportunidad para quedarse en el bosque del silencio estudiando bajo la tutela del Maestro del Balance. Quizás era una excusa que buscaba, añorando obtener un momento de duelo. Esperando un instante de paz, para poner armonía en su mente.

El maestro no le enseñaría ningún hechizo, pero le daría la sabiduría que estaba buscando y le enseñaría sobre el precio de las acciones y el uso del poder. Galendash los esperaba pacientemente mientras terminaban sus asuntos. Como siempre el joven de Sevalthia era una persona muy comprensiva y leal. Durante ese año él trabajó en los puertos con la intención de ganar algo de dinero y comprar una barca. No necesitaban algo muy grande, pero lo suficiente para viajar lejos de Tears.

Así transcurrió un año donde Ions descubrió los misterios detrás del bosque del silencio, que era un lugar encantado, donde los arboles a menudo cambian de sitio, o parecen susurrar palabras en el viento. Algunos en Tears solían decir que los arboles de aquel lugar, eran seres vivos, magos

que cambiaron de forma y se olvidaron como volver a ser hombres, y que le contaban en confianza al Maestro del Balance, los secretos del mundo.

El sabio era un hombre de palabras claras. Lo que era mucho decir en una comarca donde reinan los acertijos. Le enseñó a Ions acerca del precio del poder, y el mal que uno puede traer al mundo si dispone de un gran poder y una arrogancia desmedida. Para aquel hombre el bien y el mal eran solo conceptos, mas todo lo que nos hiciera felices sin perjudicar a nadie era bueno, y todo lo que trajera dolor a algún otro era la maldad.

Mientras aprendía, Ions buscaba en las profundidades del bosque la tumba de Elliot. A veces la encontraba, pero si volvía al mismo lugar al día siguiente ya no estaba. Era una enorme lapida de piedra blanca, bajo su sombra estaba clavada la espada más majestuosa que Ions había visto en su vida, la legendaria Silfarión. Una pieza de forja exquisita, simple y elegante, con una hoja de color esmeralda, de cuerpo pequeño y un mango amplio incrustado con topacios. Estaba tan afilada como los colmillos de Tharos, el dragón negro, y era tan ligera como una pluma a merced del viento. Imbuida con una infinidad de encantamientos, había traído la paz a Gaia en las eras más oscuras. Junto a la espada estaba la Armadura de la Noche Blanca, el ropaje que utilizó Elliot en la Guerra de los Confines, aquel con el que se hizo conocido como La Muerte Blanca. Un conjunto de prendas ligeras coronadas por una lujosa capa blanca con vivos negros y dorados.

Ions intentó muchas veces, tomar posesión de la espada. Pero apenas acercaba su mano, sentía como el viento se arremolinaba sobre ella, desgarrándole la carne sin piedad. Siempre se veía forzado a dejar la espada en su sitio y retirarse.

Según el maestro del Balance, la espada sería de él cuando fuera digno de empuñarla. Aunque, Ions no podía pensar en alguien más digno que él para poseerla. Se llamó a silencio y siguió aprendiendo lo que el hombre le enseñaba, esperando hallar alguna respuesta.

Con el correr del año, y muy lentamente, Ions fue encontrándose a sí mismo. Lúcian le había preguntado una vez que sería de él si perdiese su corona. En su momento no lo pensó en lo más mínimo, siempre se vio como un rey y se definió a sí mismo como su pueblo lo describía.

Ahora nadie lo honraba, no tenía una espada y su imperio era cenizas. Había pensado que perder todo lo que la vida le había dado, todo aquello a lo que se aferraba, lo había convertido en una sombra. Pensó que le habían arrebatado su identidad, y que era alguien sin voz propia, un ente que no tenía nada.

Pero él seguía vivo, y no habían conseguido quebrar su carácter. Si el pasado y sus acciones habían formado su presente, entonces estaba en sus manos moldear su propio futuro.

Se aplicó de lleno a las enseñanzas del sabio del bosque. Pues ahora estaba seguro, que sus palabras curarían su alma desgarrada.

Casi al final del año se sintió nuevamente como aquel joven que forjaría una leyenda. La más grande de los confines, una que no sería sombra de ningún relato, su propia historia.

Ahora era un hombre digno de ser un rey. Alguien que con el tiempo podría ser un justo líder de los reinos del norte. Ahora entendía la responsabilidad de ostentar el poder y el precio de la arrogancia.

Poco antes de irse, buscó nuevamente la tumba de Elliot. En esta ocasión la encontró muy fácilmente. Se acercó al epitafio y extendió su mano izquierda para tocar la espada que estaba allí. Los vientos se arremolinaron sobre él, y pensó que habrían de rechazarlo nuevamente, pero lo que sintió en la palma de su mano no fue dolor, sino una gentil caricia. Logró apoderarse de la espada y fue aceptado por Silfarión una tarde de otoño como su legítimo heredero, mientras la

elevó por primera vez a los cielos, la espada destello con un profundo color esmeralda, que parecía ser capaz de iluminar el futuro. Luego se puso la armadura de su antepasado; era extremadamente ligera para tener varias capas de acero debajo.

Finalmente se despidió del bosque y del maestro del Balance, y si bien deseó poder quedarse y aprender todo los conocimientos que la isla guardaba. No era este el destino de su vida. El destino de su vida era reinar a su pueblo y defender los confines.

Se encontró con Luna en las puertas de la academia. La apariencia de la joven no había cambiado en lo más mínimo. Luego fueron al puerto a buscar a Galendash, quien los esperaba con una modesta barca. El legionario había crecido varios centímetros, y las labores del puerto lo habían fortalecido. Su rostro seguía igual de andrógono y lampiño, pero su cabello estaba más corto y lo hacía parecer mayor.

El legionario se sorprendió al ver a Ions vestido con túnicas y armadura blancas. Pero más que nada se sintió feliz de ver la confianza con la que hablaba ahora.

Con un talante renovado, Ions les dijo que habrían de partir rumbo a Senaga. Y que luego viajarían a Gargata, más tarde a Mosel y finalmente hacia los confines del mundo, los volcanes de Thorv.

Desde Tears empezarían un viaje para revalidar los juramentos que todos los pueblos de Gaia firmaron con Ferth, un año antes de la invasión. El León de Gaia rugiría nuevamente y llamaría a sus servicios a todos los que juraron lealtad en tiempos de guerra. Solo restaba esperar que las naciones cumplieran sus palabras.

Senaga era el primer destino, allí pedirían la obtención de la Gran Flota y comenzarían a diagramar la recuperación de Ferth.

Partieron de Tears con presteza, a través de las sombras y los matices del otoño luminoso. Los senderos que cruzarían eran largos y arduos, pero Ions Wintersoul ahora se encontraba decidido. Tal vez no sería un viaje directo, pero el camino a casa había comenzado.

La ciudad de los faros:

Luna se levantó temprano con las primeras luces del alba. La barca no tenía mucho espacio, pero había tomado un pequeño resquicio y lo había reclamado como propio. Marcó su espacio personal al colgar unas mantas viejas sobre una viga de madera.

Se había llevado varias de sus pertenencias de la academia en una enorme mochila de cuero. Gracias a una serie de encantamientos; la mochila repleta de ropas, un cuchillo de caza y una vara tallada de cedro, pesaba ahora lo mismo que un pequeño bolso con monedas.

No podía esperar para llegar a Senaga y hospedarse en una posada común, dormir en una cama y tomar un baño. A medida que pasaban los días, las mañanas se presentaban más legañas y hastías. Llevaban meses viajando, entre los tiempos del viaje y la estadía en Tears, habían pasado casi dos años desde la invasión de Ferth.

Abandonó el compartimiento de carga y subió a la cubierta. Allí estaba Ions, estático y pensativo, sosteniendo su espada a contraluz.

Luna no sabía mucho de espadas, jamás había tenido una en sus manos. Pero no era difícil entender que Silfarión no era un arma común. Parada allí en la entrada de la cubierta, a varios metros del joven Wintersoul, ella podía sentir la magia que descansaba en esa espada, hechizos que ningún maestro le había enseñado en Tears.

Ions notó que estaba siendo observado, se dio la vuelta y le dirigió una sonrisa. Ya no tenía aspecto de ser un alma en pena. Ahora irradiaba confianza, mostraba aquella seguridad que siempre lo había caracterizado.

Luna nunca se lo había dicho, pero ella había presenciado el Duelo de Campeones, cuando Ions fue el campeón con solo dieciséis años. Ella estuvo presente en las gradas aquel año. A pesar de ser un simple forjador de hierro, su padre solía ir a ver la copa. Él era amigo de un guardia de la ciudad, quien había nacido en la quinta pradera, y se conocían desde niños. Todos los años le dejaban entrar sin pagar ni una moneda y su hija lo acompañaba en cada oportunidad.

La joven Graywind observó como Ions vencía a Sir Filio Roberti y jamás pudo olvidarlo. No olvidó su rostro lleno de confianza, ni la picardía en su sonrisa al levantar la copa. Su padre también se maravilló y le dijo emocionado: — Tras quinientos años los Wintersoul volverán a ser leyenda, este niño será el rey más grande desde Elliot— Luna le creyó. Todos los presentes pensaron lo mismo. Por eso mismo, la chica había sentido fastidio cuando escuchó a Ions hablar en Bell, completamente abatido y preguntándose qué ejército pelearía por él. Ahora le agradaba mucho más, frente a ella estaba el futuro rey de los hombres, y el horizonte ya no parecía tan gris si los lideraba el verdadero genio de la década.

— Todavía no puedo creer que esta es la misma espada que mato a Hindel, el dragón de Asgard. La que sometió a todo un continente de salvajes y derramó la sangre de los dioses en la Guerra Santa—dijo con la voz de un niño contento.

— Te ha elegido como su heredero— declaró Luna con suntuosidad—. Ahora queda ver qué historia escribirás con ella.

Ions rio divertido por el comentario, guardó a Silfarión en su funda y se acercó al borde de la embarcación

— Cuando estaba en Ferth, cuando escuche los presagios de Tears. Deseaba que el Clan de la Luna regresara. Quería ser yo, quien los hiciera desaparecer para siempre— confesó el príncipe con cierta vergüenza—. Quería terminar con el caos. Escribir una gesta que los bardos cantarían por toda la eternidad. La historia más grande de todas, incluso más grande que la de Elliot Wintersoul o la de Michael Windsword. Estaba seguro que era mi destino, y que esa sería mi vida.

Luna aguardó unos segundos en silencio. El viento se arremolinó contra la vela mayor, y su inesperada llegada se escuchó con fuerza en la cubierta.

— ¿Es curioso no crees?—La joven Graywind comenzó a hablar mientras Ions la miraba intrigado—. La mayoría de las personas sabemos lo que somos, y desconocemos lo que podemos llegar a ser. Tú eras distinto, pensaste siempre lo que podías llegar a ser, lo que el mundo esperaba que fueras. Pero nunca te detuviste a pensar en quien eras en realidad.

— Ahora lo sé— afirmó el príncipe—. Soy solo un hombre. Soy luz y oscuridad, certezas y dudas, orgullo y prejuicio, valentía y miedo—miró a los ojos a Luna antes de continuar—. Soy un hombre de carácter, que cree en la potestad de sus propias fortalezas. Gracias a ese carácter, tal vez pueda ser derrotado, pero jamás destruido.

Ions se volteó y observó a la inmensa extensión del Océano del Silencio. Luna se quedó en silencio por unos segundos, mientras mantenía un rostro pensativo.

— Nunca te lo dije—comenzó a decir ella—. Pero yo estuve en las gradas, durante el Duelo de Campeones, en las tres ocasiones. Y siempre se podía ver en tu mirada que ibas a vencer, que no lo dudabas ni por un segundo—Ions se quedó perplejo, era la primera vez que Luna le decía algo halagador—. Eso era lo que admiraba tu pueblo. No eran tus palabras, ni tus actuaciones desafiantes. Era tu confianza en tu propio talento.

— Intentare no volver a olvidarlo — respondió el príncipe con una sonrisa

— Si vas a liderar a un ejército, es importate que sepas hasta dónde quieres llegar. Que nunca dudes en que lo obtendrás, sin importar quien se ponga enfrente para impedirlo.

— ¿Debería entonces buscar lo que deseo? — pregunto Ions mirando al mar.

— Deberías.

Entonces Ions la besó por sorpresa. Sus labios se encontraron de forma tempestuosa, y la joven se dejó llevar por el momento. No era su primer beso, pero si era el primero que le inducía una chispa, una emoción de seguridad indescriptible, donde cualquier pensamiento se desvanecía

en la atracción del momento.

Ions separó sus labios lentamente, volvió a besarla reafirmando su convicción y se apartó con una sonrisa. Se sintió conforme al saber que no faltaba agregar ni una palabra, todo había quedado claro. Su atracción a esa mujer, de delicadas facciones, carácter firme y gran inteligencia, estaba ahora escrito como una confesión en el sabor de sus labios.

No dijeron nada más, y se quedaron juntos mirando la interminable extensión del océano, Luna lo tomó del brazo y se aferró con fuerza.

Aquella noche fueron guiados por las luces de los grandes faros blancos, que se alzan sobre los dominios del mar tormentoso, allí en la Bahía del Sol, junto donde comienza el archipiélago.

Los faros blancos eran el símbolo más representativo de Senaga. Eran tan altos y su luz tan intensa que la ciudad vivía siempre en la claridad, y nunca en la sombra. Por eso el puerto de Korrdhian donde la luz del faro desciende con mayor intensidad, es conocida como la ciudad del sol eterno.

Tras cruzar ochenta millas impulsados por el viento maestral, arribaron al puerto a la mañana siguiente. La barca llegó fondeada por las gentiles aguas de la bahía y se internó en Korrdhian, la capital de Senaga, la ciudad donde mercaderes de once naciones se reúnen en cada solsticio y en cada equinoccio.

Amarraron en los muelles junto al bazar de especias y emprendieron una caminata sin rumbo fijo a través del mercado interminable. Los trueques fluían a su alrededor con una continuidad asombrosa, costales de pistacho por kilos de algodón en rama, bolsas con semillas de amapola intercambiadas por abundante nuez moscada.

Todo el conjunto de aquella ciudad portuaria era un auténtico espectáculo de colores, sonidos y olores extraños. Donde los asesinos y los rateros se funden con la multitud que circula por calles salpicadas con tabernas, almacenes y garitos.

Ions, Galendash y Luna prosiguieron buscando una plaza o un espacio más abierto. El príncipe buscaba el hogar de un viejo conocido, Sir Filio Roberti, a quien pretendía pedirle ayuda para recuperar Ferth. Desconocían la ciudad y nada de lo que veían parecía ser una zona residencial. Los mercaderes no estaban interesados en responder preguntas y Ions entendió que no obtendría indicaciones de ningún hombre en aquel bazar.

Así que siguieron caminando por las calles empedradas, impregnadas con el olor de la sal, del pescado frito, y del incienso. Hasta que se encontraron con un hombre reprendiendo a un niño andrajoso, que a simple vista demostraba ser un pobre huérfano, hambriento, sucio y cansado.

El hombre era grande y gordo, completamente redondo. Le gritaba indignado, al parecer furioso porque el niño lo había chocado por accidente, algo poca importancia. Cuando el grupo pasó frente a ellos, el hombre golpeo al niño y este se cayó al suelo con lágrimas en los ojos.

Rápidamente Ions se puso frente al niño para evitar que continuara golpeándolo, Galendash detuvo al hombre y lo amenazó con una golpiza, si no se marchaba de allí al instante.

Una vez que el hombre se retiró maldiciendo entre dientes, el niño se levantó del piso y les agradeció la ayuda. Ions le tendió su mano para que pudiera levantarse, el niño sonrió con morbosidad mientras se ponía de pie.

— Muchas gracias, mis señores—dijo con suma educación, mientras limpiaba la tierra de su roto jubón—. Solo puedo darles esto para agradecerles—sacó un viejo rosario, con la imagen del cuarto Akhran, uno de los antiguos dioses.

Ions se agachó hasta su altura para tomar el rosario, el gesto le resultó sumamente tierno. Cuando acercó su rostro, el niño desplazó su mano con sagacidad, buscando su cuello.

Luna lanzó un grito ahogado apenas percibió la malicia del acto. Galendash dio un paso adelante, pero sabía que no llegaría a intervenir. Ions no tuvo tiempo de temer por su vida mientras el niño dejaba al descubierto una hoja oculta. Aquella aguja envenenada se acercó hacia su cuerpo esperando perforar una arteria.

Luego de un instante, de un suspiro, la aguja se vio forzada a detenerse antes de tocar el cuello del príncipe. Una mano surgió de la multitud, se aferró con violencia al brazo del infante y lo detuvo en su camino. Ions volteó para ver quien lo había salvado. Pero su rostro estaba oculto tras unas vendas y turbantes color arena.

El niño supo que había fallado y comenzó a forcejear para soltarse. Finalmente el extraño lo soltó tras darle un empujón hacia un tenderete con objetos de plata y cobre. El niño lo miró en forma desafiante y el extraño le mostró el filo de su espada, al deslizarla ruidosamente por la vaina.

Al verla, el chico lanzó una mirada de fastidio y huyó con celeridad por los callejones internos del bazar.

Ions, al igual que sus amigos, todavía estaba perturbado por la inminente posibilidad de su muerte. Atinó a mantener la compostura y agradecerle al extraño el hecho de seguir con vida. Le pidió saber quién era, pues le recompensaría esta deuda en cuanto pudiese hacerlo.

— No tengo porque decirte quien soy, tú ya me conoces... —le dijo en con una tonalidad solemne mientras se quitaba lentamente las vendas— Ya es tiempo de que aprendas a desconfiar de todo el mundo Ions. No importa si es un niño, si parece inofensivo. Nunca debes bajar la guardia.

Cuando se quitó todas las ropas que cubrían su rostro, Galendash y Ions se quedaron paralizados al verlo. Frente a ellos estaba un hombre presuntamente muerto.

Ions y Galendash, lo reconocieron rápidamente. Su apariencia era mucho más curtida que la última vez que se habían visto, hacía casi dos años atrás, antes de huir de Ferth. Su voz era

distinta, había cambiado con la edad. También su altura; aquel que antes era un joven robusto y de estatura mediana, ahora era alto y fornido.

Llevaba una frondosa barba. Nunca había tenido un solo pelo en el rostro, pero por lo que se veía el crecimiento le había llegado en cuestión de dos años.

— Thomas...— Ions no pensó en nada al verlo, sintió una profunda alegría y lo abrazó. Fue un abrazo entre dos hermanos que pensaron nunca volver a verse las caras.

Intercambiaron sonrisas, y lo que había sido caos y temor, se convirtió en calma y jolgorio. Galendash se acercó a Thomas. En el fondo, el joven nunca pensó que estuviese muerto, y al verlo allí, se sintió orgulloso de su intuición.

— Comandante, es una alegría verlo de nuevo —se paró derecho y golpeó su armadura con el puño cerrado a la altura del corazón, como todo soldado saludan a su superior—. Cuando lo desee le daré el reporte de lo sucedido en su ausencia.

Thomas se acercó a Galendash y posó su mano con fuerza en su hombro. Galendash era el soldado más leal que había visto en su vida, y había protegido a Ions estos dos años.

— Olvida las formalidades, la Legión del Viento no existe más —dijo Ions con cierta mordacidad, se alegraba enormemente de ver a Thomas, pero ahora que estaba allí, sus negligencias no podían ser olvidadas.

— Ions tiene razón, Galendash. Agradezco el gesto, pero soy solo un caballero, al igual que tú— Thomas no miró ni a Ions ni a Galendash, al decir esto, miró con nostalgia al vacío.

— ¿Quién es este hombre? —preguntó Luna quien se encontraba completamente al margen de la situación.

— Su nombre es Thomas. Es un viejo amigo. Un hermano—respondió Ions

Luna había escuchado su nombre antes, era él a quien esperaban en Tears. Aquel que nunca llegó y habían dado por muerto.

— Llegamos a pensar que habías muerto...—acotó Galendash

— Te dije que me reuniría con ustedes de alguna forma—Thomas sonrió mientras se encogía de hombros—. Les explicare todo lo que paso. Pero ahora salgamos de la calle. Las arañas de Arcadain están en todo el continente.

— Ese niño... ¿Trabajaba para Arcadain? —preguntó Ions incrédulo.

— Que sea un niño no quiere decir que sea inofensivo—respondió Thomas en forma tajante—. Arcadain tiene demasiada gente a su servicio, y ustedes viajan de forma muy incauta—les indicó que lo siguieran y los guio lejos del puerto, pasando el final del bazar y adentrándose en la zona residencial—. Sé que piensas que después de dos años fuera del reino, todos te supondrían muerto y nadie notaría tu presencia. Pero los rumores corren por todo el septentrión. Mucha gente dice que el príncipe de Ferth sigue vivo, y Arcadain ha dispuesto una red de asesinos para terminar con tu vida.

— ¿Cómo sabes estas cosas? —preguntó Luna llena de desconfianza.

- Llegue aquí recientemente, y he estado en Odaria por los últimos años. A lo largo del camino he escuchado a la gente hablar, he compartido fogatas con mercaderes y las historias siempre serán una moneda de intercambio.
- Las historias siempre te interesaron—dijo Ions en un momento de reminiscencia.
- Y jamás dejaran de hacerlo—Thomas rio mientras tocaba la puerta en una de las tantas casas modestas pero elegantes que tiene la ciudad de Korrdhian.
- ¿De quién es esta casa? —preguntaron todos al unísono.
- Del hombre al que vinieron a buscar—fue la respuesta.

La puerta se abrió y los recibió una enorme montaña humana. Esa casa pertenecía a Sir Filio Roberti, el Gigante Oriental, Primera Espada de la Republica.

El gigante se mostró sorprendido, pero no resultó evidente debido a su aspecto, siempre tosco y hostil. Ions conocía bien a Filio, el respeto entre ellos era elevado y mutuo, y sabía muy bien que su actitud siempre violenta y combativa, ocultaba a una de las personas más agradables y simples que había tenido el gusto de conocer en combate.

Filio se quedó en silencio, nadie habló. Luna se sintió incomoda por su mirada penetrante. Después de un rato sin ninguna reacción, Thomas resultó agraciado y ahogó una pequeña risa.

- Pasen...— dijo Filio sin ninguna otra bienvenida. Siempre había sido un hombre de pocas palabras.

Se adentraron en la casa y siguieron al gigante en silencio, los guio hasta la sala y les indicó que podían sentarse.

- Prepararé una habitación— dijo y se retiró sin esperar respuesta. Mientras dejaba la sala y pasaba cerca del grupo, ignoró a todos, menos a Ions —. Es bueno verte—habló tras una fachada rígida.
- Lo mismo digo—respondió Ions, imitándolo.
- Soy tu aliado—Filio afirmó esto con profunda decisión. Él sabía que Ions había perdido todo, pero quería dejar en claro que lo ayudaría sin ningún interés propio.
- Entonces la batalla está a nuestro favor, amigo mío. — Ions sonrió complacido. Lo conoció en el Palacio Valhala cuando tenía dieciséis años. El hecho de chocar espadas había formado entre ellos un lazo de confianza, uno que no podía comunicarse en palabras.

Filio se retiró. Quedaron solos en la sala y Thomas se desplomó sobre un mullido sillón rojo que estaba allí. Se hundió en ese lecho de plumas, con un aspecto despreocupado.

- Quién lo diría...Filio está muy hablador esta tarde—dijo con un suspiro—. Hace siete semanas que estoy en Korrdhian. Y desde que toqué su puerta buscando hospedaje, no ha dicho tantas palabras juntas en un día—se frotó la frente con su mano y se aplanó la barba—. Aunque es una gran persona. Eso está fuera de discusión.
- ¿Así que estas aquí hace casi dos meses? —preguntó Luna, que todavía desconfiaba un poco de Thomas

— Los rumores indicaban que Ions llegaría hasta aquí. No iba a irme a otro lugar— Thomas enderezó su postura y se acomodó en el sillón—. Tomen asiento, tengo que contarles algunas cosas.

Entonces, Thomas se dispuso a explicarles los sucesos que habían transcurrido en Odaria, durante los últimos dos años, luego de la caída de Ferth. Su actitud despreocupada ocultaba gran cantidad de sentimientos. Al contar aquella historia, inevitablemente recordaba la invasión de Ferth, junto a los momentos más horribles de su vida.

La muerte del deber:

Thomas les contó todo lo que había ocurrido luego de que se separan hacía ya dos años, después de los sucesos en la costa del río Esmeralda.

En aquel entonces, el caballero había visto a Galendash alejarse en la opacidad de la noche y la oscuridad viviente se había manifestado frente a él. Atribulado por la culpa de haber sentenciado a Milena, deseó la muerte y agachó la cabeza. Estaba seguro de que los caballeros negros serían sus verdugos. Mientras las espadas pendían sobre su cabeza, Thomas escuchó pasos ligeros que corrían a través del bosque, y casi al mismo instante, creyó escuchar el crepitar de una llama.

Su mente lo llevó a desear que William viniese en su ayuda e inmediatamente se preguntó si eso no contradecía su convicción. Un fragmento de su alma deseaba que alguien lo salvara, incluso después de aceptar su final completamente subyugado, sintiendo que la muerte habría de liberarlo.

Finalmente sus deseos se transformaron en realidad y William apareció en la escena poco antes que las espadas cayeran sobre su cuerpo. Al ver un atisbo de esperanza, Thomas reaccionó y se debatió con fuerza. Ignoraba las razones que lo guiaban, pero algo lo impulsaba a defender su vida. ¿Era el miedo a la muerte? Tal vez sentía que no era el final propicio, tal vez deseaba enmendar algunos errores y no simplemente huir de ellos.

Más tarde los años le enseñarían que la muerte puede parecer un descanso, o una salida para el cobarde, pero no es tal: porque aunque fuera del mundo de los sueños la vida puede ser dura e incluso cruel, aun así es vida, y es más de lo que nos ofrece la muerte.

Levantó su espada y se unió al combate. Con la ayuda de William vencieron a diez caballeros, pero desde los bosques llegaban dos por cada uno que caía y la noche se cerraba en torno a ellos.

De las sombras surgieron las flamas para iluminar la esperanza y desde la penumbra surgió Zhepher Wylf con un grupo de soldados dragontianos.

Se desató el caos y los bosques temblaron al escuchar el rugir del acero y las flamas de la redención que surcaron los bosques como ríos luminosos, inundando las costas y mitigando las tinieblas.

Lo que parecía una causa perdida, un esfuerzo inútil, se decantó en una victoria absoluta.

Thomas respiró aliviado al ver como los caballeros negros sucumbían ante las legiones de dragontianos. Luego del combate acordaron moverse rápidamente y viajar lejos de allí.

Thomas se alejó presuroso junto con William, Zhepher y toda la comitiva de dragontianos.

Antes de partir miró la ciudad envuelta en los fuegos del infierno. Pensó en Milena y en la decisión que había tomado. Pensó en su reciente deseo de aceptar la muerte y su negación interna, que le impidió acatar ese destino. Finalmente mientras sus nuevos compañeros se alejaban a pie bordeando la costa del mar Interior, Thomas dijo, mirando al firmamento, convencido de que ella lo escuchaba:

— Voy a seguir vivo— Tragó saliva y una lagrima rodó solitaria sobre su mejilla —
Viviré por los dos.

Luego se apresuró para alcanzar al grupo y comenzó su viaje por el interior de Odaria.

Mientras avanzaban, se encontraban con habitantes de la capital, que habían escapado de las catacumbas apenas terminó la primera oleada y, temiendo lo peor, habían abandonado Ferth en busca de un lugar más seguro.

Durante el recorrido hasta la frontera, Thomas le habló a William acerca de Milena. El príncipe no lo juzgó, ni sintió empatía por su mente atormentada. Simplemente se mantuvo distante, ya que su único interés era regresar a Gargata.

Al poco tiempo, el joven caballero se enteró de la muerte de Srednid Vhastar. Zhepher le contó sobre la batalla y de cómo estuvo a punto de morir. Thomas lo observó sorprendido, el cuerpo del dragontiano tenía marcas obtenidas en la batalla, pero sus heridas habían cicatrizado completamente. Entendió que aquella raza sana sus dolencias con una velocidad formidable.

Los dragontianos liderados por Zhepher Wylf, se dirigían de nuevo a Thorv. Después de la primera oleada de enemigos, la voz se había corrido por las calles de Ferth, y se decía que el rey y el príncipe habían muerto durante el ataque. Provisoriamente Sir Riudan Klein tomaría el mando como protector del reino hasta que las cosas se calmaran. Fue en ese momento que Zhepher reagrupó a sus hombres y supo que debía alejarse de allí cuanto antes.

La casualidad lo guio a encontrarse con Thomas y William, y el dragontiano se alegró al escuchar que el príncipe seguía vivo, aunque no tan alegre de escuchar las cosas que habían sucedido en el medio. Su maestro había muerto por proteger a una ciudad que estaba podrida desde hacía años, esa era la única conclusión que podía obtener de todo lo que había sucedido.

Thomas viajaba rumbo a Sevalthia, donde esperaba reencontrarse con Galendash y Ions. Por el contrario los dragontianos y William querían llegar hasta el puerto de Anka y partir rumbo a sus respectivas naciones.

Viajaron juntos hasta la frontera entre Leveron y Anka. El trayecto fue largo y arduo. No encontraron mucha gente en Leveron, ni tampoco caballos para montar. La tierra moría lentamente, todas las hermosas praderas de Odaria, parecían marchitarse con cada día que pasaba. Thomas sabía que la oscuridad habría de esparcirse, tomando las tierras verdes y frescas, para transformarlas en pastizales grises y polvorientos. Pronto el río Esmeralda dejaría de fluir con libertad y se convertiría en un flujo de oscuridad y tinieblas que se aferraría al continente. Con los meses las praderas ya no serían verdes y los cielos no serían azules. Los ríos quedarían secos y las flores morirían para siempre. Pronto aquella tierra, ya no sería su hogar.

Se despidió del grupo en la frontera. Él prefería seguir su camino por algún lugar más despoblado, algún lugar donde los caballeros oscuros no se molestaran en buscarlo. Pensó que sería propicio viajar con dirección al norte, atravesando el Cañón Lunar y siguiendo por las Estepas del Fulgor hasta arribar a Sevalthia. Era un camino más largo, difícil y solitario, donde tendría tiempo de pensar y solo esperaba que su propia mente no lo arrastrara a la locura.

Thomas sabía que su carácter era débil, pero se había propuesto continuar viviendo. Creyó entonces que si lograba cruzar toda Odaria por su cuenta, se convertiría un hombre distinto. Alguien capaz de vengar a su mujer y cumplir su promesa, un guerrero que pondría una espada en el corazón del huérfano y lo vería desangrarse.

Zhepher y Thomas lo despidieron deseándole lo mejor.

— Esperó que esta no sea la última vez que nos veamos—dijeron ambos

Sin mucho más se despidieron y Thomas realizó el viaje más difícil de su vida. Tardaría casi un año en llegar a Sevalthia. Durante ese tiempo puliría su talento con la espada y forjaría su carácter mientras su tierra comenzaba a morir lentamente.

Fue un año donde enfrentó a legiones oscuras completamente solo. Conoció y salvó de la ruina

al pueblo de Calemdor y por ello fue coronado por los nativos con el apodo de Espada del Atardecer En su camino se encontró con un sinfín de personajes peculiares, y su logro más significativo sería formar la resistencia que sostendría al continente hasta la vuelta del príncipe.

Thomas prefirió no contar nada acerca de lo que había vivido en ese año. La historia era muy larga y quedaría para otro momento. Simplemente se limitó a decir que el viaje había sido tranquilo, lo cual no era otra cosa que una gran mentira.

Les dijo a sus amigos que tras mucho tiempo de viajar, logro llegar a Sevalthia y que al arribar se encontró con la puerta del bosque y el árbol del mundo le dio la bienvenida al contraer sus ramas para que el pudiera pasar.

La decadencia que invadía lentamente el continente de Odaria parecía no poder alcanzar esa ciudad oculta en los árboles. Allí la vida permanecía inmaculada. Antiguos poderes protegen aquella comarca que se extiende por los pantanos y las junglas. Un reino imperturbable, que no es otra cosa que una criatura viva, con alma y conciencia. Sevalthia es un lugar donde los árboles son dioses y protectores de su gente, y también hogares, pues muchos de ellos abren sus brazos para aceptar a los hombres dignos de vivir en comunión con la esencia del mundo.

Fue un alivio para Thomas ver el verdor nuevamente en la tierra. Pero también estaba convencido que con el tiempo, incluso los arboles eternos habrían de perder el vigor. Por eso se apresuró a buscar la casa de la familia Fell, el hogar de Galendash, deseaba reencontrarse con sus amigos para abandonar el continente lo antes posible.

La familia Fell era una casa importante y renombrada. En Sevalthia eran conocidos como los Guardianes del Bosque, y al ser importantes, tenían el derecho a vivir en uno de los arboles más grandes y antiguos de la ciudad.

El árbol de por si era tan grande como un castillo; sus ramas formaban balcones naturales y sus enormes hojas cubrían innumerables huecos que oficiaban de habitaciones. Todas ellas estaban conectadas por puentes y tabladas, formadas con troncos viejos. Los distintos pisos del árbol se conectaban por dos raíces que surgían a los costados, actuando como escaleras.

Cuando Thomas arribó al lugar, fue recibido por el maestro de armas de la casa, quien en ese momento estaba entrenando a los hermanos menores de Galendash. No llegó a adentrarse mucho en la vivienda. Apenas lo vio, el maestro le consulto quien era, y al escuchar su nombre, rápidamente fue a buscar una carta y se la entrego.

La carta había llegado hacía ya varios meses. Estaba escrita por Ions y dirigida hacia él. Le indicaba que ellos habían partido con rumbo a Tears y le pedía que se juntara con ellos en la Isla de los Sabios.

Thomas se dio cuenta que había llegado muy tarde para recibir esa carta. Si viajaba hasta Tears, tardaría mucho tiempo y probablemente sus amigos partirían sin él.

Se preguntó hacía adonde iría Ions cuando abandonase Tears.

Tras pensarlo por un tiempo, eligió viajar a Senaga, ya que el puerto era un lugar enorme y todos los mercaderes del mundo viajaban allí. Si pretendía recibir noticias sobre Ions, el puerto de Korrdhian era el lugar donde todos los rumores y noticias terminaban por converger.

Así fue como Thomas terminó tomando un barco desde los canales de Sevalthia hasta el puerto de Korrdhian. Apenas llego a la ciudad buscó a Filio Roberti y se hospedó con él por varios meses.

Thomas bajaba todas las mañanas al puerto y escuchaba las historias de los marineros mercantes. Muchos rumores corrían acerca de Ions. Algunos decían que había perdido la cordura y estaba escondido en los bosques de Bell, rodeado de lobos y jabalíes salvajes. Otros decían que

había muerto en alta mar mientras trataba de cruzar el paso del dragón, y otros, que estaba viajando por todo el mundo buscando mercenarios y guerreros, formando un ejército para recuperar su reino.

Con el correr de los meses llegó a Korrdhian un barco mercante de remeros que había pasado por Tears a lo largo del viaje. Cuando Thomas preguntó, los marineros aseguraron que Ions había partido de Tears con dirección a Senaga.

Desde aquel día, Thomas visitó el puerto todas las mañanas sin falta. Observaba todos los pasajeros que arribaban esperando encontrar a sus amigos. Y finalmente lo logró, aquella tarde de otoño, cuando detuvo la inminente muerte de su rey.

Thomas terminó de contarles a sus amigos su historia, o por lo menos las partes que él había elegido contar.

— Todavía faltan cosas que no me has contado—dijo Ions con un poco de fastidio.

— Se las contare, mi señor, pero no ahora. —respondió Thomas cortante —Sería mejor que antes hablara con Filio. Después de todo necesita su ayuda para recuperar Ferth.

El príncipe asintió con recelo. Lo único que le interesaba saber era porque Thomas no estuvo en el combate cuando la puerta de Ferth se vino abajo. No deseaba pensar que Thomas era un traidor, pero algo en su corazón y probablemente el escozor de la cicatriz en su rostro, le impedía confiar completamente en él, aunque fuese como un hermano.

Aquella noche Ions y Filio tuvieron una larga y productiva charla. El gigante oriental se comprometía a ayudar al príncipe, a pesar de que Senaga no había firmado el pacto de la alianza hacía dos años.

Filio era el comodoro de la Gran Flota de Senaga y además tenía una escuadra propia que había formado para sí mismo con el correr de los años. Todo eso quería a disposición del príncipe para un hipotético ataque a Ferth, incluso si debía ir contra las órdenes de sus superiores.

Una parte de Filio, una muy grande, amaba la guerra. El Gigante Oriental disfrutaba el conflicto y no pensaba quedarse al margen de la guerra que estaba en el umbral de esta nueva era. No dejaría los barcos anclados en el puerto, llenándose de polvo, cuando podía llevarlos a la batalla y pelear hombro con hombro con Ions Wintersoul, una persona digna de su amistad y su respeto.

Conversaron hasta bien entrada la noche. Ions le explicó que buscaría al ejército de Gargata y a los asesinos de Mosel y los llamaría a su servicio, a cumplir sus juramentos. Luego exigiría la lealtad de los dragontianos y entonces sería el momento de recuperar su tierra.

Cuando llegara ese instante, un ave mensajera llegaría hasta Korrdhian y Filio habría de partir hasta la Bahía del León y esperar con su flota hasta que la ciudad de Ferth estuviera sitiada. Se quedaría al margen hasta que las defensas del puerto menguaran, para entonces desembarcar en la ciudad sin resistencia y unirse a la batalla.

Una vez que todos los detalles fueron atendidos minuciosamente, Ions se fue a dormir.

Cuando entró a su habitación Luna lo estaba esperando, vestida con escasas prendas y con ojos brillando de deseo. Aquella noche compartió su lecho con la hermosa doncella, descubriendo pasiones turbulentas y momentos plagados de miradas. En los que sus almas parecían fundirse en una sola, durante la longitud de un suspiro. Llegó a conocer el sabor de cada parte de su cuerpo y para cuando todo estuvo terminado, él y ella estaban irremediadamente unidos en la enajenación del amor.

La noche siguiente era el último día que pasarían en Korrdhian. Al romper el alba saldrían a pie hasta el Kalimdor y comprarían un caballo con el dinero que Filio les había prestado. Antes de que Ions se fuera a dormir, alguien tocó a la puerta. Esta vez no fue Luna quien lo visitó, si no Thomas.

El caballero pidió pasar, para poder hablar de las cosas que habían quedado pendientes.

— Ions, anoche vi como Luna entraba a tu cuarto — Thomas habló poco después de que la puerta se cerrara—. Dime una cosa... ¿Estás enamorado de esa mujer?

Ions arqueó el entrecejo, con cierta desconfianza

— Esa es una forma extraña de empezar una conversación. ¿Porque preguntarías algo así?

— Porque es importante—Thomas se sentó en una silla que estaba en el rincón, cerca de un escritorio—. Porque donde empieza el amor es donde muere el deber.

— ¿Y tú qué sabes sobre el deber? —le respondió Ions con mordacidad y enojo.

— Más de lo que me gustaría saber—tomó la jarra de vino que reposaba en el escritorio y se sirvió una copa—. Después de todo... ¿Qué es el honor? ¿Qué son nuestros juramentos? Si debemos enfrentarlos con el amor de una mujer. ¿Y qué simboliza el deber cuando sostenemos a un hijo en los brazos? Solo aire y palabras que usamos para dar equilibrio a vidas que no entendemos. Palabras que, al contacto con emociones superiores, terminan por esfumarse. Dando lugar a nuestras mayores glorias... Y a nuestras peores tragedias.

— ¿Acaso haz venido a plantearme cuestiones filosóficas? — el príncipe no tenía ningún interés de escuchar los comentarios de su amigo.

— Ions—otra vez, Thomas pronuncio su nombre buscando su atención, como un padre cuando corrige a un hijo—. Tu deber es enorme. Eres el rey de un pueblo en cenizas, y de una tierra marchita. Tienes una responsabilidad que cumplir para con ellos, con todos los que sufren en Odaria.

— Solo me dices cosas que ya conozco—se acercó a la mesa y también se sirvió una copa. La bebió entera de un largo sorbo y se volvió a servir.

— Todos somos humanos, amigo mío. Todos cumplimos nuestro deber, cuando el deber no acarrea un costo, cuando somos jóvenes es tan fácil hablar de valores. Durante gran parte del tiempo, el honor nos llega fácil—Thomas dio un sorbo corto y dejó la copa a un lado —. Pero tarde o temprano, en la vida de todo hombre, llegara el momento de tomar una decisión. Un momento donde no será fácil...

— ¿Con que derecho me hablas acerca del deber? — Ions elevó su voz mientras vaciaba otra vez su copa y la dejaba sobre la mesa, en un golpe seco. — ¿Dónde estuviste tu cuando llamo el deber? ¿Con que autoridad vienes a darme un sermón? Si ni siquiera me has explicado que hacías durante la batalla.

— ¡Eso es lo que trato de explicarte! — Thomas se levantó de la silla elevando su voz lo suficiente como para ser escuchado.

El silencio se acurrucó en el aire. Ions apartó su mirada de los ojos de Thomas y la hundió en su copa. El caballero habló entonces y le relató todo lo que había pasado la tarde del ataque. Le contó sobre Milena, de su relación y su muerte. Le dijo todas las veces en las que la eligió a ella por sobre sus obligaciones, y como finalmente Lúcian lo puso en la decisión más difícil de toda su vida. Se disculpó una y mil veces mientras contaba su versión de los hechos, aceptó las culpas y pidió perdón por no haber hecho todo lo que se esperaba de él.

— Siempre pensé que mi sueño era ser un caballero, pero solo quería cumplir con lo que se esperaba de mí—el vino fluyó nuevamente desde la jarra, llenando la copa vacía. El tono

triste y melancólico proliferaba en sus palabras—. Nunca tuve talento como soldado, nunca tuve carácter para el conflicto. Pero los dioses, ya sea como burla o como crueldad, me llevaron a nacer en una familia de protectores con la única misión de resguardar al reino.

La confesión de Thomas forzó a Ions a mirarlo nuevamente a la cara. Se conocían desde sus primeros años de vida, habían sido amigos, hermanos por más de veinte años y esta era la primera vez que veía en él una mirada cansada, llena con más preguntas que respuestas.

— Mi padre siempre decía: protege al príncipe, protege al rey, protege a tu familia, protege al reino. Ese es tu deber...— cada palabra que salía de sus labios, parecía lastimarlo internamente—Si pienso un poco, creo que solo me hablaba para decirme eso. Solo me decía que esperaba de mí, cual era mi destino, una y otra vez él me lo repetía— encontró la jarra vacía cuando su mano se estiró para agarrarla, la miró decepcionado y la dejó nuevamente en la mesa—. Él nunca me preguntó si me sentía capaz, y yo solo seguí la corriente. Tomé el papel que me correspondía, incluso si no era un buen actor— se quedó profundamente callado y luego pronunció las palabras que más lo asfixiaban—. Cuando Lúcian me dijo que había matado a mi padre...No me dolió—Sin embargo, al decir esto una lágrima rodó por su mejilla—. Cuando encontré el amor de Milena, el deber significó poco en comparación. Mi papel en la obra de la vida, por importante que fuera, me parecía intrascendente. Simplemente quise disfrutar de sentirme así, olvidando mis obligaciones. Pero nunca pensé que te afectaría a ti, ni al reino.

Ions no tenía palabras, su amigo había hablado con tanta sinceridad, que incluso sentía vergüenza de haberlo juzgado. Era su mejor amigo y nunca había comprendido cuanto le pesaba su propia existencia.

— ¿Te arrepientes de ser mi guardián? —fue lo único que preguntó.

— No me arrepiento — respondió Thomas con decisión— Eres mi mejor amigo y es un orgullo defender tu reinado, siempre lo ha sido.

— Entonces lo demás no importa — Ions lo dijo sinceramente. Ayudó a su amigo a levantarse de la silla, ambos estaban un poco ebrios—. Entiendo lo que dijiste acerca de Luna, valoro opinión y la tendré en cuenta. Esta vez la tendré muy en cuenta—dijo con una pequeña sonrisa. La última vez que le había dicho lo mismo fue cuando le Thomas criticó las conductas de Lúcian. Ions sabía que su amigo muchas veces estaba en lo cierto.

A la mañana siguiente se despertaron con las primeras luces y se prepararon para seguir el camino hasta Gargata.

Thomas les había indicado que Christopher Arcadain había enviado a varios asesinos en busca de Ions. Para evitar que los atacaran nuevamente, Luna realizó un encantamiento ilusorio sobre cada uno de sus amigos, cambiando sus rostros y sus apariencias, y haciéndolos pasar por un grupo de granjeros corrientes. Las ilusiones eran la especialidad de la joven, eran su hechicería predilecta, siendo ella capaz de generar engaños que perduraran por días, sin necesidad de un nuevo encantamiento.

Una vez que estuvieron listos, se despidieron de Filio y salieron de la casa. Enfilaron hacia el Este por los caminos residenciales, pasando el templo, doblaron en la catedral y siguieron en línea recta, como les había indicado el gigante poco antes de partir. Llegaron a un gran arco de piedra blanca, sin puertas, ni muros, ni guardias. Pasaron el umbral de roca y llegaron a las afueras de Korrdhian, justo donde comienza el camino del trigo. Un sendero que se pierde en la lejanía del horizonte.

Después del camino del trigo se encontraba la Estepa Olvidada que daba paso a la tundra. Luego el Paso de los Lobos, y más al Sur, Sygurat, el pueblo de los antiguos. Más allá de todo eso estaba Gargata. La ciudad que descansa bajo la sombra de los montes escalofriantes, la ciudad del invierno.

Tras caminar unas horas voltearon para ver por última vez el puerto de Korrdhian y los innumerables barcos que se movían desde la bahía hasta el Océano del Silencio.

Luego prosiguieron el camino a través de los interminables campos de trigo. Por el sendero marcado en aquel océano dorado mecido por los vientos del norte, donde imponentes molinos realizaban su interminable faena.

Se alejaron entre las luces y las sombras portando rostros que no les eran propios. Internándose en el corazón de un continente, que comenzaba a desangrarse en secreto.

Los reyes del invierno:

Pasaron muchas noches a cielo abierto, y cambiaron de rostro en varias ocasiones, todo en aras de no llamar la atención. Tardaron casi cuatro días en llegar a Kalimdor. Arribaron de noche y se encontraron con un pueblito polvoriento y apagado. Impregnado con el olor de la tierra húmeda, de la alfalfa y del estiércol. Desde lejos se sentía el sabor agrio de la leche pasada y del queso siendo añejado.

La posada era el único lugar todavía abierto. Sin muchas opciones para elegir, el grupo paso la noche en 'El Grano de Oro' una humilde taberna que ofrecía unas cuantas habitaciones a los viajeros.

Se asentaron allí y pagaron la habitación por adelantado. Mientras todos subían las escaleras para descansar en los dormitorios, Ions permaneció en el mostrador, escuchando las conversaciones en el salón. Portaba ahora el rostro de un viajero con marcados rasgos del Oeste, de las tierras de Asgard. Sus facciones eran rígidas y temerarias, de rostro y cabello salvajes; con un cuerpo robusto y fornido.

— Parece ser que estas muy lejos de tu hogar ¿Verdad? — El tendero habló mientras pasaba una franela por el mostrador, limpiando con la mirada atenta en la madera.

— Demasiado lejos... — Ions le dirigió una sonrisa, pero su rostro rígido solo transmitió una mueca confusa.

— ¿Se dirigen hacia Korrdhian? —el tendero no esperó la respuesta y aclaró—. El viaje no es largo...Pero es aburrido.

— Vengo desde Korrdhian—sentenció el príncipe—. Voy camino a las tierras invernales. A la capital, Gargata.

El hombre que venía hablando con su mirada en la barra, la levantó bruscamente como si hubiese recibido una bofetada.

— ¿Qué razón lo llevaría a meterse en un campo de batalla? —preguntó en forma retórica —. Parece que la gente en esta época busca morir joven.

— ¿Por qué dices un campo de batalla? — el joven Wintersoul arqueo las cejas, su rostro alterado reflejo el mismo gesto.

— ¡Pero hombre!, es que no sabes nada sobre lo que pasa en Terra.

Ions no respondió.

— Así que realmente, no sabes nada... —dijo el tendero con un suspiro resignado —. Gargata está inmersa en una cruenta guerra civil.

El príncipe sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, los músculos de su rostro adquirieron tensión. Thomas no le había dado mención de algo semejante.

— ¿Cómo llego a estallar una guerra civil en Gargata

Sin preguntar, el tendero le sirvió una copa de licor a Ions. Una invitación de la casa que el príncipe aceptó encantado. Luego el hombre comenzó a explicar:

— Tras la caída de Ferth, William Windsword fue declarado muerto por su padre, Asfharas. Quien al poco tiempo abdicó después de alegar una enfermedad, para luego nombrar como su sucesor a Killen Windsword, su hijo mayor por parte de su segunda esposa

Lady Rosaline Firebane

— Así que aprovechó la ausencia de su hijo, para romper el linaje de sucesión—dijo el príncipe con tono sombrío.

— Te imaginas el caos que se generó cuando William regresó a las puertas de Gargata—el hombre sonrió ligeramente al decir esto—. Su padre incluso trató de asesinarlo con tal de negarle el trono.

— ¿Por qué Asfharas odia tanto a su propio hijo? — Ions siempre había tenido esa duda, seguramente William se preguntaba lo mismo.

— Eso es algo que no sé. Tal vez sea porque es el hijo de una mujer que le fue impuesta de niño, una esposa que nunca eligió. — El hombre volvió a ceñirse en la limpieza de su mostrador —. El punto es que Asfharas ahora está muerto—lo dijo en forma casual, pero Ions resultó sorprendido —. Murió en manos de su propio hijo y ahora el país está dividido. Por un lado el pueblo reconoce a William como rey. Por otro lado están algunos intereses ocultos, que defienden al rey Killen. —volvió a cruzar miradas con Ions — Esto es todo lo que sé. No pretendo meterme en Gargata para entender mejor las cosas. Me conformo con los rumores.

— Siempre preferí la información de primera mano—dijo Ions con una actitud temeraria —. Tendré que averiguar todo cuando llegue allí

— Las puertas de la capital están cerradas. Pero si quieres entrar en la ciudad, conozco a la persona que puede ayudarte— entonces, el tendero le habló sobre un amigo que tenía en el Paso de los Lobos, un hombre conocido como el Lobo Negro.

El grupo se fue de Kalimdor al día siguiente. Se alejaron del pueblo montados a caballo y galoparon incansablemente por la Estepa Olvidada, donde finaliza Senaga y comienza Gargata, donde el otoño, súbitamente se transforma en invierno y los campos de trigo se van volviendo lentamente llanura y luego tundra.

La Estepa olvidada es una tierra de nadie. Una ancha frontera entre las dos naciones y una porción de suelo que no le interesa a hombre alguno. Es solo un camino de transición entre el clima agricultor que vive Senaga y las inclemencias del frío que por casi siete lunas al año experimenta Gargata. No hay nada por más de cien millas y pocos animales deambulan por las Estepas. Algunos caribús, algún zorro o un alce, pero en general no hay mucha vida por allí. Los campos de trigo se detienen y solo hay hongos y malezas hasta llegar a las tierras nevadas.

Cuando por fin comienza a nevar de forma perpetua, uno sabe que ha llegado al Paso de los Lobos. En aquel momento es cuando se debe apresurar el paso. Pues el viajero se adentra en un páramo salvaje e inhóspito. Donde si llegase a caer la noche, el fuego de unos cuantos leños sería la línea divisoria entre la vida y la muerte.

El grupo se detuvo en una cueva al ver como la luz del día se apagaba detrás de las nubes de ceniza.

— No encontraremos un mejor lugar para pasar la noche — Thomas bajó de su montura y estiró su brazo, buscando romper una rama de los pinos silvestre.

Todos hicieron lo mismo, cada uno tomo una o dos ramas y se adentraron en la cueva. Los tres jóvenes se aferraban a sus espadas, mientras Luna utilizaba su vara para iluminar la oscuridad, invocando la poca luz del ambiente y concentrándola en la punta del cayado.

Se escuchó el ruido de la rabia, las muecas alertadas de bestias que se perdían en la oscuridad. Se sintió la arremetida, colmada con la agilidad de una manada de lobos que vivían en

la cueva. Uno salto sobre Galendash y este gritó sorprendido. Pocos segundos después, otro rodeo la pierna de Thomas y él sintió los colmillos oprimiendo la armadura. La luz de la vara titilo unas cuantas veces, y luego se escuchó el llanto abrupto de las bestias que perdían la vida. La cueva se tiñó con la sangre de los lobos y quedó vacía.

El fondo del lugar era amplio y un camino angosto los llevaba a la entrada. Hicieron ingresar a los caballos para ponerlos a salvo de los depredadores. Galendash se dispuso a encender una fogata, mientras Ions y Thomas buscaban algunos troncos grandes para formar una barricada en la cueva. Cuando finalmente volvieron a la cueva Galendash todavía no lograba encender el fuego y estaba completamente ofuscado.

— No puedes usar magia para prender esto — había preguntado Galendash, tras varios intentos frustrados.

— ¿Crees que los magos pueden crear fuego donde nunca lo ha habido? — Luna frotaba sus manos incansablemente buscando el calor, y se acurrucaba en el brazo de Ions por momentos.

— ¿Porque no? Elliot Wintersoul lo hacía no es cierto, hizo arder Leveron.

— ¿Porque crees que a Elliot lo llaman el último Rey Arcano? Nadie puede hacer las cosas que él hacía. No en esta era.

El legionario bufó lleno de fastidio, Thomas y Ions decidieron ayudarlo.

Después de una tremenda labor la cueva se llenó del calor y del sonido de las maderas ardiendo. Se acurrucaron alrededor del fuego que Galendash había producido con sumo esfuerzo y fueron adormilados por el crepitar de las llamas que se consumían lentamente.

A penas comenzó a brillar un nuevo día, tomaron a sus caballos y partieron galopando por la estepa invernal. Exigieron a sus monturas y viajaron con celeridad sin detenerse ante nada. Realizaron veinte millas adentrándose en las tierras Gargatienses y siguieron las indicaciones que Ions recibió del posadero. Se encontrarían con el Lobo Negro en la entrada de la antigua mina de zinc que yacía olvidada por siglos.

Los animales llegaron a trote cansado, pero mucho antes del final de la tarde. Efectivamente un hombre de piel oscura como la noche los esperaba en la entrada de la cueva.

Llevaba ropas de cuero y plumas de agila sobre los hombros, un gran tapado de caribú y un gorro hecho con la cabeza de un zorro ártico. Su aspecto era perturbador, parecía ser salvaje e impredecible, más de quince lobos se movían a su alrededor como si fuera parte de la manada.

— ¿Un grupo de Asgareños? —dijo mientras escupía con desdén—. Se equivocaron de invierno—los lobos a su alrededor se levantaron del letargo.

Luna disipó la ilusión y mostró los verdaderos rostros del grupo. El hombre no actuó con sorpresa pero si con intriga.

— Venimos de Kalimdor, buscamos a William Windsword.

— Muchos buscan al rey en estos días... ¿Quiénes son ustedes?

— Mi nombre es Ions Wintersoul, La ‘Espada de la Tempestad’, legítimo heredero de los reinos del norte y ‘Santo del Viento’. Vengo a hablar con un amigo y me han dicho que tú puedes llevarme hasta él.

— ¿Cómo sé que eres quien clamas ser? Podrías ser un espía del falso rey —Lobo negro escupió al piso cuando pronunció las palabras “falso rey”.

— Podrías vendarnos y llevarnos ante William. Si él no nos reconoce como sus aliados, mátanos al instante—dijo Thomas inmediatamente con una actitud conciliadora.

— O podríamos cruzar espadas—agregó Ions con mordacidad —Dicen que el talento del Santo del Viento es inhumano, seguro que lo reconocerías al verlo.

— Dicen que la arrogancia del Santo del Viento es inhumana — Lobo Negro sonrió por primera vez mientras se levantaba de la roca sobre la cual estaba sentado

— Cierto, también eso dicen—el príncipe le devolvió la sonrisa.

El hombre tomó un cuchillo y cortó pedazos de una piel vieja que tenía por si el frío se hacía más crudo.

— Suban al vagón minero y tapen sus ojos con esto. Les avisaré cuando llegemos ante el rey.

Se subieron a los vagones y comenzaron un recorrido hacia las entrañas de la vieja mina. Tardaron un largo rato, en el que ocasionalmente intercambiaron unas cuantas palabras con Lobo Negro. Aunque en realidad, él parecía más sociable con los lobos salvajes que con las personas, y a cada palabra que profería, perdía el interés por encadenar una siguiente.

Cuando se bajaron del vagón y pudieron quitarse las vendas, encontraron un enorme cueva llena de estanques, bañados por la luz de incontables antorchas. Repleta de precarias tablas y amplios entoldados que daban una impresión similar a un bazar.

Todos allí dentro se desplazaban presurosos, de un lado a otro. Había forjadores, cocineros y curtidores, todos ellos ocupados con más trabajo del que podían realizar. Desperdigados por el lugar había varios niños, que ayudaban a sus padres a realizar las labores a las que estaban abocados. Nadie allí dentro permanecía ocioso, era un intercambio constante de movimiento y energía.

— Son un emplazamiento bastante precario —dijo Galendash al ver la fuerza militar de la resistencia.

— Trabajan sin descanso. Se preparan todo el tiempo para una batalla — La mirada de Thomas se desplazó por el lugar con sagacidad.

— Pero aquí no hay soldados. Se nota a simple vista — Galendash hizo referencia a todos los hombres que retiraban espadas recién forjadas de la fragua.

— Si están dispuestos a morir por su rey, son más soldados que muchas espadas juramentadas que conozco— Thomas afirmó con voz sombría.

— Imagino que William ha vivido unos años difíciles. Únicamente con el apoyo de los civiles— Ions dijo lo que todos estaban pensando, ambos asintieron.

— No sé cuánto llevara peleando...pero viendo sus recursos, incluso si es una semana me resulta admirable — Thomas se acercó a la fragua para observar los aceros que fabricaban. Eran débiles y de torpe desarrollo, habían sido forjados apresuradamente.

Detrás de la muchedumbre agitada que trabajaba sin descanso, surgió una cara que no habían visto por mucho tiempo. William Windsword apareció junto con dos civiles con armadura, quienes al parecer eran su guardia personal.

— Dicen que te escondites un año en Tears y lloraste como una niña en los bosques — dijo elevando la voz. Todos los presentes se mantuvieron en silencio y dejaron de hacer sus labores.

La cara de William era rígida y parecía molesto.

Todo los que estaban allí pensaron que Ions y su grupo eran personas no gratas y Lobo Negro tomó la empuñadura de una daga que llevaba en su cintura.

— Yo escuché que perdiste tu reino a manos de un niño de ocho años — Ions se acercó hasta donde estaba William, sus guardias desenvainaron las espadas y le ordenaron

detenerse.

William indicó con su mano que guardaran las armas y se acercó unos pasos hasta Ions, con una cara que señalaba estar al borde de un conflicto. Se miraron unos segundos con ojos desafiantes hasta que ambos comenzaron a reír como un par de niños que se juegan una broma.

— Bienvenidos a mi resistencia...Bienvenidos al invierno. — William dejó de reír y extendió sus brazos exponiendo el conjunto — Pero no se pongan cómodos. No hay lugar aquí para el ocioso.

Todos saludaron brevemente al grupo y siguieron con sus trabajos. William les indicó que lo acompañaran, los llevaría a un lugar más tranquilo donde podrían hablar.

Las minas eran precarias y el ambiente resultaba asfixiante e inhóspito. Los civiles vivían en el interior, en el corazón de los túneles. Allí donde habían dispuesto cientos de tiendas de campaña.

Detrás de las grandes hileras de carpas, se encontraba el lugar donde William pasaba sus noches sin comodidad alguna, bajo un modesto entoldado.

Todo el grupo estaba sorprendido, pensar que llevaban viviendo allí desde que había estallado la guerra. El príncipe de Gargata seguramente inspiraba mucho a su pueblo, si ellos estaban dispuestos a residir allí por un tiempo tan prolongado.

William abrió un barril de cerveza y la sirvió en unos cuernos huecos de caribú.

— Me imagino porque has venido hasta Gargata —dijo mientras pasaba los cuernos a sus invitados—. Pero como puedes ver no estoy en condiciones de ayudar a nadie.

Nadie dijo nada y todos probaron un sorbo de la malta; les resulto una delicia, suave y elegante: Mas tarde Ions se enteró que esos barriles los habían saqueado de un cargamento que iba rumbo a la ciudad. Era cerveza de trigo, proveniente de Kalimdor.

— Además — William continuó hablando mientras se sentaba en una roca y fomentaba a sus invitados a hacer lo mismo—. Yo te debía mi vida, cuando tú me perdonaste en la final del Duelo de Campeones, cuando traté de matarte y fallé. Pero saldé esa deuda cuando los ayude a escapar de Ferth y peleé a tu lado en la ciudad—hundió su boca en el cuerno y bebió de un largo sorbo—. Como veras ya no te debo nada, Ions.

Todo el grupo intercambió miradas. Desde ese momento todos sabían que no podrían mantenerse al margen de esta guerra.

— Es justo... Si te pido que pelees mis batallas, debo de estar dispuesto a librar las tuyas —le aseguró el príncipe.

— Me alegra escuchar eso—William se mostró complacido—Además te vendría bien la práctica, ya debes haber olvidado como manejar una espada—agregó socarronamente.

— Existe un nivel del talento, que nunca puede ser olvidado. No te preocupes amigo, llegaras a ese nivel algún día—Ions se sentía de nuevo como un niño de dieciocho años. Jugando bromas sagaces y condescendientes con William. Habían pasado tantas cosas en los últimos años, que les resultaba atractivo jugar al olvido.

— Bueno, creo que sería bueno que te explique el panorama— William enderezó su postura—. Nuestro ejército es débil, pero peleamos con más corazón que ellos. Tenemos al pueblo de nuestro lado y oídos en cada esquina de la ciudad. Pero los hombres de mi querido hermanastro Killen han capturado a uno de mis soldados—su rostro se tornó tenso—. Es solo un civil, así que no tardaran en hacerlo hablar. Cuando lo hagan, sabrán donde está esta base y una masacre se avecinará sobre nosotros.

— Imagino que vas a pedirnos que libere a tu soldado—Ions lo interrumpió, todo el grupo

estaba en silencio, pero atentos a la conversación.

— Eso pienso hacerlo por mí mismo— afirmó William—. Es más podría terminar esta guerra con estos hombres en cuestión de una semana. Incluso con todas nuestras limitaciones militares, tenemos la mejor información, directo de la boca del pueblo.

— ¿Y porque no ha terminado la guerra entonces? — Galendash sintió la necesidad de interceder.

— Por culpa de los Niños Terribles...— se podía sentir la amargura detrás de sus palabras.

— ¿Los Niños Terribles?

— Son una unidad militar de niños huérfanos. Criados para matar y despojados de cualquier conciencia o moral. Son animales, monstruos, criaturas desgraciadas y peligrosas — William hablaba de los niños con una mezcla de odio y tristeza, estaba conteniendo muchos sentimientos tras sus palabras—. A los niños les ponen pólvora en la comida y algunas hierbas nocivas, de esa manera los mantienen sumisos. Desde que estalló la guerra esos niños han matado a más hombres que ninguna otra unidad de adultos.

— ¿Acaso quieres que matemos niños?— Luna habló por primera vez, llena de indignación.

Había elegido no meterse en la conversación, ya que era la única que no conocía al príncipe de Gargata.

— ¡Quiero que maten monstruos! —los ojos de William brillaban con el fuego del odio—. Además no tienen que matar a todos los niños. Solo a los que se interpongan entre ustedes y el comandante. Basta con que lo maten a él, los niños solo siguen sus órdenes.

Todos se miraron consternados, nadie deseaba tomar parte en la muerte de unos niños. El único que no cambió el semblante fue Galendash, la idea no parecía incomodarlo para nada.

Este tipo de unidades militares no era algo inédito en la historia de Gaia. Había pelotones similares a estos niños durante las Guerras de la Conquista. Elliot Wintersoul y los caballeros de la noche blanca también pertenecían a una unidad de soldados infantes que eran drogados para ser asesinos sumisos y despiadados.

Pero conocer los antecedentes y los sucesos del pasado, no siempre nos prepara para enfrentar con mayor aplomo el presente.

— No matare niños— Ions habló con una voz rígida y llena de convicción, límpida como el acero—. Pero sí a quien los comande

— Con eso bastara— William terminó su cuerno de cerveza de un largo sorbo. — Preparare una carpa para ustedes, mañana les explicare cómo será el golpe.

Todos asintieron y se levantaron para retirarse. William no se movió para darles una despedida, sino que permaneció sentado mientras se servía más cerveza.

— Ions. Una cosa más—su voz gruesa retumbó con un eco en la profundidad de las minas—. El comandante de los Niños Terribles...Su nombre es Lúcian Haragraf.

Ions sintió como si una espada volviera a desplazarse por su rostro. Podría haber jurado que las gotas de sudor que rodaron por su mejilla, eran sangre fresca manando de su cicatriz.

El rostro de su padre se le vino a la mente, la mueca de dolor que le desfiguró el rostro al morir y la espada que le perforo el corazón. Todo llegó a él en un instante. Thomas experimento tormentos similares y ambos compartieron una mirada llena de complicidad. Habían pasado años y por fin podrían enfrenarse al huérfano real.

Los Niños Terribles:

La ciudad mostraba pocos movimientos. No había un solo civil en las calles, todos ellos se refugiaban en sus casas, tratando de no llamar la atención. Las fuerzas militares del rey Killen se dispersaban cubriendo todo el terreno de la ciudad.

Al norte estaba la casa real, tallada en el corazón del monte escalofriante. Una imponente edificación de piedra y madera que se extendía por toda la montaña, como si una monstruosa embarcación se hubiese incrustado contra la roca en el inicio de los tiempos. Un gran arco de cedro marcaba el inicio del palacio. Desde allí, a la altura del suelo, surgían rampas de madera negra que se bifurcaban al llegar a media altura. La gran cabeza de halcón coronaba el arco tallado que cruzaba y vigilaba la ciudad desde las alturas. La edificación era tosca en comparación al palacio del Cuarto Viento, pero evocaba la grandeza de tiempos pasados, muchos siglos antes que se descubriera Odaria.

Debajo de la Gran Casa se extiende la ciudad de Gargata, con largas calles cubiertas de gruesas capas de nieve y enormes casas dispersas, donde viven las familias más importantes, todos juntos en viviendas de tres o cuatro pisos.

Todas las familias renombradas de Gargata se distribuyen dentro de un triángulo formado por la plaza de los héroes en el Norte, la torre del reloj en el Suroeste y la Abadía de los Antiguos en el Sureste.

Más al sur, próximo a la entrada de la ciudad, está la Pira Invernal. Una enorme olla cubierta de galones de aceite y sostenida por enormes cadenas de hierro, que arde sin cesar por siete lunas, mientras dura el invierno. Protegiendo del frío extremo a los barrios marginados, como el Paseo de los Tristes y a las casas deshonradas o bastardas.

Ions podía ver toda la ciudad desde la torre del reloj. William le había facilitado un catalejo y le había pedido que observara con atención todo lo que sucedía en Gargata, que escuchara el ritmo con el que la ciudad respiraba oprimida.

Hace unos días habían capturado a un soldado de William, un simple civil con armadura. Según la voz del pueblo, el soldado había resistido la tortura hasta el momento. Sin embargo, esta tarde Lúcian en persona lo visitaría para quebrar su voluntad. Todo indicaba que si esto sucedía el hombre terminaría por revelar la ubicación de la base rebelde y la guerra concluiría pocas horas después.

Ions llevaba dos días escondido en la torre, viendo todos los movimientos de los soldados del rey Killen. En distintas terrazas de la ciudad, Galendash y Thomas hacían lo mismo. Luna por su parte, cambiaba su forma por la de algún animal para moverse con mayor libertad y presenciar todo más de cerca. Juntos habían diagramado todos los movimientos militares de sus enemigos. Aprendiendo las costumbres de Lúcian, quien marchaba todos los días y cada cuatro horas bordeando la ciudad. Siempre acompañado por su unidad de huérfanos y varios soldados de la corona Gargatiense.

Ya no había más tiempo. Esa misma tarde se llevaría a cabo un golpe en conjunto para que William pudiese liberar al soldado prisionero y Ions pudiese asesinar a Lúcian Haragraf. Si los objetivos se lograban, el rey Killen perdería dos grandes recursos y la guerra quedaría sellada a favor del legítimo heredero.

Para llevar a cabo este plan, habían decidido aprovechar los talentos de Luna Graywind en las artes del cambio de apariencia y pensaban infiltrarse en la unidad de los Niños Terribles.

Ellos no podían usar cualquier rostro. Tenían que ser rostros reales, pertenecientes a la unidad. Lúcian era desconfiado y conocía a todos los niños por su rostro. El mismo los había entrenado y los mantenía bajo su comando. Antes de cada marcha revisaba a cada uno, pues la resistencia también tenía niños jóvenes y temía que alguno pudiese infiltrarse dentro de sus filas.

El primer paso era capturar a uno de los Niños Terribles. No importaba cuál de ellos, cualquiera serviría. El segundo paso era tomar su rostro y su apariencia, para luego ir hasta la plaza de los héroes y reunirse con el resto de la unidad. Una vez dentro de las tropas, esperarían el momento en que William intentara liberar a su aliado. Cuando el caos se desatara, los soldados de la rebelión lanzarían un ataque masivo, a todo o nada por el control del terreno.

Aprovechando la confusión del momento, Ions mataría a Lúcian usando el rostro de uno de sus soldados. Así la unidad se quedaría sin un líder y la batalla se inclinaría a favor de William.

Todo estaba acordado e incluso ya habían localizado a dos niños solitarios que resultarían fáciles de capturar. Estaban separados del resto y simplemente se mantenían en las escalinatas de la abadía. Miraban el piso con las miradas vacías de un par de muñecos rotos.

Para atraerlos hacia la Torre del reloj tuvieron que recurrir a la ayuda de Luna. Ella adoptó la forma de un perro, se acercó hasta los niños y comenzó a fastidiarlos, ladrando y gruñendo. Por varios segundos los muchachos no mostraron reacción alguna, luego de un rato, se pusieron de pie, sacaron las dagas que llevaban en el cinturón y comenzaron a perseguirla por las calles de la ciudad, con la sola intención de degollarla.

La corrieron por dos calles e incautamente se internaron más allá del umbral de la torre del reloj. Comenzaron a subir las escaleras caracol y al llegar a la sala del mecanismo, Ions, Galendash y Thomas los atacaron apenas cruzaron el vano de la puerta. La intención era noquearlos sin causarles ningún daño, pero los niños reaccionaron rápido, huyeron del agarre y rápidamente arremetieron sin perder un segundo. Era cierto lo que hablaba William, aquellos niños se movían por instinto puro, sin conciencia alguna, como animales.

Ions desarmó a uno de los niños. Aunque le quitó las dagas, el chico siguió forcejeando.

Galendash tuvo muchos inconvenientes con el segundo, le resultaba demasiado ágil y rápido. Él intentó sujetarlo pero el niño lo esquivó fácilmente, mientras le lanzaba una daga al rostro. El legionario apenas logró evadirla y su mejilla quedó marcada por el filo. El mismo niño se lanzó sobre él para asesinarlo. Thomas atinó a ayudarlo bloqueando el ataque con su espada. El chiquillo movió sus manos con la agilidad de un ladrón y tomó la espada corta que Thomas llevaba en su cinturón. Sin que ninguno pudiese pestañar la introdujo en la pantorrilla del caballero. Thomas gritó de dolor y cayó de rodillas.

Luna volvió a su forma humana y rápidamente se acercó a Thomas para tratar de sanar su herida. Si bien ella no era una gran curandera, tal vez si actuaba rápido podría sanar correctamente el corte.

Con Thomas y Galendash fuera de combate el infante se dirigió hacia Ions, quien estaba de espaldas tratando de someter al primer niño. El segundo estuvo muy cerca de acuchillarlo, pero se vio forzado a detenerse cuando fue empalado por la espada de Galendash en un arrebato de furia. Apenas murió el primero, el legionario se acercó a Ions y puso fin a la vida del otro niño.

Todo quedó en silencio tras el grito del segundo infante. Murió realizando un chillido no más humano que el de un cerdo en un matadero. El ambiente se tornó tétrico e incómodo a medida que la sangre se esparcía por el suelo y las respiraciones agitadas se hacían más notorias. Todos

intercambiaron miradas y luego observaron a Galendash.

El legionario sintió como los ojos se posaban en su persona, todos juzgándolo como si acabara de realizar un acto impuro y despiadado. A su entender, él acababa de tomar la medida más piadosa, y lo hizo sobre todas las cosas, para proteger al grupo y a su rey. Había terminado con las vidas de unos huérfanos que existían solo para la miseria y solo para la violencia.

— ¡Sean realistas! —gritó furioso cuando no soportó más las miradas—. Dentro de poco, la bondad será un defecto. Incluso si recuperamos Ferth será solo el comienzo. Nos espera una guerra que durara años. Esto no terminara en cuestión de unas batallas—su labio inferior comenzó a temblar—. Se acercan los años oscuros, donde los niños nacerán y vivirán, moldeados por el odio y el conflicto. Una era donde la moralidad valdrá cada vez menos. Donde sí dudamos estaremos muertos—señalo a los cuerpos de los infantes, todo su cuerpo estaba sometido a una enorme tensión—Llegara el momento en que tendremos que ser como estos niños...Si queremos seguir vivos.

Nadie se atrevió a responder, pues en parte tenía razón. Todo esto, la guerra civil de Gargata, o la usurpación de Ferth, era solo un comienzo. En Gaia empezaba una era de caos, en la cual el mundo descendería corriente abajo. Lo que vivieron en Ferth no era más que un susurro, el Clan de la Luna destruiría todos los cimientos y con el correr de los años la realidad quedaría fuera de quicio y el tiempo fuera de ritmo. Estaban a la espera de los años oscuros, un ciclo largo y lleno de crueldad. Donde sí se aferraban con mucho apego a la moralidad humana, terminarían por morir como idiotas.

Ions terminó por agradecer a Galendash. El soldado se calmó y pidió disculpas por su exabrupto. Luna, por su parte, curó la pierna de Thomas, y aunque todavía le dolía, la magia había cerrado bastante la herida, al punto de dejarle caminar sin inconvenientes.

La primera parte del plan estaba cubierta, ahora tenían dos rostros nuevos para utilizar. Ions tomaría uno de ellos y Thomas pidió que le dejaran ser el segundo infiltrado. Lo cual no era una gran idea ya que estaba lastimado, pero él tenía sus razones para querer ver a Lúcian otra vez. Ions respetó su decisión sin pensar cuanta confianza depositaba en un hombre que llevaba ahogando su rencor y su sed de venganza por más de dos años.

La joven Graywind realizó el encantamiento y cambió las apariencias de los dos. Ahora se movían en los cuerpos de pequeños niños, sucios y desgarrados. Llevaban un uniforme de tela, con una medalla en el pecho.

Sin perder tiempo ambos salieron rápido de la torre del reloj y se dirigieron a la Plaza de los Héroes. Dentro de pocos minutos, Lúcian comenzaría su habitual marcha por la ciudad. Cuando la marcha llegase a la mitad del recorrido, William y sus hombres aparecerían en escena e intentarían liberar al prisionero, desatando la anarquía en las calles.

Para cuando llegaron a la plaza, todos los niños estaban con las espaldas rígidas y las mentes vacías, esperando al comandante sin ninguna formación, ni orden alguno.

Ions y Thomas se internaron en el tumulto de niños. Todos los soldados estaban frente a la estatua de Michael Windsword, uno de los héroes más renombrados de Gaia.

Lúcian apareció frente a ellos al cabo de unos minutos. Estaba escoltado por una guardia de diez legionarios Gargatienses y portaba la misma sonrisa morbosa que le había mostrado a Thomas la última vez que lo vio; los años no habían cambiado su semblante en lo absoluto.

La marcha comenzó y el príncipe trató de estar lo más cerca posible de Lúcian y sus legionarios. Junto con Thomas, ambos se pusieron a la cabeza de la unidad de niños terribles.

Aguzaron el oído para poder escuchar lo que hablaban en el frente. No mantenían la voz muy

baja, pues poco les importaba si los niños escuchaban algo.

— Señor Haragraf—dijo uno de los generales— ¿Qué piensa hacer una vez que acabe esta rebelión?

— Por lo pronto, buscar un lugar más cálido y tropical—respondió Lúcian con el mismo tono inexpresivo que acostumbraba.

— Debe ser difícil para usted estar tanto tiempo en Gargata. Para un hombre que se crio en el clima ferthiano—el soldado intentaba congraciarse con el comandante Haragraf.

— Por suerte esto no durara mucho más.

— Escuché que lo necesitan en Asgard, apenas termine aquí— Ions se acercó un poco más, la conversación se tornaba interesante.

— No pienso viajar a Asgard cuando se acabe esta rebelión—Lúcian sentenció con claridad—. Ya le he dicho general, quiero un descanso, un clima cálido con mujeres cálidas.

— Pero... ¿No lo necesitara el señor Arcadain en Sent? — el general no parecía tener la intención de cambiar el tema.

— Tiene suficiente ejército para tomar esa tierra de salvajes sin ayuda. Imagino que me reuniré con él cuando empiecen a reconstruir la torre— Lúcian hablaba siempre inexpresivo, Ions no entendía sobre que trataba la conversación, pero cuando mencionó una torre, su curiosidad aumentó.

— Así que son ciertos los rumores... — el legionario se quedó absorto. Cambió su tono por uno mucho más insistente y suplicante — Por favor señor, si usted no desea viajar a Asgard, permítame ir allí. Quiero poner mi parte, ayudar a forjar el nuevo mundo.

La marcha prosiguió con un silencio absoluto, las ventiscas heladas golpeaban a la procesión.

— Es un buen hombre general—afirmó el comandante Haragraf—. De acuerdo, tome mi lugar en Asgard y realice un gran trabajo hasta que yo decida ir.

El hombre quedó sumamente complacido. Thomas no pudo evitar recordar cuando Lúcian le habló sobre la leyenda de Alorhath. No había tenido el tiempo en estos años de buscar información sobre ese relato, pero no podía evitar sentir que todo esto acerca de una torre y el Clan de la Luna estaban relacionados con aquel relato.

A medida que pasaba el tiempo, Thomas se sentía más asfixiado y oprimido. Solo podía pensar en perforar el corazón de Lúcian, de la misma forma que él lo había hecho con Milena. Era la única imagen que irrumpía en su mente, una y otra vez.

— ¿El prisionero sigue sin hablar?— Lúcian cambió el rumbo de la conversación.

— Hasta ahora soporta la tortura como si fuese un soldado entrenado—había cierto respeto hacía el prisionero tras las palabras del general.

— Tendré que darle una visita cuando terminemos la ronda—el comandante Haragraf realizó esa mueca morbosa que Thomas tanto detestaba.

Un estallido se escuchó en el otro lado de la ciudad. La tierra transmitió un tenue temblor que procedía de la mansión abandonada, donde se encontraba el soldado en cautiverio.

El horizonte se llenó del humo de los escombros y la pólvora. Rápidamente el estruendo de las espadas y los alaridos de dolor fluyeron cuesta arriba por el amplio empedrado, hasta llegar donde estaban los Niños Terribles.

Lúcian no se inmutó, en parte estaba esperando que algo así sucediese, tal vez no con una explosión, esperaba algo más precario que la pólvora. Un ataque frontal, era lo que imaginaba más propio de William, a quien consideraba un ignorante sin ningún pensamiento estratégico en su cerebro.

El comandante Haragraf guio a sus hombres calle abajo, confiado en que la batalla terminaría allí mismo y las calles quedarían teñidas con la sangre de sus enemigos. Mientras cruzaban nuevamente la Plaza de los Héroe, a medio camino hasta la mansión abandonada, la unidad resultó rodeada.

Todo el ejercito de William estaba allí, o por lo menos el noventa por ciento de sus tropas. Atacaron desde todas las direcciones, por medio de todos los callejones y sin ningún miramiento.

Ions y Thomas se mantuvieron al margen, esperando el momento para atacar a Lúcian.

El pandemonio se había desatado. Flechas, espadas, dagas y lanzas, se avecinaron como una tempestad sobre ellos. El ruido de las grebas y los escarpes contra el empedrado agudizaban los sentidos. Al poco tiempo la sangre de hombres y niños se derramaban por igual y se fundían en un tapiz rosado tras derretir la nieve en el piso.

A pesar de la sorpresa, los soldados del rey Killen estaban mejor entrenados, y se incorporaron al combate con muy pocas bajas. Los civiles que luchaban por William sucumbían ante los niños terribles y los únicos soldados entrenados en el ejército rebelde hacían lo imposible por no ceder el terreno.

Las tropas de William tenían el beneficio de la sorpresa, pero esa ventaja comenzaba a disiparse. Los otros disponían de monstruos con rostros infantiles y soldados que blandían las mejores espadas y las armaduras más resistentes.

No quedaría resto alguno de aquella rebelión salvo que el comandante Haragraf muriese allí mismo. La obligación de asesinar a Lúcian recaía sobre Ions, mientras que Thomas solo estaba allí para proteger al príncipe. Sin embargo, los eventos no fueron los planeados, ya que el odio y la sed de venganza afectaron profundamente al joven Vaine. Thomas actuó precipitadamente y se abalanzo sobre el comandante. Mientras lo hacía, pronunció las palabras que lo liberaban del hechizo de Luna y volvió a su apariencia normal, pues deseaba que Lúcian viera su rostro original justo antes de morir. Ions lo observó horrorizado mientras cometía aquel acto de completa irresponsabilidad.

Thomas no tuvo el temple para mantenerse al margen y esperar el momento más propicio. Tampoco disponía de la capacidad de distinguir ese instante, segado por toda la ira que reprimió por años.

<<Arderas en los infiernos, huérfano inmundo>> pensó mientras su espada se dirigía certera al corazón de Lúcian.

No fue el mejor momento para atacar, si bien Haragraf no esperaba el ataque, todavía estaba alerta y no se veía superado por el fulgor de la batalla. Tal vez con más prudencia y un poco más de paciencia, la vida del traidor habría terminado en aquel instante.

Pero no fue eso lo que sucedió, la espada fallo, y en un segundo intento, tras un movimiento forzoso y desprolijo logro perforar el extremo izquierdo de Lúcian, a la altura del abdomen.

Thomas retiró la espada de su enemigo decidido a atacar de nuevo. Como un tonto se lanzó desprevenido y Lúcian desenvainó su espada, propinándole un ligero corte en el pecho y un golpe con su mano izquierda en el rostro.

El comandante Haragraf no perdió ni un instante y huyó de la escena lo más rápido que pudo. Sus soldados continuaron lucharon por unos momentos, y dentro de aquel desorden él pudo alejarse por los callejones sin ser atacado. Algunas flechas estuvieron cerca de alcanzarlo pero los soldados de la rebelión no tenían buena puntería a distancia.

Una vez que los guerreros Gargatienses y los niños terribles vieron como su comandante corría hacia la lejanía, sus voluntades quedaron comprometidas, la valentía y el coraje comenzó a

mermar y el orden se desgranó en una debacle.

Muchos soldados corrieron, otros continuaron peleando sin convicción. En el medio del estruendo Thomas corrió a Lúcian calle arriba. Ions se deshizo del hechizo que condicionaba su apariencia y se lanzó tras los dos.

— ¡Thomas, espera! —Le gritó — ¡No lo enfrentes tu solo!

Pero su amigo no lo escuché y siguió corriendo enajenado por su ambición de venganza y retribución.

Los soldados Gargatienses fieles al rey Killen perdieron el terreno. Comenzaron a correr y muchos murieron presas de una lluvia de flechas. Todos los niños terribles terminaron muertos, pero antes de caer se llevaron a cinco soldados de William por cada uno de ellos.

La nieve brillo con el color del ocaso mientras caía la noche, sangre de todas las clases empaparon la escarcha. Para dejar en el recuerdo aquel día, que pasaría a ser recordado a través de la historia, como el “Agosto Sangriento”.

Mientras las vidas se derramaban sobre la Plaza de los Héroe. Thomas persiguió a Lúcian hasta los establos. El huérfano, no continuó huyendo, sino que ensilló a un caballo mientras esperaba que el caballero llegase hasta él, y cuando Thomas estuvo allí, desenvainó sus dos espadas.

Lúcian llevaba ahora dos sables nuevos, cuyas hojas brillaban de color carmesí, del rojo de la sangre. Thomas las contemplo un tanto asustado. Solo había un acero de aquel color en la historia del mundo, y era forjado en las extintas tierras de Vall Heithz. Aquellas que en otros tiempos existían al Oeste del mundo, mucho más lejos del Paso del Dragón. Los siglos habían enterrado la comarca de los muertos vivientes y el tiempo había destruido todo vestigio de aquel acero impío. Un metal que solo existía en esas tierras y que según cuentan las leyendas, puede absorber la sangre humana para reforzar la hoja, hasta tornarla más dura que un diamante.

Era un arma proferida por los infiernos, muy propia para el hombre que ahora la empuñaba.

Thomas desenvainó su espada decidido y se enfrentó a Lúcian sin dudar un segundo, sin cambiar palabra alguna y sin sentir algo además del instinto asesino.

Su rabia quedaba reflejada en cada golpe, Lúcian era tirado para atrás por la fuerza descomunal de Thomas. La última vez que se enfrentaron, tenía el cuerpo de un niño. Pero ahora era un hombre mucho más alto y más fuerte.

La esgrima del huérfano no había cambiado en lo más mínimo, parecía danzar como el viento en las praderas o las olas de un océano en calma. Blandía su espada sin mostrar ni un ápice de sentimientos. Por el contrario, Thomas era un manojo de furia. Era guiado en sus pasos por un río de emociones exaltadas, que consumían su corazón y su mente mientras le brindaban poder.

Lúcian todavía seguía herido en su costado izquierdo, y allí es donde Thomas atacaba sin piedad. El comandante jadeaba cansado. La sangre perdida era abundante y ahora su visión empezaba a fallarle. Thomas se abalanzaba sobre él como una bestia, intentando quebrar su postura y ponerlo de rodillas.

<<Es el momento>> pensó el caballero.

— ¡Vas a morir! —gritó repetidas veces mientras sacudía su acero, con la elegancia de un simio, sobre un hombre que solo atinaba a defenderse.

<<Te matare como tú la mataste a ella>> El pensamiento se presentaba, una y otra vez en la mente de Thomas como si fueran golpes de un martillo

— ¡Te mandare al infierno, adonde deberías haber nacido!

Golpeó y golpeó sin piedad. El sonido del metal que chocaba guiado por la vehemencia

incontenible del odio, llegaba a sus oídos como si fuera la melodía más dulce. Sentía que el mismo estaba componiendo una magistral pieza de música. Reparando con sus propias manos un error del mundo. <<Alguien como él nunca debió existir>> pensaba convencido.

La respiración del huérfano se tornaba más entrecortada, la resistencia que proponía ante los golpes era cada vez más endeble. Los ojos de Lúcian comenzaban a cerrarse y sus labios se secaban. La fuerza y el vigor parecían abandonarlo. Thomas sentía como su figura se hacía más grande con cada segundo y con cada estallido del metal, con cada sonido redentor.

Pero de pronto, el viento soplo con fuerza y la melodía se detuvo. Su brazo seguía moviéndose hacia arriba y hacia abajo, pero ya no se escuchaba el sonido del golpe. Sintió el frío como no lo había sentido nunca en su vida. El viento caló en su cuerpo como si la piel de su antebrazo se hubiese empapado de agua.

Luego quiso sentir más allá de su antebrazo, pero ya no pudo...

Miró aterrado al piso debajo de él y no encontró al traidor.

Solo había un lecho carmesí, donde descansaban parte de su antebrazo, junto a su mano y su espada, completamente desprendidas de su cuerpo. Comprendió el momento y eso solo intensificó el dolor. Cayó rendido y de espaldas cerca de su propia sangre. Ahogó un grito de impotencia y mientras gemía a causa de su intenso dolor.

Lúcian estaba de pie frente a él. Su espada había atravesado su brazo con elegancia mientras él lo levantaba para volver a golpearlo. El huérfano había medido el tiempo con el cual lo golpeaba y atino a responder con un simple movimiento, para acabar el combate. Es fácil predecir los movimientos de una bestia, tolerar su fuerza es difícil, pero si uno soporta la investida, en un contrataque puede terminar el combate.

<<Mátame>> Thomas le pidió a su mente que llegase el fin. Luego lo pidió en voz alta.

— Termina con esto de una vez —dijo Thomas mientras escondía su rostro avergonzado.

— Dos años y todavía no lo entiendes... Tal vez debería matarte— Lúcian lo miró con una repulsiva condescendencia.

— ¡Thomas! — Ions grito desde la lejanía, llevaba un tiempo tratando de alcanzarlos.

Lúcian guardó su espada presuroso, se subió al caballo y lo dirigió hacia la puerta de la ciudad.

El joven Wintersoul llegó hasta donde estaba su amigo y se aterró al ver el estado en el que estaba. Seguía vivo y eso era un alivio, pero tenía que ser atendido lo más rápido posible. El frío ayudaba a detener la pérdida de sangre, pero era la infección lo que lo preocupaba.

— Bueno verte — aseguró Lúcian desde su caballo —. Hermano.

— ¡Baja de ese caballo y enfrentate a mí! — pocas veces Ions perdía la compostura y Lúcian era el que siempre parecía llevarlo hasta ese punto.

— Lo siento pero no es el momento— le dijo en un tono casual y apagado, Ions sintió que se burlaba de su rabia.

— ¡Quién eres tú para elegir el momento!

— Soy el que ganaría si nos enfrentáramos ahora — dijo Lúcian con actitud petulante —. Cuando llegue el día. Cuando seas mayor y estés completo. Cuando liberes a tu gente de la opresión y marches al fin del mundo. Solo allí tú y yo nos encontraremos nuevamente, se encontraran nuestras espadas, y solo uno de los dos vivirá por siempre. Así es como debe ser...Hermano.

— ¿De qué hablas? ¡Terminemos con esto ahora y aquí! —Ions no podía más que gritar y desear que Lúcian lo enfrentara.

— Alguno de los dos debe morir y el que viva forjara una nueva era— las palabras del comandante Haragraf portaban un profundo misterio—. Con el tiempo entenderás...Pero el día que nos enfrentaremos, está escrito en piedra. Mucho antes de que nacióramos.

Con esas palabras Lúcian espoleó las riendas y desapareció tras un horizonte gris, de escarcha y tormenta. Ions nunca pensó que sus palabras eran literales y que no volvería a verlo hasta el día que se encontraran en la cordillera ártica. Más allá de la gran caída, en el fin del camino, donde solo la muerte aguarda.

El último viaje:

Tras la partida de Lúcian, la guerra de fue desgranando a favor de William.

Killen, el usurpador, huyó junto con su madre y sus hermanos dejando el trono vacante. No había pasado ni una semana desde el Agosto Sangriento y el legítimo heredero quedaba restituido en la posición que siempre le había correspondido.

Su primer designio como rey fue convocar a las grandes casas de Nantara. Correspondía que renovaran sus votos y jurasen lealtad ante el verdadero protector de los reinos del Este.

Todos los soldados Gargatienses que pelearon por Killen fueron masacrados. No se otorgó ningún indulto, ni un ápice de piedad. William pretendía eliminar cualquier semilla traicionera mucho antes de que germinara.

Al tomar esa decisión se había quedado con pocas legiones de soldados entrenados, solo tenía tres mil espadas leales y un puñado de ocho mil jóvenes inexpertos, demasiado verdes para enfrentar las penurias que se avecinaban.

El porvenir resultaba esquivo y el optimismo no era el fuerte del joven Windsword. Después de la guerra civil el país estaba en desorden, y le esperaba una ardua faena, pues debía unificar nuevamente a todos los feudos bajo el estandarte del Halcón.

Al cabo de unos días, Ions fue llamado a presentarse frente al trono del rey.

— Te prometí un ejército Ions —le dijo William entonces—. Pero como te das cuenta, poco ejército me ha quedado y no es suficiente para honrar mi palabra. Necesité un poco de tiempo antes de poder cumplir mi juramento

— No te preocupes William, tendrás el tiempo que necesitas—dijo Ions sin mostrar molestia o preocupación.

— Eres bienvenido a quedarte en mi reino. Incluso podrías ayudar a entrenar a los soldados—el nuevo rey se inclinaba hacia la derecha en su asiento, su porte carecía de suntuosidad.

— Agradezco la oferta, pero apenas Thomas mejore su salud, me temo que debemos partir —tragó saliva y su rostro se tensionó luego de mencionar a su amigo—. Realizare un último viaje antes de volver a mi hogar.

— ¿Hacia dónde piensas viajar?

— Hacia Thorv. Los dragones también recibirán el llamado del León. En el camino pasare por Mosel. Cuando termine, será el momento de volver a Odaria — Ions hizo una breve pausa antes de realizar una petición—. Te pido que hagas correr la voz, y pidas que los ferthianos exiliados aquí en Gargata se presenten para pelear por su tierra una vez más.

— Así será amigo mío— William asintió mientras se levantaba del trono —. Ahora dejame que te muestre una idea que se nos ocurrió mientras vivíamos en las minas.

William le pidió que lo siguiera y lo guio por un pasillo a la derecha de la sala del trono. Descendieron por una enorme escalera cubierta en alfombras color esmeralda y bajaron tres pisos hasta llegar a una bóveda de piedra de proporciones monstruosas. Allí descansaban fragmentos de metales, maderas, piedras, cristales y un sinfín de materiales, como si de un basurero se tratase. Mas al fondo Ions empezaba a ver cosas que no podía reconocer. No lograba darles un nombre

pues nunca había visto nada similar.

— No le des mucha importancia— dijo William cuando Ions comenzó a preguntar que era cada cosa—. La mayoría ni siquiera funcionan.

Luego llegaron a una serie de gigantescas mesas distribuidas en hileras. Sobre ellas, estaban desperdigados miles de papiros, pergaminos y planos. Algunos hombres se movían por el lugar murmurando números en voz alta, haciendo caso omiso de la presencia del rey, totalmente absortos en sus cálculos y sus escritos a carbón.

— Esta es la división de ingeniería de Gargata —dijo William con un tono galante—. Al menos lo que queda de ella.

— ¿Porque me traes aquí?

— Hace unos años Gargata descubrió la pólvora y fabricamos el cañón que les regalamos a ustedes los ferthianos—Ions recordaba eso perfectamente. Se limitó a asentir—. Pero los descubrimientos en el uso de la pólvora no se detuvieron allí. La idea de generar un cañón más compacto y con una menor cadencia de fuego era el propósito principal de los ingenieros gargatienses.

Las palabras de William empezaban a tornarse interesantes, Ions mostró una mueca de emoción.

— ¿Quieres decir que puedes hacer un cañón más pequeño y que dispare más rápido?

— Quiero decir, que en los próximos años tendrás veinte cañones al servicio de la Alianza del Sol—William sonrió orgulloso— El Clan de la Luna tiene demonios, pero el Halcón siempre mira más lejos en el horizonte. Estas armas amigo mío, serán un cambio en la balanza.

Ions miró a William y ambos sonrieron con complicidad, como dos niños que pronto han de realizar una travesura.

— Así lo avizora el Halcón — Ions estrechó la mano de su amigo, mientras pronunciaba el lema de Gargata: “así lo avizora el Halcón”. El reino del Este, siempre mira con un ojo al futuro y siempre dispone de las mentes más brillantes para irrumpir en una nueva era. El príncipe Wintersoul sabía que frente a él estaba el gran descubrimiento que el Halcón del Este les aportaría en esta guerra contra las tinieblas.

Ions y William acordaron como habrían de actuar al momento de retornar a Odaria.

Cuando un ave mensajera llegase desde Mosel, todos los arreglos se pondrían en marcha.

El príncipe le pidió a Galendash que partiera hasta Sevalthia. Él sabía que la nación seguía intacta, pues los barcos mercantes todavía iban y venían sin inconvenientes. Su misión era convocar a los banderizos de su familia y formar un ejército con la gente de los bosques. Tras reunir sus tropas marcharía hasta las Estepas del fulgor. Donde según Thomas le había comentado, los nativos del valle resistían a la conquista.

Lo demás quedaba a criterio de Galendash. Su objetivo era reconquistar todo el Este de Odaria. El método que utilizara resultaba indiferente, y la táctica quedaba enteramente a su designio. Pero era importante que para cuando Ions llegase a Leveron con su ejército, Galendash ya hubiese asegurado parte del territorio.

El legionario no se sintió seguro de dejar solo a su rey. Mucho más ahora que Thomas había perdido su brazo y ya no podría protegerlo. Pero también sabía que la misión que Ions le encomendaba era de vital importancia. Así que a principios de septiembre Galendash tomó una barca y de forma silenciosa y solitaria zarpo en un barco mercante con rumbo a Sevalthia, su ciudad natal.

Ions había decidido ir a ver a Thomas a la mañana siguiente. Gargata tenía grandes curanderos y habían logrado sanar la herida de su brazo sin ningún tipo de infección, pero curar su orgullo era una cuestión mucho más complicada.

El príncipe pasó esa noche en compañía de Luna, con quien compartió nuevamente sus aposentos. Las velas ardieron toda la noche mientras disfrutaron de aquel afecto que los mantenía a flote, en vísperas de una guerra, en mitad de un océano turbulento.

Cuando las velas se estaban apagando y sus cuerpos yacían entrelazados e inmóviles en una amalgama perfecta, Luna besó el pecho de Ions y le dijo.

— Casi temo el día que todo termine. Cuando deba regresar a Bell y alejarme de ti.

— ¿Porque habrías de alejarte de mí?—Ions tomó su mano al preguntar, era muy suave y estaba tibia.

— Cuando termine todo serás el rey—dejo pasar unos segundos de reflexión—Un rey no puede casarse con una joven aldeana sin un apellido de renombre—suspiró casi resignada—. Cuando seas rey tendrás una hermosa mujer, hija de algún gran señor. Y forjaras alguna alianza a partir de ese matrimonio.

— No tendré lo que no quiero—dijo Ions en forma tajante—Y no quiero una hermosa mujer, hija de un gran señor—entrelazó sus dedos con los de ella—. Te quiero a ti.

— Eso dices ahora. Pero las costumbres son fuertes, demasiado fuertes a veces.

Era la primera vez que Ions veía a Luna hablar de forma semejante. Ella era una mujer decidida, de carácter fuerte y pujante. Pero ahora se mostraba ante él más sumisa y afectiva que nunca. En ese momento Ions supo que ella lo amaba tanto a él, como él a ella. Pues sabía que Luna era una mujer para nada dependiente, pero todo el mundo tiene dos caras y solo mostramos nuestra contracara a aquellos en quien confiamos.

— Entonces cambiaré las costumbres — dijo mientras se ponía de pie y se levantaba de la cama —. Tú serás mi reina y te construiré un reino donde nadie osara cuestionar tu valía. Ni tu derecho a compartir mi cama o mi corazón.

La joven Graywind sonrió y extendió su mano para alcanzar el rostro de Ions. Acarició sus mejillas, mientras sentía el contacto con la cuidada barba que Ions portaba en aquellos días.

— Te parece entonces que pudiésemos visitar a mis padres en Bell...Una vez que todo termine.

— Tienes mi palabra, tus padres estarán contentos de verte.

— Se pondrán más contentos cuando vean a su nieto.

El corazón de Ions se detuvo por un segundo. Luego empezó a latir desbocado, lleno de emoción y alegría. Su rostro por el contrario quedó rígido, lleno de confusión. Luna lo vio y sintió preocupación.

— Pero como es posible, siempre hemos obedecido los tiempos de las lunas.

— Las lunas son un método efectivo. Pero no perfecto...— Luna lo miró a los ojos y sintió miedo de preguntar — ¿Estás molesto por esto?

Ions ablandó su rostro cuando se dio cuenta que la estaba preocupando.

— ¿Molesto? — dijo con una enorme sonrisa propagándose en su rostro — Tú serás mi reina...Y un hijo tuyo es la alegría más grande de mi vida—rodeó el angelical rostro de su amada con las dos manos y hundió la mirada en sus ojos de distintas tonalidades. Habló con absoluta seguridad, sintiendo cada palabra que proferían sus labios — Te amo...Y nadie me dirá que no puedo hacerlo, te amo.

Luego presionó sus labios contra los de Luna y se lanzó sobre ella para yacer juntos

nuevamente entre el calor de las sábanas. Las velas se habían apagado, aunque ellos mismos iluminaban la noche.

A la mañana siguiente Thomas fue dado de alta por el curandero. Su brazo ya estaba cicatrizando correctamente. Le habían untado poderosos ungüentos a base de Esencia del Inverno y Hierba Blanca, que ayudaban a impedir la infección y aceleraban el proceso sanatorio.

Ions lo fue a visitar esa mañana cuando estaba por salir de la enfermería. Los ojos de Thomas estaban igual que las últimas veces que lo había visitado desde su enfrentamiento con Lúcian: cansados y faltos de voluntad.

— Creí que había mejorado. Estaba seguro que le ganaría—dijo Thomas mientras intentaba colocarse su armadura. No pudo lograrlo y suspiró resignado mirando su muñón de soslayo.

— Dejame ayudarte — Ions colocó el protector en su brazo izquierdo mientras el caballero lo miraba compungido

— Desde la invasión de Ferth, sueño todas las noches que lo mató—dijo mientras miraba a los ojos de Ions, su tono era severo, pero su mirada no lo reflejaba —. Le pongo una espada a través del pecho y él se desangra. Todas las noches lo sueño. Y siempre gano yo.

— Él siempre fue muy bueno con la espada —Ions no cuidó sus palabras.

— Y yo siempre fui muy débil, lo sé. Pasaron Tres años...Nada ha cambiado. — se miró la mano mientras se ponía los fragmentos de armadura que le resultaban posibles—. Bueno, ahora por fin algo ha cambiado. Ha cambiado todo. Ahora soy un inválido. Puse todo mi esfuerzo y ahora soy más inútil que antes.

— Eso no es cierto, todavía tienes tu mano izquierda, puedes aprender a blandir una espada con ella —el principie intentaba darle ánimos a su amigo, sabía que su corazón estaba colmado de sufrimiento.

— Nunca seré bueno con esa mano. Todo lo que me quedaba era el deber hacia tu familia, mi servidumbre hacia los Wintersoul y la venganza. Ahora he perdido las dos, pues jamás podré vengarme y tampoco soy capaz de continuar a tu servicio—apretó los dientes y murmuró lleno rabia—. Si mi padre estuviera vivo, seguro se reiría de mí.

— Entonces me servirás en otras formas. Con tu consejo, con tu amistad, sin pelear las batallas, comandando a los soldados—Thomas no se inmutó ante el comentario de Ions, como si nunca hubiese dicho nada—. Le pedí a William que reuniera a los soldados exiliados de Ferth aquí en Gargata. Necesitó que alguien los mire uno por uno y se asegure que son ferthianos legítimos. No queremos desconocidos en nuestro ejército—puso su mano sobre el hombro de Thomas y le dijo con convicción —. Tú conoces a todo hombre, mujer y niño que estaba en la capital. ¿Puedes hacerme ese favor?

— ¿Tú te iras a Thorv verdad? — Thomas habló en forma distante.

— Si partiré mañana con la primera luz.

— Está bien...Cumpliré lo que pides. Imagino que Galendash puede protegerte solo — Thomas sonrió resignado.

— Galendash irá hasta Sevalthia. El final del viaje lo realizaré yo solo — la voz de Ions estaba plagada de convicción.

— ¿Qué hay de Luna?

Ions lo miró a los ojos mientras tomaba el bolso con las pertenencias de su amigo.

— Está embarazada. Voy a ser padre— intentó no poner una sonrisa muy ancha, no quería contrastar mucho con el humor de Thomas.

Thomas se quedó un momento con el rostro inmobilizado, pero después de unos segundos, le dirigió una sonrisa que parecía sincera. Se acercó a su amigo y lo rodeó con su brazo derecho.

— Es una maravillosa noticia. Me alegro mucho de oírla.

Ions le agradeció profundamente su reacción, parte de él temía ver un resquicio de envidia en las palabras de su mejor amigo.

Thomas le preguntó dónde dejaría a Luna, mientras él partía hacia la tierra de los dragones.

El príncipe le dijo que Luna se quedaría en Bell, en la casa de sus padres.

Su amigo asintió, la noticia le había dado un poco más de vitalidad. Incluso llegó a sugerir que entrenaría para poder blandir una espada con su mano izquierda.

Al día siguiente, Ions y Luna tomaron un caballo y partieron juntos. Tardaron siete días en llegar a Senaga. Allí tomaron el barco con el que habían arribado desde Tears y navegaron juntos por medio del Océano del Silencio durante una semana.

Finalmente vieron las costas de Bell y Ions encalló la barca en la playa.

Estaban en el mismo lugar donde se habían conocido, en la playa donde Luna encontró al príncipe lastimado e inconsciente. Allí donde se vieron por primera vez, hoy firmaban con un beso una larga despedida.

Luna tendría momentos difíciles, enfrentaría el parto y criaría al niño sin que Ions estuviese presente, hasta que él regresara de la batalla.

Ella vio a su amado a los ojos y acomodó sus cabellos con una caricia, no había en su mirada reproche alguno. Los tiempos no parecían molestarla, solo quería verlo regresar triunfante.

Sus miradas fueron palabras y sin decir nada Ions asintió

—Jamás moriré. Mi vida no es mía y no lo será nunca más. Mi vida te pertenece a ti y al hijo que llevas dentro — le dijo mientras la acercaba a su pecho, abrazándola.

Luna escondió su rostro detrás del hombro del príncipe y envolvió su espalda con sus manos. Al cabo de unos momentos, Ions la apartó con ternura y le dio un último beso, uno largo y lleno de vigor, que habría de perdurarle por todos los años que estarían separados.

Luego devolvió la barca al mar y partió con rumbo al oeste, hacia la puesta del sol, rumbo al ocaso carmesí y las nubes de oro. Luna se quedó contemplándolo partir, mientras movía sus manos de a ratos, hasta que el padre de su hijo desapareció en un océano de luz.

El paso del dragón:

Ions había emprendido un viaje arduo y solitario. Navegó más allá del Océano del Silencio y continuó rumbo a Thorv. En el camino a la tierra de los dragones se encontraba Mosel, otra nación que debía visitar.

La ciudad de las dunas también había firmado el pacto y formaban parte de la Alianza del Sol.

El Gran Duque, Aelf Laioslaith, tenía a su servicio a los Escorpiones Negros, un ejército de soldados lanceros y arqueros que ascendía a los cinco dígitos. Además, en Mosel existía una organización conocida como los Fantasma de las Dunas, la única red de informantes y mercenarios encubiertos que existía en Gaia. Individuos entrenados en las artes mortales, capaces de infiltrarse en cualquier recinto y descubrir sus secretos y deficiencias. Mercaderes de rumores que postulaban el conocimiento de los secretos como la esencia intrínseca del poder.

El príncipe llegó al puerto de Eilar, buscando sumar aquellas tropas a su ejército. Ancló su barco en el puerto y buscó un camello para viajar hasta Mosel, la capital de las dunas.

Eilar es uno de los dos puertos que existen en el continente de Mosela. Allí, las casas son cúpulas de arena mezcladas con un poco de Roca del Sol y caliza, una mezcla que presenta la particularidad de endurecerse con el calor. También se acostumbra vivir en los pozos comunes o granjas, unas edificaciones de piedra y madera por debajo del nivel del mar, hundidas en la arena.

El continente, en todos sus rincones, no presenta una apariencia amable. El verano es eterno, la lluvia escasa y la vida difícil. La gente se viste con ropas ligeras y llevan vidas austeras, buscando placer en actividades que otras comarcas condenarían. El libertinaje sexual, que trascendía los géneros y las especies, el negocio de las apuestas y la venta de estupefacientes desarrollados con Suspiros Lunares—aquellas flores que crecen en el borde de los oasis en el Océano de Arena—, eran algunas de las actividades que se practicaban con frecuencia.

Ions se internó en aquel continente de particulares costumbres y tardó varios días para llegar hasta Mosel. El viaje le resultó extremadamente difícil. Si bien el calor no llegaba a su pico más alto en esas rutas, era más del que Ions había experimentado en toda su vida.

A lo largo de la ruta había postas donde uno podía parar y descansar, beber algo de agua y emprender otra vez el viaje. Estaban separadas a distancias de un día a ritmo de camello, pero dejaban de existir más al norte de Mosel, donde comenzaba el Océano de Arena.

Apenas llegó a la capital, buscó el Palacio de Fuego, el hogar del Gran Duque.

Aelf Laioslaith lo recibió con suma amabilidad y una actitud voluntariosa. Fue agasajado con un inmenso banquete, repleto de bebidas y alimentos que Ions nunca había probado antes.

Probó por primera vez, las lágrimas de desierto. Un fermento de la arena y algunas flores de las dunas, que genera un placentero gusto en boca, con matices dulces y amargos que embriagan los sentidos.

El duque se mostró dispuesto a cooperar con Ions desde el momento en que el príncipe arribó al palacio. Aelf era un hombre de palabra y de honor. Aunque la cultura de Mosel permite miles de libertinajes, los valores definitivos se respetan a rajatabla. La mentira y la traición no son aceptables y el rompimiento de un juramento significa perder el respeto del pueblo.

Esa no era la única razón por la cual Aelf se sentía inclinado a ayudar a Ferth. Aunque el

continente de Mosela no había sido azotado por la oscuridad, eso llegaría a cambiar con el tiempo. Si el Clan había esclavizado otras tierras, el turno de ellos llegaría tarde o temprano y lo mejor era actuar mientras hubiese tiempo.

La alianza a la que había jurado lealtad era, según él, la única esperanza de triunfar.

— Pondré veinte mil soldados a tu servicio y además mil quinientos Fantasmas. Espero que sea suficiente —dijo el duque en el medio de la cena.

— Más que suficiente, mi señor—Ions se sintió muy a gusto durante toda la comida—. Le agradezco su buena predisposición. Entiendo que el tratado se firmó en circunstancias muy distintas a las de ahora.

— Eso no importa, un juramento es un juramento y será respetado—el duque hizo una pausa mientras clavaba la mirada en un trozo de carne y unas patatas—. Conocí muy poco a tu padre. Compartimos unas cuantas cenas en Ferth desde que se firmó el tratado. Pero me caía muy bien, era un hombre cauto y honorable—levantó la mirada de su plato y miró a Ions, la luz de las velas marcaron las arrugas en su rostro cobrizo—. Es una pena que haya muerto en las manos de un traidor. Sin embargo, me alegró de que su hijo siga vivo y su linaje no se haya extinguido.

Ions se quedó atónito, un sentimiento de vacío se hizo presente en su pecho.

Las palabras del duque eran amables y sinceras. No esperaba un trato tan amable y amistoso, eso lo confundía, lo hacía sentir feliz y desconfiado al mismo tiempo.

— Le agradezco sus gentiles palabras, gran señor de las dunas.

— Llamame Aelf. Has vivido demasiadas penurias para referirte a mí como a un gran señor.

— Entonces, usted llámeme Ions—tomó el cuenco de guiso que estaba en la mesa y dio un largo sorbo. Los modales para comer no importaban en Mosela, y eso era algo que disfrutaba—. Espero que después de esta guerra nuestros reinos sigan siendo aliados. Estoy en deuda con ustedes y juro que devolveré toda la ayuda que me han dado.

Aelf asintió con una sonrisa mientras su sirviente rellenaba su copa con lágrimas del desierto.

— Descansa Ions, mañana hablaremos de cómo organizar a las tropas. Me has dicho que piensas ir a Thorv, es un viaje largo y peligroso. Tal vez sea mejor estimar una fecha para tu regreso y dejar al ejército en el puerto de Uferith, al noreste de aquí—se levantó del asiento y se acercó a Ions, estrechó su mano en señal de despedida, era hora de ir a dormir—. Hay algunos detalles que coordinar al respecto, pero será mejor hablarlos mañana, cuando te presente al comandante de los Escorpiones Negros.

El duque se retiró en silencio. Ions comió un poco más del guiso y bebió hasta saciarse. Luego se levantó de la mesa y caminó hasta la habitación que le habían asignado.

El príncipe no prolongó mucho su estadía y partió de Mosel unos días después de llegar.

Tras hablar con el duque acerca de cómo organizaría el desembarco en Odaria, acordaron movilizar el ejército hasta el puerto de Uferith.

Luego dejó la ciudad y regresó por las rutas del desierto.

Llegó nuevamente al puerto Eilar, tomó su barca y continuó su viaje hasta las tierras de Thorv, la última parada en su viaje.

Navegó por semanas a través del mar de Orofel hasta llegar al Océano del Confín y continuó rumbo al noroeste, por más de un mes. Con fortuna y viento a favor, las provisiones que llevaba le durarían lo suficiente para el viaje de vuelta hasta Uferith. Era muy probable que en Thorv no hubiese comida para él y no fuera capaz de reabastecerse.

El Viejo Halcón le había dicho una vez, que los dragones bebían la lava del monte y se alimentaban de minerales y cenizas. Ions recordó tempestuosamente los cuentos del Viejo Halcón. ¿Qué habría sido de él luego de la invasión de Ferth? ¿Lo habrían asesinado?

Algo le hacía creer que no. Ciego y viejo como estaba el pobre hombre, parecía que nunca moriría. Tal vez volvería a encontrarlo algún día, y el anciano le contaría a su pequeño hijo o hija, las historias que tanto le gustaban a Ions de niño.

Transcurrió otro mes de viaje hasta que comenzó a ver las Mil Islas, todas las pequeñas montañas que rodean los montes ardientes de Thorv.

La temperatura allí se sentía mucho más que en Mosela. En una actitud previsor, Ions ya no llevaba puesta la armadura de Elliot, — la cual había escondido en la barca — sino que ahora usaba unas largas túnicas, los ropajes típicos de Mosel y las ciudades del desierto. Prendas diseñadas para mantener a quien las utilizó, lo más fresco posible.

Unos días después de avistar las Mil Islas, vio en el horizonte las comarcas que rodean a Thorv: Iburan, Otusic y Odivor. Todas nombradas en honor a las grandes familias dragontianas que residían allí. Tuvo que desviarse un poco y pasar alrededor de ellas para llegar a Thorv.

Le agradeció de corazón al difunto Michael Windsword por crear el mapamundi de Gaia, de lo contrario se hubiera perdido sin remedio en aquel laberinto de rocas y volcanes.

Cuando logró llegar Thorv, dejó el barco amarrado a una roca con forma de colmillo. Los dragontianos tenían un pequeño puerto en el corazón de la montaña, pero no podía llegar allí sin avisar o sería tomado como una gran ofensa.

Apenas puso un pie en la tierra de las llamas, notó dos cosas: la primera era que el suelo bajo sus pies calentaba la suela de sus zapatos. La segunda, que dos dragontianos surgieron del otro lado de las rocas y salieron a su encuentro.

— ¿Quién eres? — preguntó uno de ellos con voz gutural.

— Ions Wintersoul, príncipe de Ferth — respondió Ions sin amedrentarse.

Los dragones se miraron entre ellos, parecían reconocer el nombre.

— ¿Con quién está tu lealtad? — preguntó el otro guardia.

— Con mis amigos y con mis aliados — dijo Ions al cabo de unos momentos.

— ¿Y quién es tu amigo aquí?

— Zhepher Wylf — respondió Ions, mientras acercaba su mano al mango de su espada.

Los guardias bajaron sus armas y cambiaron sus expresiones. Seguían con unos rostros cautelosos pero no se comportaban con hostilidad.

— Síguenos — le dijeron a Ions.

Mientras caminaba detrás de ellos, el príncipe miraba constantemente a su alrededor.

La isla tenía un anillo de montañas que separaba la costa del corazón de Thorv. En el centro, un solemne volcán se elevaba como una torre hacia las nubes y se erigía desde el suelo rodeado por un sendero en espiral que llegaba hasta la cima.

La cúspide del volcán era la entrada a la ciudad de Sulufar, donde residían todos los dragontianos.

Ions nunca podría ver aquella ciudad, pues sin la ayuda de una hechicería muy poderosa, las elevadas temperaturas lo hubieran convertido en un puñado de cenizas.

Los guardias dragontianos lo llevaron por los caminos que atraviesan la montaña. Luego de unas horas de profundo silencio y miradas de desconfianza, emergieron del otro lado del perímetro.

Ions se sintió diminuto frente a las enormes montañas que lo rodeaban, inmensos muros de

roca se alzaban a su alrededor de él tapando cualquier horizonte. Quedo obnubilado al ver el Palacio de las Cenizas, una serie de terrazas y balcones superpuestos que dejaban un paso escalonado en la ladera de los promontorios. Desde los niveles más altos, la lava descendía en forma de arroyos que llegaban al suelo y caían en agujeros de piedra. De alguna forma, parecían volver a circular hasta la cúspide formando un ciclo interminable.

Todo el lugar estaba cubierto de flores rojas y arbustos carmesí. Era como si cientos de rubíes colgaran de los bordes de aquellos contornos de piedra negra, tallados con algún mineral que Ions no conocía y que parecía tener un color negro más oscuro que la noche.

Al llegar a las puertas, Ions sintió que se desmayaba por el calor. Aunque era muy orgulloso para demostrarlo, así que enderezó su espalda y reafirmó su postura, mientras seguía a los guardias a través del enorme umbral de la entrada.

— Considerate afortunado. Son pocos los hombres que han puesto un pie dentro del Palacio de las Cenizas—dijo uno de los guardias mientras su compañero se alejaba de allí. Ions intuyó que el otro guardia iría a buscar a Zhepher.

Al cabo de un rato Zhepher Wylf llegó frente a él.

Su apariencia no había cambiado en nada. Estaba un poco más alto, pero su rostro seguía igual y su apariencia seguía siendo en gran medida humana.

— Había llegado a creer que estabas muerto—le dijo al príncipe mientras le indicaba a su otro guardia que lo dejaran solo—. Este hombre es bienvenido en nuestras tierras —le dijo al soldado.

— Parece que eres alguien importante por aquí—dijo Ions mientras miraba al guardia retirarse.

Zhepher esbozo una expresión de contrariedad.

— Desde la muerte de Srednid la autoridad es un asunto complicado aquí en Thorv.

— ¿Qué quieres decir?

— Srednid tuvo cuatro discípulos y no llegó a elegir a su sucesor antes de morir. Ahora tenemos cuatro candidatos para un solo puesto— Zhepher suspiró agotado —. Y cada dragontiano tiene su candidato favorito.

— ¿Entonces tendrán una guerra para decidir al nuevo rey?

— Ese es el proceder de los humanos—dijo con un tono condescendiente —. Nosotros nos dividimos. Uno en cada isla y cada uno es patriarca de su isla. Esperamos separados hasta que el gran Tharos elija al sucesor de Srednid. Solo entonces, nos volveremos a unir.

— Srednid te hubiera elegido a ti—dijo Ions con total sinceridad.

— A esta altura, eso ya no importa—respondió el dragontiano con brusquedad.

— Entonces no tienes ninguna autoridad...—el príncipe no pudo evitar mostrar cierta desilusión.

— No más que la que tiene un hombre sobre aquellos que lo respetan.

Ions guardó silencio. Había venido a pedir parte del ejército de los dragontianos, solo para enterarse que no existía ningún ejército para solicitar. Todos estaban separados, cada uno en su isla, cada uno en su mundo.

Zhepher miró a Ions a través de sus ojos color rubí, cuando finalmente habló, parecía haberle leído los pensamientos.

— Si quieres la ayuda de mi pueblo, no es conmigo con quien debes hablar—guardó un minuto de silencio y dirigió su mirada a un pasillo del palacio—. Es a nuestro dios al que debes dirigirle la palabra. Solo él puede ordenar que todos los dragontianos marchen a la

guerra.

— ¿Te refieres a Tharos? — Ions sintió como sus músculos se tensaban. El gran Tharos era el último espécimen de un dragón puro en existencia.

Zhepher asintió. Sus ojos eran una niebla carmesí, que no mostraban cierta inquietud.

— ¿Te sientes persuasivo Ions? Espero que sí... Pues conmovier a un dios no es tarea sencilla

— Ions caminó hacia el pasillo que Zhepher había observado, se volteó y le dijo con total confianza.

— Tal vez no llegue a conmovierlo, pero seguro que lograre asombrarlo—aseguró mientras se alejaba por el corredor. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Zhepher, mientras se disponía a acompañarlo. No hablaron durante todo el camino, hasta que finalmente llegaron hasta una gran bóveda de roca, con un muelle y varios barcos.

— Hay varias cuevas como estas detrás del palacio—aseguró Zhepher con suficiencia—. Elige la barca que quieras, el viaje no es largo.

— ¿Adónde vamos exactamente?

— Al noroeste de aquí, hacia el Paso del Dragón. — Ions se llevó la mano a la bolsa que colgaba de su cinto, pero Zhepher lo interrumpió — No lo busques en tus mapas...No aparecerá.

Ions tragó saliva, infló el pecho y se subió a la barca que más cerca tenía, a sus ojos eran todas exactamente iguales. Zhepher tomó el timón y lo llevó por un pequeño canal, hasta que finalmente salieron de la isla. Dos guardias custodiaban la puerta, y se mostraron asombrados al verlos. Pero solo se limitaron a saludar a Zhepher y no realizaron comentario alguno.

Solo tardaron algunas horas en llegar hasta el Paso del Dragón. Poco antes que cayera la noche, vieron como el horizonte se llenaba de islas, formando una ruta de navegación. Mil islas a la izquierda, otras mil a la derecha, y en el medio un sendero vacío parecía darle la bienvenida a uno de los lugares más inhóspitos para un ser humano.

— Me gustaría decirte, que siento mucho lo que paso con tu maestro—el príncipe llevaba un tiempo intentando formular aquellas palabras.

Zhepher se quedó en silencio unos segundos, con la mirada fija en el timón.

— ¿Sabes que murió en Ferth? — Zhepher le había mencionado la muerte de Srednid, pero no sus circunstancias.

— Me lo dijo Thomas. Cuando me contó todos los detalles del día de la invasión—se quedó mirando las olas que danzaban en calma y agregó con la mirada de soslayo—. Lamento mucho lo sucedido...

Zhepher clavó la mirada en las estrellas y soltó el timón, dejando caer sus brazos, como si la fuerza se escapara de sus manos—. La paz nunca es una meta, la paz es un camino. Felizmente doy mi vida por tu futuro y por el sueño que compartí cuando era joven, con mi mejor amigo.

Ions escuchó en silencio mientras el dragontiano recitaba las últimas palabras de su difunto mentor.

— ¿Quién era su mejor amigo? — preguntó finalmente

— Un humano—se dio la vuelta y miró a Ions a los ojos —. Un antepasado de tu familia.

Ions se quedó sorprendido. Sabía que Srednid tenía más de quinientos años, así que podía ser cualquier antepasado que fuera capaz de recordar.

— ¿Y cuál era el sueño que compartían? — preguntó intrigado.

Zhepher sonrió mientras se daba vuelta y volvía a tomar el timón.

— Soñaban lo mismo que soñamos todos—terminó la frase como si fuera un susurro, un secreto—. Encontrar el camino.

Una hora más tarde las vio con sus propios ojos. La Montaña de la Redención, La Cuna de las Llamas Eternas, hogar del gran dragón negro, Tharos, el último Guardián del Tiempo.

Más al norte y detrás de esos montes, está la tierra de los muertos, o así le dijo una vez el Viejo Halcón. Allí donde sufren para siempre las almas de los condenados, donde el suelo es arena blanca y la noche es eterna y las estrellas opacas: el reino de Vall Heithz.

Tharos guarda la entrada a esa comarca perdida, por eso mismo, nadie jamás la ha pisado en vida. Pues el dragón, una criatura común en los años del silencio, es un dios en el mundo actual. El último de una especie olvidada. Padre de toda una raza de seres inferiores e incompletos, los dragontianos.

Llegaron a la Montaña de la Redención y dejaron el barco en un pequeño banco de arena que había cerca de la entrada. Frente a ellos se alzaba una gran puerta de acero negro, tallada con un enorme sol de granate con rayos de oro. Alrededor del cual orbitaban seis dragones tallados en el pórtico y decorados con ojos de rubí.

Zhepher empujó la puerta con un esfuerzo titánico sin ningún resultado. Ions lo ayudó pero tampoco surtió ningún efecto. De pronto se movió la tierra bajo sus pies, acompañada de un sonido desgarrador, como el de un trueno en el horizonte. El temblor les hizo perder el equilibrio, terminaron los dos de rodillas en el suelo. Ions tomó el mango de Silfarión, la Espada del Cuarto Viento, pensando que el peligro acechaba.

Cuando levantó la cabeza, se dio cuenta que la puerta estaba abierta, y que detrás del umbral corrían ríos de fuego y océanos de lava. Aunque podía verlos perfectamente, no sentía el calor. Era como si todo aquello que existía más allá de esa puerta, no fuera real.

En el medio de un océano de magma, reposando en una enorme roca ovalada una monstruosidad de color negro yacía inerte y expectante.

Los observó en silencio mientras pasaban al interior del volcán y la puerta se cerró produciendo un estallido a sus espaldas. El piso volvió a temblar y estuvieron cerca de caer de nuevo.

Frente a ellos estaba la magnificencia de Tharos. Incluso Zhepher estaba sorprendido, pues nunca había tenido la oportunidad de visitarlo, o mejor dicho, nunca había tenido una excusa. Ahora lo tenía ante sus ojos y le infundía una mezcla de miedo y respeto.

Las alas de la bestia eran de una oscuridad (no tenían contornos, parecían la proyección de una sombra que brotaba de sus espaldas) profunda como la penumbra de la noche, estaban plegadas sobre su interminable espalda. La criatura era casi tan grande como la misma montaña; con cuatro patas tan altas como los faros de Senaga, y garras tan largas como el cuerpo completo de Ions. Todo cubierto con dos capas de escamas: una capa más ligera y una segunda más gruesa cuyos fragmentos parecían dagas de acero oscuro, afiladas y peligrosas. Su cráneo era más grande que un carruaje y sus ojos cambiaban de color según él lo dispusiera—en aquel momento brillaban con un azul profundo—.

— ¡Gran señor de las flamas eternas! —dijo Zhepher mientras se ponía de rodillas—.

Traigo ante usted al rey de los hombres, Ions Wintersoul. Él llega ante usted implorando un momento de su atención, pues trae consigo una súplica de ayuda.

En ningún momento el dragón abrió la boca o realizó algún gesto. Tras unos instantes de

sepulcral silencio, sus fosas nasales expiraron, y liberaron sobre ellos un vendaval.

Segundos después, escucharon en sus oídos palabras.

Aunque el dragón seguía quieto y con la boca cerrada, parecía poder hablar solo con el poder de su mente, proyectando sus designios a las mentes ajenas.

— ¿Wintersoul?...Han pasado algunos años desde la última vez que escuche ese nombre— en la mente de Ions solo hubo silencio por unos instantes y luego el dragón dijo—. Habla humano.

Ions se arrodilló con cierta rigidez, estaba experimentando una enorme tensión.

— Me presento hoy ante usted, gran señor de las flamas eternas. Pues vine a esta tierra en busca de una promesa que los dragones realizaron con los demás imperios de Gaia. Se realizó el juramento de protegernos los unos a los otros en caso de una amenaza mayor. Ahora el Clan de la Luna ha vuelto, y solo pido que se cumpla lo prometido.

— No tenemos ningún juramento que cumplir— La voz del dragón sonó clara en su cerebro, Zhepher también lo escuchó.

— Pero los dragones firmaron un juramento— protestó Ions con cierta inseguridad.

— ¡Yo soy el único dragón! —el príncipe sintió como si alguien le golpeaba el cerebro con un martillo—. Y yo no he prometido nada a ningún hombre. Los dragontianos prometieron una alianza, no yo. Srednid firmó un pacto, no yo— Ions ya había perdido cualquier esperanza de obtener ayuda—. Ahora Srednid está muerto y su pacto ha muerto con él.

— Esto no es un problema solo de Ferth, es un problema de Gaia. ¡Estamos juntos en esto!

— Ions sentía que estaba todo perdido, pero había llegado tan lejos que se propuso insistir.

— Tu reino perdido no es mi problema humano—sentenció Tharos—. Cuando llegue el momento, saldré de mi letargo y el Clan de la Luna se reducirá a cenizas. Si los humanos siguen vivos para cuando decida levantarme. Ese no es mi problema.

— Señor — intercedió Zhepher —. Yo también estuve presente cuando se firmó ese pacto. Fui el único de los discípulos de Srednid en estar presente. Es mi juramento también. Permítame honrarlo.

— Has lo que deseas...—Tharos se escuchaba aburrido—Ve y lucha una guerra que no te incumbe, muere en soledad en una tierra que no es la tuya. La elección del nuevo patriarca me será más fácil con un candidato menos.

— Señor, le pido que espere mi regreso antes de decidir eso. No presuponga mi muerte

— Jamás presupongo, si mueres lo sabré. Yo cree a los dragontianos, y se cómo y cuándo mueren cada uno de mis hijos.

Zhepher asintió con la cabeza gacha. Ions se sentía subyugado completamente ante el inconcebible poder del dios de los dragones. Muy a su pesar, la decisión estaba tomada. Solo quedaba volver a casa sin la ayuda de los dragontianos, o al menos eso creyó, hasta que dejaron el Paso del Dragón y regresaron a Thorv. Cuando Zhepher anunció a sus seguidores que partiría a la batalla para honrar los juramentos de Srednid Vhastar, los dragontianos que escucharon esas palabras elevaron sus voces para vitorear al joven Wylf y los cinco clanes más importantes de la isla prometieron acompañarlo a él y a Ions.

Unos días después, partieron desde Thorv tres barcos de dragontianos con rumbo al puerto de Uferith. Allí, los ejércitos de Mosel esperaban la llegada del príncipe.

Tardaron tres meses en llegar al puerto. Al llegar Ions descendió por la tablada y puso manos a la obra con la intención de organizar a todos sus soldados.

La misma noche de su llegada envió tres aves mensajeras a todos sus aliados. Uno a Filio en Senaga, otro a William en Gargata y la última a Galendash en Sevalthia. Les otorgaba un mes para realizar los últimos ajustes, pues él mismo necesitaba tiempo para conocer a todos sus nuevos generales, los líderes de los Escorpiones Negros.

Una vez transcurrido aquel mes, los barcos zarparon desde Uferith. Al mismo tiempo que todos su aliados se movilizaban en distintos puntos del mundo.

Esa misma noche, Ions no pudo dormir. Estaba tan cerca de su tierra que casi podía sentirla. El viento le susurraba al oído una canción. Una canción que clamaba el retorno del legítimo rey, el regreso del verdor a los prados, de los árboles con frutos dorados, del cuarto viento a los campos.

El regreso de la Tempestad.

El acero eterno:

Luego de cinco años de ausencia, Ions regresó al continente de Odaria. En una fría tarde de abril desembarcó en las costas de Leveron, muy lejos de cualquier pueblo o ciudad.

Frente al príncipe se alzaba un horizonte de polvo y cenizas. El contraste entre la actualidad del paisaje y los recuerdos que Ions tenía en su mente, resultaba abismal.

En otros tiempos, Leveron era una extensión de verdes prados donde fluían tres ríos e incontables arroyos. Antes las aguas alimentaban los maizales y las cosechas descendiendo como cascadas hacia el mar, por medio de praderas escalonadas y cubiertas por un arcoíris de flores.

Gran parte de la comida que consumían en Ferth les llegaba desde Leveron. Allí los aldeanos labraban la tierra con mano gentil, como si de una amante se tratase, y la tierra era una criatura agradecida que les devolvía aquel cariño en forma de abundancia.

<<Nada es igual, tal vez jamás vuelva a ser igual>>, pensó Ions mientras miraba a su alrededor con desamparo. El pasto ya no era verde, el cielo ya no era azul, los ríos estaban secos y las flores no eran más que polvo en el viento.

Algo en la tierra atrajo la atención del príncipe.

<< ¿Cristales...?>> No había nada en el suelo, todo estaba marchito y carecía de vida. Sin embargo cientos de cristales violáceos poblaban el suelo.

Ions se acercó para observarlos: brillaban intensos con un tono espectral y resultaban cálidos al tacto. Estaban por doquier y se ramificaban formando complejas figuras, cual miles arbustos translucidos que surgían de la tierra.

El príncipe se preguntó que serían esas cosas y que utilidad tendrían, jamás había visto algo semejante. No tardó mucho en entender que no obtendría ninguna respuesta mientras siguiera allí en la costa. Agrupó a sus soldados y envió a sus tropas de reconocimiento a explorar las cercanías, mientras el resto del ejército se mantenía en la costa preparándose para marchar tierra adentro.

Los exploradores regresaron luego de una hora y entregaron sus reportes: No había enemigos, ni señales de vida cerca de allí, exceptuando el pueblo de Ilikir al Noreste de la costa.

Las tropas marcharon rumbo al pueblo con el príncipe al frente, caminando varios metros por delante, escoltado por un grupo de Fantasmas de las Dunas y algunos lanceros.

Al llegar cerca del pueblo tomaron medidas cautelares: se adelantaron en pequeños grupos y observaron la escena. El ejército de Ions se quedó detrás de una escarpada colina, mientras el príncipe y Zhepher se acercaban a observar.

El pueblo de Ilikir estaba infestado con caballeros negros. Algunos de ellos, montaban a los fenrirs, —los enormes lobos oscuros— y se mantenían al margen observando como un grupo de soldados humanos —no más de diez— que portaban la armadura de la Legión del Viento blandían látigos en contra de su propia especie.

Los azotes caían como gotas de lluvia sobre la espalda de los aldeanos. Hombres, mujeres y niños trabajaban sin descanso y sin piedad. Abocados a realizar una faena interminable, la de minar sin respiro los extraños cristales que Ions había notado anteriormente.

Los cargamentos de aquel material eran acarreados por caballos demacrados con rumbo a la

capital y cuando los esclavos finalmente desfallecían, los caballeros oscuros se acercaban a extinguir sus vidas. No había contemplación alguna para los niños ni las mujeres. Eran forzados a trabajar de la misma forma y recibían los mismos azotes, de forma constante, hasta que llegara el fallo y, inevitablemente, la muerte.

Ions sintió un ardor en el pecho, que lo inducía a perder toda compostura.

<<Cuanta gente ha muerto de esta forma, cuanta a lo largo de estos años>>, pensó.

Todos esos soldados habían realizado un juramento y alguna vez habían defendido a la familia real, pero ahora azotaban a su propio pueblo y se reían del sufrimiento de mujeres y niños.

<<No son más que animales>>, cada azote que descendía sobre su gente le dejaba un sabor a hierro en la boca. La imagen en su conjunto le producía un nudo en la garganta, como si estuviera masticando un puñado de telarañas que le impedían respirar.

Le indicó a Zhepher que lo acompañara. Juntos descendieron de la colina y se reunieron con el ejército. Llamó al comandante de los Escorpiones Negros y al de los Fantasmas de la Dunas. Tomó a Silfarión con fuerza por la empuñadura y se dio cuenta que en todo este tiempo nunca la había probado en batalla.

— General, marcharemos ahora mismo. Todas las tropas arrasarán el pueblo a mi señal— dirigió su mirada hacia el pueblo —. No lastimen a ningún aldeano. Tomen a dos o tres prisioneros humanos. Cualquier otra criatura que respire, la quiero muerta.

Aquella tarde de abril Ions arrasó la aldea de Ilikir.

Peleó en la vanguardia con Silfarión en sus manos y la espada se desplazó rápida como el viento, ligera como una pluma. Era algo formidable, una extensión de su brazo, un fragmento de sus sentidos. Los soldados oscuros no pudieron más que perecer frente a la magnificencia de su espada y la enormidad de su talento.

Los enemigos fueron superados ampliamente. Los soldados de la Legión del Viento quedaron petrificados al ver a Ions irrumpir en la aldea como si fuese un fantasma. El príncipe se encargó personalmente de aquellos hombres, perforó sus pechos con certeras estocadas y los hizo morir lentamente. Aunque nada podía quitarle la rabia que lo asfixiaba y a pesar que el sufrimiento de los traidores no arreglaría lo ocurrido. Había cierta satisfacción que devenía de su accionar, la misma que siente un hombre luego de enmendar algo que estaba roto.

Los cuervos demoniacos que descansaban sobre los tejados emprendieron vuelo apenas comenzó la batalla. Volaron con rumbo a Ferth para llevar la palabra hasta el trono del usurpador, para graznar ante los oídos de la oscuridad y transmitir la noticia de que el legítimo rey había vuelto.

Al cabo de una hora toda criatura impía había muerto en aquella aldea.

Los aldeanos por fin estuvieron libres y sus cadenas estuvieron rotas tras cinco años de esclavitud. No tardaron en reconocer el rostro de su rey, a pesar del tiempo que había pasado y a pesar de la cicatriz que cruzaba su rostro. Se arrodillaron ante Ions y murmuraron maravillados: el último Wintersoul estaba de vuelta, regresaba vistiendo la Armadura de la Noche Blanca, llevaba en su cintura a la legendaria Silfarión y lo acompañaba un ejército más vasto que el océano Septentrional.

El pueblo entero volvió a clamar su nombre y Ions sintió que una responsabilidad enorme lo unía a ellos. <<Me corresponde devolverles la tierra que han perdido, regresar el tiempo a épocas más gentiles>>, pensó mientras su pueblo lo vitoreaba.

Aquel día y mientras Ions era aclamado por los aldeanos, Luna dio a luz a un precioso niño varón. Un pequeño que portaba los ojos de su padre y el bello rostro de su madre. Un nuevo

heredero del linaje Wintersoul, que llegaba al mundo en el mismo día que su padre regresaba al continente de Odaria, el mismo día en que utilizaba a Silfarión por primera vez en contra de sus enemigos.

A partir de aquella tarde, comenzó un año plagado de batallas. Donde Ions lideró a sus hombres para lograr el control total de Leveron.

Luego de liberar Ilikir, el príncipe interrogó personalmente a los traidores que fueron capturados.

Los prisioneros fueron torturados uno por uno dentro de un enorme granero que había en el pueblo.

Ions le pidió al general de los Fantasmas que lo ayudara a obtener las respuestas que buscaba, pues todos los Fantasmas de las Dunas eran entrenados para realizar interrogaciones efectivas.

Zhepher se mantuvo a su lado y lo acompañó en el proceso.

Los dos primeros soportaron la tortura con un temple de hierro, no soltaron ninguna información relevante y murieron antes de hablar. El tercero era mucho más joven—tenía casi la edad del príncipe— y ellos esperaban que su voluntad no fuese tan fuerte.

Ions irrumpió en el granero, empujó las puertas con un golpe seco. Zhepher y el general de los Fantasmas ya estaban allí para empezar a interrogar al último prisionero.

— ¿Sabes quién soy, soldado? — preguntó Ions elevando su voz en forma estridente.

El prisionero observó al príncipe y se detuvo a contemplar la cicatriz en su rostro. Respondió con actitud petulante.

— Eres Ions Wintersoul — apenas entregó esa respuesta Ions miró al general de los Fantasmas e inclinó su cabeza. El prisionero recibió un violento golpe en la mandíbula.

— ¡Yo soy tu rey! — clamó Ions con una actitud suntuosa —. Y no le mentaras a tu rey...

— Mi rey es Riudan Klein — dijo el legionario, y recibió otro golpe sin necesidad de que el príncipe diera la señal.

— Riudan Klein... Ese es un nombre que me interesa escuchar — Ions caminaba de un lado a otro y no miraba al prisionero a los ojos, era mejor actuar de esta forma, la rabia que sentía podía entrometerse en la interrogación—. ¿Dónde está ese viejo traidor?

— No diré nada — Sus palabras no eran tan férreas como las de los soldados anteriores. Su voluntad podía ser quebrada.

Ions sonrió apenas atisbó cierta inseguridad en el prisionero, Zhepher tomó un cuchillo y se realizó un corte en la palma de su mano. Las flamas que corrían por sus venas surgieron tímidamente y él las manipuló para calentar la hoja del puñal. Luego se la cedió al general de los Fantasmas para que lo utilizara sobre el cautivo. El temor brillaba pleno en los ojos del legionario y el dolor se reflejó en su rostro cuando la hoja se internó en su pierna. Cada vez que la hoja perforaba su cuerpo, la lengua del prisionero se ablandaba un poco más. Después de algunas demostraciones de dolor, el prisionero suplico piedad y comenzó a hablar.

— ¿Dónde está Riudan? — preguntó Ions

— En Ferth, en el trono, liderando la ciudad— el soldado hablaba con la voz quebrada, al borde de las lágrimas.

— ¿Dónde están el cónsul Christopher Arcadain y el huérfano Lúcian Haragraf? — el príncipe continuó interrogando.

— Arcadain está en Asgard... No sé dónde está el huérfano— prosiguió un incómodo silencio, al no obtener respuesta el joven sintió miedo— ¡Lo juro! — exclamó aterrado.

Decía la verdad, puesto que dijo lo mismo que Ions había escuchado durante la guerra en Gargata.

— Quiero que me hables sobre las defensas de Ferth... ¿Qué cambio en últimos años?

El prisionero le entregó muchos detalles, pues creía que de esta forma lograría salvar su propia vida.

Ferth había producido más cañones en los últimos años, estaban empotrados en los muros de la capital. En las almenas, se colocaron unos enormes cuencos para lanzar aceite hirviendo desde las alturas. También se habían multiplicado la cantidad de arqueros que patrullaban los muros.

La ciudad de Ferth estaba bajo el mando de Riudan Klein, aquel que años atrás fue subcomandante de la Legión del Viento y según el prisionero, no había civiles dentro de la ciudad, solo demonios y legionarios.

— ¿Que son esos cristales que crecen en la tierra? — Ions realizó la pregunta con una expresión sombría.

— No lo sé...— Ions dio la seña y otra vez el prisionero recibió un golpe —. ¡Creo que son almas! —gritó desesperado — ¡No lo sé, solo sigo ordenes! ¡Lo único que sé, es que crecen en los lugares donde han muerto humanos y caballeros oscuros por igual!

— ¿Y porque los aldeanos los recolectan!? — Ions perdió la compostura y golpeó al prisionero en el rostro.

— ¡Christopher Arcadain exige que enviemos los cristales hacia Asgard! —profirió atormentado—No sé para que los utiliza...— agachó la cabeza suplicando piedad.

— ¿Eso es todo? — el príncipe sintió que faltaba algo.

— Algunos cristales los usan en Ferth— susurró esperando obtener piedad—. Si uno utiliza la luz que emana de ellos, las cosechas florecen incluso a puertas cerradas. En la capital se alimentan de esta forma.

Ions quedó conforme con la información. Se limitó a realizar una última pregunta.

— ¿Riudan sabe algo acerca de la red de túneles que hay debajo de Ferth?

El prisionero lo miró desconcertado.

— ¡Los túneles de la realeza, soldado! ¡Has escuchado algo al respecto!

— ¡No! —exclamó— ¡Nunca nadie mencionó algo así!

— Es bueno saberlo...—dijo Ions satisfecho—. Gracias soldado, la información que me ha proporcionado resultara muy útil.

El príncipe le pidió a su general que liberara al prisionero y el legionario cayó al piso de rodillas mientras suspiraba aliviado.

— Gracias por perdonar mi vida, señor — susurró el hombre.

— No me agradezcas...Tu ofensa no es hacia mí, sino que es hacia el pueblo—se acercó hasta las grandes puertas del granero y las abrió de par en par—. Entréguenselo a los aldeanos. Veamos si ellos lo perdonan...

Ions abandonó aquel lugar mientras el legionario imploraba misericordia completamente abatido.

El príncipe no sintió nada, las cosas que había visto debilitaban cualquier intención piadosa que pudiera llegar a surgir en su corazón.

Durante los días siguientes comenzó el avance de las tropas por Odaria y Ions marchó de ciudad en ciudad recuperando sus feudos. Mientras el lideraba los ejércitos en el Oeste, Galendash hacía lo mismo en el extremo contrario del continente.

Por su parte, Galendash llevaba luchando en Odaria por casi un año previo al arribo del

príncipe.

La totalidad del continente se volvió un campo de batallas y los conflictos armados existían en cada frontera. Los ejércitos se encontraban a campo abierto, fortalezas eran sitiadas y tropas enteras huían cediendo terreno. Transcurrió un año plagado de batallas.

Lentamente el cielo volvía a tomar color, tantas sombras vencidas parecían debilitar el sentimiento de opresión en el aire. Algunas flores volvían a nacer tímidamente en los prados y los cristales violáceos estallaban en añicos con el paso del tiempo.

Los ejércitos de Ferth escuchaban las noticias, pero Riudan no pensaba enfrentarse a campo abierto. Por el contrario, cerró las puertas de la capital, tomó todas las provisiones posibles y se preparó para resistir el tiempo que hiciera falta.

Finalmente, todas las interminables pugnas en cada frontera se redujeron únicamente a la conquista de Anka. Todas las tropas enemigas se refugiaron allí, tras perder sus respectivos territorios.

Para aquel entonces, todas las demás naciones estaban liberadas de sus cadenas. Leveron, Sevalthia, Las Estepas del Fulgor, el Cañón Lunar y Blackwell hondeaban el estandarte de los Wintersoul.

Aunque para reclamar nuevamente el control, todavía restaba una nación importante. La ciudad de Anka era el puerto más grande de Odaria y todos los retazos de los ejércitos oscuros se escondían tras los muros de aquella ciudad.

Si el puerto caía, podrían marchar tranquilos hacia las puertas de Ferth, pues todo el extremo Este del continente estaría a salvo.

Ions tomó a los soldados de Mosel junto a los dragonianos y marchó hacia Anka desde el Oeste. Galendash hizo lo mismo desde Blackwell y las tribus de las estepas cruzaron el Cañón Lunar y atacaron los muros desde el Norte.

Todos los ejércitos terminaron por converger en las puertas de Anka.

La ciudad terminó sitiada por los tres confines.

Los ejércitos esperaron acechando las puertas, pero no se acercaron, era importante no perder soldados innecesariamente. Ellos sabían que llegaría el momento en que Anka no podría esconderse y no tendrían hacia donde correr. Decidieron Levantar un campamento cerca de la costa y permanecieron allí por varios días, hasta que una mañana, horas antes del alba, fueron atacados.

Todas las tropas que se habían reagrupado dentro de la ciudad arremetían contra ellos amparados por las tinieblas de la noche.

Se debatieron durante horas con la multitud de caballeros oscuros que continuaban llegando. La playa se llenó con el humo del fuego y la arena sintió el cálido beso de la sangre, mientras el ruido de las grebas y galope de los caballos se propagaban a través de la costa.

Los Fantasmas de las Dunas aprovecharon el caos del momento y se separaron del ejército, para escabullirse en la ciudad de Anka.

Finalmente, rompió el alba y el océano despertó trayendo consigo la bruma.

Entre la niebla se avizoraba una línea negra de infinitos puntos, que marcaba el límite entre el océano y el cielo. Ions sabía que cada punto de la línea, era un barco. Incontables galeras al servicio de la alianza, que llegaban esa mañana a las costas de Anka provenientes de Senaga.

La mayoría de las embarcaciones, arribaban a la costa, aunque algunas intentaban ingresar directamente en los puertos de Anka.

Las tropas enemigas se replegaron e intentaron correr hacia la ciudadela, pero los Fantasmas

ya habían entrado allí y las puertas estaban abiertas.

Los ejércitos oscuros entraron incautos a una emboscada, y cuando quedaron atrapados en una ciudad sin defensas, un río de espadas cayó sobre ellos.

Mientras los enemigos perdían su voluntad, Ions se dirigió al puerto en busca de Filio Roberti y William. En el camino se encontró con muchos soldados ferthianos, que portaban armaduras con el escudo del León y que se arrodillaban a medida que el príncipe pasaba frente a ellos.

En algunos rincones de la ciudad, todavía había algunas sombras que buscaban morir luchando, pero en general el combate ya había terminado.

El joven Wintersoul se llevó una sorpresa al encontrarse en su trayecto con un aliado inesperado. Thomas Vaine estaba allí junto a las tropas ferthianas, cruzando espadas mano a mano con un enorme caballero negro. Los soldados de Ferth habían hecho un círculo alrededor y observaban expectantes. Thomas llevaba una espada en su mano izquierda, al parecer había aprendido a usarla, aunque lo hacía con torpeza. Sin embargo, lo más notorio era su mano derecha: allí donde antes había un muñón, ahora surgía la hoja de una espada corta, unida a su antebrazo por un guantelete de hierro.

Thomas logró derrotar a la sombra y sus soldados lo vitorearon. Luego de terminar la batalla la hoja se escondió en el guantelete y solo quedó a la vista un muñón de cuero.

Ions se acercó hasta ellos y los soldados se arrodillaron al verlo. Thomas tardó unos segundos en notarlo y luego se arrodilló también.

— Señor, como usted me pidió. Aquí están todos los ferthianos exiliados. Todos fieles a la corona— dijo con la mirada fija en el piso.

— No pensé encontrarte en la batalla —respondió el príncipe.

— Gracias a William, podre pelear por usted esta guerra—Thomas contempló el muñón de cuero con una extraña sonrisa.

— Los gargatienses tienen mentes muy ingeniosas—Ions se alegró por su amigo. Sus ojos mostraban más fortaleza que la última vez que se vieron.

Thomas asintió en silencio mientras los aliados llegaban desde todos los confines.

Galendash apareció en la escena con algunos de sus generales. Al igual que William, quien había descendido de los barcos, con Filio a su diestra.

Allí en la ciudad de Anka, el ejército estuvo completo.

Más de cien mil soldados bajo las ordenes de la Alianza del Sol: veinte mil Escorpiones Negros de Mosel mas mil quinientos Fantasmas de la Dunas, cuarenta mil exiliados ferthianos y quince mil gargatienses; mil quinientos dragontianos, veinte mil soldados de Sevalthia y siete mil hombres pertenecientes a las tribus de las estepas.

Pensando en un asalto a la capital, Filio Roberti tomó posesión de algunos Escorpiones Negros y zarpó con una fracción de su flota. Tenía la misión de mantenerse cerca de Ferth para irrumpir en el momento de la invasión.

Unos días después, el resto del ejército partió por tierra desde Anka hacía a Risco Plateado. Tras liberar aquella nación, siguieron con rumbo al Oeste. La marcha fue lenta y le tomó a Ions tres meses más de su vida. Pero finalmente arribó a las puertas de su antiguo reino completamente consiente de que allí era el único lugar donde quedaban enemigos.

Si tiraban abajo las puertas y teñían los empedrados de sangre, Odaria sería su hogar nuevamente.

Riudan se sentía seguro detrás de las enormes murallas de Ferth. Sabía perfectamente que si Ions lideraba a todo su ejército a embestir las puertas, los arqueros desde las almenas liberarían

sobre ellos una lluvia de flechas y los guardias les lanzarían aceite hirviendo desde los grandes cuencos. No había garantía alguna de que lograría derribar la Puerta Negra antes de perder más de la mitad de su ejército. Si disparaban los nuevos cañones de William contra los muros, ellos harían lo mismo con los suyos, pues tenían algunos, tal vez más grandes y más lentos pero aun así, eran armas peligrosas que permanecían montadas sobre los contornos de la capital.

No podía abrir fuego en primera instancia, de lo contrario perdería muchos hombres.

Ions ya no era tan vehemente. Sus viajes y todo lo que había perdido lo habían forjado en un hombre mucho más cauto que aquel niño impetuoso que solía ser.

Riudan pensaba poder soportar meses, incluso años de asedio, lo suficiente para que la moral de las tropas de la Alianza se viniese en picada, pero había cosas que el usurpador desconocía de aquella ciudad en la cual depositaba ciegamente sus esperanzas de perdurar.

Los túneles que Ions había utilizado para escapar años atrás, seguían disponibles para aquel que tuviese la llave real, para aquel que fuera el verdadero amo y señor del reino.

En ese mismo momento en que el inmenso ejército de Ions descansaba en las altas colinas, observando el reino desde lejos. Thomas y todos los Fantasmas de Mosel se desplazaban por los túneles subterráneos. Tarde o temprano, por un camino u otro sus hombres entrarían en la ciudad.

Mil quinientos Fantasmas de Mosel capaces de tomar la vida de un soldado y adoptar su identidad en un instante, de forma imperceptible.

Ions depositaba toda su confianza en la infiltración que estaba liderando Thomas. Mientras esperaba, le indicó a William y a Galendash que se comenzaran a organizar a las tropas.

En ese mismo momento, cerca del río Esmeralda, Thomas abrió las puertas de los pasajes subterráneos y les indicó a los Fantasmas que ingresaran a los túneles.

Los caminos subterráneos estaban completamente a oscuras, con todas las lámparas de aceite completamente apagadas y sumido en un sepulcral silencio.

Tenían que proceder con suma cautela, encendiendo las flamas una por una, manteniendo el recaudo, ante la inminente posibilidad de encontrarse con alguna criatura desconocida.

Cuando se adentraron un poco más, comenzaron a escuchar ruidos extraños. Agudizaron el oído mientras tomaban sus espadas, llegaron a percibir unos agudos chillidos unos metros más adelante.

Thomas dio la señal y un Fantasma lanzó su antorcha con fuerza hacia el fondo del túnel.

Cuando la luz alumbró el camino, Thomas sintió como se le helaba la sangre: una gran cantidad de monstruos se encontraban allí, suspendidos boca abajo en el techo del túnel.

Parecían ser murciélagos, aunque eran tan altos como una persona de mediana estatura y tenían cabezas similares a la de un lobo o un zorro de color negro. Sus alas eran escamosas, o así parecían bajo la tenue luz de la antorcha.

Las bestias reaccionaron violentamente ante la claridad del fuego, abandonaron el letargo y batieron sus enormes alas mientras comenzaban a avanzar.

Thomas gritó con todas sus fuerzas.

— ¡Corran hacia adelante! — las criaturas se abalanzaron sobre su cuerpo y él las repelió agitando bruscamente sus dos espadas.

Los fantasmas tomaron sus espadas cortas y corrieron detrás de Thomas. Muchos de ellos murieron presa de las bestias. Una vez que las criaturas mataban a uno de ellos dejaban de atacar y se preocupaban por devorar sus cuerpos.

Con gran esfuerzo se abrieron paso, corrieron desesperados dispuestos a tomar la primera salida que se presentara frente a ellos. Cada varios metros lanzaban una antorcha a medida que corrían, en un intento de descubrir otras bandadas de aquellos monstruos.

Estaban llegando a una salida cuando se encontraron con un segundo grupo.

Descubrieron que la luz de las antorchas resultaba más efectiva que las espadas. Las bestias dudaban en atacar cuando blandían una antorcha frente a ellas. Se quedaban batiendo sus enormes alas, completamente vulnerables ante una estocada frontal.

Thomas llegó hasta la reja que marcaba la salida del túnel, la abrió rápidamente y los Fantasmas fueron pasando lentamente del otro lado, luego la cerró y las criaturas quedaron atrapadas del otro lado. Por fin habían llegado al interior de la ciudad, habían perdido algunos hombres pero en su mayoría estaban sanos y salvos. Lo único que faltaba era infiltrarse en las almenas.

Afuera de la ciudad, Ions caminaba expectante al frente de su ejército, sin decir palabra alguna.

La armadura de la noche blanca lo resaltaba entre un océano de soldados vestidos con hierro y acero. La capa con bordes negros y dorados ondeaba libre ante el viento, dándole un aspecto majestuoso. William estaba a su derecha, Galendash a su izquierda, los dos lo observaban atentos.

El príncipe respiraba y exhalaba profundamente, aunque mantenía un aspecto de calma. Sabía que por aquellos momentos Thomas ya habría entrado en la ciudad. Estaba convencido que en ese mismo instante, en lo alto del muro, allí a lo lejos donde no alcanzaba a ver la vista, los arqueros en las almenas perdían sus voces y sus vidas ante el suave desliz del acero de los Fantasmas.

Sus soldados estaban ahora en el muro y con un simple blandir de sus daga, habían abierto las gargantas de los guardias, o tal vez los habían ahogado con dardos envenenados.

No importaba cual fuera el caso, lo importante era que sus enemigos perecían al mismo tiempo que eran remplazados, pieza por pieza por gente nueva, por gente leal.

Ions les pidió a sus comandantes que se acercaran. William, Galendash dieron un paso al frente.

— Pronto estarán en posición —la alegría de Ions no podía ocultarse. Apenas terminó de hablar, le indicó a William que tomara control de sus tropas.

Los ferthianos liderarían la vanguardia, esta era su tierra y ellos serían los que enfrentarían los mayores peligros. Mientras tanto, los soldados de Mosel que quedaron al mando de Filio esperaban escondidos en sus barcos, detrás de las montañas.

Cada general tomó su puesto, salvo Galendash que se quedó junto a Ions; sus tropas estaban mezcladas, pues eran todos leales a la misma corona.

Ions dio unos pasos para atrás y les habló a sus soldados, frente a él estaban todos los exiliados de Ferth y los banderizos de Sevalthia, todos oriundos de Odaria.

— ¡Hijos del León! — El príncipe habló con la misma omnipotencia que mostraba cuando estaba en el Valhala y se sentía el actor principal en la obra de la vida—. Hemos pasado por años oscuros, perdido gente amada, partes de nosotros mismos. Intentaron arrebatar nos el orgullo y quitarnos la esperanza de un mañana. Intentaron desterrarnos y pensaron que con eso sería suficiente— Ions marchaba de un lado a otro paseando su mirada por los rostros de sus soldados. Algunos habían estado junto a él aquel día. Incluso si no recordaba sus

nombres o sus rostros, podía leerlo en sus miradas —. Pero incluso luego de todos estos años, luego de transitar estos caminos, todavía tengo presente el detalle más importante... ¡Aún estamos aquí! —los soldados golpearon sus lanzas contra el suelo — ¡Hemos vuelto para luchar y para tomar lo que es nuestro! —alzó su voz con todo su ímpetu, para que todos escucharan lo que iba a decir — ¡Hoy los leones regresaran a los prados! ¡Y mañana rugiremos orgullosos en el rostro de los dioses! —Ions gritó cada vez con más fuerza, sus soldados agitaban sus espadas y sus lanzas mientras el orgullo invadía sus corazones — ¡Jamás nos quebraran! ¡Nuestro acero no puede romperse! ¡Nuestro acero es eterno! — el aire resonó con el estruendo de los guanteletes golpeando contra los escudos, miles de gritos repletos de vigor inundaron la tarde— ¡Tomen sus armas y pongamos al mundo nuevamente a nuestros pies!

Ya se habían prendido las piras en todas las torres, indicando que las defensas del muro estaban neutralizadas. Mientras el sol apartaba su mirada de los desolados campos, ocultándose tras las montañas del Oeste. Ions descendió desde las colinas rodeado por todos sus soldados. La tierra temblaba bajo sus pies, el aire vibraba con los rugidos de sus tropas.

<<Que se enteren los traidores, que se enteren que vamos hacia su puerta>>, pensaba Ions mientras corría por la explanada.

Llegaron a la puerta y pusieron los arietes en posición.

Los golpes hicieron temblar el suelo de toda la llanura, resonó el choque continuo del metal contra el metal y la Puerta Negra de Ferth soportó la agresión sin moverse y sin ceder.

El interior de la ciudad se convulsionó. Los caballeros negros no eran criaturas listas, capaces de entender cuestiones estratégicas. Ellos solo entendían los comandos de sus superiores y eran hostiles con los enemigos que tenían a la vista. Sin embargo, los antiguos legionarios de Ferth que ahora peleaban por Riudan eran otro asunto. Ellos no tardaron en preguntarse, ¿Porque las flechas no caían sobre los invasores? ¿Porque el aceite hirviendo no fluía desde las almenas y los cañones no disparaban sobre la segunda oleada de soldados?

Cuando los legionarios subieron a las torres, los asesinos de Mosel fueron descubiertos y miles de espadas se cruzaron en las alturas. Junto a los Fantasmas estaba Thomas, quien se lanzó a la batalla sin contemplaciones, dispuesto a impedir que los legionarios lograsen alertar a la ciudad.

Todavía la puerta no cedía, los arietes no surtían efecto y el tiempo comenzaba a menguar.

Ions dio un grito que se escuchó incluso en el interior de la ciudad, haciendo temblar los corazones de aquellos que se escondían en su interior.

— La puerta no cede, hay que usar los cañones. ¡Tráiganlos al frente! —el ruido de los arietes cesó y la llanura fue un silencio absoluto. Al nivel del suelo solo se escuchaban los lejanos choques de espadas que sucedían en lo alto del muro.

Los arietes fueron retirados y las tropas dejaron un amplio espacio.

— ¡Adelante! — gritó Ions mientras su ejército dejaba un pasillo para que entrasen los nuevos cañones que habían fabricado los gargatienses. Tenían la mitad de tamaño que el modelo anterior y podían ser disparado sin necesidad de montarlos a un muro. Estaban montados sobre una plataforma con ruedas de madera, para desplazarlos fácilmente.

Ions miró a la puerta. Frente a él veinte cañones apuntaban en una misma dirección. Aquellos legionarios que no estaban peleando, pero se mantenían en las almenas, se quedaron congelados al ver lo que estaba por suceder.

— ¡Fuego! — sonó el grito estridente desde el suelo.

La humanidad había afilado sus mentes para combatir la furia de los infiernos, estas armas eran la prueba. Veinte cañones, cuatro rondas por minuto. Temblores y estallidos. El futuro del poder.

Mientras la llanura languidecía bajo los tonos del crepúsculo, la escena se llenó de luz y fuego, estruendo y energía. Se inundó con las flamas de la pólvora, las flamas del progreso, las de la nueva era que avizoraba el Halcón.

Los fuegos de la guerra:

Al ser sacudida por una serie de estallidos, la Puerta Negra quedó oculta tras los velos de la pólvora y el fragor de las explosiones. Las vibraciones se propagaron con violencia a través de los prados marchitos. Los soldados contemplaban la luminosidad que azotaba los muros, tonos que contrastaban con la suave incertidumbre del crepúsculo. Algunos se aferraban con fuerza a sus espadas y acomodaban sus escudos, para proteger a los suyos frente a los horrores de la noche.

Terminó la primera ronda de disparos. Mientras los ferthianos recargaban los cañones, la puerta cedió y se vino abajo. Un río de oscuridad surgió del otro lado del muro, incontables afluentes arremetieron desde el interior de la capital.

Cuando se disparó la segunda ronda, los ejércitos infernales se encontraron tempestuosamente contra el fulgor de la pólvora. Innumerables sombras se disiparon mientras intentaban trasponer el umbral del reino y miles de caballeros negros se evaporaron al chocar con un océano de luz.

Más no fue suficiente. Eran demasiados y surgían muy rápido. Las tinieblas implacables continuaron avanzando y engulleron a aquellos que manejaban los cañones.

Ions realizó un esfuerzo sobrehumano para no ser arrastrado por la corriente. Muchos de los soldados que lo acompañaban fueron superados por la situación. Los demonios se les encimaron con sus monturas y los acarrearón por el terreno.

Del otro lado de la puerta, detrás de los caballeros oscuros y sus caballos demacrados, surgieron brumas que se desplazaron con fluidez por el aire. La esencia de las tinieblas se materializó frente a ellos, cientos de lobos poblaron el llano. Los fenrirs arremetieron desenfrenados, entregados a la rabia y la sed de sangre.

El príncipe no cedió terreno sin importar que surgiera al frente. Se aferraba con todas sus esperanzas a Silfarión, y la espada cortaba a través de cualquier engendro que intentase doblegar su voluntad. Algunos monstruos pasaban a sus costados mientras él permanecía, no se atrevía a contarlos, eran muchos más de los que había calculado.

Todos los miembros de la Alianza que estaban detrás de él estaban siendo superados.

La caballería de Gargata descendió desde las altas colinas para detener la expansión enemiga.

Los ejércitos colapsaron y se comprimieron en unos pocos metros alrededor de la entrada. Al no poder avanzar y sin ninguna la intención de retroceder, la única opción era derramar sus vidas en aquel aguerrido conflicto por cada acre de tierra.

Cuando unas horribles criaturas de apariencia parcialmente humana surgieron desde el otro lado del muro, el terror se estableció en el ambiente. Algunos tenían cuerpos de hombres adultos, completamente degollados y con marcas de quemaduras. Con músculos que parecían estar atrofiados, aunque eran capaces de sostener espadas y escudos o arcos y flechas. Se elevaban a dos metros del suelo, batiendo al cielo unas enormes y lastimosas alas negras que surgían de sus espaldas. Detrás de ellos, había un grupo de monstruos con un aspecto distinto: un puñado de arañas del tamaño de un carruaje. Que portaban rostros grisáceos de hombres y mujeres en su abdomen. Y cuyas patas terminaban en puntas afiladas capaces de perforar el acero.

Las tropas sintieron como la oscuridad los asfixiaba mientras estas criaturas extrañas aparecían en las praderas. En la mente de los soldados la idea de ganar se desvanecía con cada

segundo.

El enemigo ganaba terreno rápidamente. Ions se vio forzado de dar sus primeros pasos hacia atrás. Intentaba no mirar hacia atrás, pues sabía que a sus espaldas había demasiados ferthianos muertos, muchos más de los que quería aceptar.

William elevó un grito al viento mientras entraba a la batalla y blandía su espada con todas sus fuerzas. En un impulso, derribó a dos de los monstruos alados y enterró su espada en el rostro de una araña que intentaba asesinar a uno de sus compatriotas. Sin darse un respiro, se lanzó en un avance ciego por el campo de batalla, guiado por su coraje y la frustración que el momento le presentaba. Su guardia personal se apresuró a formar un perímetro a su alrededor, con la intención de resguardar al rey del Este. Sin embargo, William se empeñaba en enfrentar a la muerte cara a cara y continuaba avanzando con rumbo a la puerta, hacia donde estaba Ions.

Por su parte, Galendash decidió realizar un acto de completa osadía. En un instante de temeraria imprudencia tomó las riendas de uno de los caballos muertos en el suelo y se lanzó sobre el lomo de un Fenrir. Justo antes de subirse, esquivó su mordida y colocó las riendas a través de su boca, donde los colmillos de la criatura no llegaban a morder. Protegido por los soldados de Sevalthia que ahuyentaban a los monstruos alados, el legionario puso toda su voluntad en la tarea de domar a la bestia. Cuando lo consiguió, la condujo hacia donde los caballeros negros proliferaban y, en medio del tumulto, dejó que el Fenrir se debatiera. Lanzando zarpazos y mordidas, envistiendo ciegamente a sus aliados.

La batalla parecía emparejarse mientras Zhepher y sus tropas se lanzaban de lleno al conflicto. La noche se hacía plena mientras el sol terminaba de ocultarse y su doble hoz brillaba plena en la opacidad cubierta con los fuegos de la redención.

Ya no surgían criaturas del umbral, la esperanza volvía a los corazones de todos los miembros de la Alianza del Sol. Y Ions, motivado por el ímpetu de sus aliados, tomó su espada y arremetió sin reparo por las consecuencias. Silfarión brilló con la magia que yacía dormida en su acero y le permitió moverse rápido y certero entre innumerables enemigos. Fluyó como el viento, inalcanzable e incontenible, dejando solo muerte a su paso.

En ese instante, la tierra tembló y Ions sonrió al percibir las vibraciones bajo sus pies.

Sabía que más allá de la entrada, en los puertos de Ferth, se producían numerosas explosiones.

Las tropas enemigas se habían concentrado en la entrada del reino y habían descuidado los puertos.

Ahora, los cañones de la alianza disparaban de nuevo y lanzaban sus proyectiles desde el mar. Provenientes de la bahía, llegaban los barcos que enfilaban hacia los muelles. Las Galeras surcaban la noche y encendían el horizonte con cada disparo, iluminando la penumbra con numerosos soles que ardían y se extinguían a cada instante, mientras daban paso al estallido y al quiebre de las tablas.

Tripulados por Filio Roberti y los Escorpiones Negros los barcos de Senaga llevaron la ruina a todas las embarcaciones enemigas. Tal como Ions había previsto, el puerto solo contaba con un puñado de legionarios que observaban el transcurso de la batalla en las puertas, contemplando la posibilidad de retirarse.

Mientras algunos cañones disparaban tímidamente desde las torres de vigilancia, los Escorpiones Negros abandonaron los barcos y nadaron hasta los muelles, internándose en la ciudad.

Las fuerzas oscuras se vieron obligadas a redistribuir sus ejércitos. Parte de los demonios en la entrada se dispararon para proteger las calles internas de Ferth.

Ions supo que era el momento de forzar un avance y dirigió a sus hombres hacia adelante.

La oscuridad comenzó a desvanecerse, mientras miles de sombras desangraban penumbra en el suelo. La puerta quedó liberada y todo el ejército se adentró en la ciudad. Desperdigándose por todos los confines como un río con cien afluentes.

Aprovechando el momento, Thomas descendió desde las almenas y se unió con sus compatriotas mientras ellos pasaban cerca de las escalinatas del muro. Al mismo tiempo, los Fantasmas de las Dunas saltaron hacia los tejados. Se desplazaron ágiles y silenciosos como liebres en la pradera, mientras observaban las calles a sus pies, lanzando flechas y puñales, siempre que los enemigos quedaban aislados y se convertían en un blanco fácil.

Apenas las tropas cruzaron en su totalidad por la Puerta Negra, las grandes fogatas que se habían encendido en las torres se apagaron sin previo aviso. Las flamas ardieron con violencia como si lanzaran un grito antes de perder la voz, y se extinguieron al instante próximo, dejando la sensación de que el oxígeno se acababa en el aire.

La ciudad fue oscuridad pura, una densa y siniestra niebla invadió las calles y resultaba difícil ver más allá del compañero que cada soldado tenía a sus costados.

Era fácil notar que algo había cambiado, una transición mucho más profunda que una simple apariencia externa. Ions recordó ese sentimiento que experimentó cuando había visitado la academia de Tears, cuando sintió la magia que unificaba aquellos muros. Aquí era lo mismo, el manto de la hechicería negra llevaba años manchando la ciudad, corrompiendo los cimientos, dándole vida a lo inerte. Ferth ya no era el reino que conoció en su infancia, ahora sus muros obedecían a fuerzas que él temía comprender. Fuerzas que actuarían a favor de los usurpadores y mantendrían al reino en un curso de decadencia, sin importar el coste.

Mientras el ambiente se hacía más tétrico, los ferthianos y gargatienses comenzaban a amedrentarse. Las calles eran pasillos oscuros y cerrados, la ciudad una cuna de sonidos perversos, toda la magia negra que tenían los ejércitos del Clan de la Luna se concentraba en los callejones de la capital.

Se escuchaban gritos abruptos, los soldados perecían a manos de criaturas que no llegaban a distinguir. Varios de ellos, presas del terror, continuaban avanzando frente a la densa oscuridad sin reconocer el norte del sur. Blandiendo sus espadas desesperadamente, sin saber si le atinarían a un enemigo a un aliado.

La ciudad entera parecía ser un demonio en esencia, con mil brazos y mil piernas en forma de legiones. No podían verlos, pero sentían la presencia de millones de enemigos. El aire parecía deslizarse por el cuello de los soldados como una daga al acecho.

<< ¿Cuánto de esto es ilusión? >> Ions contempló la posibilidad de que así como Tears se componía de ilusiones, la magia negra estuviese alterando la percepción de sus tropas.

<< No importa, el miedo lo transforma a todo en realidad >> llegó a pensar mientras miraba constantemente en todas las direcciones, intentando encontrar la luz de una esperanza.

Por aquellos momentos, los legionarios traidores, los antiguos miembros de la Legión del Viento, se habían refugiado en el palacio junto con Riudan. Todos ellos sabían que no había escapatoria ahora que los puertos estaban tomados y la puerta había sido derribada. Solo les restaba esperar que la malicia que había conjurado el cónsul sobre Ferth los protegiese.

Fuera del palacio la lucha continuaba y la confusión aumentaba a cada instante.

Zhepher observó la escena con un rostro imperturbable, tomó la daga de su cinturón y se realizó un corte en la palma de su mano. Liberó las flamas que corrían por sus venas en un

humilde intento de mitigar la oscuridad, y guiado por aquella tenue luminosidad, se acercó hasta donde estaba el príncipe de Ferth.

— Ions —le dijo a su amigo y aliado—. Sé muy bien que esta es la ciudad donde naciste, pero no veo otra salida más que...

— Lo sé. — Ions lo interrumpió antes que pudiera terminar—. Lo supe apenas cruzamos el umbral. Esta ciudad esta maldita. Por más que nos aferremos a ella nada cambiara—luego miró a Zhepher y sin decir una palabra ambos asintieron.

Zhepher concentró todas las llamas que rondaban por el interior de su cuerpo y las liberó sobre las casas y los tejados en una lluvia de fuego.

— ¡Soldados de Ferth! — gritó Ions a sus tropas —. Tomen cualquier leño o antorcha que encuentren y quemén la ciudad. Es la única forma de terminar con esta penumbra.

Todos los soldados acataron la orden sin miramientos. La ciudad ardió nuevamente, como hacía cinco años atrás. Los roles se habían invertido: esta vez eran ellos los que incendiaban los hogares y las sombras las que se refugiaban tras los muros e intentaban permanecer.

La noche se fue bañando con la luz de las flamas y los ejércitos avanzaron hasta la Plaza de los Suspiros y acabaron con cada caballero oscuro que se cruzaba en el camino.

Las sombras ya no parecían ser infinitas, por el contrario, eran pocas en comparación al enorme ejército de la Alianza. Y ya no tenían donde ocultarse, pues el fulgor se incrementaba con el correr de los minutos.

El reino de Ferth ardió solitario en las praderas. Una isla de fuego separada del mundo, mientras se convertía en polvo y cenizas, contrastando ante los hilos plateados de la luna con un resplandor intenso y prolongado. Si se observaba desde lejos y por sobre colinas, la imagen de la capital parecía el romper del alba en el horizonte.

Riudan no tardó en notar como la noche se encendía y su tiempo portando la corona llegaba a su fin. Apenas comprendió que su destino estaba sellado, afloró en su interior la intensión de dar un último golpe antes de caer derrotado. Riudan Klein, el soldado más renombrado en los últimos cincuenta años de Odaria, decidió que su ambición merecía terminar en un duelo de espadas.

Algunos de sus soldados decidieron seguirlo hasta la muerte. Otros intentaron huir y fueron capturados más tarde por los ejércitos de la alianza. El veterano caballero marchó hacia la plaza con lo que quedaba de la Legión del Viento. Cuando se encontró con sus enemigos, se dio por vencido y pidió hablar con Ions antes de ser ejecutado. Sus captores pensaron en rechazar la petición y asesinarlo allí mismo, pero Thomas se encontraba junto a ellos e intercedió para otorgarle aquella última voluntad.

Por aquellos momentos, la batalla en las calles se iba haciendo más tenue. Los incendios parecían estar bajo control y los caballeros negros menguaban en número. Las tropas comenzaban a palpar la victoria cuando Riudan fue lanzado de rodillas frente al príncipe.

El antiguo caballero estaba atado de pies y manos. Sobre su blanca cabellera descansaba la corona de Ferth, contrastando por completo con los tonos de su vieja armadura color bronce. Portaba consigo la espada real, llamada Elariam. Una obra maestra que había pertenecido a los Wintersoul por generaciones, y era apodada como la 'La Forjadora de Imperios'.

Mientras el usurpador estaba postrado, los soldados ferthianos se turnaban para escupirlo. Algunos insinuaron la intención de quitarle la corona, pero Ions no lo permitió. Pretendía hacerlo él mismo.

— Por más que te hayas rendido — comenzó a hablar el joven Wintersoul —. No tendré piedad sobre ti.

— No quiero tu piedad, muchacho—el anciano escupió a un costado mientras su mirada se mantenía fija sobre el rostro del príncipe.

— Entonces ¿Por qué acudes a mí y te rindes? —Ions resultó intrigado— ¿Por qué no intentas correr?

— Soy el mejor guerrero que existió en los últimos cincuenta años—dijo el hombre ensanchando el pecho—. No está en mí huir de la muerte.

— Sin embargo—insinuó el príncipe con mordacidad—. Has estado escondido detrás de los muros del palacio todo este tiempo. Asustado de mí.

— ¿Asustado de ti?—rio de forma estridente y genuina—. Tal vez asustado de tu ejército. No de ti. Quiero que eso quede claro, y por eso quería hablar contigo.

— Te escucho anciano, has que valga mi tiempo.

— ¿Sabes cómo te llaman en Ferth? —preguntó en forma retórica—. ‘El Genio de la Década’, ‘La Tempestad’, el mejor espadachín en toda la puta Gaia—había cierta acidez en sus palabras—. Todo un montón de mierda si me preguntan a mí. Demasiados halagos para un niño que nunca luchó una batalla en campo abierto—miró a Ions a los ojos esperando una reacción, pero el rostro del joven se mostraba inalterado—. Puede que yo sea viejo, pero gane todas las batallas que libre. Serví por décadas bajo el mando del último comandante de la Legión del Viento. ¿Y qué me distes a cambio? ¿Qué me dio el reino? —volvió a escupir a un costado—. Me pusiste a servir a un niño verde e inmaduro, sin actitudes para comandar.

— ¿Hundiste a Ferth en la miseria, solo porque no te nombre comandante? —aunque su rostro se mostraba apático, apretó con rabia sus dientes. Un gusto a hierro llegó a su boca y su garganta se hizo un nudo

— ¿Realmente esperabas que pasara los últimos años de mi vida, siguiendo las órdenes de niños y arriesgando mi cuello por un reino que elogia a sus príncipes e ignora a sus más grandes soldados?

— Así que elegiste este camino porque no te dieron una palmada en la espalda. Porque no te felicitaron por tus servicios. — Ions habló entre medio de una pregunta y una burla, aunque detrás de todo eso la furia comenzaba a aflorar y su voz se tornaba cada vez más ronca.

— He ganado más cruces de espadas que ningún hombre vivo en esta era. Merezco una leyenda, y merezco ser recordado. Y si no se me recuerda como un hombre de honor, se me recordara como un señor del caos. Pero no pienso dejar, que mi nombre se pierda en la intrascendencia.

Los soldados se estaban impacientando de escuchar las palabras de Riudan. En el pasado lo habían respetado, pero ahora la ambición que inundaba su anciano corazón y su deseo de trascendencia nublaban su juicio. Muchos insistieron en que muriera rápido y sin más palabras, que no manchara más su existencia.

— Yo sé que estoy muerto, niño—enunció Riudan con una voz férrea y profunda—. No tengo otra salida más que la muerte. Sin embargo, no permitiré que mi historia termine así— luego pronunció las palabras que perturbaron el orgullo del príncipe—. Soy mucho mejor guerrero que tú, incluso con mis años podría matarte sin problemas. Pero si realmente piensas lo que la gente dice de ti y crees que eres el mejor espadachín que existe en la tierra — Riudan miró a Ions con fuego en los ojos. Su cuerpo anciano parecía nutrirse con su inquebrantable voluntad—. Pelea conmigo uno contra uno. Aquí mismo. Te mataré en una pelea justa, y luego tus soldados me matarán a mí. Seré recordado como el hombre que tomó la vida del último Wintersoul, la vida del genio, del joven invencible. Cuando eso quede en

la historia, la gente sabrá quién era la verdadera leyenda.

La escena quedó en silencio, y el ambiente se ahogó en el crepitar de las casas ardiendo.

Ions observó la confianza plena en los ojos del aquel hombre marchito. Ese brillo de fe le causaba una profunda repugnancia, sintió el deseo incontenible de arrebatarle lo último que le quedaba antes de mandarlo al infierno: el orgullo.

Es cierto que Ions bien podría haber negado el duelo y asesinado a Riudan en ese mismo instante, sin poner en peligro su vida. Sin embargo, si elegía ese camino plantaría una semilla en los corazones de sus soldados. Con el tiempo, y con el correr de la guerra, muchos de sus hombres llegarían a dudar si aquel anciano no estaba en lo cierto, cuando insinuaba que Ions había recibido demasiados halagos durante toda su vida. Si esto llegaba a pasar, los ferthianos terminarían por dudar de su liderazgo y el futuro quedaría fuertemente condicionado.

Luego de unos instantes el príncipe habló:

— No necesito escuchar más. —dijo Ions con una tenue sonrisa—. Liberen al anciano. Lo pondré en su lugar.

Cuando fue desatado, Riudan se puso de pie y los soldados dieron varios pasos atrás despejando la plaza. Ions desenvainó a Silfarión y el acero brillo intenso con un color esmeralda, Riudan hizo lo mismo con Elariam. El sable que alguna vez había sostenido Caleb Wintersoul, el gran conquistador, ahora permanecía en las manos del anciano bañado en una luz dorada. Aquella luminosidad era el producto de los antiguos conjuros que en su interior residían.

Arremetieron el uno contra el otro y los aceros se rosaron sin alcanzar el estruendo.

El aire alrededor se tornaba cada vez más caliente, el humo de la madera quemada inundaba el ambiente y en la noche oscura las espadas brillaban como dos faros en alta mar. Se acercaban la una a la otra, se rozaban y se alejaban, como moscas merodeando el calor del fuego, desplazándose con cautela hasta el momento del encuentro inevitable.

Ions no encontraba ni un espacio en la defensa de Riudan. No tardó en aceptar que el anciano realmente era un virtuoso con la espada.

Prefirió mantenerse expectante y refinar su defensa. Lo que Ions no sabía es que Elariam, al igual que Silfarión, tenía talentos y poderes ocultos.

Cuando las espadas chocaron plenas, Ions sintió que chocaba contra una pared. Inmediatamente Riudan le devolvió el golpe y Ions puso la espada para bloquearlo. Salió despedido varios metros hacia atrás, como si un ariete hubiese impactado a su cuerpo. Valiéndose de su destreza física logró girar en el aire y caer de pie, aunque la colisión que había sufrido todavía resonaba en su cuerpo.

Ions sabía que cuando se forjó a Silfarión, se la envistió de hechizos para hacerla tan ligera como una pluma, tan cómoda a la mano como una extensión del mismo brazo y tan filosa para cortar a cualquier ser viviente con un simple roce. Era una espada que representaba a Elliot Wintersoul, forjada a su estilo y semejanza.

Aunque por aquel entonces desconocía que Elariam, a diferencia de Silfarión, fue creada con la intención de emular al nieto de Elliot, Caleb el conquistador. Por lo tanto su acero no podía ser quebrado, era eterno, y no podía fundirse ni perder el filo. La magia dentro de la espada hacía que sus golpes fueran bestiales y absolutamente destructivos. Si ‘La Forjadora de Imperios’ impactaba un escudo de acero, el escudo se quebraría al instante. Y si golpeaba un bloque de piedra, lo partiría al medio sin el menor esfuerzo.

El príncipe no tardó en comprender su situación. Si arremetía contra Riudan moriría sin remedio, pero si encontraba un hueco para responder, podía liberar la fuerza de su propia espada

y valiéndose de una velocidad divina, lograría terminar con el combate en cuestión de segundos.

Los soldados comenzaron a vitorear a Ions. Algunos, entre ellos Thomas, miraban el combate con rostros de preocupación.

Ions esbozó una ancha sonrisa, mientras extendía su mano derecha y le indicaba al anciano que viniese a buscarlo. Adoptó su postura clásica de combate, dispuesto a demostrar por qué lo llamaban el Santo del Viento.

— Ven anciano—sus ojos azules brillaban intensos contrastando con las flamas a su alrededor—. Te mostrare porque me llaman un genio.

Riudan asió la espada con sus dos manos y profirió un sablazo a la altura del pecho. Valiéndose de sus impecables reflejos y su increíble elasticidad, Ions arqueo su espalda hacia atrás y logró que el golpe pasara de largo. Riudan sostuvo a Elariam por sobre su cabeza e intentó quebrarle el cráneo. Ions tomó a Silfarión, por el mango y por la hoja, y la elevó horizontalmente para bloquear el impacto. Sintió como sus pies parecían hundirse en la tierra, mientras todos los huesos de su cuerpo sentían las vibraciones provenientes del acero.

Si hubiese tenido otra espada en lugar de Silfarión, probablemente se hubiese quebrado y Riudan habría partido su cuerpo en dos. Agradeció al destino por haberlo guiado hasta Tears antes de enfrentar aquel duelo.

Ambos forcejearon unos instantes, mientras las espadas se mantenían cruzadas. Luego, el príncipe pateó el pecho de Riudan y lo hizo retroceder. Quiso propinarle una estocada en corazón, pero el veterano caballero tenía los reflejos de un joven soldado y la desvió en el instante justo.

El anciano otra serie de golpes y Ions respondió a ellas haciendo gala de su agilidad sobrenatural. Cada vez que el príncipe buscaba dar una réplica, el anciano siempre la esquivaba. El hombre era rápido, sagaz y violento. El enfrentamiento se había prolongado demasiado y el príncipe comenzaba a resentir los impetuosos golpes de Elariam. Un dolor paulatino se hacía presente en sus huesos, pues cada choque era como un terremoto sobre sus articulaciones. Si seguía bloqueando sus embestidas, terminaría quebrándose el cuerpo.

El silencio alrededor era absoluto. Ya nadie vitoreaba, ni emitía el más mínimo sonido. Todos los presentes estaban inmersos en aquel duelo decisivo.

Ions supo que tenía que tomar un riesgo mayor. Guardó a Silfarión en su vaina y se preparó para esquivar las constantes arremetidas valiéndose de su destreza como única arma. Tenía que provocar a Riudan, hacer arder su orgullo hasta que este marcara su perdición.

El rey usurpador blandió su espada dejando una estela dorada en la noche. Ions rodó sobre el piso al esquivarla. Riudan siguió abalanzándose hacia él, mientras el príncipe lo evitaba una y otra vez con una agilidad felina, mientras mantenía su brazo izquierdo cerca del mango, preparado para desenfundar con la velocidad de un relámpago.

Los soldados ferthianos sentían terror al ver hasta donde había llegado el combate, por momentos Elariam pasaba a milímetros de Ions. Un solo error en sus reflejos y la vida del heredero llegaría a un prematuro final. A pesar del cansancio, el joven Wintersoul seguía esquivando todos los arrebatos, mientras las perlas de sudor manaban en la frente de Riudan, poco a poco la vejez del hombre comenzaba a inclinar la balanza.

La paciencia del anciano comenzaba a mermar y sus golpes se volvían más erráticos y vehementes. El rey usurpador se valía de su instinto para mantener la guardia cuidada, no había un lugar por donde entrar. Ions continuó provocando al hombre, hasta que sus ojos brillaban con un frenesí asesino. Fue contando los segundos y los pasos, fue marcando una danza hasta alcanzar el

cenit del combate. Cuando encontró el instante indicado, el príncipe simuló un tropiezo.

Sin la menor contemplación, Riudan se lanzó sobre él. Ions saltó por el aire con una acrobacia sublime y pareció flotar en el espacio, libre de las fuerzas del mundo, mientras Elariam pasaba de largo por debajo de su cuerpo. Cuando el salto llegaba a su cúspide y el acero fallaba en su intención de alcanzarlo, lanzó una patada cruzada al rostro de Riudan. Tal fue la violencia del golpe, que el caballero estuvo cerca de perder la conciencia. Se tomó el rostro de forma instintiva y tambaleo hacia atrás. Ions aterrizó en el suelo con suma elegancia y desenvainó a Silfarión. Con un suave movimiento, la espada perforó la armadura y el cuerpo de Riudan.

El resplandor dorado de Elariam se extinguió junto con la voluntad de aquel que la empuñaba, por el contrario, el lienzo de fuego que era la ciudad de Ferth se vio inundado por la luz esmeralda de Silfarión.

Riudan cayó al suelo, mientras su cuerpo perdía rápidamente el calor.

— Felicidades niño. Parece ser que eres bueno con la espada después de todo—Ions lo miró con absoluto desprecio y el hombre rio mientras un poco de sangre brotaba de su boca —. Hubieras hecho lo mismo en mi lugar. Obedecer toda tu vida y nunca obtener respeto, no es forma de vivir. Un hombre siempre sueña con alcanzar el poder o forjar una leyenda, escuchar la aclamación de la gente. —Su vida comenzaba a perderse en los velos del infierno y su tono de voz se iba apagando — Algo para trascender...

— Tú usurpaste el reino más perfecto de Gaia, las praderas donde el sol es pastor. Las convertiste en tierras muertas y estériles... ¿Y dices que yo hubiese hecho lo mismo? —Ions miró a sus soldados y guardó a Silfarión en su funda.

Caminó hasta el cuerpo de Riudan y acercó al rostro del anciano. Su cuerpo estaba cada vez más frío, ya no tenía la fuerza para hablar, aunque podía escuchar lo que el príncipe decía.

—Tú eras un hombre de honor y moriste hoy como un simple títere de las tinieblas. De todas formas, muere tranquilo...cumpliste tu cometido. Ahora eres parte de una gran leyenda, justo como querías—Ions sonrió con mordacidad —. Porque juro ante las cenizas de mi imperio. Que mandaré a tus maestros contigo y a todo aquel que te dio la posibilidad de manchar mi corona. Juro que serás parte de la leyenda de como el Clan de la Luna fue borrado de la historia para siempre—Ions se acercó más a Riudan y le susurró en el oído solo para que el escuchase—. Esta será la historia de cómo Ions Wintersoul unificó a los ejércitos del mundo y marchó a recuperar su reino entre las garras de la oscuridad. Tú serás un simple párrafo en la leyenda de mi vida. Ese es tu legado, todo lo que serás en para el mundo, y es más de lo que mereces...

Con esas últimas palabras Ions retiró la corona que descansaba sobre la cabeza del usurpador y dejó a Riudan ignorado en el inhóspito empedrado. Verlo morir no mitigaba la ira que sentía; Odaria había sido manchado por aquel hombre y el reino que amaba ahora agonizaba por la ambición de unos cuantos.

La oscuridad se disipó por completo con el último latido del usurpador. Parecía que las legiones oscuras habían aceptado la derrota y emprendido la retirada. Los ejércitos de la alianza se disponían a abandonar la ciudad y dirigirse a las praderas. Estaban forzados a esperar a la lluvia o a que el incendio se extinguiera por sí solo.

Desde la lejanía, la ciudad brillaba intensamente. El reino de Ferth se reducía a polvo y escombros.

Frente a ellos estaba lo último que quedaba de la vieja era, las cenizas del Reino del Viento.

Ions no tenía miedo ni dolor al verlo arder. Tenía seguridad de que podría hacerlo resurgir

mejor que antes, pues era necesario para el futuro que se avecinaba tempestuosamente.

El príncipe todavía sostenía la corona en sus manos. Se la puso por primera vez y se convirtió oficialmente en el rey de Ferth.

Apenas lo hizo William se acercó hasta él.

— Juro lealtad al rey del viento —dijo mientras extendía su mano.

— Juro lealtad al rey del invierno —respondió al estrecharla.

Zhepher se acercó y juro lealtad a Ions con las mismas palabras de William.

— Juro lealtad al patriarca de los montes ardientes —respondió Ions

— No soy el patriarca de Thorv —dijo Zhepher con una ligera sonrisa, por supuesto que Ions ya sabía eso.

— Lo serás. No tengo dudas—replico el nuevo rey de Ferth

Zhepher no respondió y ocultó la alegría que se formaba en su rostro. Detrás del dragontiano estaban todos los demás. Thomas, Galendash, incluso Filio, quien había luchado con valentía en los muelles. Todos se habían reunido luego de pelear por él honor del príncipe. Ions los observaba a todos con aprecio mientras buscaban las palabras para transmitir sus sentimientos.

— Gracias...—dijo con la voz un tanto quebrada — Sin todos ustedes. Todavía estaría en Bell, tal vez oculto en los bosques y alejado del mundo. Ahora estamos todos aquí. La batalla está terminada. El mañana nos espera. —rosó la cicatriz en su rostro con su mano izquierda —. El reino está en libertad. La herida ha sanado...Estoy completo.

Supo que un capítulo de su vida acababa de cerrarse, y al entenderlo, Ions sintió deseos de llorar. Había en él una necesidad de liberar un llanto de alegría y tirarse sobre las praderas donde descansaba cuando niño. Un anhelo de tomarse un respiro y asimilar lo logrado, aunque sabía muy bien que eso no era posible.

Ahora no estaba solo con sus amigos. Todos los pueblos del mundo estaban allí y él tenía que ser el rey, la imagen del liderazgo, la fortaleza y la valentía frente al futuro de penumbra. Así que escondió sus lágrimas y estrechó las manos de sus generales.

El sol se hizo presente en el horizonte. Aquel amanecer resultaba distinto a los demás. Mucho más glorioso...Mucho más aterrador. Un cielo iluminado con la esperanza, oscurecido por el miedo.

La ciudad de Ferth quedaba al descubierto, en el centro de las praderas ardiendo con los tonos crepusculares, reduciéndose a escombros tras una batalla terrible contra los más implacables enemigos. Era un amanecer manchado con el humo de la capital. El humo de una gran pila funeraria, marcaba el matiz de un nuevo día, donde los vivos podían exhalar un suspiro trémulo y atreverse a esperar que el futuro fuese más gentil.

El lejano horizonte quedó bañado con un pálido fulgor rojizo, un resplandor estimulante, tonificante. Todos los soldados en las praderas volvían los ojos hacia aquella luminosidad extraña y sobrenatural. La observaban en silencio, algunos con una sonrisa y otros con gestos más sombríos.

Ions no podía recriminar los rostros abatidos de algunos de sus hombres.

<< ¿Quién sería capaz de hacerlo? >> El rey sabía lo que se avecinaba. Pronto, tendría que revelarlo y empañar la alegría de ese nuevo amanecer.

—Pues ese resplandor—tendría que decirle a su pueblo y a todos los pueblos del mundo—. No es otra cosa que los fuegos de la guerra. De los cruentos años que los esperan, de la feroz lucha por el control de Gaia. Las huestes oscuras no habían sido destruidas. Lejos de allí, en el continente de Asgard, por cada demonio que habían vencido hoy, dos habían nacido en el fin del

mundo y se preparaban ahora para la guerra.

Si entregaba su mente ante la profunda reflexión, todo parecía ser inútil. La lógica y la razón le hacían creer que el futuro no sería para nada brillante. Por el contrario, sería injusto y cruel.

¿Por qué entonces, allí de pie en las praderas, con la vista fija en el resplandor rojizo en el cielo, sentía aun una esperanza? ¿Por qué al voltear y al ver los rostros de sus amigos junto a él, sintió que el camino sería un infierno, pero aun así llegarían a la meta?

Un soldado ferthiano rompió el silencio:

— ¡El rey del viento! —Gritó con fuerza y varios clamaron lo mismo después de él— ¡La Tempestad! —Gritaron otros— ¡Que su reinado sea largo y su acero sea eterno! —todo el mundo repitió esa frase. No solo los soldados de Ferth, también los de Gargata, Mosel y Thorv corearon juntos y el eco retumbo en los prados.

Ions sintió como su corazón se ensanchaba, y no pudo más que sonreír socarronamente como si fuese un niño. La corona parecía pesar sobre su cabeza, pero no estaba solo con la responsabilidad. Nunca había estado solo.

Ese resplandor en el cielo no era un mal presagio. Al menos no completamente.

Al igual que él y al igual que todos los hombres del mundo.

Ese amanecer era luz y oscuridad, certezas y dudas, esperanza y desamparo, valentía y miedo.

Una nueva crisis, y una nueva oportunidad.

Ese fulgor sobrenatural era un final que da paso a un comienzo, a tiempos distintos donde la razón sería capaz de paralizar los corazones, donde el porvenir resultaba esquivo y el instinto humano, la voluntad de permanencia, sería el único mástil ante la tormenta.

La nueva era comenzaba con esa flama en el horizonte.

La nueva era empezaba con los leones rugiendo nuevamente en los prados...

Apéndice:

Casa Wintersoul

Probablemente la casa más celebre en la historia de Gaia. Paradójicamente es también una de las más jóvenes. Fue fundada hace solo quinientos años, durante la guerra de los confines. Se rumoreaba que su fundador Elliot Wintersoul, era hermano bastardo de John Laioscain, el último rey kiskileo.

Durante la guerra de los confines Elliot alcanzó la fama al comandar a los caballeros de la noche blanca y termino por ser fundamental para la victoria de Ferth.

John lo recompensó con las tierras de Leveron y el título de caballero. Al ser Elliot un joven sin apellido se le pidió que eligiera un nombre para su estirpe. Dando por resultado el nacimiento de la casa Wintersoul.

Durante la guerra santa, la dinastía kiskilea se redujo a cenizas y Elliot refundó el reino desde sus escombros. Desde ese momento los Wintersoul han sido la familia real de Ferth.

Años más tarde, el nieto de Elliot, Caleb el conquistador, fue quien unificó a todos los feudos de Odaria bajo un mismo estandarte, dando origen al imperio más imponente de la historia.

El blasón de los Wintersoul es un león de rojo y oro sobre negro. Su lema fue: Desde las cenizas hasta la gloria. Luego del reinado de Caleb el conquistador, su lema fue alterado: Solo el fuerte habla, solo el poderoso existe.

THEODEN WINTERSOUL, rey de Ferth, guardián de los reinos del norte.

— Su esposa, La REINA GUINEVERE de la casa Fell, muerta durante el parto de su segundo hijo;

— Su hijo:

— EL PRINCIPE IONS, el SANTO DEL VIENTO, heredero de los reinos del norte, apodado LA TEMPESTAD;

— Su hijo adoptivo:

— LÚCIAN HARAGRAF, hijo de FALON HARAGRAF, apodado EL HUERFANO;

— Sus hermanos:

— AGERON WINTERSOUL, hermano mayor, apodado EL BORRACHO, muerto en un duelo en las calles de Ferth;

— ELÍAS WINTERSOUL, hermano menor, el primero de su nombre, un niño malformado,

muerto antes de cumplir los seis años;

— Su Guardia real:

— SIR THOMAS VAINÉ, Comandante de la Legión del Viento, escudo juramentado de la familia Wintersoul;

— SIR RIUDAN KLEIN, Subcomandante de la Legión del Viento;

Casa Windsword

Los Windsword son una casa hermana de los Whirlwind, la antigua e histórica familia real de Gargata. La estirpe fue fundada por Otis Whirlwind, quien era segundo eslabón en la línea de sucesión al trono de Gargata. Cuando su hermano mayor, quien era el rey por aquel entonces, cayó enfermo, nombró al menor de los tres hermanos como su sucesor, negándole a Otis su derecho a reinar. Inmediatamente Otis se marchó furioso de Gargata, llevando a sus banderizos hacia Nantara donde fundó su propia casa: Los Windsword.

Con el correr de los años, los banderizos fueron abandonando la causa de Otis y su reclamo al trono. La casa Windsword comenzó a desvanecerse entre las páginas de la historia.

Finalmente, alcanzan la fama durante la Guerra de los Confines. Gracias al aporte de Michael Windsword, uno de los cuatro Caballeros de la Noche Blanca, las casas que antaño los habían ignorado se alinearon para jurar lealtad a los Windsword. Y tras una era de caos que culminó con la guerra santa, Michael ascendió al trono y los Windsword se convirtieron en la nueva familia real, desplazando a los Whirlwind.

El blasón de los Windsword es un halcón plateado con el sol dorado tras sus alas, sobre un fondo de azul oscuro.

Su lema es: Así lo avizora el Halcón.

ASFHARAS WINDSWORD, el primero de su nombre, rey de Gargata, guardián de los reinos del Este.

- Sus esposas:
 - LADY AMELIA de la casa Nightingale, muerta en el Bastión del Relámpago durante las Guerras del Grifo;
 - LADY ROSALINE de la casa Firebane, su segunda esposa, hija mayor de una renombrada casa de Odaria;
- Su hijo con LADY AMELIA:
 - EL PRÍNCIPE WILLIAM, EL SANTO DEL HIELO, Heredero de los reinos del Este;
- Sus hijos con LADY ROSALINE:
 - KILLEN, un niño de doce años;
 - ASFHARAS II, un niño de nueve años;
 - OLIVIA, una niña de siete años;
 - FARGUS, un niño de seis años;
- Sus hermanos:
 - LADY PAULETTE de la casa Elish, hermana mayor.
 - SIR RICHARD, hermano menor, espada juramentada del rey, miembro de la guardia real.

Casa Fell

Cuando Caleb el conquistador decidió expandir los territorios de Ferth y forjar un imperio. La única ciudad que no pudo conquistar fue Sevalthia. Por esa razón, la ciudad de los bosques es una de las más importantes de Odaria. Todos los habitantes de Sevalthia han jurado una eterna lealtad a la familia Fell desde los albores del tiempo. Ellos son, desde tiempos olvidados, los guardianes del bosque. Aquellos que mantienen vivas las antiguas tradiciones kiskileas, mientras adoran a los dioses olvidados y protegen al árbol del mundo.

El reino de Sevalthia responde solo a los comandos de esta familia, en forma exclusiva.

Sin embargo, los Fell juraron lealtad a los Wintersoul, el día que Caleb el conquistador contrajo matrimonio con Amelia Fell.

Son la casa que más veces ha contraído matrimonio con la familia real a lo largo de la historia y además, junto con la familia Vaine, la que más miembros de Legión del Viento ha proporcionado para el ejército real con el correr de los años.

El blasón de los Fell es una pantera negra en la pradera, sobre un fondo de verde.

Su lema es: Eternos como la tierra, infinitos como el cielo.

AYDAN FELL, el segundo de su nombre, protector del bosque, amo y señor de Sevalthia.

— Su esposas:

— LADY EDITH de la casa Eygerin;

— Sus hijos:

— ALEXANDER FELL, Heredero del reino de Sevalthia;

— SIR GALENDASH FELL, miembro de la tercera legión de Ferth;

— AARON FELL, un niño de once años, gemelo de EDWARD;

— EDWARD FELL, un niño de once años, gemelo de AARON;

— AELIN FELL, una niña de seis años;

— Su hermana:

— La REINA GUINEVERE, muerta durante el parto de su segundo hijo;

Casa Vaine

Los Vaine han protegido a los Wintersoul desde que Elliot ascendió al poder. El primero en jurar lealtad a la corona y convertirse en caballero fue Malark Vaine, un huérfano de guerra que perdió a su familia cuando las tribus de Asgard invadieron Leveron, poco antes de la Guerra de los Confines.

Esta casa inculca códigos de honor, lealtad, deber y servidumbre con una rigidez muy superior a otras. Son apreciados y respetados por todo el continente de Odaria como un ejemplo de moralidad y buena conducta. No han sido pocos los miembros de esta familia que han dado su vida para salvar a un miembro de los Wintersoul, ni las mujeres de esta casa que han contraído matrimonio con la familia real.

Cuando cumplen los quince años se les ofrece resignar su juramento y vivir una vida sin la enorme responsabilidad de proteger a la corona. A pesar de esto, nunca un Vaine ha renunciado a su deber como mano derecha de los Wintersoul

Su blasón es un oso gris protegiendo un árbol con frutos dorados, sobre un fondo blanco.
El lema de los Vaine es: Vivimos para la lealtad, nacemos en servidumbre

SIR CEDRIC VAINE, mano derecha del rey THEODEN;

— Su esposa:

— LADY ARIANA de la casa Evergreen;

— Sus hijos:

— SIR THOMAS VAINE, Comandante de la Legión del Viento, escudo juramentado de la familia Wintersoul;

— CEDRIC II, un niño de quince, apodado EL CAZADOR;

— AUGUST II, un niño de siete años, apodado EL AUTISTA;

— Sus hermanos:

— LADY ADELE, hermana menor, esposa de GLENN FIREBANE, señora del Risco

Rojo;

— SIR AUGUST VAINE, el primero de su nombre, muerto en batalla durante la Guerra de

Grifo;

Casa Laioscain

La casa Laioscain se remonta al año 821 A.E (antes de Elliot) un tiempo en el que el continente de Odaria era una tierra poblada por tribus kiskileas, regida por costumbres antiguas y salvajes.

Cuando en año 827 A.E los barcos de Gargata llegan a Odaria por primera vez, se proponen conquistar y esclavizar a los pueblos nativos con el fin de formar un imperio.

Las leyendas que se remontan a esos tiempos, cuentan como Fein, un joven kiskileo, fue quien tuvo un papel determinante en el fracaso de Gargata. La historia también sostiene que Fein logró esa hazaña con la ayuda de una extraña y mágica criatura llamada Laioscain, a quienes muchos historiadores consideran un dios.

Cuando terminó la guerra del nuevo mundo, Fein fundó el reino de Ferth en honor a su pueblo.

Se dice que como tributo y agradecimiento a la ayuda que recibió de Laioscain, a quien Fein consideraba como a un padre, el joven le pidió que lo dejara adoptar aquel nombre para designar a toda su descendencia.

Los Laioscain se convirtieron en una extensa dinastía que reino por más de ochocientos años, hasta que la estirpe desapareció por completo durante la Guerra Santa y los Wintersoul ascendieron al poder.

Su blasón es la quimera de rojo y negro sobre un fondo de oro.

Su lema es: Mejor morir de pie, antes que vivir de rodillas.

Nota final:

Primero que nada me gustaría agradecerte a ti, al lector, por haber ayudado a un escritor con el sueño de su primera novela. Al ser mi primera obra, solo puedo esperar que les haya gustado. De ser así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos. Si por el contrario te he decepcionado con esta novela, te pido disculpas. Sea cual sea el resultado de esta obra, escribir este libro me ha enseñado mucho y estoy convencido que en el futuro podré realizar trabajos de una calidad superior.

Muchas gracias por el apoyo y un enorme abrazo.

Mi intención es publicar el segundo libro a comienzos del 2015. Si quieres saber más al respecto puedes enviarme un mail a alemenendez24@outlook.com para obtener información más detallada.

También puedes seguirme en Twitter: <https://twitter.com/Alemenendez2491>